

La comida de ellos aún no estaba lista y me preguntaba qué estarían haciendo para que tardara tanto.

—Es un especial —contestó satisfecho sin apartar su mirada de mí.

Welsey se sentó también y le dio un plato de espaguetis a la carbonara a Hal.

estudiaba en casa. No podía salir al cine o de compras un sábado porque no tenía amigas y las chicas que conocía estaban tan ocupadas alimentando su prepotencia que no quería ni verlas. Mi vida era una mierda, no supe lo que era un primer beso hasta que me enamoré del hijo de uno de los socios de mi padre, quien resultó ser un completo idiota. Era solitaria y me pasaba el día soñando despierta sobre cosas que para muchas niñas sería algo normal. Cosas como ir a dormir a la casa de tu mejor amiga o sencillamente tener una mejor amiga, no sabía lo que era eso; también soñaba con la sensación de correr por los pasillos del instituto, llenos de vida y gente. Por eso, cuando llegué al campus, sentí que aquello era lo más impresionante que había visto en mi vida. Y aunque no les dijera nada a los trillizos, aunque odiara sus movidas y el único decente fuera Welsey, con ellos todo era emocionante. Estaba conviviendo con tres chicos iguales, una locura.

Yo sólo quería escapar de mi realidad, la puta realidad en la que mis padres me obligaban a vivir, así que cuando cumplí dieciocho, hui. Mis padres no lo aceptaron porque ellos querían que me dedicara a la empresa y siguiera con el negocio, pero ¿para qué ser rica y vivir de esa manera? Ellos solo me dieron mil libras y las guardaría como oro mientras buscaba un trabajo; eran unos hipócritas, quise tirarles los billetes a la cara pero no lo hice, me interesaba guardarme el dinero. Ahora sabía que nunca me habían querido, nunca, definitivamente no llamaría a mis padres.

Suspiré.

Estaba muy cansada, así que decidí ponerme el pijama, no tenía ganas ni de cenar. Recordar a mi familia me quitaba el apetito y haber pasado la tarde con Edward también, así que me tumbé en la cama e intenté dormir. Pasaron los minutos y mi mente seguía en funcionamiento, como un disco rayado que no puedes detener, simplemente era imposible conciliar el sueño con mi cabeza intentando ordenar todos los pensamientos que circulaban por ella. Di vueltas por largo rato y cuando creí que no sería posible, lo conseguí.

Edward

Inspiré como si quisiera que el aire se quedara en mis pulmones una eternidad, hacía mucho tiempo que no me paraba a observar las fotografías del comedor, y a pasar mis dedos sobre ellas, como si de este modo pudiera hacer los recuerdos más vívidos. Así como si estuvieran recorriendo mis venas y llegando a mi mente para proyectarse en una pantalla imaginaria.

¿Qué me había pasado?

Algo había cambiado en esas viejas fotografías, pero algo seguía allí como siempre. Mis catorce y quince fueron borrados del espacio cronológico familiar, no me extrañaba, una mala época puede arruinar a una familia y más a una persona.

Ver sonrisas en mi rostro comenzaba a adivinarse extraño para mí, no sonreía de felicidad desde hace algún tiempo, pero estaba bien.

Odiar a todo el mundo me ayudaba a canalizar mi ira, sin embargo, había una luz parpadeante en mi cabeza que me decía que debía hacerlo con más intensidad. Así mi desgracia sería la de ellos, algo egoísta ¿cierto?

La fotografía del centro era la que más me gustaba pero nunca lo admitiría en voz alta. Ese Edward de diez años abrazando a sus hermanos con una sonrisa había muerto y me había dejado a mí.

«No somos nosotros los malos, eres tú».

«Sí Naly, desgraciadamente, soy yo».

Las cosas eran más fáciles cuando nadie era capaz de expresarlas en voz alta. Hal y Welsey callaban, Amanda fingía que nada pasaba y hasta mamá y papá se hacían los sordos. Tenían miedo... de mí. No de mi ira, tampoco de mis reproches, sino de mi reacción. Fue bonito que pensarán en mi bienestar, pero no sé quién erró más profundo.

Mis sentimientos se volvieron del color de la tinta, y mis brazos se llenaron de ella como si de esa manera pudiera hacerle saber a todos cuáles eran los demonios que habitaban en mí; sin embargo, ninguno de ellos percibió las pistas.

«Nadie es así por gusto», dijo el psicólogo.

«Yo sí», contesté, «siempre he sido así».

Y no mentía.

Dejé las fotografías a un lado, pues ya no me servía de nada anhelar.

CAPÍTULO 4

Hal

Aprendí que ser insistente era lo que te daría tu objetivo, no importaba si lo merecías o no, solo valía el empeño que ponías en conseguirlo. Se logra lo que se quiere, esa era mi filosofía de vida, sin embargo, Naly se estaba convirtiendo en la excepción de la regla.

No solo me estaba dando dolores de cabeza, sino que había desatado en mí un cierto interés en ella: su pasado, su procedencia y todo lo que la hacía recatada.

Lo primero que hice fue acudir a Welsey, quien me dijo que no tenía más información sobre ella aparte de que provenía de una familia con bastante dinero y que había pasado su infancia en Manchester. Lo único que eso me aclaraba era el acento de la chica, aparte de eso, su ayuda me fue totalmente inútil.

Comencé a hacer mis propias teorías, quizá era la clase de chica que se creía una señorita y había que tratarla con rosas y reverencias, sin embargo, lo dudaba. Finalmente, opté por lo más rápido, sencillo y eficaz: consultarle a ella con la vaga esperanza de ganarme su confianza. A muchas chicas les gustaba que le preguntaran por sus vidas, ver interés, y después les sobraba el tiempo para revolcarse en tu cama.

Aquella tarde encontré a Naly en la cocina, era casi la hora de cenar y ella estaba ocupada cortando verduras. La hallé de espaldas a mí, con el cabello recogido en una coleta alta, con un

vestido ancho y negro adornando su cuerpo, y en sus pies llevaba unas zapatillas adorables. Me acerqué por detrás.

—Hey nena, ¿qué tal? —se sobresaltó cuando acaricié sus caderas.

—¡Hal! No me asustes así —dijo dejando el cuchillo en la encimera, volteando

—¿Por qué? Quiero decir, siempre puedes dedicarte a ser rica y aprender historia como *hobby* —estaba siendo sincero, si tuviera la opción de tener tanto dinero, y con eso mi vida solucionada, no estaría perdiendo el tiempo de esa manera.

—No —sonó seca, distante.

—¿Qué te pasa? —pregunté acercándome a ella— Estás tremenda y eres rica, tienes todo lo que alguien podría desear.

—¿Puedes callarte de una vez? —hacía mucho que no veía a alguien tan serio, eso hizo que retrocediera.

—Siento haber dicho algo molesto.

—No, no lo sientes. No sabes nada sobre mí, Hal. No puedes saber si esa «riqueza» es brillante, es pura mierda, o si me gusta.

Volví a acercarme.

—Lo siento —la agarré de las caderas. Era tan pequeña en comparación conmigo y eso lo adoraba tanto.

Noté su respiración volverse costosa, me acerqué más a ella, e insistí.

—Lo siento, no hablaré más del tema si no quieres —acaricié su barbilla y alcé su rostro, la situación me daba una excusa para intentar besarla e iba a aprovecharlo.

Asintió levemente y dejó de mirarme para entrecerrar sus ojos. ¿Estaría ella también esperando el beso? Supuse que sí, así que uní sus labios con los míos; estos sabían tan bien que pensé en que podría quedarme pegado a ella todo el día.

No predije que ella pensara lo contrario.

—¡Ya estás así de nuevo! ¡Es que eres imposible! ¡Solo finges interés para aprovecharte de mí! —exclamó apartándome de un bofetón. Esa chica tenía mucha facilidad para repartir violencia.

—No... —no contesté muy alto porque cuando la miré a los ojos me di cuenta de que era un gilipollas. Tenía razón, había fingido interés para acercarme a ella, y eso me hizo sentir

miserable solo porque sus ojos se tornaron del color del vidrio y no tardó más de unos segundos en dejarme solo en la cocina.

No estaba haciendo las cosas bien y eso me estaba por volver loco. ¿Desde cuándo yo me equivocaba con las chicas? ¡Vamos! ¡No podía ser tan complicado con Naly! Tenía que conseguirlo, aunque quizá aquella no era la táctica correcta.

Pensé en ir tras ella, pero consolarla de un llanto que yo había provocado me pareció hipócrita. Así que permanecí en silencio haciendo la cena: Y preparé pescado porque merecía tragármelo a disgusto.

Edward

Odié la idea de cenar todos juntos, y más aún, odié que Hal y Naly se comportaran como niños después de una pelea. Quería comer, no escucharles hacer el gilipollas.

Hal miraba a Naly, Naly miraba a Welsey y este me miraba a mí esperando que le ayudara a comprender qué diantres pasaba. Hal había cocinado pescado de la manera más asquerosa que se podía hacer y, al menos, mis verduras sabían más aceite que a su sabor real. ¿Qué mierda? Él nunca cocinaba así.

Eran las ocho, así que después de un largo suspiro entré al *pub*. Una de las cosas buenas de mi trabajo era que no me obligaban a llevar uniforme, lo informal estaba bien visto y eso me beneficiaba en todo. Podía seguir mostrando mis tatuajes, llevar mis camisetas sin mangas y revolver mi cabello cuando me venía en gana. El mío era algo más lacio que el de mis hermanos por lo que muchas veces debía luchar por controlar sus ondulaciones, ya que, parecer un león no era algo que buscara. Por esa razón era que Welsey se repeinaba tanto, era la única manera de controlar sus rizos sin tener que cortarlos; porque si había algo peor que uno de nosotros despeinado, era uno con el pelo corto. Tampoco era de extrañar que Hal llevara el cabello desordenado, según él, eso lo hacía ver más sexi, según mi opinión, parecía una coliflor.

Una vez tras la barra esperé lo de siempre, poca actividad. Era un miércoles y normalmente el local se llenaba solo los fines de semana, por lo que decidí

un sitio y en otro a la vez? No lograba entenderlo, ya que yo no podría. En resumen, la relación con su madre no era muy buena, después de que Zane y su padre la pillaran con otro en la cama las cosas se volvieron muy distintas entre ellos. La verdad era que charlar de eso no le hacía bien a Zane, normalmente, intentaba conversar de otra cosa para que así él se distrajera pero ese día le dejé hablar hasta que se quedó sin palabras.

Ya eran las nueve y media y el local seguía con poca actividad: Unos chupitos por un lado, cuatro cocteles por otro y algunas cervezas, por suerte, cerrábamos a la doce. El encargado vino a supervisar, y mientras tanto, Zane se mantuvo en su propio universo. Más tarde, volví a él.

—Ey, ¿en qué piensas tanto? —me apoyé en la barra.

Él alzó la mirada.

—Llevo tiempo pensando en hacer algo de arte callejero.

—¿Grafitis?

—Sí.

—Estás loco.

—Sé que nos pueden multar o meter en la cárcel y que a veces se realizan en sitios arriesgados, pero venga ya, no es para tanto, Edward. Hagamos algo emocionante.

—Odio esa manía tuya de descargar tus problemas haciendo cosas contra la ley. La última vez acabaste en la UCI por la maldita carrera de motos, ¿te acuerdas?

—Sí, pero lo de las motos es asunto olvidado, ahora ni siquiera tengo —hizo una pausa—. Aunque hay una carrera este fin de semana... ¿podrías dejarme la tuya!

Estallé en carcajadas irónicas.

—Y una mierda, ¡ni hablar!

—Vale, vale —alzó las manos—. Pero acompáñame a hacer grafitis esta noche.

—No.

—Solo me acompañas, ¿no tienes que hacer nada tío!

Bufé.

—Que no.

Y después de media hora insistiendo, y para no cambiar la costumbre, el muy hijo de puta se salió con la suya.

CAPÍTULO 5

Hal

—¿Dónde está mi cazadora negra? —me preguntó Edward. Volteé y me lo encontré justo detrás de mí cruzándose de brazos.

—No lo sé —contesté y me fulminó con la mirada, típico en él.

—¿Cómo no vas a saberlo si eres tú el que se encarga de lavar la ropa? —me acusó. «¿Pero este de qué va? Encima que tengo que lavarle la ropa a todo el mundo, me viene a replicar».

—Y yo que sé, lo que lavo está todo en su sitio, y tu cazadora no la he lavado —le aclaré mientras hacía montones separando lo que era de cada uno y agarraba la ropa de Welsey.

—Tienes que saberlo, esto lo haces por joder —dijo y rodé los ojos.

—Que no, Edward. Que no tengo ni idea de donde está —dije levantándome.

—Que me des la puta cazadora si no quieres que me cabree más.

Estaba cansado de su mal humor y amenazas, harto diría. Me daban ganas de pegarle, pero sabía que empezaríamos una pelea seria y no estaba dispuesto a caer en eso. Crucé el comedor y subí las escaleras mientras Edward me insultaba.

Naly se empeñó en que repartiéramos las tareas, y como llegar a un acuerdo fue casi imposible, decidimos echarlo a suerte. A la chica le tocó hacer la comida, cosa que me fastidió porque a mí me encantaba cocinar y ella, prácticamente, no había tocado

una sartén en su vida. Welsey limpiaría la cocina cada vez que acabáramos de comer o que estuviera sucia y vigilaría que el comedor y el pasillo estuvieran recogidos. Edward se encargaría del baño y yo de la colada. Todas las demás tareas las hacíamos entre todos. Al principio no me gustó la idea, pero al final comprendí

—¿Eres idiota?! ¡Mira lo que has hecho! —grité mientras lo intentaba apagar con un libro de Welsey. Sin embargo, presa del pánico, no me percaté de que eso haría crecer más el fuego— ¡Mierda!

—¡No me grites! ¡Es tu culpa por esconder mi cazadora!

—Yo no la he escondido, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —repetí— ¡Y ahora cállate y ayúdame a apagar el fuego! ¡Loco!

Estaba desesperado, ¡íbamos a acabar en llamas! Agarré una camiseta sin saber muy bien qué hacía, pensé que quizá podría terminar con el oxígeno del fuego. No ocurrió, mi instinto de supervivencia acababa de declararse nulo.

—¡Deja de hacer eso! —exclamó Edward— ¿No ves que eso se quema?

—Ah, ¿sí? ¡¿No me digas?! —corrí fuera del cuarto a por agua. Era una estupidez.

—¿A dónde vas? pedazo de maricón —preguntó Edward que cogía la pecera de Welsey y la tiraba encima de la ropa— ¡Joder, el pez! ¡Le he matado el pez!

Reí por lo bajo mientras llenaba un cubo de agua en el baño, cuando acabé vacié todo el contenido encima de la cama, pero no había suficiente líquido. Necesitaba más agua y, por un momento, creí que me daría un golpe de calor.

—Joder, Edward —exclamé—, haz algo.

—¿Me ves cara de bombero?

—¡Idiota! —estaba perdiendo los nervios.

Edward me miró pensativo y luego abrió la ventana.

—Voy a darte la manguera del jardín, quédate aquí, te la pasaré por la ventana —salió corriendo dejándome solo entre el fuego.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamé para mí mismo y podría jurar que quise llorar de miedo.

Minutos más tarde, escuché cómo Edward me llamaba. Me asomé por la ventana y tenía la manguera en la mano.

—¡Pásamela! —le chillé y él asintió tirándomela, pero el muy gilipollas la tenía encendida y lo único que hizo fue mojarme la cara entera—. Idiota.

—Eh... baja esos humos.

—¡Pero si el de los malos humos eres tú! —me lanzó de nuevo la manguera, mojándome otra vez— ¡Me voy a quemar si no dejas de hacer tonterías! —los ojos me lloraban y no sabía si de calor o de miedo.

Dirigí mi mirada al fuego, este se comía todo lo que se encontraba en el camino: cada tela, madera y, su mayor explosivo, los libros de Welsey; que amenazaba con no dejar ni rastro de ellos. Realmente pensé que me quemaría, sin embargo, Edward me hizo un favor cuando, finalmente, lanzó la manguera bien y pude acabar con el fuego. Me apoyé en la pared y suspiré aliviado.

—Ahora vamos a tener que comprarle ropa a Welsey —informó Edward entrando al cuarto encharcado y evaluando los daños.

—Y un colchón.

—Y un armario.

—Y libros... —dije mirando los libros, algunos quemados, otros mojados.

—No te olvides del pez.

Mierda.

Naly

Di un sorbo a mi batido de frambuesa y miré divertida como Wade y Welsey discutían sobre libros. Ya se me hacía normal que hablaran sobre esas cosas raras que solo parecían saber

ellos. Miré a Lottie que los observaba exactamente de la misma manera, y reímos al darnos cuenta de que compartíamos la misma opinión.

—Naly —me llamó la chica— ¿Qué te parece ir de comprar mientras ellos discuten sobre cosas raras?

Asentí, ¡cuánto tiempo llevaba esperando esa propuesta!

—Por favor —respondí mientras ella se levantaba. La imité.

Ya llevaba un mes en la casa de los Bradley, y con ello, algo que empezaba a ser amistad con Lottie. Ambas teníamos mucho en común, a pesar de tener procedencias totalmente distintas: Ella, de padre español y madre holandesa, provenía de una familia humilde; yo, de una familia inglesa con una gran herencia. Pero todo eso no tenía importancia en nuestra camaradería.

De repente los chicos parecieron darse cuenta de que estábamos ahí y alzaron la vista.

—¿A dónde vais? —preguntó el rubio.

Lottie le sonrió y Wade se quedó embobado mirándola. Welsey me dedicó una mirada cómplice, ya que ambos nos habíamos dado cuenta de cómo las chispas salían cuando el rubio y la castaña se miraban.

—A mirar tiendas —contesté.

—Oh... vale —contestó Welsey, ya que los otros dos estaban demasiado sumidos en su universo.

Estábamos en la planta más alta del centro comercial, en el local de batidos, hacía ya dos semanas que pasábamos mucho tiempo allí; y mientras Wade y Welsey hablaban de sus cosas, Lottie y yo conversábamos también.

—Nos vemos aquí a las siete —le dije a Welsey mientras él miraba de reojo a los otros dos que solo se miraban fijamente. Me aguanté una risa y agarré a Lottie del brazo.

—Hasta ahora, chicas —se despidió el chico de gafas con una sonrisa divertida mientras Wade nos seguía con la mirada.

—Qué guapo es —suspiró Lottie una vez que estuvimos fuera del local.

—¡Sois más evidentes! —ella me dio un codazo cuando me reí.

Bufó.

—¿Evidentes en qué? A él no le gusto —dijo mirando al suelo mientras caminábamos hasta las escaleras mecánicas que nos llevarían a la planta donde estaban las tiendas.

Rodé los ojos.

—Sí, claro. Y Hal no es un enfermo sexual —ella captó mi ironía y me fulminó con la mirada. Reí—. Te mueres por Wade y no puedes evitarlo.

—Pues sí —respondió—, pero él no por mí.

Y de nuevo con lo mismo.

—¿Qué poca confianza en ti misma! —le dije y ella negó con un gesto—. Soy adivina y si digo que él está loco por ti, es que lo está.

—Sí... adivina —masculló con ironía, no repliqué a pesar de tener disposición para ello porque algo robó el protagonismo de la disputa: Hal y Edward estaban juntos en una tienda de ropa. ¿Qué estaba pasando?

Lottie pareció percatarse también y comenzó a darme manotazos en el brazo, incrédula.

—Están ahí, ¿verdad? ¿O soy yo que deliro? —pregunté a Lottie—. Hal y Edward comprando juntos. ¡Pero si se odian! ¡¿Qué hacen comprando?!

—Esto no es normal, ¿estarán drogados? ¿borrachos? —preguntó riendo un poco.

—Seguramente. De ninguna otra manera irían juntos de compras.

—¿Entramos a la tienda? —propuso y la miré con horror.

—¿Estás loca? Ni muerta entro ahí con esos dos. Edward pasará de mí, pero Hal... —ella me miró pícara.

—Hal, ¿qué? —preguntó.

—Hal está siendo muy raro últimamente —me mordí el labio recordando cómo había estado Hal conmigo en las últimas semanas. Cariñoso, atento, dulce...

Después de nuestra pequeña discusión en la cocina las cosas comenzaron a

cambiar, y lo que no me gustaba era sentirme atraída a ese cambio.

—Y te encanta.

—No me encanta. Hal es un cínico, un perverso, un enfermo. ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza que me encante?

—Como digas —me agarró del brazo—, sé todo lo negada que quieras, pero vamos a entrar a esa tienda.

—¡No! No puedes hacerme esto. No, Lottie, no —supliqué, pero ella me arrastró de todas maneras—. Te voy a matar.

—Pero, ¿qué más te da? Vives con ellos, vas a verlos luego.

—¡Qué no quiero!

—¡Sh...!

Entramos a la tienda y ya me fue tarde para rechistar, así que observamos desde lejos. ¿Qué estarían comprando? Lottie me hizo una señal para que nos escondiéramos detrás de unos estantes. Edward le lanzó una camisa a Hal.

—¿Esto servirá? —preguntó Edward, a lo que Hal contestó con humor.

—Es horrible —declaró haciendo una mueca de asco.

—Lo sé, por eso la he cogido.

Miré a Lottie y ella frunció el ceño.

—¿Por qué van a comprar cosas feas? —pregunté sin entender.

—No tengo ni idea.

—A ver, aunque creo que esto no es el estilo de Welsey —Hal saltó la prenda y agarró una más del estante—. Tiene que ser aún más feo, como esto.

Abrí los ojos como platos. ¿Estaban comprándole ropa a Welsey? ¡¿Y escogían la más horrible que encontraban?!
—Sí, es verdad, pero esa me gusta —dijo Edward quitándosela y agarrando otra—
¿Esta?

—No... aún más fea —su hermano cogió la camisa de cuadros verde oliva y crema y la puso en su lugar de nuevo, agarró otra— ¿y esta?

—No —negó Edward.

Hal bufó.

—Esto es imposible —dijo él—. En esta tienda me compro yo la ropa. No vamos a encontrar algo del estilo de Welsey. ¡Tendríamos que ir a una tienda de camisas para cuarentones!

—Necesitan ayuda —susurré.

—Ayuda de la buena —añadió Lottie.

—Pero ¿por qué le van a comprar ropa a Welsey?

—Ni idea.

En ese momento, Hal giró la cabeza en dirección a nosotras. Inmediatamente agaché la cabeza y volteamos.

—Disimula —ordené a Lottie, que comenzó a revólver pantalones.

—Edward —dijo Hal a nuestras espaldas.

«Que no me vea», supliqué mentalmente. Hal había estado muy simpático y cariñoso conmigo, y eso me estaba incomodando. Aunque la enfermiza perversión no se le había quitado. Él nos había visto, ahora solo quedaba esperar a que nos hablara.

—¿Me estabas espionando, amor? —me sobresalté cuando las manos de Hal rodearon mi cintura y me susurró al oído. Sí, ese era uno de los comportamientos raros, había cambiado su expresión de «tía buena», por «amor».

—¿Yo? ¿Eh? ¿Hal? ¡Qué sorpresa! —me giré para mirarle. Él sonrió.

—Ya, claro... sorpresa —dijo Edward que se había cruzado de brazos y rodaba los ojos.

—Me espías —opinó Hal satisfecho.

—No, yo no te espiaba —miré a Lottie— ¿A qué no, Lottie?

Ella asintió convencida.

—No —afirmó—, solo mirábamos ropa.

—¿De hombre? —preguntó Edward.

—Sí —contesté.

Hal alzó una ceja divertido. Claro, él estaba feliz con la situación, a diferencia de Edward que nos miraba impasible y malhumorado, seguramente también nos maldecía en su mente

—¿Y qué hacíais? —preguntó Hal, que aún no me había soltado la cintura. Lo aparté de mí.

—Pues... comprar ropa —expliqué.

—¿De hombre? —insistió Edward.

—Para mi novio —Lottie improvisó.

La miré seria. ¿Novio? ¿En serio? Hal se rio.

—¿Cuál? ¿El imaginario? —preguntó Hal riéndose de ella.

—Hal, no tiene gracia —le regañé.

Él rodó los ojos.

—¿Tú tienes novio, rara? —le preguntó a Lottie y ella asintió.

—Sí, se llama... McGregor —contestó ella intentando parecer convencida.

—¿Eso es un nombre? —dijo Edward alzando una ceja.

—Pues sí, claro —contesté.

¿McGregor? ¿No había nombres más feos? Me reí.

—Tú, puta ¿de qué te ríes? —me dijo Edward mientras se apoyaba en la estantería.

Hal lo fulminó con la mirada.

—No la llames puta —me defendió.

—De nada —contesté ignorando el comentario del segundo hermano.

Edward no respondió. Y durante unos minutos ninguno de los cuatro habló.

—Bueno, ya que estáis aquí y nos habéis espiado, ayudad a encontrar algo para Welsey —propuso Hal.

—¿Para qué buscáis algo para Welsey? —pregunté.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Edward. Me cansaba, me hartaba mucho ese chico.

—Pues... porque queríamos comprarle algo —informó Hal, y tanto Lottie como yo quedamos estupefactas. Aquello era nuevo, muy nuevo, tanto que olía a increíble.

—Ah... vale —dije.

—¿Nos ayudáis? —preguntó Hal.

—No necesitamos ayuda —Edward mostró su lado más amable, nótese la ironía.

Hal lo miró.

—Claro que la necesitamos, llevamos aquí más de una hora.

—Que no —insistió Edward.

—Que sí.

—Qué no.

—Qué sí.

—No me llesves la contraria, inútil —Edward se impuso.

—A mí no me llesves inútil —replicó Hal.

—A mí no te me pongas chulo, que te enteras —replicó Edward sin moverse mientras su hermano se movía en su dirección.

—¿Me entero de qué? —preguntó Hal e inmediatamente comenzaron a insultarse en medio de la tienda, haciendo que todo el mundo nos mirara.

—Te he dicho que no entráramos —le dije a Lottie.

—Tengo miedo, se van a matar —dijo Lottie cuando Edward le dio un puñetazo a Hal, quién no se dio por intimidado y se lo devolvió.

¡Eran unos animales!

—¡Hal! ¡Edward! ¡Parad! —grité y agarré a Hal por los hombros.

Los chicos me ignoraron y siguieron pegándose. Enseguida apareció seguridad, pero nos era imposible separarlos. Así que decidí hacer una locura y me metí entre ambos hermanos, haciendo que, para mi desgracia, un puñetazo fuera para mí. Grité y me llevé la mano a donde había recibido el golpe, de inmediato los chicos pararon para darme su atención.

—Oh, Dios —dijo uno de ellos. En ese momento todo se me estaba tornando borroso. Me había dado cerca del ojo y me estaba mareando.

—Naly, ¿estás bien? Joder, lo siento —se disculpó el otro.

La cabeza me bombeaba y solo escuchaba a Lottie hablar, me estaba entrando unos extraños calores fríos que recorrían todo mi cuerpo, haciendo que perdiera fuerza. Noté un líquido saliendo de mi sien y no me hizo falta tocarlo para saber que era sangre.

—Mira lo que le has hecho, inútil. Te voy a matar —dijo el otro— ¿Estás bien, amor? —supe que ese era Hal porque me llamó amor y me abrazó justo antes de que me desmayara en sus brazos.

«Qué pesado es».

Hal

Me senté junto a Edward en el sofá.

—Iría bien comenzar por comprarle un colchón, una almohada, colchas y sábanas para la cama —comenté—. Tendrá que dormir en algún sitio.

—Joder, encima ahora tengo que comprarle de todo al maricón de Welsey —se quejó.

—No, no te preocupes, ha sido un accidente —contesté y él asintió.

El otro, Hal, miraba incrédulo. Edward se levantó.

—Yo tengo que irme, ahora vuelvo con las cosas Hal —sentenció mirando a su hermano antes de irse. Entonces, miré a Hal.

—¿Dónde está Lottie? —pregunté al ver que no se encontraba con nosotros.

—Se ha quedado con Welsey, para... entretenerlo —respondió, y mi ceño se frunció en respuesta a su rara declaración.

—¿Entretenerlo de qué?

Esbozó una mueca.

—Luego verás —se tumbó a mi lado levantando la manta para hacerse un hueco. Me dedicó una sonrisa cuando le miré,

pero enseguida adiviné que quería jugar con sus manos—. Ahora quiero hacer otras cosas.

—Ay Hal, por favor, déjame —refunfuñé, se puso encima de mí y me miró fijamente a los ojos.

—Eres muy sexi —besó mi cuello, usando susurros como tonos de voz, aprovechándose de que yo no podía moverme gracias a mi mareo.

—Hal... quita —susurré, sin saber bien a qué obedecía. Me gustaba su cercanía, pero pensar que acabaría con el corazón roto me hacía echarlo cada dos por tres.

No se apartó.

—No te resistas más —su susurro pareció una súplica, y mordisqueó mi lóbulo con travesura.

Mentir era mi mejor opción en aquel momento.

—Me estoy mareando.

Su toque me provocaba cosquillas, hacía que mi corazón se acelerara e, incluso, cuando besaba mi cuello, sentía que mi estómago se encogía. Debía retener los

—Pero ¿qué habéis hecho?! —volteé hacia Hal y él acomodó su cabello nervioso.

—Ha sido un accidente —explicó—. Estamos comprando todo para reponerlo.

—Pero Hal... ¿no deberíais limpiar primero? —si Welsey llegaba y eso seguía así todo sería un desastre.

Él torció una sonrisa.

—Pues sí...

Mi dolor de cabeza se fue intensificando, pero suspiré y me dirigí a buscar los utensilios de limpieza con Hal detrás de mí. En la cocina agarré algunas bolsas de basura, guantes y la escoba, mientras el chico agarraba lo demás que estaba en el rincón de debajo de las escaleras. Era la primera vez que limpiaba algo de una manera tan profunda, pero tampoco creí que fuera muy complicado.

—¡A limpiar! —exclamé fingiendo ánimos. Limpiar era lo último que me apetecía con ese dolor de cabeza.

Hal bufó.

—Yo no sé limpiar.

Rodé los ojos.

—Puedo ayudarte, pero con una condición.

—Dime.

—Que limpies y no te distraigas —no parecía muy convencido de mi propuesta.

—Me estás pidiendo mucho.

Lo fulminé con la mirada.

—Entonces no te ayudo.

—Está bien —se mordió el labio con diversión—. Puedo intentarlo.

La manera en la que su labio se estiró hizo que riera.

Lo ayudé a limpiar todo el desastre. Para cuando trajeron el colchón no quedaba un solo rastro de fuego a parte de las manchas en las paredes. El mueble de la cama

—¿Qué?! —dijo Welsey otra vez.

—Y puede que yo matara a Stilly sin querer —Edward se rascó la nuca.

—¿Qué?! ¿Qué?! ¿Qué?! ¿Qué?! —repetía Welsey llevándose las manos a la cabeza desesperado— ¿Qué?!

—Ya está de decir tanto qué —dijo Hal—. Me pones nervioso.

Welsey se acercó a ellos.

—Escuchadme bien los dos —la rabia hablaba a través de su respiración— Permito que me insultéis, que os riáis de mí, que me hagáis el vacío, que me odiéis y todo lo que hacéis conmigo. Pero esta vez os habéis pasado, estoy harto de que me tratéis como vuestra mierda. Habéis llegado muy lejos con esto. No hacía falta quemarme las cosas para que me diera cuenta de lo poco que os importo. ¡Este es mi espacio, y no lo habéis respetado!

Dicho esto, se sentó en su nuevo colchón, inspiró profundamente y apartó la mirada hacia su estantería vacía.

—Toda mi vida guardando libros... para nada.

—Pero Welsey, ha sido un accidente —dijo Hal.

—Welsey ellos no querían quemarte el cuarto —intenté calmar la situación.

Edward se fue, pero vi como Welsey alzaba la mirada esperando que su hermano, el de las pocas palabras, se atreviera a dejar salir alguna pero no lo hizo. Entonces, vi como los ojos del chico de gafas se aguaban en rabia y no pude hacer otra cosa que sentarme a su lado y abrazarle.

—Welsey, por favor, créeme —dijo Hal poniéndose delante de su hermano—. Yo nunca te haría algo así.

Welsey negó.

—Vete —ordenó el de gafas—. No quiero verte, eres peor que un grano en el culo.

Hal abrió la boca sorprendido.

esperaba. ¿Qué les pasaba aquel día a los trillizos? Estaban raros los tres. Edward bromeando, Hal más cariñoso y dulce, y Welsey besándome.

Cerré los ojos conmovida por el masaje de Hal.

No caigas en sus juegos, me decía mi consciencia, él es un jugador experto. Solo quiere acostarse contigo.

Welsey es mucho mejor. ¿Por qué de repente tenía una discusión amorosa entre los dos?

—¿Por qué viniste a estudiar aquí? —preguntó de golpe.

—Pues... Siempre soñé con estudiar lejos de casa.

—¿Y eso? Yo llevo toda la vida aquí.

—Sueños, no lo sé, supongo que cada uno tiene sus metas.

Sonrió.

—Cierto —calló unos instantes— ¿cómo va tu dolor de cabeza?

—Cada vez me duele menos —cerré los ojos.

—Me alegro.

Me abrazó, pero yo ya estaba cayendo en un sueño. Un bonito sueño en el que Welsey me besaba de nuevo, aquello era extraño.

Otro que se tomaba libertades.

—Para ya de refunfuñar, que estás peor que yo —dijo soltando mucha ropa frente a nosotros.

Ya habíamos visitado más de cuatro tiendas, y en contra de todos sus intentos, yo no quería cambiar de aspecto. Me había probado decenas de prendas que a pesar de que algunas no estaban mal, no conseguían hacerme sentir bien.

—A ver, si no intentarais cambiarme, no me quejaría —dije.

Tanto Naly como Hal se mostraron molestos hacia mi comentario antes de ponerse a rebuscar de nuevo, mientras Edward comenzó a enseñarme todo lo que había elegido. No era una sorpresa para nadie que detestara todo lo que me mostraba.

—Parece que me he metido en tu armario —cuando me quejé nuevamente, Naly se acercó curiosa.

—Welsey, yo no visto con estas cosas —replicó mi hermano.

—Tiene razón —dijo la chica y agarró una chaqueta que llevaba Edward en la mano—. Esta es muy bonita, póntela.

Me tendió la chaqueta, era negra y con mucho forro peludo dentro, con eso nadie pasaría frío. No estaba del todo mal, pero no me convencía.

—Pero no hagas eso. Ven, pareces un niño pequeño —me agarró de la mano, lo que hizo que me sintiera incómodo. No podía dejar de pensar en el hecho de que la había besado y, por alguna razón, sentía que no había sido correcto.

Noté esa misma incomodidad en ella, pero sabía que no dejaría que eso acabara con nuestra amistad. Por eso se comportaba como si nada hubiera pasado y yo intentaba hacer lo mismo.

Buscó un espejo e hizo que me mirara, quedé perplejo unos segundos con la imagen que vi, esto me hizo sonreír ligeramente; me gustaba ese Welsey.

—No me gusta —mentí.

para que me «despertara».

—Más de una hora —me sacudió y fingí que acababa de despertarme.

—Te odio —dije yo mirando a Edward, aunque el mensaje fuera para ambos, a este por encerrarme y a Welsey por robarme la chica.

Aquello no se quedaría así.

CAPÍTULO 7

Naly

Agarré ropa limpia y me fui a duchar. Entrar en ese baño era toda una guerra, aparte de la cantidad de cosas que estaban de por medio debía lidiar con las toallas, definitivamente, si con algo tenían un problema esos chicos, era con las toallas. ¿De dónde procedía esa extraña manía de dejarlas por todas partes? En el mármol del lavabo, en la mampara de la ducha, en los colgadores, en el suelo. Toallas, toallas y más toallas. ¿No era más fácil?

La ducha me relajó, para mí no había nada mejor en el mundo que sentir el agua resbalarse sobre mi piel; no obstante, mi paz interior desapareció cuando salí del baño y tocaron el timbre de casa, para mi mala suerte, era Stacy.

—Hola —saludó la pelirroja dedicándome una mirada con superioridad.

—Hola —manifesté con desdén.

No aguantaba a esa chica, era la persona más irritante del mundo y lo peor era que siempre venía a casa a hacer la misma cosa ruidosa. Me parecía maravilloso que Hal le diera los mejores orgasmos de su vida pero, por favor, yo no tenía por qué enterarme de eso.

—¿Está mi novio? —preguntó ella haciendo resaltar las palabras «mi novio». Ignoré su tono y asentí.

—Está arriba, pero toca a la puerta antes de entrar, creo que está con otra —le advertí con burla y ella me fulminó con la mirada.

—Muy graciosa. Él solo tiene relaciones conmigo, guapa.

Disfruté con su mueca de rabia. Nadie saldría con Hal en su sano juicio, además, estaba harta de que cada vez que Stacy venía a casa Hal acabara borracho. ¿Qué pasaba dentro del cuarto aparte del sexo para que el chico acabara refugiándose en

la bebida?

—Sí, sí... —eso no se lo creía ni ella. Volteé subiendo las escaleras hasta mi cuarto, con Stacy detrás.

En ese momento Hal y Edward salieron del cuarto de Welsey. Fruncí el ceño, aquellos últimos días habían estado demasiado tiempo juntos, sobre todo Hal y Edward.

—¡Amor mío! —exclamó Stacy y se lanzó sobre su «novio». Era una lástima tener una relación solo válida para uno, si es que así lo era. Él la agarró de los cachetes y la abrazó, una manera muy poco cariñosa y demasiado pervertida, ¿era la única que lo creía? Rodé los ojos y Hal me miró satisfecho.

—Tengo ganas de ti preciosa —dijo lo suficiente alto como para que todos escucháramos.

—Sí, pero las ganas tenlas en otra parte —dijo Edward.

No pude evitar intervenir:

—Sí, mejor, no tengo ganas de traumas.

—Verme desnuda es mejor que ver a una actriz porno —informó Stacy con orgullo.

Alcé las cejas.

—Sí, sí, no te lo niego —contesté, siguiendo con mi tono satírico.

—A mí me hablas con respeto —replicó ella.

—El día que te tengas respeto a ti misma te hablaré con respeto.

—Peleaos que esas cosas me gustan —manifestó Edward cruzándose de brazos—, y sobre todo si es entre zorras.

Imbécil.

—Cállate —dijimos Stacy, Hal y yo al unísono.

Su mirada fue violenta y ni Hal ni Stacy rechistaron, parecía que a la chica se le

había bajado la superioridad. Edward apartó su atención de ellos, por otra parte, Hal volvió a su cuarto seguido por la pelirroja, cerrando la puerta y dejándome sola con su hermano en el pasillo. Lo miré, alerta de que me dijera algo, pero no lo hizo. Decidió hacer algo que me tendría pensando por varias semanas: me guiñó un ojo y torció una sonrisa disimulada de satisfacción.

Quizá si Stacy hubiera salido del cuarto gritando que odiaba a Hal no me habría sorprendido tanto. Aquello era nuevo. ¿Edward? Estaba segura de que aquel gesto era parte de reírse de mí, sin embargo, mi poca simpatía hacia él me decía que no le hiciera caso, nunca valía la pena. Así que me fui a mi cuarto cerrando la puerta con rapidez.

¿De verdad me había guiñado el ojo Edward?

¡¿Edward?!

No podía creerlo.

[]

—¡Buenos días! —saludé entrando en el asiento trasero del coche de Wade.

—Buenos días, Naly—saludó el rubio educadamente.

—Buenos días, *baby* —esa fue mi amiga.

—Buenos días —Welsey entró por la otra puerta con la cabeza gacha, como si de esa manera su cambio de *look* se disimulara, pero nuestros amigos no tardaron en percatarse. No pasaba precisamente desapercibido.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó Wade.

Welsey suspiró.

—¿Te acuerdas que me quemaron la ropa? —el rubio asintió— Pues esto es lo que tengo ahora de ropa. Se han empeñado en que cambiara de aspecto.

—Estás increíble, Welsey —dijo Lottie, que sonreía de oreja a oreja—. Me gusta

—Estás perfecto —dije y le besé la mejilla al abrazarlo.

Estaba comenzando a sentir cosas por ese chico y eran las típicas mariposas en el estómago las que me lo decían.

Welsey y yo nos despedimos de Lottie y Wade para ir a clase. Me mantuve mirando al suelo en el corto camino al aula, siempre intentaba despejar la mente antes de entrar a clase y eso me ayudaba; pero, últimamente, había pasado tiempo sin pensar en mis padres que en el instante en el que llegaron a mi mente quise echarlos, ¿por qué? No lo sé, pero a veces aparecían en mi mente como un destello. Ellos no me habían llamado, tampoco tenía ni un solo mensaje que alejara de mí el pensamiento de que me habían abandonado a mi suerte, después de todo, tampoco era tan difícil de creer.

Welsey se desvió para ir al baño, por lo cual, seguí yendo sola asegurándole que le guardaría un lugar en el aula; de pronto, alguien me agarró del brazo y me arrastró con fuerza, alcé la mirada y la chica de cabellos negros y mirada amenazante no parecía tener intenciones de dar un paseo amistoso conmigo.

—Tú y yo vamos a hablar seriamente —ordenó Adriana.

—¿Qué? —pregunté confusa.

—¡Cállate! —esa chica podía conseguir ponerme los pelos de punta con más facilidad de lo que Edward lo hacía, así que cuando me arrastró fuera del edificio, no puse réplica alguna. «¿Naly, eres tonta? ¿Cómo dejas que te arrastren sin motivo?»

Comenzaba a darme cuenta de que era una persona muy manipulable y odiaba ver cómo todos podían hacer conmigo lo que quisieran, así que apreté la mandíbula dispuesta a no ponerle las cosas fáciles a Adriana.

«Al menos, quiero salir viva de esta».

Adriana se acercó a mí tentativamente cuando llegó a una zona en la que no había nadie.

—Me estás dando muchos problemas, zorra —no entendí su punto, es más, me

Rodó los ojos, ignorando mi último comentario.

—Me importa una mierda. Si no quieres verte colgada por los pelos de uno de estos árboles, aléjate, deja ya los besitos, abrazos y cambios de imagen. No me gusta, Welsey estaba bien como estaba —el desprecio era notable en su tono de voz—. Mira, vete que no estoy de humor y como sigas aquí te mato, puta —me soltó.

Mi corazón subió en espiral a mi garganta y enseguida supe que no debía dejar que ella notara mi miedo, sin embargo, por alguna razón supe que era demasiado tarde.

No dije nada, solo le dediqué una última mirada antes de voltear para mantener mi cabeza y atención lejos de ella. Mis rodillas temblaban un poco, no podía negar que le temía, quizá era el tono que empleaba, o sus labios pintados con un color oscuro. Pero lo más importante, si Edward podía hacer que le temiera, ella podía doblarlo.

Volteé para comprobar que no me seguía y enseguida me alivié al no encontrarla. ¿Qué haría con Welsey? Si de algo estaba segura era de que no quería perderle por ella.

Era irreal que a esa chica le gustara Welsey, después de todo, eran más que opuestos, como norte y sur; dos personalidades que ni siquiera llegaban a cruzarse en un solo punto, porque simplemente se dedicaban a perderse en el infinito. Inteligencia y necesidad. Elegancia y descaro. La calificué de loca, además, no podía creer que me hubiera amenazado; sabía que era capaz de sacarme todos los pelos de la cabeza si con eso conseguía lo que quería y aquello era lo que más me asustaba.

Bufé y me animé a caminar rápidamente hasta el aula. Welsey estaba allí y me estremecí solo de pensar que ella llegara a verme con él, con lo que me había costado dejar crecer mi cabello, esa zorra no iba a tocarlo. Hay una cosa en la mujer con la que no te puedes meter y eso es su cabello. Pero el chico cuando me vio me indicó que me sentara a su lado, lo hice, no obstante, me mantuve tensa toda la lección. La revolución industrial quedó en segundo plano y solo pude escuchar las voces quejándose en mi cabeza. Odiaba no poder disfrutar de la lección porque se me hacía eterna.

Welsey me miró con algo de preocupación en su mirada.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté con una sonrisa falsa—, perfectamente —y no hablé más. Yo tampoco, por supuesto. Seguía asustada por Adriana y sus amenazas, tampoco quería perderle a él.

Sabes que hay algo mal contigo cuando consigues prestar atención solo al final de la clase y, de hecho, así fue. ¡Genial, Naly! ¿Qué puede ir peor hoy? ¿Que acabes en la cama de Hal? Me quedé haciendo garabatos en mi cuaderno y, por irreal que pareciera, cuando alcé la cabeza para salir al descanso, Welsey no estaba. Así que fui a la cafetería donde encontré a Wade sentado en una de las mesas laterales.

—¿Dónde está Welsey? —pregunté al rubio que estaba jugueteando con un bolígrafo y mantenía su mirada perdida.

—No lo sé —suspiró sin mirarme—. Estará con sus nuevos amigos —¿nuevos amigos? ¿qué?

—¿Qué nuevos amigos? —me senté a su lado y él me miró.

—Esta mañana mucha gente se ha acercado, vino un grupo y se ha ido con ellos —lanzó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Y no te ha invitado a ir con ellos? —pregunté. Me sorprendía mucho un comportamiento así por parte de Welsey, a pesar del hecho de que se hubiera marchado del aula sin mí.

—¿Qué no me ves? Soy un bicho raro —señaló su atuendo con rabia.

Iba a replicar, pero Lottie interrumpió con su presencia.

—¿Qué tal? —saludó— ¿A qué viene esa cara Wade? ¿Y Welsey?

Ambos nos encogimos de hombros.

—Por lo que parece ahora tiene personas más interesantes con las que juntarse —informó Wade con ese recelo que no desaparecía.

—Seguro que luego vendrá —dijo ella, sin preocupación.

—No —dijo Wade— No vendrá. Nadie vendría con nosotros, quizá con vosotras sí, bueno... sois mujeres... y guapas.

Hice una mueca. No sabía lo que era ser despreciada por un amigo, pero quizá estaba exagerando. Welsey solo se había ido a conocer gente, nada más, volvería y todo sería como siempre. Lottie enseguida le cambió de tema y, sentándose a su lado, entabló con él una conversación de la que quedé excluida. De inmediato noté la indirecta, así que cuando ella me miró supe que estaba deseando que los dejara solos. Le sonreí y me despedí para salir de allí. Caminé por los jardines del campus con la intención de sentarme en cualquier parte, ponerme a escuchar música y desconectarme un rato para olvidarme de todo. Me acordaba demasiado de mis padres y sabía que eso debía parar, no era sano para mí, y a veces, necesitaba tiempo para estar sola.

Encontré un lugar cerca de la zona donde Edward pasaba los descansos con sus amigos, pero no tenía ganas de enfrentarme a Adriana, así que seguí buscando. Me sentía bien caminando sola entre tanta gente que iba de un lado a otro, hablando, algunos con ánimo, otros con queja. En la universidad, no pasabas ni un solo momento sin escuchar a alguien quejarse de algún profesor, me hacía gracia ese hecho, tampoco eran tan malos. Me crucé de brazos, ya que a veces sentía que era violento no utilizar mis manos cuando estaba pensando, pero no lo hice durante mucho tiempo porque vi algo que realmente me sorprendió: Welsey estaba pasando el descanso con Hal y sus amigos. Se había sentado junto a Hal, quien mantenía la mirada perdida en el suelo, Eiden y Stacy hablaban con el chico de gafas, y él sonreía y contestaba amigable... ¿era tonto? Sinceramente, fue lo primero que me pasó por la cabeza. ¡Esos dos le habían tratado mal! ¿Qué hacía hablando con ellos como si nada pasara? Ni siquiera tenía sentido, y a pesar de que nada tuviera sentido con los Bradley, aquello superaba todo lo que hubiera podido imaginar, aunque, al fin y al cabo, se le veía contento. Hal, por su parte, era todo lo contrario, se había perdido en su propio universo, en el cual seguramente estaría maldiciendo a su hermano por robarle la atención. Mis pies se clavaron al suelo y seguí observándole unos minutos, los justos para que él alzara la mirada y me

descubriera espiándoles.

Me quedé paralizada unos segundos, si había algo que me diera más vergüenza que admitir mi amor por los pies, era ser atrapada con las manos en la masa; pero no me sonrió, solo me dedicó una mirada carente de seguridad y manchada de incomodidad. Algo le pasaba, más allá de Welsey. Le sonreí, pero no vino a mí, es más, me dedicó una pequeña sonrisa cuando vio que yo comenzaba a caminar lejos de allí. La idea de que vendría por mí se me hizo atractiva, pero no lo hizo a pesar de que esperé que lo hiciera.

Me senté bajo un árbol preguntándome quién me llevaría a casa cuando las clases acabaran, ninguno de los tres parecía estar en disposición, y ni muerta se lo pediría a Edward. Suspiré, encendí mi iPod y dejé que la voz de Taylor Swift me llevara a otro lugar, uno donde todo son bonitos cuentos de hadas o trágicos desamores. Historias de amor en las que se baila con la luz de la nevera, se interrumpen bodas y el amor solo es un juego al que se puede jugar bien o mal. Historias que hablan de cómo mentirías si te preguntan si le amas, en las que deseas no haber crecido nunca y en las que nunca querrás olvidar como brillabas aquella noche bailando bajo la lluvia. En todas querrás ser recordado.

Cerré mis ojos con la mente en blanco y, casi sin percatarme de ello, me dormí.

que él era una de esas personas que no soportan estar sin hacer nada; según él, hacer el vago es despilfarrar lo único que tenemos: el tiempo y, por lo que parecía, eso le horrorizaba.

—Cambiando de tema —comenzó Zane cuando se aburrió de escuchar los lamentos de nuestro amigo—. El otro día Edward y yo fuimos a hacer grafitis.

Su manera de manifestarlo fue demasiado orgullosa para mi gusto. «Cabrón».

Los otros dos se sorprendieron y me resultó graciosa la mueca de Adriana.

—¿Qué? ¿Edward haciendo grafitis? ¿el señor «cumplamos la ley»?

Aunque no lo pareciera, odiaba hacer cosas que no fueran éticamente correctas. Yo no era un chico malo, solo era borde con el mundo.

—Insistió tanto que solo quería que se callara —me defendí—. No sabes lo que es tenerlo que escuchar suplicar mientras trabajas.

A Joan se le pusieron los ojos cual dos estrellas al escuchar la palabra trabajo.

—¿No tendrán nada libre donde tu trabajas no?

—No.

—¿Seguro?

—No.

—Y no podrías preguntar...

—Te ha dicho que no, pesado —le dijo Zane, haciendo que se callara antes de un suspiro.

—Anda que podríais haberme avisado cuando os fuisteis a pintar, me hubiera gustado ir —comentó Adriana cambiando de tema y mostrándose algo ofendida.

—La próxima vez te avisamos —le dije.

—¡Gracias, Eddie! —exclamó la chica.

—No me llames Eddie, es nombre de gato, joder —me quejé. Mi odio por ese mote era algo que no podía explicar.

Volví a mi pollo dejando que el silencio hablara unos segundos.

—Me encantas Edward —comenzó la chica—, ¿y sabes por qué?

—No —le contesté sin mirarla, ya estaba con sus tonterías otra vez.

—Porque eres igualito a Welsey.

—¿Qué tiene que ver mi hermano conmigo?

—Era una forma de decirte que me gusta tu hermano.

—¿Te gusta mi hermano?! —grité, aquella fue una de las cosas más chocantes que alguna vez me habían dicho.

¿Welsey y ella? Eso era de locos.

Zane y Joan estallaron en carcajadas.

—¿Ahora a la chica mala le gusta el pringado? —comentó el moreno.

—No te burles, imbécil —se quejó la chica.

—Estoy alucinando —declaré y decidí que era mejor ignorar la conversación, solo decían pavadas.

Sin embargo, parecía que ese mediodía el mundo tenía ganas de tocarme los cojones, porque, acto seguido, Hal me llamó.

—Lo que me faltaba —mascullé para mí mismo sacando el móvil de mi bolsillo—
A saber qué querrá el gilipollas este —descolgué—. Dime.

—Hola, ¿sabes dónde está Naly? —su voz sonaba agitada.

—Y yo qué sé. ¿Por qué respiras así? ¿Qué coño estás haciendo?

—Estoy cansado de correr.

—¿Correr por dónde?

—¡Buscándola! ¡No la encuentro!

—Oh... pues no tengo ni idea de dónde puede estar.

—Vale, gracias, adiós — colgó sin decir nada más.

Me pareció muy extraño que de un momento a otro mi hermano estuviera tan pendiente de la chica, incluso, llegué a la conclusión de que estaba comenzando a sentir algo más que deseo por ella, algo que acabaría por volverlo loco.

Un cuarto de hora más tarde presioné a Zane a salir de su constante actitud procrastinadora y lo obligué a levantarse e ir conmigo al Ashmolean Museum. Nos habían mandado hacer un trabajo en el que teníamos que ir a la sección de Asia Oriental y escoger varios objetos o espacios para dibujarlos. La idea era familiarizarnos con el arte antiguo de aquel territorio, esto me parecía mejor idea que obligarme a estudiar páginas y páginas sin tener que hacer uso de mis sentidos.

Hice un total de diez esbozos y decidí volver al museo a seguir con el proyecto cualquier otro día. Dibujé trajes, vajillas, alguna que otra pintura y algún que otro conjunto de objetos.

Al terminar, nos fuimos a casa de Zane, como su padre no estaba en casa podríamos tener un rato de tranquilidad, o al menos eso pensaba, ya que tanto Joan como Adriana no tardaron en aparecer.

—Joder Joan, ya te has fumado tres —se quejó el moreno dejando escapar el humo de entre sus labios—. No te pienso dar más.

—Uno más —suplicó el castaño de ojos almendrados—, solo uno —Zane no contestó.

A más de uno le parecerían extrañas nuestras sesiones de humo y charla en la habitación de Zane, sin embargo, para nosotros era algo sagrado que nunca podía faltar. Yo me tumbaba en la cama y, a pesar de que rara vez fumaba, me tragaba el humo de todos mis amigos que fumaban como carretillas.

Zane, mal sentado en su silla de escritorio con los pies sobre la mesa, miraba por la ventana renegando de compartir más de su nicotina. Y Joan, sentado en el sofá negro del cuarto junto con Adriana, no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Venga, uno por favor —suplicó de nuevo.

—No, solo me quedan cuatro y me tienen que durar hasta mañana —contestó el

chico

—Eres un egoísta de mierda —replicó y se dirigió a la chica—. Dame uno Adriana, anda —ella le enseñó su precioso dedo corazón—. Vale, eso es un no.

—A mí no me preguntes que yo no fumo —sabía que tenía intenciones de venir a mí. El chico bufó y se tiró en la cama a mi lado resignado.

—Tengo que conseguir dinero para tabaco —declaró con la mirada clavada en el techo.

—O dejar de fumar— sugerí con una sonrisa burlona.

—Ni hablar.

Me encogí de hombros.

—Busca un trabajo —sugerí.

—No quiero trabajar.

—En ese caso, te jodes —le contesté y Zane se rio.

Naly

Noté como alguien me acariciaba antes de cargarme en brazos. Abrí los ojos confundida y me encontré con ese cabello rizado que ya tenía tan visto. La música seguía sonando en mis oídos, observé como el chico que me cargaba miraba hacia adelante, me abracé a su cuello y él me miró sonriéndome en respuesta, enseguida supe que era Hal.

—Vamos a casa amor —susurró, y lo escuché a pesar de la música, ya que un auricular me cayó.

Hundí mi cabeza en su cuello y me di cuenta de que el recinto estaba vacío. Me llevó hasta el aparcamiento y, cuando llegó al coche, lo abrió y me ayudó a entrar en el asiento del copiloto; cerró la puerta, mientras, yo aproveché de apagar mi iPod y guardarlo en mi bolso que estaba en el suelo del coche. Hal lo había traído también. Se metió en el coche y me miró cuando me acurruqué.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las siete de la tarde —contestó arrancando el coche.

Abrí los ojos como platos. Había dormido todo el día sentada en el suelo ¿se podía ser más perezosa? ¡El descanso era a las doce!

—Dios... he dormido todo el día en el suelo —dije pasmada y él soltó una carcajada.

—Pues sí —se acercó a ponerme el cinturón y, de repente, me sentí como una niña pequeña—. No lo vuelvas a hacer, me has asustado. Llevo dos horas buscándote por todas partes —su mirada era seria y preocupada.

—Lo siento —me disculpé conmovida. Era la primera vez que alguien se preocupaba así por mí—. Gracias.

Mis padres nunca lo hicieron, podía desaparecer por horas y ellos ni se inmutaban, pues las encargadas de vigilarme eran las niñeras y las profesoras particulares.

—Gracias, ¿por qué?

—Por preocuparte por mí —me sentía avergonzada y conmovida al mismo tiempo.

—Oh... no hay problema, es un gusto.

No volvimos a hablar mientras él conducía a casa. Sabía que debía contestar, pero no tenía nada que decir y, a veces, es mejor callar que dejar escapar palabras vacías.

Era una situación rara, nunca me imaginé que Hal pudiera ser así. Se preocupaba por mí sin que yo tuviera que esforzarme por ello, además, estaba dispuesto a buscarme por horas si era necesario. Por esa razón, tuve ganas de abrazarle, pero no lo hice.

Hal aparcó en casa y se empeñó en llevar mi bolso. En casa todo estaba silencioso y, como de costumbre, no había nadie.

—¿Dónde están todos? —pregunté.

Hal bajó la mirada.

—Welsey ha salido y Edward también.

—¿Welsey? ¿Con quién? —pregunté frunciendo el ceño.

—Con Eiden y Darren —Eiden y Darren eran amigos de Hal, no de Welsey. ¿Qué estaba pasando?

—Pero ¿esos no son amigos tuyos...? —no tuve tiempo de acabar.

—Ya ¿y? Cada uno sale con quien quiere —dijo Hal como si no le importara. Pero yo sabía que le afectaba, es más, su actitud me recordaba a la de Wade por la mañana.

El cambio de *look* de Welsey nos estaba afectando a todos.

—Nada —dejó la mochila en mi cuarto y salió de allí cabizbajo.

Presentía que aquello no sería fácil de remediar, pero ignoré su comportamiento y me fui a repasar la materia dada en las clases. Pensé que ya se le pasaría el disgusto.

Welsey

—Te echo otra partida —dijo Eiden metiendo otra moneda en la máquina—. Y esta vez te gano Welsey. Que lo sepas.

Reí divertido. Aquella era la décima partida y Eiden había gastado una fortuna en la máquina recreativa.

—Eso ya lo veremos, Eiden —lo reté.

—Vas a perder otra vez Eiden —advirtió Darren riendo, que estaba apoyado en la máquina. Eiden negó.

—¡Qué no! —exclamó— Tengo que ganarle, esto está siendo muy frustrante, hasta que no gane no me muevo de aquí.

—Cabezón —negó Darren dándose con la palma de su mano en la frente. Reí, eran muy divertidos.

—Venga empezamos —dijo Eiden y pulsó el botón verde que contenía la palabra

«Start» en su centro.

La partida empezó y, con ella, también la emoción exagerada de Eiden. El juego era simple: había que matar bichos. Sí, solo eso. Era simple puntería, pero la puntería de Eiden era pésima, y ni hablar de evitar que le mataran.

—¡Oh Dios, qué culo tiene esa! —exclamó Darren, haciendo que Eiden apartara los ojos de la pantalla

—Esa ¿dónde? —preguntó Eiden unos segundos antes de que la máquina emitiera un pitido: Eiden había muerto.

—No hay nadie —Darren rio—. Eres más simple.

—Esta me la pagas —reí ante el tono enfadado de Eiden.

—Te he vuelto a ganar —anuncié divertido

—Ya... ¿cómo lo haces? —me preguntó— Yo siempre gano en esto, a Hal le he ganado desde... siempre, no lo entiendo.

Hal era un patoso para todo lo que no fuera sexo, así que ese dato tampoco me sorprendía. Enseguida me pregunté qué estaría haciendo. No había venido con nosotros, pero me llamó la atención el hecho de que ni siquiera le se lo ofrecieran, en mi caso, acepté encantado, no todos los días los populares se fijan en ti. Podría decir que estaba feliz, nunca pensé que un cambio de *look* fuera a beneficiarme de aquella manera. Se sentía bien que las chicas te miraran y pensarán «Oh Dios es Welsey» y no «Mirad el pringado de Welsey, da pena». Y a pesar de todo lo que Eiden y los demás me habían hecho sufrir, también sabía lo bien que me había llevado con ellos cuando hice el cambio. La vida es un juego de apariencias, y aunque no fuera así, sentirse aceptado nunca me había parecido más correcto. Por fin me sentía como uno más, no como un bicho en una esquina que solo puede refugiarse entre sus libros. Esto es lo que pasa cuando quieres sentirte aceptado, que te olvidas de todo lo que esas personas te han hecho sufrir y te unes a ellos, simplemente porque estás harto de ser invisible.

Antes no era así, cuando era pequeño había tenido amigos en todas partes. Luego,

en la adolescencia, cambié la manera de vestir, mientras que, mi timidez aumentaba hasta el punto en que nadie se acercaba a mí.

Pero no me arrepentía de ser yo, sin embargo, en aquel momento sentí una voz que me decía que fuera con cuidado y que no me perdiera a mí mismo por el camino de la aceptación.

Hal

Vodka. Alcohol. Olvido.

Aquello era lo único en mi mente.

Nadie me entendía. Yo intentaba convencerme a mí mismo de que las cosas cambiarían algún día, pero no lo hacía. Por un tiempo todo parecía ir bien, no obstante, pasaba lo mismo de siempre: la invisibilidad volvía y lidiar con ella cada vez era más complejo. No lograba ser quien quería ser, ni vivir como quería. Todo caía siempre en picado como si fuera lanzado desde el lugar más alto posible, a toda velocidad, a toda fuerza, destrozándolo todo.

Agarré la botella de Edward y la dejé encima de la mesa justo cuando tocaron el timbre. Mi hermano siempre traía bebida de su trabajo y el muy egoísta siempre se la quedaba para él solo.

Supuse que sería alguien con correo, vendiendo algo a domicilio o testigos de Jehová, de todas maneras abrí.

—Hola —¿qué hacía el amigo pringado de Welsey en mi casa? — ¿Está Welsey?

—No —contesté—. Pero pasa si quieres.

No sabía por qué le ofrecía pasar.

—Vale

El chico pasó y cerré la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté y él me miró confundido. Era la primera vez que le dedicaba unas palabras agradables.

No sabía ni su nombre, pero por alguna razón me sentía tan mal por todo que quería tratar bien a las personas— Em...

—Wade —dijo con una mueca incómoda.

—Pues eso... ¿Quieres tomar algo, Wade? —repetí.

Le indiqué que me siguiera hasta la cocina, lugar donde tenía la botella de vodka encima de la mesa, de inmediato me percaté del chico mirando la botella.

—¿Quieres? —le pregunté curioso. Nunca pensé que el estirado de la corbata quisiera vodka.

—Sí, por favor —contestó educadamente y sonreí satisfecho.

—Siéntate anda —le ofrecí y él se sentó algo nervioso mientras yo servía.

—A la de tres —dijo y reí. No sabía que tuviera un punto de gracia.

—Venga va.

—Uno, dos, tres —dijimos a la vez y nos llevamos el ardiente líquido a la garganta.

Al dejar el pequeño vaso en la mesa ambos jadeamos, seguidamente, me eché a reír por el efecto que la bebida provocaba en mí. A Wade se le contagió la risa y, por alguna razón, presentí que me iba a llevar muy bien con ese chico. De ahí que siguiéramos bebiendo.

—¡Otra! —gritó Wade animado. Su borrachera me causaba diversión y por eso no podía parar de reír.

—Esta es la séptima ya —dije trabándome con mis palabras— Estoy tan pedo que veo mariposas, uh.

Volví a reír, a lo que Wade me miró cómplice, dando la señal para otra ronda.

—Una, dos, tres —dijimos los dos a la vez. No sabía por qué hacíamos esa gran tontería cada vez que íbamos a beber aunque, ¡Dios!, no importaba, aquello era la leche.

—Nadie me quiere —hice una mueca tras tragar.

—A mí tampoco —se levantó— Voy a ... sacarme toda esta mierda de ropa que llevo.

Wade comenzó a arrancarse la camisa de botones y yo empecé a dar palmas.

—¡Saca al hombre que llevas dentro! —exclamé.

—¡Soy Napoleón! —gritó y reí sin saber por qué, en definitiva, eso era lo que más me gustaba.

—Y yo soy Dora, la exploradora, no te jode —todo daba vueltas cuando intenté levantarme, había bebido demasiado—. Uh, qué mareo más grande.

Me apoyé a la pared y vi como Wade ya estaba en *boxers* encima de la mesa con la corbata en la cabeza.

—¡Dame el mapa! —chillé y Wade rio.

—Lo que te voy a dar va a ser un pollazo en toda la cara.

«¿¡Qué?!» Me reí y me saqué la camiseta y los zapatos pues me molestaban.

—Uh, guárdate el pene que yo quiero un Kinder Bueno —dije y él se bajó de la mesa.

—Oh, yo también quiero.

—Pues no tengo —hice un gesto con las manos cuando abrí el armario. Mierda, me apetecía chocolate.

—Pues muy mal.

—Es tu culpa, no tengo por tu culpa. ¡Eres una persona horrible! ¡Te odio! ¡Debería enviarte uno de esos kamehameja de los de Pokémon!

—Eso es de Bola de Dragón, no de Pokémon, tonto.

Wade comenzó a reír al verme hacer otro gesto raro con las manos, al tiempo que se tropezó con sus pies para acabar en el suelo, dándose un golpe en la rodilla.

—¡Auch!, mi ojo —se llevó la mano a la rodilla.

—Pero si te has dado en la rodilla.

—Me duele el ojo.

Agarré la botella de vodka y di otro trago. ¡Dios!, qué mareo.

—¡Uh, qué mareo, esta botella es mala! —me agarré de la lámpara, pero me tropecé con Wade y caí rompiendo la lámpara—¡Se ha ido la luz! —exclamé.

—Mi ojo.

—Que es la rodilla, tonto.

—Dora —dijo Wade con admiración— quiero tu mapa para no perderme en la oscuridad —eso fue claramente una burla, no estaba tan borracho.

Me entró la risa floja.

—¿Qué? —nos reímos por unos minutos, luego, el rubio señaló la puerta de la cocina.

—La niña del exorcista —susurré a la vez que miraba a la chica que estaba en la puerta con todos los pelos en la cara. Sentía un frío en mi interior, tenía miedo, mucho miedo—. Vamos a morir Wade.

—Yo no quiero morir.

—Yo tampoco —estaba horrorizado.

—Niña del exorcista, ¿nos vas a matar? —Wade temblaba mientras me agarraba del brazo. La niña se cruzó de brazos y no dijo nada. El miedo que sentía lograba colarse en mis huesos.

—Eso es un sí —dije yo y me puse detrás de Wade.

—Muere tú primero

—No, tú.

—No, tú.

—Tú.

—Tú.

—Tú.

—Venga Wade, que la niña se enfada.

—Yo no quiero morir tan joven, aún no le he dicho a Lottie que la quiero —dijo Wade abrazándose a sí mismo y comenzando a lloriquear como un niño pequeño.

Tomé valentía y me acerqué a la niña. Necesitábamos un valiente que luchara.

—No me das miedo, te voy a matar —nunca había hecho tanto uso de mi valentía, alzó la mirada, me agarró de la oreja y apretó fuerte. «Me va a matar».

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?! ¿Tan fea soy para que me llaméis niña del exorcista?!

Fruncí el ceño cuando me percaté de que era mi chica.

—¡Naly! Amor mío, ¿quieres follar? Es que estoy contento, la niña del exorcista me la ha puesto tiesa como un palo —y era verdad

—Un palo —chilló Wade.

—¡Un palo os voy a dar a los dos! —dijo ella.

—¡Sí! Un palo —gritó Wade riéndose.

Naly

¿Sabéis esos momentos en los que tienes ganas de agarrar a alguien del cuello y estrujarle hasta acabar con su existencia? Aquel era uno de esos momentos: Hal era un bastardo sin remedio. ¡Niña del exorcista! Me llamaba niña del exorcista, me decía que me iba a matar con su látigo de fuego y después quería sexo. ¡Sexo! ¿Acaso ese chico nació con algún tipo de retraso?

—Yo quiero un palo, ¿dónde está mi palo? —gritaba Wade tirado en el suelo. Sí, Wade. ¿Cómo demonios había acabado Wade en casa borracho con Hal? ¡Con Hal!

—Ella. Ella lo tiene guardado en el bolsillo —informó Hal.

—Estáis más borrachos que cubas —estaba atónita, y no podía creer cómo podían estar tan borrachos. ¡Si ni siquiera habían salido de casa!

—Borracho de amor, cariño —flirteó Hal, su nariz estaba roja y sus ojos brillantes— ¿Te quieres casar conmigo?

Fruncí el ceño.

—¡Anda, cállate! —repliqué.

—No. Te voy a decir que te amo —me agarró de los hombros. Claramente el alcohol le hacía decir barbaridades—. Te quiero follar a cada momento del día, te amo.

—¿Así es cómo amas tú a las personas?

—Sí —respondió.

Le di un manotazo en la mejilla.

—¡Reacciona!

Vi que Wade agarraba la botella de vodka y se la llevaba a los labios, se la quité enseguida, lo último que necesitaba era que su ebriedad aumentara.

—¡Eh! Dame eso —se quejó el rubio.

—Deja esto, Wade —me enseríé intentando mostrarme lo más imponente posible, pero estaba claro que a él le importaba tres pimientos, porque enseguida intentó quitarme la botella al exclamar:

—¡Dame el vodka!

—No —negué.

—Pero yo quiero —dijo haciendo un puchero.

—Dale el vodka a mi amigo —intervino Hal y pasó su brazo por encima del hombro de Wade. Lo miró—. Eres el mejor, tío.

—Tú eres el mejor —contestó Wade.

—No, tú —replicó Hal.

—Eres tú.

—¡No me discutas! —exclamó Hal mientras le acariciaba la barbilla al rubio.

—Perdón —Wade hizo un puchero, «qué situación más surrealista», después me miró— ¿Y tú cuando me das el palo? No se me va a olvidar ¿eh?, no se me olvida —dijo negando con la cabeza y con el dedo índice a la vez.

Alcé las cejas y negué con la cabeza yo también.

—No tengo ningún palo, Wade —informé sin esperarme tal mirada de odio por su parte, la ignoré—. Esto está lleno de cristales, ¡¿qué se ha roto?!

—Se le ha roto la retina del ojo a Wade, por eso hay cristales, pero en verdad se ha dado en la rodilla —Hal sé río.

—Sí —informó Wade—. Eso ha pasado

—Eso no tiene ningún sentido —les dije.

—Estamos borrachos, nada tiene sentido —contestó Hal.

—¡Nada! —exclamó Wade.

Me fijé bien en ellos y no supe cómo aún no me había percatado de que, tanto Hal como Wade, iban en *boxers* y que este último llevaba su corbata alrededor de la cabeza. Dios, se iban a cortar con los cristales, par de locos. Encendí el interruptor para que se viera mejor, dado que la luz que entraba desde afuera era escasa, pero para mi desgracia, no iba.

—¿Qué le ha pasado a la luz? —pregunté.

—Se ha roto —informó Wade.

—Ha sido brutal. Ha salido todo volando —Hal expresó su asombro.

Agarré a Hal del brazo para llevarlo fuera de la cocina y así luego llevar a Wade que seguía tirado en el suelo.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Hal picarón y no le contesté— Ah, ya sé, tú quieres follar, te voy a dar lo tuyo, ya verás. Vas a gemir como nunca —se tambaleó mientras balbucía—. El mejor polvo de tu vida.

Tenía que esconder la bebida bajo llave, bajo tres cerraduras, cuatro candados y una caja fuerte.

—Cállate —lo lancé al sofá. Cayó de espaldas sin dejar su expresión pícaro ni un segundo.

—No pensaba yo que a ti te gustara tener el control, gatita

—¿gatita?

Lo fulminé con la mirada y me crucé de brazos.

—Quédate aquí —le dije, me di media vuelta para ir en busca del rubio, pero él tenía otros planes. Me agarró del brazo, tiró de mí y caí en su regazo antes de que envolviera mi cintura con sus brazos.

—Quédate conmigo —me susurró al oído. Ese tono me sorprendió, pues de un momento a otro, había cambiado por completo—. Todo el mundo se aleja de mí, no me dejes tú también.

El corazón se me encogió y no pude moverme. Su aliento jugó a chocarse contra mi nuca y a confundir mis sentidos durante unos segundos. Pensé en voltear a mirarle, pero tardé unos segundos en hacerlo.

Nuestras miradas se encontraron y me pregunté si era por eso que se emborrachaba, por el sentimiento de abandono hacia los demás; sin embargo, estaba borracho, y a pesar de que hubiera escuchado innumerables veces que los borrachos siempre dicen la verdad, me dio la impresión de que el chico exageraba. En ese instante, me perdí en su verdor enrojecido y brillante por todo el alcohol que había tomado y, aunque seguía escuchando los lloriqueos de Wade desde la cocina, sentí una extraña atracción. Sabía lo que era sentirse solo, conocía muy bien lo que era mirar un lugar lleno de gente que habla mucho y se comunica poco o que socializa mucho y amiga poco.

Su mano derecha se apartó de mi cadera y subió a mi mejilla.

—¿No te vas? —susurró y noté un temblor en sus palabras.

Me sentía bien estando donde estaba, aunque confundida al mismo tiempo. Aquello

me extrañaba, ¿por qué de un segundo a otro estaba así? No lo entendía. Hal seguía mirándome directamente, como si intentara averiguar algo sin éxito.

—No —susurré de vuelta y, cautivada por el momento, le besé.

Hal se quedó paralizado, pero segundos más tarde sus labios comenzaron a jugar con los míos. Ni siquiera supe qué estaba haciendo. Mi mente me gritaba loca, no obstante, quería probar el alcohol de sus labios.

Había algo más en ellos, algo que me decía que la necesidad en ese beso era más grande de lo que podía imaginar. Agarré su rostro en mis manos acercándolo a mí, dejando que el sabor del alcohol de su boca inundara la mía, embriagándome también, haciéndome cometer locuras; como bien lo era aquel beso. Abrí sus labios con los míos y metí mi lengua en su boca encontrándome con la suya. Nunca había besado así y no sabía en qué momento había dejado de escuchar a Wade lloriquear, ni cuánto tiempo estuve pegada a la boca de Hal, solo hacía leves pausas para coger aire. Acaricié su pelo y él metió su mano por dentro de mi camiseta, no lo aparté.

—Hal —susurré, ni yo misma aún podía creer lo que estaba haciendo. Había perdido el control de mis actos.

—Mmm... —se movió poniéndose encima de mí— ¿prefieres a Welsey?

Fruncí el ceño confundida ante la pregunta que me susurró en los labios.

—¿Qué? —pregunté sin apartarme.

—¿Te gusta más como te besa él? —preguntó.

¿Eh? ¿Él sabía del beso? ¿cómo?

Le miré a los ojos, indecisa, más su mirada me suplicaba una respuesta. ¿Pero la tenía? No estaba segura de ello, pero sabía que no había sentido en este tipo de imán con Welsey, solo había sido un beso dulce y tierno.

—No —¿por qué le había dicho que no me gustaba más la manera de besar de Welsey si ni yo misma lo sabía?

Mordí su labio inferior y noté una sonrisa que encendió el vuelo de millones de

pequeñas mariposas en mi estómago.

—¿Te gusto más? —preguntó.

No contesté, pero él volvió a besarme.

—Dios, al final, Hal se ha salido con la suya —alguien habló a nuestras espaldas y rápidamente intenté separarme del chico, pero él estaba encima de mí sin intención de dejarme ir o simplemente de soltar mis labios. ¿Cuándo habíamos terminado así?

—Hal... —susurré intentando que me soltara, aunque él no parecía tener intenciones de hacerlo. Así que lo empujé y se cayó al suelo dándose en la espalda y haciendo una mueca.

—¡Auch! —se quejó.

Me incliné a ver cuál de los trillizos observaba la escena, deseando que no fuera Welsey. Me encontré con Edward, cosa que me alivió, a pesar de que su gesto no lo hizo, me miraba con una media sonrisa de satisfacción. «Otro raro». Volví a Hal que estaba en el suelo con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No —contestó Hal

—¿Está borracho? —preguntó Edward al ver como Hal ponía los ojos en blanco.

—Sí —contesté—. Borracho hasta las venas.

Qué mala era, acababa de aprovecharme de un borracho.

—Soy Dora, la exploradora —susurró Hal y luego comenzó a reír.

—Tú lo que eres es un gilipollas —dijo Edward negando con la cabeza— Has cogido mi vodka ¿verdad?

—Sí, lo he compartido con mi nuevo amigo.

—¿Tu amigo imaginario? —preguntó Edward.

—No, mi amigo Napoleón.

—Joder —exclamó Edward—. Peor me lo pones.

Intenté levantar a Hal del suelo, pero no podía. Edward se fue en dirección a la cocina y yo corrí tras él dejando a Hal ahí.

—Edward, la luz no va —le dije al ver que él intentaba encender la luz sin éxito.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó él señalando el montón de cristales rotos. Fui a contestar, pero no me dejó— Bah, no contestes, ha sido Hal.

—Amigos —gritó Wade y Edward dio un salto espantado

—Coño, ¿tú de dónde sales? —chilló Edward.

—De Narnia —dijo Wade y yo no pude contener la risa debido a la reacción de Edward y a la locura de Wade borracho—. Hola, me llamo Napoleón, encantado de conoceros amigos.

Edward se llevó una mano a la frente y se dio un golpe incrédulo

—Napoleón, no te juntes con Hal, es mala influencia, mira lo que te ha hecho.

Ahora sí que no sabía quién era peor, si Edward o Wade.

—¿Has traído mi palo? —me preguntó el rubio.

—No —rodé los ojos.

—¿Por qué? Necesito mi palo para ser feliz y tú no quieres dármelo. No puedo ser feliz si no me das mi palo, te odio —lloriqueó y sabía que en el fondo se estaba burlando de mí. Me miró y balbució antes de quedarse dormido.

Abrí los ojos como platos. Edward se acercó a Wade y le dio dos patadas suaves con el pie, no se movía.

—Napoleón murió —declaró, claramente burlándose de la situación.

Lo fulminé con la mirada.

Wade comenzó a roncar, no podía creer lo que Hal le había hecho al educado de mi amigo.

No sabía qué hacer con él, ¿lo dejaba en el suelo? Edward no parecía querer ayudarme, ya que en cuando Wade se durmió solo se quedó mirándolo. No sabía si

preguntarle si me ayudaba a llevar a Wade al sofá o a alguna otra parte que no estuviera llena de cristales. Me acerqué al chico e intenté levantarlo mientras Edward me miraba alzando una ceja. «Ya podrías ayudarme cabrón», pensé.

—Déjalo —ordenó Edward, su tono era igual de borde que siempre—. Solo vas a hacer que se caiga en los cristales y se corte.

—Pero no puedo dejarlo aquí.

Él me miró y no habló, esperé que me ayudara a sacarlo de ahí, pero no lo hizo. Se dio media vuelta y salió de la cocina. Fruncí el ceño pensando en cómo narices podía tener tanta cara al irse de aquel modo.

—¿No vas a ayudarme? —le pregunté saliendo tras él.

—¿Tú me ves cara de querer ayudar a una zorra a cargar con dos borrachos? No, gracias

Lo miré con furia, lo de zorra sobraba.

—Vale, tú vete, deja a tu hermano tirado en el suelo, egoísta.

Me irritaba su comportamiento. No sabía cómo, pero mientras más me irritaba más me provocaba al mismo tiempo. No lo seguí, aún me quedaba dignidad. Eso iba de mal en peor, sin embargo, lo primero que tenía que hacer era sacar a Wade de ahí,

me preocupaba que se moviera y se clavara todos los cristales. Así que llamé a la única persona que podría ayudarme: Welsey. Lo intenté, aunque siempre me saltaba el contestador, marqué una y otra vez y, al final, rendida, decidí llamar a Lottie.

—¿Diga? —respondió después de dos toques.

—Lottie, ¿puedes venir a mi casa? Te necesito aquí y ahora.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, pero yo no estaba para preguntas, solo quería que viniera y me ayudara.

—Ahora no puedo explicártelo, necesito que vengas ya.

—Vale, le digo a Wade que me lleve.

—Wade no va a poder traerte, ven en bus ya verás porqué te lo digo

—¿Eh? Vale, voy, pero me estás asustando.

—Rápido —dije antes de colgar y dejar el móvil encima de la mesa.

Miré a Hal y me acerqué a él, acaricié su mejilla y reí, dado que al instante soltó un ronquido, sentí la necesidad de volver a besarle, pero no lo hice. Me aparté de él y me quedé sentada a su lado esperando que Lottie llegara.

Cuando tocaron al timbre me levanté y fui hasta la entrada para encontrarme con Lottie mojada de arriba abajo.

—¿Está... lloviendo... a... cantaros —tiritó— Ya me... estás... diciendo... que... era... la cosa que... pasa y... a qué... viene... tanta... prisa.

Intenté reprimir una carcajada, aunque me fue imposible.

—¿Has venido andando? —le pregunté, sin embargo, ya lo suponía.

—Sí.

—Anda, pasa —dije, ella entró, cerré la puerta y se quedó quieta en la entrada del comedor.

—Jo... der —susurró—. Qué bueno está.

Otra perdiendo las bragas por Hal. Pensé en decirle que viniera a la cocina, pero me estaba mojando toda la casa y no quería que se resfriara; así que Wade podía esperar.

—Ven a mi cuarto, te dejo algo de ropa y luego me ayudas —ella asintió aun sin saber que su amorcito estaba en la misma situación que Hal, pero en la cocina.

Subimos a la habitación y le di algo de ropa.

—Oye, ¿cuál de los tres era el que estaba en el suelo? —me preguntó.

—Hal.

—Lo suponía, es un poco borracho.

Ella se cambió y se puso mi ropa seca.

—¿Me vas a decir ya para que me has hecho venir? —preguntó cuándo volvíamos a la planta inferior.

—Bien, ven a la cocina —la agarré del brazo y caminamos hasta la cocina, allí estaba oscuro, pero se podía ver algo debido a la luz que venía del comedor— ¿Ves?

Ella frunció el ceño mientras yo esperaba que viera a Wade. Al momento, no lo hizo y, al igual que Edward, intentó encender la luz.

—No veo —se quejó.

—La luz no va.

—¿Eh? —dijo ella justo antes de tropezarse y caerse al suelo.

—¡Cuidado que hay cristales! —chillé esperando encontrarme a mi amiga con cristales atravesados.

—¡Tranquila! He aterrizado en algo blandito —dijo ella y luego dio un chillido— ¿Por qué hay un chico desnudo aquí? ¿Quién es? No veo nada.

Rodé los ojos.

—Es Wade —dije intentando no reírme.

—¡¿Qué hace Wade desnudo en la cocina de vuestra casa?! —se levantó de un salto.

—Simple... Él y Hal se han emborrachado como cubas.

—¿Hal? —preguntó ella— No me lo creo, es imposible que Hal y Wade se hayan emborrachado juntos.

—¿No lo ves? Hal está igual que Wade pero en el comedor.

—Cierto.

Le dio una patada al pie de Wade.

—¡Tonto! —le gritó.

—Tenemos que sacarlo de aquí —me reí— Para eso te he llamado.

Ella bufó.

—¡Mañana se va a enterar de lo que es bueno! ¡No va a volver a coger una botella de alcohol en su vida! —exclamó la chica.

—Cógelo tú de los brazos y yo de los pies —dije. Ella asintió y cogimos a Wade.

—Dios, como pesa —dijo ella.

—Yo creo que resulta mejor si lo arrastramos —dije una vez estábamos en el comedor con el chico a cuestas.

—Sí, por favor —contestó ella.

Soltamos a Wade porque pesaba una barbaridad, quién cayó al suelo de golpe.

—Eh, Charlotte, concéntrate —dije al ver que Lottie estaba más entretenida mirando el cuerpo de Wade que en arrastrándolo hasta el sofá.

—No puedo, si está en *boxers*, Dios mío —me reí—. Esta es una de las situaciones que nunca en la vida hubiera imaginado que pudieran pasar.

—¿Y tú crees que cuando yo me he asomado a la cocina y he visto a Wade tirado en el suelo desnudo junto con Hal diciéndome, además, que soy la niña del exorcista y que me va a matar pensaba en que esto alguna vez me iba a ocurrir?

Ella soltó una carcajada.

—No —dijo poniéndose frente al sofá—. A la de tres intentamos subirlo.

Asentí.

—Una, dos, tres —por desgracia nos tropezamos y cayó.

—Mierda —dijimos las dos a la vez.

Me reí.

—Otra vez —intentamos subirle y por más golpes contra el suelo que Wade se daba, no se despertaba.

—Joder, está muy mal —dijo ella.

—Otra vez —insistí y por fin subimos a Wade al sofá, se quedó tumbado con la

boca y las piernas abiertas.

—Eso, despatárrate, Wade —dije yo riendo.

Escuchamos el ruido de las llaves contra la cerradura y segundos más tarde la puerta se abrió.

—Hola a todos —Welsey entró con alegría, la cual se esfumó en cuanto llegó al comedor— ¿Qué ha pasado aquí?

—Nada fuera de lo normal —contesté.

—Hal y Wade se han emborrachado —informó Lottie.

—¿Eh? —dijo él sin entender nada.

Lottie negó con la cabeza.

—Sí, no me preguntes cómo —expliqué—. Porque no tengo ni idea.

—Pero si Hal repele a Wade —dijo el chico.

—Pues ahora dice que es su amigo —me reí—. Se han puesto hasta motes — señalé a Hal—. Este, Dora la exploradora, y este otro —señale a Wade— Napoleón.

Welsey aguantó una risa y luego se acercó a Hal que roncaba.

—Tú —dijo—, Hal, ya, para de roncar —dio un par chasquidos con los dedos e inmediatamente su hermano dejó de roncar.

—¿Cómo has hecho eso? —me quedé anonadada.

Él se encogió de hombros.

—Es mi mellizo, sé cómo hacer que pare de roncar —informó antes de cogerlo en brazos—. Voy a llevarlo a su cuarto, luego llevaré a Wade a mi cuarto.

—¿A tu cuarto? ¿Y tu dónde duermes? —pregunté.

Él se encogió de hombros

—Ya dormiré en el sofá —dijo y caminó hasta las escaleras. Ninguna de las dos dijimos nada, no sabíamos qué decir.

Asentimos viendo como Hal enrollaba sus brazos alrededor del cuello de su hermano, mientras Welsey lo cargaba como si fuera una pluma. Tenía más fuerza de la que aparentaba. ¿Podría ser esa escena más tierna de lo que ya era? Lo dudaba mucho. Welsey era la persona más buena y servicial del mundo, estaba más que segura de eso.

CAPÍTULO 9

Hal

«Dios mío qué dolor de cabeza».

Eso fue lo primero que pensé al despertar, sin haber abierto los ojos. Me revolví en las sábanas y fruncí el ceño, yo no recordaba haberme acostado, es más, lo último que recordaba era a Wade tirado en el suelo diciendo algo que no entendía. Ese tío era la leche. Tampoco tenía memoria de habérmelo pasado tan bien haciendo el tonto y borracho desde... básicamente, nunca. Después de todo, ese recuerdo se basaba en cosas borrosas, y de lo único que tenía certeza era de haberme dormido, aunque no sabía ni dónde, pero podría asegurar que en mi cama no había sido. Abrí los ojos y me destapé con la intención de salir a buscar una pastilla o algo para la cabeza, sin embargo, no me hizo falta, ya que alguien me había dejado una junto a un vaso de agua en la mesita aledaña a la cama. Me incorporé, la tomé y miré el reloj, las cinco de la madrugada. No podía mantener los ojos abiertos de lo mucho que mi cabeza retumbaba, así que, volví a dormirme esperando que, al despertar, la tortura hubiera acabado.

«Ella se aleja de mí, una y otra vez. Ellos también, todos lo hacen. ¿Por qué? No lo sé. ¿Por qué no soy especial como ellos? Eso tampoco lo sé ¿Por qué?... Ella me agarra del brazo y murmura algo que no logro descifrar. Sus dedos, envolviendo mi brazo son suaves y la piel se me eriza. Por alguna razón estoy mareado, todo da vueltas y no sé por qué. Me lleva hasta el sofá y me tira, la miro divertido, me dice algo, aunque no he entendido nada. Ella se va, me deja aquí y se aleja de mí, como lo hacen todos. ¿Tan horrible soy? ¿Tan poco merezco? La miro desesperado y la agarro de la cintura haciendo que se siente en mi regazo. Ella me mira sugerente, no tiene ni idea de lo que pasa por mi mente en este preciso momento. Le ruego que no se vaya, pero sé que lo hará.

Ella me mira, no dice nada, quiere irse.

Mas no lo hace.

Le pregunto si se marcha y ella me contesta que no. Espero unos segundos a que haga algo. Me mira. Ese podría ser el momento más raro de mi vida, pero no lo es, porque todo esto es un sueño. No sé por qué, pero me besa. Es la primera vez que lo hace y ruego por no despertarme nunca. Ella me sujeta de las mejillas con sus manos y siento que esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Por unos segundos llego a pensar que ella también quiere esto, que me quiere de la misma manera que yo lo hago. No obstante, descarto la idea, ella solo le quiere a él. Todos le quieren a él, y ella no es la excepción, por eso me besa. Pero nunca seré como él, todos lo saben.

Me aprovecho de la situación, ya que esto no va a volver a pasar. Lo sé, por eso giro sobre mí mismo haciendo que ella se tumbe en el sofá: Quedo encima de ella, no tengo intención de irme; este es mi sueño y puedo hacer lo que quiera, o al menos, eso es lo que creo. La beso otra vez. No podría decir cuánto tiempo estuvimos así, pero sé que es mucho menos de lo que me gustaría. Alguien viene, es él, es uno de ellos. Ella se queda quieta cuando él dice algo, no sé lo que es, porque yo sigo concentrado en los labios de mi chica. Ella intenta apartarme, pero no la dejo, no quiero irme. Vuelve a arremeter contra mí y esta

vez consigue apartarme. Estoy mareado y esa es la única razón por la que puede hacerlo. Caigo al suelo dándome un fuerte

golpe en la espalda. Ella me mira y él también lo hace, no sé qué dicen, pero yo solo suelto incoherencias, tampoco entiendo a qué vienen mis palabras. Estoy confuso y algo desorientado. Ella se levanta y lo sigue a él de cerca, se va con él y me deja allí tirado en el suelo. Entonces no necesito nada más para saber que el sueño se ha terminado».

Pero no es un sueño. Es una pesadilla.

Welsey

Me desperté con un hambre increíble así que, sin siquiera vestirme, fui a la cocina, agarré un plátano y me senté a desayunar. No sabía por qué, pero Hal, Edward y yo teníamos la misma costumbre de dormir sin ropa y comer un plátano cada mañana; sin duda, en algunas cosas nos parecíamos.

No paraba de preguntarme por qué Hal estaba siempre borracho, sabía que algo le pasaba porque él no era así. Tenía mis teorías, pero no lograba encajarlas. ¿Debería hablar con él? ¿Sería buena idea? No, definitivamente no, él no me hablaría y nuestra relación no era precisamente la mejor, probablemente, me mandaría a la mierda, como siempre.

Mi móvil descansaba encima de la mesa y de un momento a otro comenzó a sonar. Miré la pantalla «Llamada entrante: Mamá». Fruncí el ceño y descolgué.

—Hola, mami —saludé.

—Buenos días, mi niño —dijo cariñosamente— ¿Cómo va todo por casa?

Esa es una buena pregunta. Contando con que la cocina no tenía luz, ni lámpara, mi habitación había sido parrillada y reconstruida, Edward cada día parecía una embarazada por sus repentinos cambios de humor y las tonterías que soltaba, Hal se emborrachaba hasta las venas arrastrando al modosito de mi amigo hasta acabar medio desmayados y casi en cueros; pues, todo iba de maravilla.

—Bien —mentí. Sabía que si le contaba todo se pondría como una fiera y vendría a casa corriendo, temiendo encontrarse con todo inundado o quemado.

—Welsey... —dijo ella— La verdad.

—Que estamos bien, mamá —repetí—. Todo va perfecto.

—¿Y con la chica de acogida?

—Perfecto también.

—No quiero embarazos cuando llegue.

Me atraganté con el plátano.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, sois tres chicos solos en casa con una chica, jóvenes todos.

—No mamá tranquila, ella no es de ese tipo de chicas y, nosotros, tampoco. Bueno, sabes que Hal sí, pero Edward la odia. Además, tenemos diecinueve años, creo que nos sabemos comportar.

—No sé si fiarme de vuestra edad —dijo divertida.

—Venga, mamá, somos grandecitos ya.

Me callé un momento.

—Welsey, dime la verdad, ¿qué ha pasado en casa? —repitió ella. No me había creído.

—Te he dicho que estamos bien, mamá.

—No te creo.

—Yo nunca miento —mentí.

—Welsey, me voy a enfadar. Dime ya qué está pasando en casa.

Suspiré. No podía decirle que pasaba porque sabía que vendrían corriendo a casa y no quería que lo hicieran. Ella y mi padre estaban de viaje, cumpliendo con su sueño, y quería que les fuera bien, ocuparse de nuestros desastres no iba a ayudarles en su búsqueda de nuevos platos.

—Nada, mamá —me callé al ver a Hal entrar a la cocina con cara de muerto.

—Me duele la cabeza, me duele el alma, me duele la espalda, me duele hasta respirar —se sentó a mi lado— ¿Con quién hablas?

Rodé los ojos.

—Con mamá.

Él alzó las cejas y me arrebató el móvil.

—Hola, mamá. Soy Hal... sí... perfecto... bueno, algún que otro accidente... no, pero es que Edward —me lancé a quitarle el móvil. Bocazas de Hal.

—Cállate, Hal —le dije y él me miró con desprecio.

—Cállate tú, maricón —dijo.

Cogí el móvil y me lo llevé al oído mientras Hal agarraba un plátano.

—¿Mamá? —pregunté.

—Welsey, cuéntame todo —dijo ella. Asco de Hal, no tenía que decir nada. Suspiré y comencé a hablar.

—Pues, la luz de la cocina no va y la lámpara está rota. Mi habitación se incendió y se quemó todo y... nada más —el silencio se hizo al otro lado de la línea— ¿Mamá?

—Cuando llegue a casa vais a estar más castigados de lo que habéis estado en toda vuestra vida —dijo ella serena, siempre serena, pero furiosa al mismo tiempo.

—Pero, mamá...

—Pero nada.

—Yo no he hecho nada.

—Ya, ya, tú eres muy bueno cariño, pero la matas callando, así que estás castigado también.

—Pero... —me volví a quejar y vi a Hal riéndose.

—Calla, ya hablaremos cuando vuelva —dijo ella—. Os vais a enterar de lo que es bueno.

—Está bien —me rendí.

—Amanda va a ir a haceros una visita.

—¡No! —exclamamos tanto Hal como yo, mi hermano parecía haber escuchado lo que mi madre decía. Me quitó el móvil y lo puso en altavoz.

—Por lo que más quieras, mamá, Amanda no —suplicó mi hermano.

—Haberlo pensado antes de destrozarnos la casa —replicó nuestra madre—. Que parecéis niños pequeños.

—Pero ¿no puede ser otra cosa? —pregunté.

—Sí eso, yo... hago lo que tú quieras mamá, pero Amanda no —suplicó Hal.

—He dicho que viene vuestra hermana y a callar —dijo antes de colgarnos.

Miré a Hal furioso, si se hubiera mantenido en silencio. Si solo se hubiera callado la maldita la boca.

—Es tu culpa.

—Sí claro, aquí todo es culpa de Hal, Welsey nunca hace nada —dijo él con recelo.

—Pero es que has sido tú, todo lo que ha pasado ha sido por tu culpa.

Él me fulminó con la mirada.

—Yo no tengo la culpa de todo.

—Pero de esto sí.

—Déjame en paz. Que parece que el cambio de *look* te ha hecho subir el ego —replicó furioso.

¿Ego? Yo no era egocéntrico. Él era el desesperante.

—Te repito que tu insististe en que cambiara, yo estaba bien como estaba —me defendí, no iba a dejar que me declarara culpable de algo que no había escogido por voluntad propia.

—¡No lo estabas! Dabas pena —exclamó él.

—Deja de insultarme.

—¡Deja tú de joderme la vida!

—¡Yo no he hecho nada!

—¡No me grites!

—¡No me grites tú a mí! —salí de la cocina. No tenía ganas de discutir con él, era una gran pérdida del tiempo.

—Eres la cosa más imbécil que existe —me insultó mi hermano.

Bufé.

—¡No tienes ni idea de lo que es aguantarte a ti con tus borracheras y tus putas! —grité y, cuando me miró, supe que podía asesinarme con la mirada.

—¡Eh, tranquilitos, que no son horas de tocar los huevos! —gritó Edward que bajaba las escaleras.

—¡Cállate tú, imbécil! —le replicó Hal.

—¿Qué has dicho? —Edward se acercó a Hal con cara de pocos amigos.

—Qué eres un imbécil amargado. ¡Todo el puto día de mal humor! —exclamó Hal.

—¡Y tú eres un desesperado sexual de mierda! —le respondió Edward.

—¡Seré desesperado, pero no gilipuetas como vosotros dos!

—¡Hal, vete a la mierda! —le grité.

—Vale ¡pero te vienes conmigo! —me respondió.

—¡Idiota! —le respondí.

—¡Anda, si el angelito de la casa se revela! —me acusó Edward.

—¡Me tenéis hasta los huevos! —me quejé.

—¿Y sí te callas? —dijo Edward.

—¡¿Qué pasa si no quiero?! —le dije.

—¿Podéis parar de discutir? —fue Naly la que apareció en pijama con expresión molesta— Es muy temprano, haced el favor.

Hal enseguida se acercó a ella. Y suspiré dejando escapar el aire que me había mantenido en tensión. Odiaba discutirme, sin embargo, a veces era necesario.

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó, ella asintió.

—Anda ya —comenzó Edward— ¿Ahora vamos a hacer lo que la zorra quiera?

—Edward, eres idiota de verdad —de verdad—. Tiene razón, mejor no

discutamos.

—¡Mira me estáis tocando los cojones! ¡¿Ahora esta es la reina de la casa?! —se quejó.

—¡Edward, ya! —exclamó Hal.

Escuché la cerradura de la puerta de casa moverse y enseguida me puse alerta. ¡¿Tan rápido había llegado Amanda?! Me tensé. De inmediato entró.

—Se puede saber ¿qué pasa aquí? —esa fue su manera de saludar.

Naly

Lo primero que pensé al ver a esa chica fue en su increíble parecido a los trillizos; lo siguiente, fue un impulso a tensarme por su acusatoria expresión y la belleza de su rostro. Sus cabellos castaños eran del mismo color que los trillizos y se complementaban con sus ojos verdes, los cuales estaban decorados por unas pestañas largas y un maquillaje natural. Tenía la tez clara y su cuerpo delgado la hacía parecer más alta de lo que en realidad era. Reconocí un par de pecas en su cuello, así como, unas uñas largas en sus manos. Apoyó el peso de su cuerpo en su pierna derecha y alzó una ceja antes de hablar:

—Así que, mamá me llama para que venga a ver cómo van las cosas, ¿y me encuentro con esto? ¡Sois una vergüenza! Ya estáis yendo a vestiros y en diez minutos os quiero a los tres aquí abajo —se acercó a ellos, quienes la miraban en silencio, como si estuvieran replicándole mentalmente— ¡Ya! —Edward le dedicó su expresión menos amigable— Edward, ni se te ocurra mirarme con esa cara de amargado. Sonríe, ¡venga! —él alzó una ceja—. He dicho que sonrías.

—Sí, señora —se rindió antes de que fuera ella quien lo retara con su expresión.

—Más grande —ordenó la chica y él rodó los ojos antes de sonreír más. Estaba atónita, aquella chica era increíble—. A partir de ahora quiero verte sonreír y derrochar simpatía como si se te fuera la vida en ello.

—Sí, y los cojones de Mahoma.

—¿Qué has dicho? —su tono fue amenazante.

—Nada —contestó Edward y vi como los otros dos se aguantaban la risa.

Ella volteó a mirarlos e inmediatamente callaron.

—Más te vale no decir nada —dijo la chica—. Venga, a vestiros que parecéis animales.

Los chicos no rechistaron y se fueron cada uno a vestirse mientras yo no podía conmigo misma del asombro. ¿Qué había sido eso? Me senté en el sofá aún en pijama, preguntándome si debería ir también a cambiarme o no. La chica volteó sobre sí misma y me miró. Le devolví la mirada algo intimidada, pero ella inmediatamente me sonrió de oreja a oreja y se acercó a mí, así que, relajé mi postura.

—Hola, soy Amanda Bradley, encantada —me tendió la mano y la acepté nerviosa. ¿Bradley? ¿Sería ella la chica de las fotos? ¿Su hermana? Seguramente.

—Naly, encantada —le sonreí de vuelta.

Ella se sentó a mi lado.

—Siento mucho que me hayas tenido que ver en mi actitud de sargento así sin conocerme —se disculpó—. Pero es la única manera de tener controlados a estos tres.

Le sonreí y fui a contestarle, pero alguien me interrumpió.

—Buenos días —dijo Wade entrando al comedor como quien no quiere la cosa—. No tengo ni idea de qué hago aquí en ropa interior, pero me duele horrores la cabeza y siento que me voy a marear.

Amanda me miró y luego miró a Wade.

—Tú no eres mi hermano —dijo ella y él la miró.

—Pues no —contestó él con expresión perdida.

Amanda rodó los ojos divertida.

—Da igual, te digo lo mismo que a ellos: ve a vestirte que en esta casa no quiero gente desnuda. Como te vuelva a ver así te enteras —ella lo amenazó con la mirada también y Wade abrió los ojos como platos.

—Va...vale, ya voy —contestó, se dio la vuelta y se fue algo intimidado. Luego volteó y nos miró— Pero antes ¿puedo coger algo de comer? Me muero de hambre.

—No —contestó la chica con un tono obvio.

—Por favor, si no como me saldrá un tumor —Wade juntó las manos a modo de oración, suplicando.

—¿Cómo te va a salir un tumor por esperarte cinco minutos? —le pregunté.

Él me dedicó una mirada fingida de desprecio y yo lo fulminé.

—Por favor —insistió.

Amanda rodó los ojos.

—Vale, ve a comer —dijo la chica y él esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Gracias —sonrió y se fue corriendo a la cocina. Amanda me miró y se rio.

—¿Y este de dónde ha salido? ¿Es tu novio?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—No, no es mi novio, es amigo de Welsey y creo que de Hal también, o al menos eso parecía ayer por la noche —expliqué sin poder evitar esbozar una pequeña mueca, mientras ella me mostró su expresión de mayor confusión.

—¿Entonces es amigo de Hal, o no? —preguntó.

—Parece que sí, o al menos eso gritaban los dos ayer. Pero estaban borrachos como cubas, por eso estoy confundida.

—Espera... Borrachos... Hal, el rubio este y... ¿Welsey?

—No, Welsey no —aclaré—. Solo Hal se emborracha aquí.

Ella asintió.

—Ya decía yo que Welsey no podía estar borracho —se rio al decir eso y

enseguida escuchamos a Wade volver a entrar al salón.

Allí estaba con un bote de Nutella, pan, tres Kit Kat, un vaso de leche, un cruasán y un gofre que no tenía ni idea de donde había sacado.

—No me miréis tanto que yo por la mañana necesito cargar fuerzas —manifestó y se sentó, dejó las cosas en la mesa del comedor y lo observé, preguntándome por qué no se había quedado a desayunar en la cocina—. Es que en la cocina me siento muy solo —pareció leer mis pensamientos y nos reímos las dos por su expresión, casi parecía un niño pequeño.

Cuando Lottie lo llamara se le acabaría toda la felicidad.

Hal, ya vestido, bajó y se sentó en el sofá, mientras bostezaba.

—Me duele la cabeza —dijo Hal.

—No me extraña —contesté.

Amanda miró a su hermano.

—Tú y yo tenemos que hablar sobre una cosa —dijo Amanda.

—¿Qué pasa? —preguntó Hal.

—Tienes que dejar el alcohol —sentenció seria.

—¿Eh? Pero si yo no bebo —contestó su hermano volteando hacia la cocina intentando pasar el tema.

«Mentiroso».

No creí que le fuera a ser tan fácil escabullirse.

—Mentiroso —Wade se rio.

—Cállate Napoleón —le ordenó el de rizos echándose a reír.

—Habló Dora la exploradora —replicó Wade y se llevó el cruasán que había untado con Nutella a la boca.

Nosotras nos quedamos mirándoles y sé, que al igual que yo, que Amanda se estaba preguntando cuál era el problema con aquellos dos. Recordé el espectáculo

de la noche anterior y negué con la cabeza. La que habían liado era demasiado para ser creíble.

—Hal, tienes que dejarlo —esta vez fui yo la que insistió, provocando que él me mirara directamente a los ojos.

—No pienso dejar el alcohol, lo siento —dijo y se levantó yendo a la cocina.

Suspiré, iba a lograr que lo dejara, fuera como fuera, aunque primero tenía que encontrar la razón por la cual recurría él.

[]

—Edward, sonrío —dijo Amanda de nuevo. Edward sonrió y ella le achuchó las mejillas—. Qué guapo estás cuando sonrías.

Edward rodó los ojos cuando Amanda volteó, de ahí que inmediatamente el chico borrara su sonrisa. Ella volvió a girarse y él sonrió de oreja a oreja aludiendo a la falsa actitud que estaba tomando frente a la situación y, otra vez, cuando ella se giró y abrió la nevera, quitó la sonrisa de su rostro.

Vaya chiste.

Los seis estábamos reunidos en la cocina: Hal, Welsey, Edward, Wade, Amanda y yo, pues Amanda quería decir algo. Era tarde, como las ocho de la noche, el sol se había despedido hacía horas y ella seguía aún en casa.

—Escuchadme bien —dijo la chica de cabellos castaños.

—Vale —contestó Wade.

—Para ti no va —replicó ella ante el rubio, quien llevaba toda la tarde creyendo que las órdenes también eran para él.

—Ah... —contestó él y todos reímos. Era tan bobo.

—Me tengo que ir —prosiguió Amanda—. Pero volveré mañana y todos los días. Por lo que he visto no se os puede dejar solos.

—Pero... —comenzó Hal.

—Pero, ¿qué? —alzó una ceja, retándolo.

—Welsey es muy bueno estando al mando, no hace falta que te molestes en venir —informó Hal.

—Sí, yo lo mantengo todo en orden —afirmó Welsey. Su hermano no parecía muy convencido, por lo que se cruzó de brazos.

—Ya, me he dado cuenta de eso —expresó la hermana con ironía.

—Joder, que no hace falta —bufó Edward. Ella contestó a sus palabras con un gesto rápido y amenazante, haciendo que el chico le replicara la mirada con una amplia y falsa sonrisa.

Ella no respondió y salió de la cocina.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó Welsey yendo tras ella.

—No pienso decirlo —los tres bufaron ante la declaración—. Me voy, hasta mañana. Os quiero a todos vivos y vestidos cuando venga.

Ellos asintieron y ella dio una última mirada a Wade.

—A ti también —dijo y Wade se rio.

—¡A sus órdenes! —respondió el rubio.

Amanda se fue y nos quedamos todos en el comedor mirándonos los unos a otros, de repente, ya no sabíamos qué decir, pero algo pareció inquietarnos a todos: la presencia de Wade.

—¿Qué haces tú aún en nuestra casa? —preguntó Edward dedicándole una mirada de desprecio al rubio.

—Edward, sonríe —se burló Hal, ¿cómo no?, tenía que hacer la gracia.

—Cállate la boca —contestó Edward y Hal se puso a reír.

Edward se fue a su cuarto y se encerró, como siempre, Wade se fue con Welsey a estudiar y yo me quedé sola con Hal en el comedor. Él estaba sentado en el sofá sonriéndome de esa manera que tanto me irritaba, así que me di media vuelta

dispuesta a irme a mi cuarto a estudiar o a lo que fuera. No podía evitar acordarme de lo que había pasado la noche anterior, rezaba para que él no se acordara, porque si lo hacía, estaba en un problema. Sabía que, de ser así, intentaría aprovecharse de la situación y si no lo hacía sería mucho más beneficioso para mí, pero extraño al mismo tiempo. Además, no podía mirarle a la cara y no acordarme de cómo me pidió que no le dejara, su mirada en aquel instante había quedado como una fotografía en mi mente. Me dispuse a subir las escaleras, pero no esperaba que Hal arremetiera contra mí. Mi pulso se aceleró y solo supe entreabrir los labios víctima del nerviosismo, alcé la mirada para encontrarme con sus ojos verdes que me tenían acorralada entre la pared y él, estaba segura de que se acordaba.

«Mierda».

—Te lo voy a repetir las veces que haga falta —susurró en mi oído—. Me provocas y te quiero en mi cama.

Luché por no hacer contacto con sus ojos, aunque me fue imposible, eran imanes que intentaba mantener distanciados; sin embargo, todos sabemos que los imanes siguen atrayéndose a pesar de la distancia entre ellos. Es como una metáfora del amor, muy graciosa para venir de alguien que no lo vive.

—¿Por qué me quieres con tanta insistencia? —aquello me inquietaba, aunque, no sabía si estaba dispuesta a tomarme bien la respuesta. «Eres un buen polvo», contestaría seguramente y, para mi desgracia, yo no quería serlo.

Él dudó, se pasó la lengua por los labios y sin apartar su mirada de la mía se acercó un poco más. El corazón comenzó a latirme muy rápido, demasiado rápido. Mi poca experiencia con ese tipo de acercamientos comenzó a dar botes en mi cabeza, sentí como las piernas me flaqueaban; me perdí en sus ojos, que tan brillantes como eran lograban confundirme. Luchaba efusivamente contra todo eso, pero no podía, era demasiado fuerte. Él se acercó y rozó sus labios con los míos y, con ello, miles de pequeñas cosquillas me invadieron. Sentí cómo su aliento me envolvía justo antes de percibir sus labios presionar los míos. Posó su mano en mi cintura mientras yo me debatía si quería apartarlo o no, sabía que me iba a hacer

daño, pero besaba tan bien, y me deseaba tanto que no podía evitar sentirme atraída. Era tan embriagador que el simple hecho de pensar en apartarlo me hacía sentir estúpida.

—No lo sé, pensaba que tú lo sabrías —susurró jugando a rozar mis labios antes de volver a besarme.

¿Qué se suponía que debía hacer en esos momentos? Nada, absolutamente nada, porque esta era la parte de la historia en la que yo debía besarle con pasión. Pero no lo haría, pues esta no era una historia de amor, por el contrario, era una historia trágica de la que, si accedía, saldría malparada. Me hubiera gustado que él no provocara sentimientos en mí; sin embargo, a veces no podemos mandarle al corazón. Es un jugar a la guerra de te quito y te doy, nunca termina, nunca te deja satisfecha.

—Déjame en paz, Hal —dije—. Si quieres acostarte con alguien búscate a otra.

Lo empujé, pero de nada sirvió. Él frunció el ceño.

—Pero yo no quiero acostarme con otra —dijo.

Rodé los ojos, se pensaba que era idiota. Sabía muy bien que solo quería acostarse conmigo porque yo se lo negaba, era una dulce tentación a sus retos, y él no era de los que se rendía fácilmente.

—Solo quieres acostarte conmigo porque te lo niego. Ve a masturbarte y déjame en paz —le aparté y me di la vuelta para irme.

Me estaba molestando de verdad, aunque no sabía si era yo, o mi negación.

—¿Por qué eres así?

—Pues porque tú eres así —le respondí.

—¿Así cómo?

—Perverso, enfermo, mujeriego... —no me dejó acabar.

—No soy un mujeriego.

Rodé los ojos.

—Lo eres.

—No lo soy, yo no voy de cama en cama, aunque podría hacerlo —dijo con satisfacción, mostrándome lo orgulloso que estaba de la declaración—. Solo me acuesto con Stacy.

—¿Ah? Pero lo intentas conmigo.

Se encogió de hombros.

—Pues claro, me traes loco, cielo —sonrió con coquetería—. Y no me voy a rendir. Nunca, Hal Bradley no lo hace.

Volvió a acercarse a mí y todo lo que supe hacer fue mostrarme lo más impasible que pude, lo más fría. No aparté mi mirada de la suya y él tampoco lo hizo. Aquel era uno de esos momentos en los que no sabes si quedarte ahí o salir corriendo. Él me

abrazó de golpe y yo me mostré reacia. ¿Pero qué narices?, eso era lo único que tenía en mente. No sabía qué hacer pero, en el momento en el que metió sus manos por dentro de mis tejanos y me apretó las nalgas, lo tuve claro: ¡Yo era una señorita!

—¡Joder! —gritó cuando mi mano chocó contra su mejilla dejándola totalmente marcada, a pesar de eso, no apartó sus manos.

—Suéltame —dije serena, aunque no lo estaba. Mostré neutralidad a pesar de tener desprecio en mis palabras.

—Yo sé que tú quieres, yo sé que aquí —sacó una mano de mi trasero y señaló mi corazón—. Aquí, tú me deseas y quieres lo mismo que yo —acercó la mano y me agarró el pecho izquierdo. Sí, literalmente—. Aquí, yo lo siento, bombea por hacer el amor conmigo.

Me quedé paralizada, ¡ya era el colmo de los colmos! Hal no solo me estaba tocando porque sí, sino que ni siquiera valoraba el hecho de que yo me negaba a ello.

—¡No me toques, enfermo! —chillé y le di otro manotazo en la cara apartándolo. Él sonrió satisfecho a pesar de los golpes y se ríe de mi reacción.

—Desesperado —escuché la voz de Edward canturrear, me giré y lo vi con la cabeza asomada por la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó Hal.

Bufé. Lo que me faltaba.

—Nada, yo solo me entretenía con el espectáculo —respondió él.

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó Hal.

—Desde que te has acercado a ella salvajemente y la has empotrado contra la pared —se burló Edward.

—O sea, todo el rato —intervine.

—Pues sí—dijo.

—¿Por qué no te metes en tu cuarto y nos dejas? —dijo Hal.

—Esto es más guay, no sabes lo que llega a realizarme como persona el ver cómo te rechaza, una y otra vez —dijo Edward—. Aunque creo que en dos semanas ya la tienes follada.

—Vete a la mierda —dijimos Hal y yo a la vez.

—Eh, cuidadito con mandarme a la mierda que os rajo a los dos —expresó con el mal humor tan característico de su personalidad y se metió en el cuarto dando un portazo.

—Qué mala leche tiene —se quejó Hal. Yo seguía mirándolo serio, esperando que me soltara— ¿Qué?

—¿Me sueltas ya? —pregunté ya que había vuelto a agarrarme de la cintura. Él asintió.

—Sí, sí, perdón. No quería —me sorprendió su repentina actitud aturdida y me soltó. ¿Eh? eso fue lo único que pude pensar. ¿Cómo que perdón? ¿Cómo que no quería?

—Bipolar —mascullé antes de encerrarme en mi habitación.

En esta casa estaban todos locos.

CAPÍTULO 10

Naly

—Ah, Hal —volví a escuchar otro gemido de Stacy y cerré el libro de golpe—
¡Sí!

—¡Arg! —exclamé para mí misma— ¡La puta pelirroja tiene que llamar la atención en todo!

Me levanté y me pasé la mano por el cabello algo estresada. No podía estudiar, era las cinco de la tarde de un domingo cualquiera y llevaba escuchando a Stacy gemir y chillar desde aproximadamente las once de la mañana. Estaba empezando a sospechar que la chica exageraba o que tenía algún problema serio de multiorgasmia. Me tenía hasta las narices.

Decidí pasar un rato enviando currículos a ofertas de trabajo por internet, con eso no tenía mucho en qué pensar, pero al rato se me hizo inaguantable seguir escuchando los gritos. Puse música y seguí con mi tarea, necesitaba un trabajo antes de quedarme sin el dinero que me quedaba, aun cuando procuraba no gastar mucho para que eso no pasara.

Para mí era muy extraño enfrentarme a algo como el control estricto en mis gastos, ya que siempe había tenido la suerte de poder gastar sin preocuparme de nada. La vida me estaba golpeando fuerte, pero intentaba no derrumbarme, después de todo, era igual de capaz que cualquiera de encontrar trabajo. Por otra parte, me decía a mí misma que todo lo que ocurría tenía una razón de ser.

Al cabo de una media hora llamé a Lottie. Los gemidos habían parado desde hace un rato y confié en que no volverían por un tiempo. Me informó de su día, por lo que parecía sus padres habían venido a verla desde Londres. Me sentí una mala amiga al saber que ella vivía sola en una residencia de estudiantes y que sus padres ni siquiera vivían cerca. ¿Por qué no me lo había contado? Era una tontería pensar

que lo había escondido, cuando la realidad era que ella lo había considerado un detalle sin importancia, de todas maneras, me hubiera gustado saberlo antes.

Cuando colgué la llamada los gemidos volvieron. ¿Es qué no se cansan?!

No podía negármelo a mí misma, estaba muy afectada por lo que sucedía en esa habitación, y solo podía pensar en la hipocresía de Hal. ¿Cómo podía intentar hacerme sentir cosas por él después de pasar el día acostándose con una chica en la habitación contigua a la mía?

Se estaba pasando de gilipollas.

Decidí ir a la cocina a por algo de comer o de cenar. Pasé por el comedor y vi a Welsey tumbado en el sofá, lo miré y entré a la cocina. Mi mente me gritaba, «Chocolate, chocolate, chocolate, chocolate». Así que, agarré tres paquetes de Kit Kat, una tableta de chocolate negro, un donut de chocolate y una taza de chocolate bien calentito. Salí de la cocina con todo en una bandeja y Welsey me miró alzando una ceja cuando me senté a su lado y dejé las cosas sobre la mesita frente al sofá.

—¿Y eso? —preguntó al ver que me sentaba a su lado. Estaba tumbado, pero el sofá era tan grande que cabíamos ambos perfectamente.

—Tengo antojo —informé acomodándome para ver la televisión. Me sorprendió verlo tan alarmado, me reí al captar lo que sucedía—. No estoy embarazada si es lo que estás pensando.

Él suspiró como si se hubiera quitado una carga de encima y acto seguido comenzamos a reír los dos.

—¿Quieres? —le pregunté tendiéndole un paquete de Kit Kat.

Su respuesta no fue la que esperaba, ya que dirigió su mirada a la bandeja y sonrió.

—Yo quiero el donut y el chocolate caliente— hizo un puchero, sabía muy bien que no se lo iba a dar. ¡Lo había cogido yo!

—Sí, hombre, que solo queda uno. Y de chocolate caliente solo queda esto — intenté que me tuviera pena. ¿No le apenaba dejarme sin chocolate?

Soltó una carcajada.

—¡Serás egoísta!

—No soy egoísta.

—Pues entonces comparte— se sentó con los pies sobre el sofá.

Fingí pensármelo y él echó la cabeza hacia atrás negando. Qué adorable.

—Vale —acepté con recelo. Dejé todo en el sofá y agarré el donut. Partí un trozo no muy grande y se lo di—. Toma.

Enseguida vi la desaprobación en su gesto.

—No, no, esto no es compartir —dijo— Cuando das un cachito del tamaño de tu dedo meñique, no es compartir.

Bufé.

—Vale, pero es que... —no me dejó acabar.

—¿Eres hija única verdad? —preguntó el obvio.

Asentí. Aquello me hizo recordar a mis padres, enseguida los aparté.

—Ya te voy a enseñar a ti cómo se comparte —dijo. Se acercó a mí, me agarró el brazo con el que sujetaba el donut y antes de que pudiera darme cuenta, él tenía medio donut en la boca del mordisco que le había dado.

—¡Eh! —miré el donut y luego a él que sonreía con la boca llena y los labios manchados de chocolate, hice un gesto de indignación—. Eso ha sido muy ruin.

—Lo tuyo ha sido peor —No conocía esa parte de él. Me había robado la mitad del donut de un mordisco, ¡mi donut de chocolate!

—Yo te he ofrecido como las personas civilizadas.

—Error —dijo con la boca llena—. Me has ofrecido de la misma manera que le das de comer a los patos en el parque. Un trozo tan pequeño que ni lo notas.

—¡Qué no! —repliqué y alzó una ceja— Bueno, puede que un poco, sí.

Admití al fin.

—Un poco —me repitió y se rio, haciendo que me diera la impresión que todo lo que tenía en la boca se le iba a caer.

—Por Dios, Welsey, cierra la boca —me reí. Era un guarro.

—Perdón —dijo llevándose la mano a la boca.

Negué con la cabeza, seguidamente, agarré la taza de chocolate caliente y di un sorbo, cuando fui a dejarlo en la mesa Welsey me lo arrebató de las manos.

—Gracias —dijo mirándome satisfecho y se llevó la taza a sus labios.

—¡No te lo bebas todo! ¡No! —exclamé frustrada y le arrebaté el vaso.

—¡Ah, Hal! —escuchamos la voz de Stacy desde el piso de arriba y Welsey abrió los ojos como platos y me miró.

—Vamos —hizo una pausa— a subir el volumen de la tele —uso un tonto fingidamente calmado y no pude evitar reír cuando comenzó a subir el volumen de la tele tan alto que retumbaba por toda la casa—. Mejor esto que los «ah, ah, ah, Hal, sí, ah, ah, sigue» —imitó a Stacy y comencé a reír como una loca, atragantándome con el chocolate, ya que acababa de darle un sorbo.

—¡Naly, te vas a ahogar! —exclamó riendo.

—Ya, ya —tosí.

—¿Podéis bajar el volumen de la tele? —nos giramos y encontramos a Hal en *bóxers* mirándonos con cara de pocos amigos.

—¿Puedes decirle a Stacy que haga menos ruido? —dijo Welsey agarrándome la taza y dando un sorbo.

Hal frunció el ceño al ver que yo le cogía la taza a su hermano y me la llevaba a los labios.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

—Ver la tele —informé a pesar de que ni siquiera la estuviéramos viendo. Le di un mordisco al donut, luego Welsey me agarró el brazo y mordió también de él.

Hal frunció aún más el ceño y miró a Welsey como si fuera a asesinarlo. Aquel acto me dejó confundida.

—Y comer —añadió Welsey con la boca llena.

—¿Estáis compartiendo la comida? —noté la molestia en su pregunta y me resultó gracioso. ¿De verdad iba a molestarse por eso?

—Ah —dijo— ¿Podéis bajar el volumen de la tele? Molesta.

—Los chillidos de tu novia también molestan —me quejé.

—Y la tenemos que aguantar casi todo el día, no pienso bajar el volumen de la tele —dijo Welsey—. Vete con tu novia que te espera en la cama con ganas de más.

Hal nos fulminó con la mirada.

—No es mi novia, yo no la quiero— y dicho esto se dio media vuelta y se fue.

—¿Qué? —murmuré.

Eso era nuevo.

¿Qué hacía prometiéndole a esa chica el cielo si no la quería? ¿Por qué jugaba con ella?

—Ahora sí que me ha dejado pillado —Welsey agarró un paquete de Kit Kat—. ¿Qué no es su novia? Pues ella no piensa lo mismo —opiné y le dediqué una mirada molesta, ya que, en primer lugar, él me había dicho que no quería Kit Kat y ahora se comía mi donut, se bebía mi chocolate, y se comía el Kit Kat también— ¿Por qué me miras como si quisieras asesinarme?

—Porque te estás comiendo mi Kit Kat.

Él se rio.

—Comparte, Naly, comparte. No me lo como yo solo, yo lo comparto, mira —dijo y partió el Kit Kat a la mitad—. Toma —me tendió el trozo, pero no para que lo cogiera, sino para que mordiera directamente.

Mordí un trozo y sonrió. Me pregunté cómo podía ser tan increíblemente

adorable.

—¡Buenas tardes! —Amanda irrumpió en el comedor y frunció el ceño al ver como Welsey me daba de comer— ¿Qué hacéis? —preguntó de la misma manera que Hal unos minutos antes. Otra igual de sorprendida que Hal, solo que ella no parecía celosa, solo extrañada. Seguramente era la primera vez que veía a Welsey de esta manera con una chica.

—Comer —Welsey contestó antes de que yo lo hiciera.

—Y ver la tele —volví a morder del trozo de Kit Kat que Welsey me ofrecía.

—¿Welsey? —preguntó Amanda anonadada— ¿Eres tú?

—Mmm... sí, Amanda soy yo —echó a reír al contestarle.

Ella frunció el ceño.

—Voy a ir a por agua —dijo Welsey, se levantó e, inmediatamente, Amanda se sentó a mi lado.

—¿Qué le has hecho a mi hermano? —sus ojos brillaban con admiración— Nunca en mi vida lo había visto tan cerca de una chica y menos de esta manera. Nunca.

Sonreí.

—Tampoco estaba haciendo nada del otro mundo.

—Te estaba dando de comer. Eso es algo —dijo ella— ¡En él es mucho!

—¿De qué habláis? —preguntó el chico entrando en el comedor con un vaso de agua.

—De nada —contestó su hermana.

Welsey nos miró e hizo una mueca.

—¡Ah! —escuchamos un gemido proveniente de Stacy y el siguiente no tardó en escucharse.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó ella frunciendo el ceño y volvimos a escuchar otro.

—Hal, con su novia. Aunque dice que no es su novia —informó Welsey encogiéndose de hombros.

—¿Están...? —preguntó Amanda alzando las cejas.

—¿a ti que te parece? —contestó el de gafas.

Su expresión fue muy parecida a la de sus hermanos cuando se molestaban. Se pasó la mano por el pelo pensativa y luego salió andando hacia las escaleras murmurando algo. Welsey y yo la seguimos temerarios, dado que, por lo que había podido comprobar, Amanda tenía el humor de Edward, algo más exagerado cuando se lo proponía haciendo que sus tres hermanos la temieran.

La chica se quedó frente a la puerta de Hal antes de mirarnos a los dos.

—¿Cuánto llevan ahí? —preguntó.

—Desde las once de la mañana, pero Hal ha salido un rato antes de que tú llegaras —informó Welsey.

Nos acercamos a la puerta y Amanda la abrió de un golpe, dejándome a la vista la imagen más desagradable que había visto en toda mi vida y, por eso, me quedé realmente anonadada y paralizada. Hal estaba desnudo encima de Stacy que tenía las piernas abiertas, el chico se agarraba a la cama y ella le agarraba de los hombros; sin embargo, él no la tocaba, solo la follaba, nada más, era asqueroso. Ellos no parecieron darse cuenta de que estábamos mirando. Vi a Welsey que tenía los ojos abiertos como platos, tanto que parecía que se le iban a salir de las órbitas, junto con los agujeros de la nariz que de un momento a otro se le habían abierto tanto que parecían dos túneles. Amanda se acercó y le dio un golpe a Hal en el culo. Intenté centrarme en esa expresión para hacer más llevadera la situación.

—Hal, ¿No nos invitas a la fiesta? —preguntó con recelo sentándose en la cama. Ambos pararon y la miraron sorprendidos, con las mejillas a punto de estallarles —al menos a Stacy—.

—Amanda... —susurró él espantado.

Stacy la miró y abrió la boca para hablar, pero calló.

—Eres un inconsciente, ¡levántate ya! —ella estaba enfadada y él negó con la cabeza— Y si no lo haces por ti, hazlo por los demás. ¡Aquí hay gente en casa! ¡No estás solo!

—Vete —replicó—. Estoy desnudo, y ella —me miró, pero solo supe apartar la mirada— y tú estás aquí y...

—Vamos, Hal no voy a ver nada que ya no haya visto. ¡Levanta! —dijo ella cruzándose de brazos y Hal se levantó. Repito, desnudo, sin nada. Demasiado para mis ojos, si el único hombre desnudo que había visto fue a oscuras. En este momento no sabía si taparme los ojos o seguir mirando.

—Tápate los ojos que luego vas a tener pesadillas —Welsey se percató de que no apartaba la mirada de su hermano.

—No voy a tener pesadillas por ver un pene.

—Yo solo decía —dijo él, mientras Amanda y Hal discutían.

Stacy agarró una sábana y se tapó.

—¡¿Quién es ella?! —exclamó de golpe— ¿Es otra de la que te follas a mis espaldas? —¡Wow!, primera noticia, Hal se follaba a otras y Stacy era consciente. Seguía sin comprender qué clase de relación tóxica era esa—. Eres un mujeriego, ¡te odio! Eres rastrero a más no poder. La peor persona que he conocido en mi vida, Hal. ¡No mereces algo tan sexi como yo! Después de acostarte con esta... esta cosa de pelo negro.

Amanda la miró y negó con la cabeza.

—Fuera de mi casa —dijo acercándose a la chica—Permito que te lo folles, pero no permito que lo insultes de esa manera y me ataques a mí.

—Eres una puta. Te voy a matar por acercarte a mi novio —replicó Stacy y frunció el ceño. ¿No decía Hal que no era su novia?

—Es mi hermano, así que no hables por hablar —contestó Amanda y agarró a Hal del brazo—. Tú te vienes conmigo, y tú —miró a Stacy—, vístete y sal de mi casa.

La vergüenza se hizo dueña de la expresión de Stacy, que asintió sin saber cómo replicar. Hal bufó, pero no defendió la presencia de la pelirroja, en lugar de eso, buscó encontrar mi mirada que, poco a poco, estaba más confusa. No sabía cómo describir la situación, ni qué sentir hacia Hal. Era frío con Stacy, pero conmigo era cálido como un sol radiante. La imagen seguía en mi mente, dándome repulsiones. Él apartó la mirada, avergonzado, y yo la bajé, también avergonzada. Amanda caminó fuera de la habitación agarrando a Hal de la mano, su rostro se dirigía al suelo, y mi mirada a su parte prohibida.

«Mierda, ¡Naly!».

Se metieron en el cuarto de Welsey pero, aunque él frunció el ceño, no se quejó. Stacy salió en dirección contraria segundos más tarde, yéndose de casa.

La pregunta del porqué Amanda se había puesto de esa manera con Hal, daba vueltas y vueltas en mi cabeza. Welsey pareció notar qué pensaba y comenzó a hablar.

—No es la primera vez que pasa esto —dijo—. Hal siempre ha sido así. Antes era peor, cada semana era una chica diferente, cada día las traía a casa, desde que llegaste solo está con Stacy, no sé cómo han durado tanto. Pero por eso Amanda esta así, por esa cama deben haber pasado ya una treintena de mujeres y lo malo no es que él disfrute del sexo, porque eso es algo personal y no es asunto nuestro, el problema real es lo que hace cuando esas chicas se van. Algo pasa con él cuando se acuesta con ellas, porque después se va a la cocina y agarra la primera botella de alcohol hasta emborracharse. No queremos que siga así, no es un secreto para nadie que le hace daño emocionalmente. No obstante, él sigue y no queremos que vuelva a acabar con un coma etílico.

No hablé, después de todo, ni siquiera sabía qué decir. Aquello había llegado a impactarme hasta el punto de dejarme sin palabras. ¿Coma? ¿Tan grave era? No entendía que pasaba con Hal y porqué era tan frío con Stacy, él podía ser cariñoso, yo lo había comprobado. Podía no ser enfermo por unos minutos y ser realmente él. Pero todo estaba tan relacionado: alcohol y sexo, era todo lo que él tenía. Sin

embargo, no dejaba de pensar que eso tenía que tener algún motivo, uno no tiene relaciones sexuales y luego se emborracha hasta las venas casi que a diario, era un no parar.

Algo lo atormentaba y yo quería saber qué era esa cosa que lo mataba por dentro, porque yo sabía que había algo. No podía explicar qué me lo decía, no podía decir cómo lo presentía, solo sabía que Hal estaba mal, y que yo iba a averiguar qué era lo que le pasaba.

Hal

Por un momento, pensé que lo que más me molestaba en la situación era la invasión a mi privacidad, sin embargo, aquella idea desapareció cuando mi hermana me miró al cerrar la puerta del cuarto de Welsey.

A Amanda le gustaba hacerse la dura, la hacía sentir fuerte, segura, poderosa y autoritaria, pero ambos sabíamos que solía romperse en llantos al enterarse de que algo iba mal. También advertíamos que le gustaba hacer como que ese hecho no era real, nunca hablaría sobre sus penas, ya que lo que expresaba ella era su orgullo.

En eso se parecía a Edward.

No estaba llorando, pero sus ojos me decían que mantener el brillo sin mojar sus mejillas le estaba costando. Razón por la cual bajé la mirada y agarré algo de Welsey para vestirme.

—¿Por qué haces esto? —pensé en comparar su tono de voz con el de una gota al caer sobre agua. Ligerero, tembloroso y sonoro al final.

No entendía por qué se ponía tan dramática.

—¿El qué? —ya me había vestido, así que me senté en la cama.

—No comiences a hacerte el imbécil, sabes muy bien que cada vez que esa chica se va acabas borracho hasta las venas. ¡Te estás haciendo daño, Hal! ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sabemos todos que estás mal emocionalmente y no lo quieres aceptar? ¡Tú no quieres estar con ella!

No fui capaz de mirarla.

A mí no me pasaba nada.

Mis razones para emborracharme eran otras.

—No me estoy haciendo nada, yo estaba bien tranquilo hasta que has venido a interrumpirme.

—¿La quieres?

—Sí —mentí y ella lo sabía.

—¿Por qué mientes?

No lo sabía, no me explicaba porque mentía, incluso, si lo hacía, era muy bueno escondiéndome la verdad a mí mismo; a veces, yo era mi propio enemigo.

Así que decidí que lo mejor era quedarme callado, observar a mi hermana y esperar que ella inventara una respuesta para su propia pregunta. Siempre lo hacía, aunque, era buena adivinando los sentimientos de los demás, en algunas ocasiones, parecía que con una mirada escaneaba cada punto de tus nervios, cada rincón de tu cabeza y cada pequeña chispa de pensamiento en tu mente. Era buena con las personas. Quizá por eso su inteligencia llegaba a ser sorprendente.

Los más sabios son los grandes observadores, y lo más interesante de ellos, es que disimulan su observación con curiosidad banal y despreocupada, actitud que les confunde entre la multitud de ciegos.

—Sé que te gusta Naly, pero no es ella la causante de esto, aunque te intentes convencer de que es así, ya lo hacías antes de que ella llegara —y tenía razón.

Una de las cosas por las que le tenía mucho respeto a Amanda no era por su genio, sino por esto mismo, su poder de dejar mis pensamientos desnudos ante ella.

—Amanda, no vamos a llegar a ninguna parte con esta conversación —quise terminar con su monólogo ya que no le encontraba el sentido.

—No intentes evitar esta conversación. No voy a dejarte hasta asegurarme de encontrar una solución—otra de sus obsesiones: ser la heroína de la casa.

—No puedes salvarnos a todos de nuestras penas, Amanda.

Vislumbré su molestia, atisé su resentimiento y capté como mostraba decisión.

—No, no puedo —dijo—. Pero tú sí que puedes ayudarte, solo quiero que te des cuenta de eso.

Cada vez que decía que yo estaba mal, mi mirada se desplazaba a otra parte para luego volver a mirarla, ya que, de alguna manera, evitar verla hablar también hacía menos reales sus palabras.

¿Y qué si estaba mal? ¿Qué importaba?

No hay nadie en el mundo que no sufra de emociones alguna vez.

—Amanda, no tiene importancia.

—¡Sí la tiene, Hal! Y mucho más cuando sé que andas loco por esa chica y en vez de ganártela la pierdes cada día más. ¿Cómo se te ocurre tener sexo con otra estando Naly aquí? ¿Luego irás a decirle que te gusta? ¿Quién se creerá el cuento? ¿Tú? —dijo aquello sentándose a mi lado.

Suspiré. No se me ocurrió nada más que hacer aparte de eso, igualmente, me había quedado sin palabras. ¿Si tenía razón? Claro que la tenía, pero era demasiado terco para aceptarlo. Naly me gustaba mucho y Stacy era una fresca manera de pasar el tiempo.

—No soy el tipo de persona que tiene una relación amorosa —dije—, me gusta, pero no me imagino estando con ella.

—¿Por qué no? —al notar que cedía, su interés floreció.

—Porque... nunca he sido de esos —sabía que esa no era la razón, pero esa parte de mi vida, era un misterio para mi hermana.

—Eso es una tontería.

—No.

El amor era lo que más inseguridad me provocaba. Yo no quería amarla, no quería vivir pendiente de alguien como si estuviera perdido en ella. ¿Qué pasaría

entonces? Perdería lo poco que sé de mi identidad.

No obstante, no podía negar que ansiaba probar ese sentimiento.

—Sí, venga Hal. Quiero verte bien de nuevo, lejos de esa obsesión por el sexo vacío y el alcohol —llevó una de sus manos a mi rostro, acarició mi mejilla con ternura y me sonrió—. Puedes hacerlo si te centras en conocer a Naly. Conocer en profundidad a alguien que te gusta es una de las cosas más bonitas que hay —«y más catastróficas también, querida hermana»—. Inténtalo.

—No puedo ser cariñoso con ella sin llegar a un punto sexual Amanda, no lo intentes.

—Aleja esos pensamientos y concéntrate en ella. Acabarás dándote cuenta de cosas increíbles.

Mi opinión se dividió en dos partes tan opuestas que acabé declarando que no tenía una opinión sobre su propuesta.

Una alegoría a mi estupidez.

Una burla a mi inseguridad.

Una puñalada a mi sentido del deseo.

Mi hermana se apartó el cabello del rostro y se separó un poco de mí.

—Imagina que soy ella, ¿qué dirías?

Aquello me hizo reír.

¿Qué qué le diría?

Que quería metérsela lo más profundo posible y tenerla gritando de placer día y noche.

—Que acabaría en mi cama.

—Eres tonto. Algo bonito, algo que te guste de ella.

—¿Qué me guste? ¿cómo?

—Sus ojos, su rostro, su cabello, su sonrisa, cualquier cosa.

Intenté ilustrar a la chica en mi mente para así fijarme con detenimiento en cada cosa que me gustaba de ella.

Lo primero que apareció en mis recuerdos fueron sus pecas, las cuales jugaban a ser estrellas en el cielo de sus mejillas rosadas. Después, sus labios, sobre todo la parte derecha de su labio inferior, donde tenía un lunar más visible que siempre me tentaba a besarla; estaba descubriendo que adoraba las manchas circulares de su piel.

Luego, pasé a la forma de sus ojos, redondos y brillantes, llenos de luz e inocencia. ¿Sería eso lo que me gustaba? ¿Su aspecto puro? ¿O la manera en la que brillaba todo su rostro cuando explicaba algo increíblemente emocionante? Incluso, la historia parecía apasionante cuando era ella quien la explicaba. Me impresionaba cuando narraba cómo el pueblo se alzó contra su opresor innumerables veces, le encantaban esas partes de la historia mundial y, en ese momento, se me vino a la mente que quizá había una razón para ello.

—Me gusta su pureza, sus pecas y su pasión por la historia.

Descubrí a mi hermana sonriendo enternecida antes de reír.

—¿Historia? ¡Tú odias la historia!

—No cuando ella la explica. La veo tan apasionada que siento que no hay nada más interesante en el mundo.

—Hal... eso es amor.

—No, es admiración. A veces me pregunto cómo es la vida desde sus ojos.

—Te aseguro que no será tan maravillosa como tú crees que es.

Suspiró.

—Está sola, ¿no te has dado cuenta? —aquello me pilló desprevenido— No tiene apoyo familiar, ni hermanos, y apenas tiene amigos aparte de vosotros y Lottie. Su vida es esta casa y la historia, por eso tu comportamiento no es adecuado. No eres el único con demonios en la cabeza, Hal.

—Ni siquiera conozco mis demonios —en eso no mentía. Sabía que estaban ahí, pero era muy difícil saber cómo eran, de donde venían y cómo deshacerme de ellos.

No contestó, y yo me quedé sin querer hablar más. Permanecer en silencio se me hacía mucho más atractivo que seguir dando vueltas a un tema sin fin, así que volví a mi monólogo interno, ya que, de repente, quería conocer más de ella. Mi hermana me había abierto los ojos en ese sentido, podía ver que tenía a, prácticamente, una extraña viviendo en mi casa. Una extraña a la que sentía muy familiar.

Mi hermana abandonó el cuarto minutos más tarde. Permanecí quieto, con la mirada en el techo y los pensamientos en el aire, no entendía nada.

Sentí la necesidad de despejar mi mente ya que, aunque quisiera reflexionar sobre el tema, no lograba encontrar por dónde empezar. Me distraje mirando videos en mi móvil y cuando creí tener la mente lo suficiente clara, me levanté y fui en busca de la chica que estaba dormida.

Mi presencia no la despertó, por lo que me acerqué poco a poco a ella, no me senté en la cama, solo la miré dormir. ¿Qué hora sería? Había perdido la noción del tiempo.

Mariquita, era como una mariquita: Pequeña, sonrojada y pecosa.

Mis pensamientos me sorprendieron y antes de que mis nervios me guiaran fuera de la estancia, sentí en mis dedos un cosquilleo, quería acariciarle el cabello.

No lo hice, obviamente, el hecho de que me pillara mirándola cambiaría las cosas y, por el momento, no quería que lo hicieran.

Pensé que quizá la observaría dormir más veces y salí del cuarto.

Porque Amanda tenía razón, me había enamorado de ella y no sabía cómo llevar esa situación.

CAPÍTULO 11

Naly

—Esto es demasiado frustrante —después de pasarme toda la noche llorando de frustración, lo único que podía repetir era esa frase—. Yo hice lo que tocaba, me tiré horas y horas, y Hal lo ha cagado todo. ¡A veces, me dan ganas de matarlo! ¡No es justo! ¡No es justo!

—Tranquila, tranquila —mi amiga se sentó frente a mí y me agarró de los brazos, quizá para ella eso funcionaba, pero a mí solo me hacía perder más mis casillas— ¿Qué ha pasado?

Apoyé mis codos en la mesa y me tapé la cara en signo de molestia, apartándola de mí, no solo por su gesto, sino también por esa capucha con orejitas de gato que llevaba puesta, ¿de dónde diantres había sacado eso?

—Se ha cargado mi trabajo —bufé, aún no podía creerlo, y sabía que acabaría entrando en pánico de nuevo. ¡Iba a suspender! ¡Y encima iba a quedar como irresponsable e inmadura!

«Ese maldito torpe».

—¿Qué ha hecho qué? —preguntó ella, que seguía sin entender lo sucedido.

La miré fijamente y luego di un sorbo a mi chocolate caliente, al menos, tenía algo que ayudara a calmar mis nervios. Pero fui tan estúpida que al pedirlo no pensé en que cada sorbo me recordaría la pérdida de mi trabajo.

—Él es lo más inútil que te puedas imaginar —aclaré—. Estaba acabando el trabajo, y sabes bien que tenía que ser a mano. Hal,

como es bipolar, se le ocurrió hacerme un chocolate caliente, después de haberse pasado el día dándole al pico como una cotorra, dijo que recordó que a mí me gustaba y quiso hacerme uno.

—Aw, que tierno —dijo ella—No es tan malo.

—Ya lo sé, tiene sus momentos de ternura, la cuestión es que me tiró el chocolate en el trabajo —manifesté asqueada—. No tengo ni idea de cómo se lo montó para tropezarse con la cama y tirar el vaso en el escritorio. Lo manchó y rompió todo, Dios mío, ¿por qué tiene que ser tan torpe?

Lottie intentó aguantar la risa, pero no lo consiguió y estalló a carcajadas haciendo que toda la cafetería dirigiera sus miradas hacia nosotras.

—¿Quieres dejar de reírte? —me quejé. No me hacía ninguna gracia.

—Es que, me imagino a Hal tropezándose, cayéndose y tirando todo. Y no puedo evitar reír —explicó y odié notar como me contagiaba la risa. Sí, gracioso era el hecho de que Hal era más que torpe, pero la parte en la que tenía que volver a hacer todo el trabajo para la semana que viene, y llevaba dos meses con ello, no lo era.

—Tengo que volver a hacer todo —dije yo fastidiada.

—Eso no me hace gracia.

—Pues no —dije yo bufando. ¿Cómo iba a hacerlo? No tenía tanto tiempo—. Es que, no voy a tener tiempo para acabarlo.

—Dile que te ayude —dijo ella.

—No —negué con la cabeza. Hal era nefasto en historia, si dejaba que me ayudara no tendría ni un aprobado justo—. Me va a hacer suspender y, encima, no se calla ni debajo del agua, es muy pesado. Creo que ya ha ayudado bastante.

—No debe ser tan malo.

—Lo es —expliqué e inmediatamente callé cuando vi que Wade y Hal se acercaban a nosotras. Sí, Wade y Hal, de repente, eran como uña y carne, es increíble lo que llega a unir una borrachera.

—¿Qué tal vas, cariño? —preguntó Wade a Lottie después de darle un beso en los labios. Otra novedad, ellos dos eran pareja.

—Bien —contestó ella con una sonrisita tonta.

Hal se sentó a mi lado y ni me molesté en mirarlo. Estaba muy enfadada con él y muy molesta por sus cambios de humor. Por el momento, así estaban las cosas, Hal parecía ser el nuevo en el grupo de los nerds, aunque, al igual que yo, de nerd no tenía nada. No había cambiado su manera de ser ni su aspecto. Sin embargo, algo diferente sí que estaba sucediendo en él desde la noche anterior, no tenía ni idea de que habían hablado en el cuarto de Welsey y, aunque me picara la curiosidad, no pregunté sobre el tema, ya que aquello no me incumbía. Por suerte Hal había dejado el alcohol, durante toda la semana no había mojado los labios en una sola botella, tampoco había vuelto a ver a Stacy. Ahora, en vez de sustituir sus ratos libres con alcohol y sexo, se pasaba el rato detrás de mí o de Welsey. Hablando y hablando, incluso con Edward, quien en más de una ocasión lo había echado de su cuarto gritando algo así: «como no te calles te vas a tragar la lengua, que me vas a explotar la cabeza. ¡Joder, que pesadilla de persona!», o una variación como «ya me estás hinchando los cojones, ¡cállate de una puta vez!». Parecía que el no tener sexo ni beber alcohol le provocaba una ansiedad terrible que solo podía descargarla hablando todo-el-santo-día.

Por otra parte, Welsey estaba cambiando un poco, pero seguía siendo el mismo chico adorable de siempre. Aunque ahora iba siempre con Eiden y los demás, en ocasiones, parecía que Hal y él habían intercambiado papeles. Ahora Welsey era el popular, parecía que el ser adorable e inocente le daba muchos puntos con las chicas. También se le veía contento, pero no me acababa de gustar que hiciera esto porque, a veces, aparentaba como que le estaba robando la vida a su hermano. A pesar de que sabía que él nunca haría algo así, en mi opinión, solo lo estaba pasando bien y no se había dado cuenta de la molestia que me provocaba su actitud.

—¿Cuánto tiempo vas a estar enfadada conmigo? —me susurró Hal al oído, haciendo que mi piel se erizara.

—¿Cuánto tiempo va a tardar en volver a hacerse el trabajo solo? —pregunté y él bufó.

—Vamos, sabes que fue sin querer —me obligó a mirarle agarrándome de la barbilla—. Yo no haría eso queriendo, además, lo hice con buena intención, quería

hacerte un chocolate caliente porque sé que te gusta.

Rodé los ojos cuando él puso cara de cachorrito.

—No me convences con eso.

—Te ayudaré a hacerlo de nuevo —insistió y negué con la cabeza.

—No, ni hablar.

—¿Por qué no? —preguntó él y aparté mi mirada de la suya, pero al toparme con Wade y Lottie besándose volví a mirar al chico de cabellos rizados.

—Porque no me fío de ti —dije, tenía intención de seguir hablando, pero él me interrumpió.

—Llevo una semana sin decirte nada pervertido ni insinuarme, ¿cuánto tiempo más tengo que esperar para que te fíes de mí? —preguntó algo resignado.

—No me refería a eso, Hal. Quería decir que no sabes nada de historia y además eres muy torpe.

—Ah —respondió.

—Y contigo el trabajo va a acabar peor de lo que estaba —añadí.

—Puedo sorprenderte —me dedicó una pequeña sonrisa.

—No quiero verlo.

—Ya verás —aceptó el desafío.

—No.

—Sí.

Alcé las cejas e hice un gesto de vencimiento ya que sabía que lo haría de todas maneras. De vez en cuando miraba a Hal a los ojos y, sin yo quererlo, la imagen de él con Stacy me venía a la mente. Él con Stacy y su... su... cosita. Me avergonzaba mucho cada vez que lo miraba y esos pensamientos venían a mi mente. No quería pensar en eso, pero era tan impactante que no podía sacarlo de mi pobre cabecita.

El descanso terminó y me fui a mi clase con Welsey, este llegó y se sentó a mi

lado, como de costumbre. Llevaba el pelo algo revuelto y la cara roja, tenía el ceño tan fruncido que parecía que solo tenía una ceja.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté algo sorprendida y él me miró mientras jugaba con el borde de su jersey gris de lana que, debo señalar, le quedaba demasiado sexi.

—No lo sé ni yo. Ha ido todo tan... rápido.

Me miró horrorizado, pero a la vez confundido y nervioso mientras se mordía el labio inferior haciendo que este se enrojeciera.

—¿Él qué?

—No lo sé... Solo que ella me chillaba y luego... y no sé y... No tengo ni idea. ¿Sabes es uno de esos momentos en los que te crees que nada es real y que estás delirando? ¿Y no sabes qué está pasando? Pues eso. Nunca hubiera imaginado que...

—¿Qué? —pregunté algo exaltada. No entendía nada de lo que decía— ¿Puedes explicarte?

El profesor entró en clase, Welsey se llevó una mano a sus labios y comenzó a jugar con ellos.

—En casa te explico, dame tiempo para asimilar.

—¿Te has peleado con alguien?

—Más o menos.

—¡¿Qué?! ¡Welsey! —susurré yo regañándolo.

—Luego te cuento —dijo él.

Asentí algo molesta. ¿Welsey peleándose? Mi dulce y adorable Welsey ¿peleándose? No podía ser verdad. Lo miré y él estaba mordiendo el boli pensativo, demasiado pensativo. ¿De verdad quería esperar a contarme luego? Estaba muriéndome por saber qué narices pasaba.

Cuando la clase acabó Welsey se fue corriendo a la siguiente despidiéndose con la misma excusa. Para cuando era la hora de ir a casa, me encontré sola. Hal se había ido con Wade a un museo de historia, increíble, sí, por lo que parecía iba en serio lo

de sorprenderme, lástima que fueran el museo erróneo. Hal era todo un caso, pero su gesto era adorable.

Welsey se fue en el coche de Eiden como hacía cada tarde últimamente y a mí no me quedaba de otra que ir andando sola a casa, ya que daba por supuesto que Edward no me llevaría. Me despedí de Lottie que se fue a la residencia donde vivía.

A veces me gustaba ir sola, andar un rato. Con tanto lío con los trillizos, no había tenido tiempo para mí misma. Así que caminé en silencio mirando hacia el suelo mientras pensaba. No me gustaba pensar y, contradiciéndome a mí misma, no me gustaba estar sola, porque entonces pensaba más de lo que debía, sin embargo, a veces era necesario.

Comenzó a llover cuando aún me quedaban veinte minutos para llegar a casa. ¿Por qué tenía que estar tan lejos?

Aún seguía pensando en Hal, él no había vuelto a hacerlo, pero yo sabía que seguía mal, que había algo que le preocupaba y que le hacía estar mal. E insistía en querer saber qué narices era. Por otra parte, Welsey había estado tan raro en clase, el hecho de no querer decirme lo que le pasaba y hacerme esperar me carcomía por dentro de impaciencia.

Mi móvil comenzó a vibrar en mi bolsillo y lo saqué, «Luke» leí la pantalla y me peleé mentalmente en si contestar o no. Luke no tenía la culpa de todo lo que pasó, él era muy importante para mí, pero tampoco estaba segura de contestarle, no sabía si podía haber alguna segunda intención con la llamada, así que no respondí, y segundos más tarde Luke volvió a llamarme. Lo ignoré de nuevo y seguí caminando, pero él seguía llamando. ¿Qué querría con tanta insistencia? Suspiré y me decidí a descolgar el teléfono, aunque no lo hice, porque algo más impactante pasó en ese momento.

—¿Subes? —preguntó Edward deteniendo su coche a mi lado.

Abrí los ojos como platos y el móvil dejó de sonar.

—¿Yo? —pregunté incrédula.

Edward iba solo en el coche y me ofrecía llevarme, no podía ser real.

—Cierra la boca, a ver si te entra algún bicho —dijo con el mismo tono de siempre. Me enrojecí y cerré la boca que había abierto por el asombro. «Qué vergüenza»—. Puedo ser amable de vez en cuando.

—Lo siento —me disculpé y me le quedé mirando, creo que estuve unos cuantos minutos mirándolo como una tonta. Él rodó los ojos.

—Si no subes, me voy.

Asentí con la cabeza.

—Ya subo —rodeé el coche entrando por la puerta trasera.

Me senté y cerré la puerta justo antes de atarme el cinturón. Él encendió el motor sin decir nada, mientras me preguntaba qué tan rara podía sentirme. Estaba sola con Edward en su coche, al cual me había invitado a entrar. ¡El caballero oscuro se había ofrecido a llevarme!

Lo observé como miraba la carretera concentrado, llevaba una camisa de tirantes que dejaban todos sus tatuajes a la vista, bueno, algunos de ellos porque tenía más en el pecho. Sentí la tentación de tocarlos, pero no lo hice, aunque me muriera por ellos. Solo aparté mis ojos cuando él me miró con una media sonrisa, no podía creerlo. Así que apoyé mi brazo en la ventana y miré por ella, esperando que este momento de confusión acabara.

—¿Tienes frío? —me preguntó Edward y aparté la mirada de la ventana para fijarme en él.

—Un poco —admití, estaba mojada de la lluvia. Echó su mano para la parte trasera del coche y agarró su chaqueta.

—Toma —dijo impasible dándome la chaqueta. ¡Su chaqueta!

La cogí algo indecisa y sorprendida al mismo tiempo. Esperaba que él me mirara o algo, pero no lo hizo, así que me la puse por encima y encendió la calefacción del coche. Yo estaba alucinando, nunca habría imaginado que Edward me subiría a su coche y me daría su chaqueta.

—Si te la pones encima de la ropa mojada no hace nada —dijo sin mirarme. Espera un segundo, que esto yo no lo asimilo, pensé, ¿me está diciendo que me quite la ropa? —. No te estoy diciendo que te desnudes si es lo que estás pensando —suspiré.

—¡Ah! —asentí y me quité su chaqueta, luego el jersey de lana mojado, quedándome con una camiseta de manga corta que no estaba mojada. Luego, volví a ponerme la chaqueta de Edward. Me abracé a mí misma, mientras el frío desaparecía poco a poco. Estaba muy cómoda con esa chaqueta puesta, además, estaba forrada con algo que era calentito por dentro.

No volvimos a hablar en todo el trayecto. Luke me llamó un par de veces más, pero yo tenía mi móvil en silencio y aún me debatía entre si contestar o no. Tenía que admitir que lo echaba de menos, extrañaba esa sonrisa pícaro que ponía cuando tramaba algo, o como hablábamos hasta altas horas de la madrugada. Quizás, debí haberme despedido de él, pero no lo hice y, por eso, no atendía al teléfono. No sabía si estaría enfadado conmigo o no, aunque si no lo estaba sería algo muy raro.

Cuando llegamos a casa, Edward salió del coche y yo hice lo mismo. Entramos en casa sin decir nada y cada uno se fue directo a su cuarto. Yo le murmuré un «gracias» el cual no contestó. Me miró y luego cerró la puerta de su habitación.

Me tiré en la cama y Luke volvió a llamarme. No lo cogí. ¿Estaba haciéndome mucho de rogar? Posiblemente.

Me levanté y me puse a hacer el trabajo de historia, por segunda vez, preguntándome cuanto tiempo tardaría Hal en llegar y demostrarme que sí había aprendido algo. Aunque, si Wade era su profesor, estaba más que segura que algo aprendería, porque Wade era muy inteligente y sabía muy bien cómo explicar las cosas, al igual que Welsey. Media hora más tarde picaron a la puerta de mi cuarto y respondí con un «pasa». Welsey entró con la misma expresión de esta mañana y se tiró en la cama.

—Tengo que contarte algo muy extraño.

Últimamente Welsey me contaba todo, y yo a él también, la verdad era que nuestra

relación se había vuelto algo parecida a la que tendrían unos mejores amigos. Sin embargo, a veces teníamos momentos demasiado tiernos, de esos que solo tendrías con tu novio, aquellos, eran perfectos. Él era perfecto, en todos los aspectos, y cualquiera querría estar con él. Sabía que él no se fijaría en mí como algo más que una amiga, ya eso quedó claro en nuestro primer beso, que nunca más volvería a pasar.

—Dime ya, qué ha pasado —volteé esperando una respuesta.

Él frunció el ceño.

—¿Esa es la chaqueta de Edward? —preguntó.

—Sí —contesté, se me había olvidado devolvérsela.

—Ah —dijo confuso, aunque igual se incorporó y se sentó en la cama con las piernas cruzadas como los indios—. Lo que te decía, me he peleado, pero a la vez no.

Hice una mueca.

—¿Eh? No me entero. Explícate, Welsey.

—A ver —dijo— ¿Sabes Adriana? —asentí y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al recordar la última y única vez que había hablado con ella— Me vino a pedir los deberes otra vez, y no se los había hecho. Estoy harto de que me trate así y de hacerle las cosas, que se lo haga ella —rodé los ojos en forma de aprobación—. Pero ella se ha enfadado —continuó—. Entonces, yo estaba hablando con Eiden y ha venido a chillarme, me ha agarrado del brazo —hizo una mueca—. Esta mujer sí que tiene fuerza, de verdad. De este modo me ha llevado a un sitio donde no había nadie y pensaba que me iba a matar o algo, pero se me ha tirado encima.

Abrí los ojos como platos. No podía creerlo, o sea, yo sabía que Adriana estaba coladita por Welsey, pero esto, así de repente, era demasiado.

—¿Qué?! —exclamé haciéndome la sorprendida, aunque, claramente, estaba exagerando.

—Que sí, que se me ha tirado encima, me ha besado y, claro, no sé porque yo he

seguido, quizá porque estaba alucinando. Además, me he pasado el descanso con ella —dijo él con los ojos abiertos como platos a la vez que se tocaba los labios—. Estoy confundido, porque, cuando se ha ido me ha dicho: «Eres mío, que te quede claro. Y si te digo que hagas una cosa, la haces. Mañana te quiero aquí a la misma hora» —No dije nada, eso se veía tan típico de Adriana—. Es que ¿desde cuándo le gusto a Adriana?

Lo miré intentando que no se notara el hecho de que yo ya lo sabía, pero no lo conseguí. No sabía cómo sentirme sobre esto, porque, tenía que admitir, estaba celosa. Aunque no sabía exactamente de qué.

—¿Tú lo sabías? —me preguntó amenazante. Se me escapó una risa y me pilló— Mira que llegas a ser mala, podrías haberme ahorrado toda esta angustia.

—¿Cómo iba a saber que ella te haría eso? —me defendí.

—No sé— contestó.

—Pero ahora lo importante —dije— ¿Te ha gustado?

Él me miró y rodó los ojos.

—Vaya pregunta —dijo—. Te he dicho que me he pasado el descanso con ella ¿Crees que estábamos hablando? —dijo divertido y yo negué con la cabeza— Claro que me ha gustado, eso es lo que me da miedo.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—No tengo ni idea —confesó.

Me encogí de hombros algo molesta, no sabía por qué, pero estaba celosa, muy celosa de esa tía. Cuando Welsey se besó conmigo fueron unos pocos minutos, mientras que con ella había pasado un descanso entero. En cierto sentido, estaba hiriendo mi orgullo, además, en aquel momento comprendí a Hal cuando me lo decía. Alguien abrió la puerta de mi cuarto y Hal entró.

—Ya he vuelto del museo —declaró feliz—. Vas a flipar.

Se calló y frunció el ceño, repasándome de arriba a abajo.

—¿Por qué llevas la chaqueta de Edward? —preguntó sorprendido. Ignoré su pregunta.

—¿Cómo te ha ido en el museo?

—Bien —contestó y se sentó en la cama al lado de Welsey no muy convencido.

—¿No has estado muy poco rato? —pregunté yo y él me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—El suficiente, para coger lo que me hacía falta —dijo él y sacó un aparato raro de su bolsillo.

—¿Eso es un audio guía?! —dijo Welsey exaltado.

—Sí —contestó su hermano.

—Lo has robado —declaró Welsey.

—No, yo no, ha sido Wade —contestó Hal con tranquilidad.

No sabía por qué, pero con esos chicos me pasaba el día con los ojos abiertos como platos, sorprendida a más no poder.

—Estás corrompiendo a Wade —dije yo acusándole, a lo que Hal me dedicó una sonrisa pícaro.

—Él es un chico malo —dijo divertido.

—No lo es —declaró Welsey—. Él es bueno y estudioso, y tú lo estás emborrachando y haciendo que robe audio guías de museos de historia.

—Él no era así contigo porque tú eres un aburrido —Hal le atacó.

—Ya, por eso tus amigos me han sustituido por ti, gracias a lo aburrido que soy —dijo Welsey receloso antes de levantarse e irse, mientras que Hal solo fingió no estar afectado por su comentario.

—Se ha pasado —opiné.

Hal negó con la cabeza.

—No, tiene razón —dijo Hal, pero enseguida cambió de tema—. Mira, con esto

tendremos el trabajo resuelto.

Alcé una ceja. No quería dejar el tema tan fácilmente, comenzaba a preocuparme por él.

—No, con solo eso no.

—Joder —soltó un gesto de rabia.

—Pero para algo hay —le dediqué una sonrisa—. Si vas a ayudarme necesitarás esto.

Sujeté tres libros gordos de historia y se los lancé, él los agarró con una mueca de horror.

—No pretenderás que aprenda todo esto.

—Si quieres sorprenderme sí —quizá empezaría a jugar—. Aunque puedes retirarte, porque sé que no vas a poder.

Él me miró seductoramente, se levantó y se agachó a mi lado mirándome fijamente.

—No voy a darme por vencido, nunca lo hago —me susurró al oído—. Ya lo sabes.

La piel se me rizó y él mordió el lóbulo de mi oreja.

—Puede que en algún momento tengas que hacerlo —le susurré de vuelta.

—No, nunca.

Sí algo sabía de él, era que nunca se daba por vencido y eso lo tenía más que claro. No hacía falta que me lo dijera.

Se levantó y se tumbó en la cama.

—Y ahora si me disculpas, tengo que estudiar historia —dijo abriendo el libro por el apartado de prehistoria.

Negué con la cabeza y me giré a seguir con lo mío, sabía que Hal no me iba a ser de mucha ayuda, pero el hecho de que lo intentara era bastante. Además, observar

que llevara diez minutos leyendo sobre revolución industrial cuando el trabajo era sobre la Inglaterra de la Segunda Guerra Mundial, era más gracioso aún.

—Hal —alzó la cabeza—. El trabajo es sobre la Inglaterra de la Segunda Guerra Mundial.

Él reprimió una risa.

—Está bien saberlo —dijo él negando con la cabeza y pasó las páginas hasta el apartado donde se hablaba de lo que yo le había indicado.

Volteé y seguí con lo mío. Al menos, Hal aprendería algo de esto.

—Estoy cansado —bufó el chico—. A mí esto de estudiar nunca se me ha dado muy bien.

—Déjalo.

—No —dijo él—. Pero voy a hacer un descanso.

Volteé cuando se levantó y salió del cuarto. Fruncí el ceño preguntándome a donde iría, aproveché de levantarme también. Aún llevaba puesta la chaqueta de Edward, así que pensé en que debería devolvérsela.

Llegué hasta la puerta de su cuarto y me quedé paralizada al no saber qué hacer. ¿Entraba y se la daba? ¿O me volvía por donde había venido? Pero, antes que nada, me la quité. No sabía qué esperar de su reacción y eso me inquietaba.

Edward

Sabía que tenía que ponerme manos a la obra con mis trabajos de clase, sin embargo, estaba demasiado a gusto tumbado en la cama. No era simplemente el hecho de que estaba agotado, era que el ritmo que llevaba con mi vida estaba consumiendo mi energía: Estudios, trabajo, entrenamientos, era demasiado y no sabía cómo organizarme. Decidí ponerme a estudiar, aunque no podía concentrarme, adoraba el arte, pero la teoría del arte era

un tostón. Tenía que aceptarlo, era un poco perezoso en lo que a estudiar se refería y la palabra misma, me provocaba sueño nada más escucharla. Prefería aprender las

cosas observándolas a mi propio ritmo y con tranquilidad, que con el estrés de saber que tengo que saberlo de memoria para un día en concreto.

Suspiré de nuevo y pasé de canción. Esta era una de My Chemical Romance, un gran grupo, lástima que se separan. Me incorporé en la cama, ya que estudiaba tumbado y bufé resignado, otra vez pensando en el porqué le había dado mi chaqueta a la zorra esa. Me había dado pena, más que nada era eso. La había visto ahí caminando bajo la lluvia y, pues, no soy tan cruel. «En el fondo eres un buen chico, Eddie», me dije a mí mismo. Pero ella seguía con mi chaqueta, no me la había devuelto pero ¿qué se pensaba? ¿Que yo se la había regalado? Yo quería mis cosas de vuelta.

Tocaron a la puerta, así que apagué la música, me levanté y me senté en la mesa abriendo un libro, es mejor prevenir que curar, por si acaso era Amanda; ya que si me encontraba espatarrado en la cama iba a matarme y a decirme que esa no era la manera de ponerse a estudiar. Otra cosa no, pero miedo le tenía. Podía parecer increíble que yo le temiera, pero era algo que no podía negar, le tenía pavor a mi hermana mayor porque tenía el mal genio que jamás había conocido.

—¿Quién es? —pregunté esperando escuchar la voz de sargento de Amanda diciéndome: «Estás estudiando, ¿no?». Y anda que no me hinchara los cojones cuando me decía que sonriera. No me apetecía sonreír, ya que tampoco tenía motivos por qué hacerlo.

—Edward... yo —fruncí el ceño, me giré y encontré a Naly en la puerta de mi cuarto con mi chaqueta en la mano.

«Oh, la zorra ha venido a devolverme mi chaqueta, menos mal».

—Tu chaqueta —pronunció algo nerviosa intentando mostrarse distante. No respondí. Simplemente, alcé una ceja disfrutando de su actitud conmigo. Era muy divertida.

Ella me miró algo incómoda, puesto que yo no decía absolutamente nada y dejó la chaqueta en la cama.

—Gracias —susurró antes de salir del cuarto cerrando la puerta.

Volví a mi libro y me quedé embobado mirando las letras. No leía, solo estaba más empanado que un idiota. «Esto es una mierda», pensé. «No quiero estudiar».

Pero lo hice porque debía apostar por mi futuro en un ámbito laboral en el que poco había. Además, debía ir a trabajar en un rato y no podía entretenerme más. Por el momento, me conformaba con ese *pub* que abría por las noches y me mantenía unas horas distraído. La barra me mantenía lejos de la multitud, lo suficiente para no ver borrachos a mis compañeros de universidad. Y a pesar de que no cobraba mucho, me bastaba para mis gastos personales y ahorrar un poco. En mis ratos libres iba al gimnasio a boxear y ayudar a Patrick con algunos entrenamientos. Ese era, quizá, el lugar en el que más a gusto me sentía, aparte del estudio de arte que la universidad mantenía abierto a todas horas. Había pasado muchas noches allí, incontables, pintando todo lo que no podía decir. En el fondo, era un romántico, o al menos, esa la sensación que me daba en ocasiones, después de todo, eso dicen de los artistas, ¿no? Necesitaba ilustrar mis pensamientos y añoranzas.

Fui a trabajar hasta las doce de la noche, pero cuando llegué a casa decidí que no quería dormir a pesar de que lo necesitaba. Agarré mis pinceles y acrílicos, mis guantes y ropa de boxeo y me fui. Fue simple no obedecer al ciclo del día y buscar amistad con la noche y su oscuridad. En casa nadie preguntó por mis acciones al abandonar el hogar, a pesar de que todos me vieron marchar. Amanda no vino esa noche y lo agradecí.

Fui en moto hasta el gimnasio, el cual había cerrado hacía unas horas. Solía ir cuando no había nadie, ya que formaba parte de mi método de relajación, y, sin razón alguna, estaba estresado. Normalmente llamaba a Patrick, el dueño del pequeño local que tenía un apartamento justo al lado, no obstante, desde

hace unos meses me había dado una copia de la llave de la puerta trasera.

En el lugar el silencio emergía y, curiosamente, me sentía a gusto en esa oscuridad. Encendí las luces y fui al vestuario a cambiarme, una vez listo, solo con pantalones y guantes —me gustaba ir descalzo—, me enfrenté al saco.

Dos de la madrugada.

Mis puños dolían.

Dos y cuarto.

Imaginé que el saco eran mis frustraciones.

Tres menos cuarto.

Decidí acabar con ellas. Golpeé más fuerte, mis puños comenzaron a resentirse.

Tres y media.

Las destruí.

Entonces jadeé y, sin demora alguna, me duché. El mundo parecía más pequeño bajo la alcachofa de la ducha.

Al final no fui al estudio, volví a casa, a la comodidad de un sueño profundo.

CAPÍTULO 12

Hal

Bajé a la cocina, agarré el chocolate en polvo y la leche con la intención de volver a hacerme chocolate caliente, pero esta vez me aseguraría de no tropezarme y tirarlo. Y si lo tiraba, también me aseguraría de que fuera encima de Naly, para luego quitárselo a lametones por su dulce piel y arrancarle la camiseta para poder limpiar todo el chocolate que se habría colado por dentro y luego...

—Hal, no —me dije a mí mismo y agarré dos tazas porque a mí también me apetecía chocolate—. Deja de pensar en eso —me regañé a mí mismo en voz baja.

—¿Pensar en qué? —volteé y me encontré a Welsey detrás de mí— Hal, ¿estabas hablando solo?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto a nadie hablar solo?

—De hecho, todos lo hacemos, hay algunos estudios que dicen que eso se debe a...

—No me comas el tarro con cosas que no me importan —No me había olvidado de lo que me había dicho. ¿Acaso se pensaba que podía decirme esas cosas y luego venir tan tranquilo como si nada a contarme gilipolleces? No, ni hablar.

—Mira que llegas a ser desagradable a veces —me reprochó él.

Puse la leche en las tazas, la gris con estrellas para Naly y la roja para mí.

—Igualito a ti —contesté.

—Yo no soy así.

Puse los vasos en el microondas y dejé que se calentaran, mientras Welsey y yo nos mirábamos fijamente como si fuéramos a matarnos el uno al otro.

—Tú eres don perfecto —dije con recelo. Estaba algo harto de él y de toda su

«perfección».

—No es verdad.

—Sí, lo es.

—No soy perfecto, solo que tú eres un desastre y ya te crees que yo soy don perfecto, por eso. Perdóname por no ser tan idiota como tú —dijo Welsey cabreado también mientras salía de la cocina sin haber cogido nada—. Te da rabia que sea mejor que tú, eso te pasa.

—Subnormal —lo insulté, y saqué las tazas ya calientes, puse el chocolate y removí con una cuchara, ya que no tenía utensilios para hacer el chocolate espumoso.

A veces Welsey me daba tanto asco que me daban ganas de... no sabía ni de qué. Incluso, en algunas ocasiones, llegaba a odiarlo mucho más que a Edward. Sobre todo por eso, por ser don perfecto, porque ahora «todos amaban a Welsey» y él lo sabía. El dichoso cambio de *look* lo estaba afectando hasta las neuronas. Ahora se creía superior, aunque si me paraba a pensarlo, siempre había sido así, él siempre fue el niño perfecto y popular. Solo que en el instituto se volvió un rarito y nadie se acercaba a él, cosas que pasan cuando parece que compartes armario con el profesor casi jubilado de física y química.

Agarré los dos vasos y subí al cuarto de Naly dejando a mi hermano en la cocina. Estaba dispuesto a demostrarle a la chica que no era un inútil, que podía pensar en algo más que en alcohol y sexo, y que podía ayudarle con el trabajo, aunque eso me costara horrores. Llevaba una semana sin tocarla y sin proponerle sexo, para mí era un sacrificio no tirarme encima de ella porque me provocaba de una manera que nunca me había pasado, pero estaba orgulloso de saber controlarme.

—Luke, lo siento. Pero las cosas están así —escuché a Naly hablar por teléfono—. Siento no haberme despedido de ti —hizo una pausa y supuse que el tal Luke estaría hablando—. No voy a volver, me da igual que te enfades... Déjame Luke... He dicho que no ¿tanto te cuesta asimilarlo?... Luke, te he dicho que lo siento... Vale... Yo también te echo de menos.... Yo también te quiero.

Mi reacción fue claramente inconsciente, las tazas cayeron de mis manos dejándome como un idiota. ¿Tenía novio? Desde luego, eso no se le decía a cualquiera. Enseguida la escuché llamarme y agradecí que la cerámica no se hubiera roto.

—¡Mierda! —maldije y la chica no tardó en aparecer.

Supe que estaba a punto de cagarla de nuevo. Me miró curiosa y escapó una risa después de exclamar lo torpe que era.

Me quedé en blanco, poco me hizo falta para darme cuenta de que me quedé prendado de su sonrisa divertida y a la manera en que brillaban sus ojos. Me sentía como un idiota.

—¿Quién es Luke? —la fastidié, pero necesitaba saberlo lo antes posible, de otro modo, sentía que pasaría noches sin dormir.

Su ceño se frunció y su rostro se enserió mostrando un poco de desagrado. No contestó y supe, en seguida, que pensó que eso no era asunto mío, casi pude leerle la mente. Así que me acerqué más a ella, ignorando el chocolate en el suelo.

—¿Quién es?

—No te importa — su respuesta fue seca.

—Si no me importara, no preguntaría —vacilé un poco en un terreno que no conocía y me di cuenta de que apenas sabía de ella.

Sus brazos se cruzaron y supe que no me contestaría. Noté su respiración volverse costosa cuando me acerqué un poco más.

—¿Es tu novio? —hizo una mueca ante mi pregunta, no entendí por qué le molestaba tanto decirme quién era.

—No te importa, Hal.

—¿Tu ex? — insistí. Sabía que debía dejarla en paz, pero no era tan simple.

—He dicho que no es asunto tuyo —ella comenzó a molestarse—. ¿Por qué estabas escuchado conversaciones ajenas?

—¿Quién es? —yo seguí a lo mío. La empujé suavemente y cayó en la cama. ¿Cuándo habíamos llegado ahí?

Noté que se paralizaba unos segundos, siempre lo hacía. Me puse sobre ella y le acaricié el cabello.

—No te voy a decir quién es —repitió.

—A él te lo has follado, ¿verdad? Por eso no me lo quieres decir.

«Hal, por favor. ¿Eres tonto?».

—¿No quieres herir tu orgullo personal? ¿eso es lo que te pasa?

No hablé, me limité a acercar mi rostro al suyo ignorando su última declaración. No vacilé, simplemente rocé mis labios con los suyos, pero tampoco me esperaba que la chica fuera la primera en besarme, toda una sorpresa. Sonreí satisfecho y sus brazos no tardaron en acomodarse en mis hombros. Gruñí y jugué con mi lengua en su boca.

No pensé en nada que no fuera ella, me gustaba tanto besarla que se había vuelto una adicción, y más aún cuando su cuerpo respondía a mí de esa manera.

—¿Qué es esto? —escuché la voz de Amanda en el pasillo. Mierda, había olvidado que estaba en casa.

Me separé de Naly y me acomodé el cabello. Si Amanda me veía besando a Naly me mataría, ya habíamos hablado de eso. Agarré el libro de historia y la chica me dedicó su expresión más confusa. Ella, por su parte, se sentó, se acomodó el cabello y se levantó molesta cuando le sonreí pícaro. Bufó indignada y me reí.

—¿Alguien me responde? —preguntó Amanda en el pasillo— ¿Quién ha dejado el pasillo lleno de chocolate y tazas?

Abrí los ojos como platos. ¡Mierda!, lo había olvidado.

—Joder —mascullé y me levanté— ¡Ahora lo recojo, Amanda! ¡Ha sido un accidente!

Noté a Naly reprimir una risa.

—Tenías que ser tú —dijo mi hermana al verme—. No te preocupes, ya lo limpio yo, ve a estudiar, pero no vuelvas a hacer marranadas de estas.

—Siento ser torpe. Gracias, Amanda.

—De nada —contestó y le di un beso en la mejilla antes de volver con Naly.

—¡Vamos a estudiar, señorita! —hice un gesto gracioso con los brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ante mi bailecito estilo Broadway.

—No lo sé —respondí con una risa antes de tirarme en la cama y volver al libro de historia.

Casi de inmediato, Amanda se detuvo en la puerta y observó con atención.

—Voy a volver a preguntarte lo mismo —miró a Naly—. Naly, ¿qué le has hecho a mis hermanos? Ahora solo falta que Edward sonría sin que se lo pida.

—Yo no he hecho nada —rio la chica.

[]

Pedí el ketchup y Amanda me lo pasó.

—¿Dónde está Welsey? —preguntó la chica después de mirar la hora. Eran las diez y media.

—No lo sé —confesé—. Aquí cada uno desaparece cuando quiere. Edward hace dos días se largó de madrugada, ahora Welsey no está...

—Ni idea de donde estará—añadió Naly.

Nuestras miradas se dirigieron a Edward, que comía en silencio, él alzó la mirada al darse cuenta.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Sabes dónde está Welsey? —pregunté.

—Ya os he escuchado, ¿me ves cara de saber dónde está el maricón de Welsey? —replicó Edward y Amanda le dio un codazo— No excelencia, no sé dónde está mi

querido hermano Welsey —repitió con molestia.

—No hacía falta ser tan refinado —dijo mi hermana.

—Era por si te sabía a poco —respondió, haciéndonos reír sin querer.

Podía llegar a ser gracioso a su manera.

—Supongo que habrá salido con Eiden y Darren —dije.

—Este chico está muy raro —opinó Amanda y Naly asintió.

—Lo que pasa es que ahora se cree popular y se le sube a la cabeza —opinó Edward.

—Estoy contigo, hermano —dije y le toqué el hombro, a lo que no tardó en dedicarme una mirada asqueada.

—Cuidado con esas confianzas. No me toques —dijo haciendo que retirara el brazo.

Bufé.

—Cascarrabias —repliqué.

Welsey

Ya iba por la tercera cerveza, a pesar de que nunca me había gustado mucho esa bebida, le estaba encontrando la gracia a su sabor amargo.

Eiden llevaba dos horas hablando con unas chicas, me resultó increíble su capacidad para embaucarlas con sus bromas malas y sus coqueteos constantes. A ninguna de las dos parecía importarles que lo hiciera con ambas. En alguna ocasión, me di cuenta de que sus labios hablaban antes que su cerebro procesara, como si estuvieran en otra realidad, como si ya supieran de antemano todo lo que debían decir.

Darren, por otra parte, había encontrado a la chica que quería llevar a la cama esa noche. Una rubia atractiva que no parecía poner mucha resistencia. Estaba seguro de que acabarían pasando la noche juntos.

Y yo, podría decir que me dedicaba a beber y observar de un lado a otro, esperando que la chica de cabellos negros se acercara a mí y Stacy desapareciera. Adriana estaba muy seductora esa noche, como siempre, ese era su toque especial, cada gesto parecía haber estado planeado con la mayor táctica de atracción física. Ella me miraba fijamente y yo mantenía la mirada como si perderla fuera algo que temiera. Había algo que no tenía muy claro en la situación y era la incertidumbre de no saber a dónde me llevaban mis sentimientos. En mi cabeza se proyectaban dos mujeres totalmente distintas que deseaban que diera un paso hacia ellas. Cada una estaba en una punta, y un paso hacia una de ellas, era estar más lejos de la otra. ¿Adriana o Naly? No podía decidirme. Mientras una me hacía sentir ternura, diversión y cariño, la otra llenaba mis venas de admiración, confusión y atracción.

Finalmente, y después de unos largos minutos, fue ella quien dio el primer paso y se acercó a mí. Se levantó, haciendo uso de su carácter al caminar y sin dejar de mirarme. Utilizó pocas palabras cuando se sentó a mí lado, pero la chica pelirroja desapareció antes de lo que tenía previsto.

—Te veo distraído —observó la chica una vez nos encontramos solos entre un montón de gente.

Volví mi gesto hacia ella.

—Ir subido de alcohol me hace reflexionar —informé y me sorprendió escuchar una risa vibrar en el aire. Sonreí.

—Normalmente es todo lo contrario.

—No te he dicho sobre qué tontería reflexionaba.

—¿Qué tontería? —se acercó un poco más a mí y pude oler las rosas de su perfume mezcladas con el olor a tabaco. Me resultó embriagador.

—Eso es cosa mía.

No hizo ningún gesto molesto, es más, pareció gustarle mi deseo de secretismo.

—Me gusta eso —esa chica no tenía miedo a decir lo que pensaba de mí, y eso no me gustaba, podía saber qué tipo de agua corría por el río que nadaba.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—Una cerveza estaría bien.

Pedí una para ella, nos mantuvimos en silencio mientras se la daban, y la observé dar el primer sorbo.

—¿Vienes mucho por aquí? —típica pregunta.

—A veces —contestó ella— ¿pero te digo algo? —asentí—. Hoy solo he entrado porque te he visto a ti.

Luché por no sonrojarme, y supe que sonrió a pesar de que aparté la mirada de ella.

Estaba nervioso, notaba un cosquilleo y esa característica condición de no saber qué hacer o como ponerme. ¿Brazos sobre la barra? ¿Manos cruzadas? Parecía tonto.

—¿Vamos al baño? —susurró en mi oído, mordisqueando mi lóbulo.

Asentí.

A ella le gustaba ir rápido.

[]

El mareo y aturdimiento que llevaba encima no era normal. Después de perdernos el uno con el otro, habíamos empezado con cervezas y descubrí que dos cervezas más podían sentarme muy mal. Al final, el alcohol se me había subido tanto, que me costaba meter las llaves por la cerradura de la puerta de casa. Cuando por fin conseguí abrir la puerta de un tirón, hice que chocara contra la pared provocando un gran estruendo.

—Por Einstein —maldije en voz baja y cerré la puerta, idiota de mí al no encender la luz —. Mierda —maldije de nuevo cuando me choqué contra el mueble de la entrada.

Todo daba tantas vueltas de manera alucinante, pero el estar todo oscuro ayudaba.

De un modo extraño, me sentía realmente feliz, no solo de ánimo, sino también, de otra cosa. Adriana me había dejado con ganas de más.

Me saqué la chaqueta a toda prisa y la dejé tirada por algún lado. Vi el reloj digital iluminado de la mesa del comedor, las tres y media de la madrugada. Cerré los ojos aturdido y busqué las escaleras. No sé cómo lo hice, pero acabé dándome en el brazo con la barandilla de las escaleras y, con ello, caí al suelo. Genial.

—Buah —susurré y no me molesté en levantarme. Simplemente subí las escaleras arrastrándome con los brazos. No estaba tan mal como para ir así, pero no tenía ganas de levantarme y chocarme con otra cosa.

Cuando llegué a mi cuarto, encendí la luz que me cegó y enseguida la apagué.

Me saqué la ropa murmurando en voz baja y me quedé en ropa interior. Busqué el camino hasta mi cama y me tropecé con el borde, cayendo de nuevo al suelo.

—No estás muy ágil, Welsiny —dije para mí mismo riendo como un idiota.

Me quedé en el suelo y me pregunté por qué narices me había puesto tan contento de golpe. Tenía unas ganas de sexo que no podía con ellas.

La imagen de Naly durmiendo tranquilamente dos habitaciones más allá de la mía despertó mis sentidos. No, Welsey, no, decía mi parte que aún estaba coherente, pero la otra me decía que me fuera a la cama de ella. Sin embargo, yo no era como Hal, no quería hacer algo así. No obstante, mi deseo era mucho más fuerte de lo que podía controlar y mi borrachera no me dejaba actuar con claridad.

Me levanté como pude, salí de mi cuarto, recorrí el pasillo y me escabullí dentro del cuarto de la chica. Una vez allí, cerré la puerta y me quedé de pie a oscuras. No tenía ni idea de dónde estaba la cama, además presentía, que iba a caerme de nuevo. Suspiré y di un paso esperando no hacerlo, por suerte, así fue. Seguí caminando hasta que de verdad me caí, afortunadamente, en la cama. Busqué la almohada y me tumbé a su lado.

Al final alargué mi mano para tocar a la chica, pero no sucedió porque, de un segundo a otro, me quedé más dormido de lo que había estado alguna vez.

CAPÍTULO 13

Naly

Noté a alguien a mi lado, abrazándome, y abrí los ojos de golpe. No recordaba haberme acostado con nadie al lado. Advertí una leve respiración en mi nuca y me incorporé de golpe sobresaltada. «¿Qué narices?».

Parpadeé un par de veces para acostumbrarme a la luz de nuevo y luego agarré el brazo que me rodeaba la cintura. Lo miré, dormía apaciblemente, pero me dieron ganas de matarle; sin embargo, no sabía si hacerlo literalmente o a besos. Hal era tan, tan..., ¡Ni siquiera lo sabía! Pero lo que si estaba más que claro era que se había metido en mi cama en ropa interior. ¡En ropa interior!

Me encontraba sentada y él me rodeaba la cintura con sus brazos, mientras su cabeza estaba ligeramente apoyada en mi muslo. No podía negar que era una ricura y ya le estaba tomando cariño, por eso llevé mis manos a su cabello y lo acaricié unos segundos, era tan suave. Suspiré otra vez y bostecé. No quería echarlo, pero debía hacerlo. ¿Acaso era normal meterse en la cama de la gente porque sí? Al parecer para Hal lo era, porque di por supuesto que era Hal.

—¡Hal, sal de mi cama! —exclamé apartándolo de mí y él abrió los ojos sobresaltado.

—No me chilles tan temprano —contestó con su voz ronca mañanera.

—Sal de mi cama, ¡eres un enfermo! —dije levantándome y él ronroneó un poco.

—Tengo sueño —se quejó.

—¡Qué te salgas! —insistí y él se incorporó mirándome fijamente las piernas. No llevaba pantalones porque tenía la costumbre de dormir con una camiseta y ropa interior. Por lo que él se estaba alegrando la vista desde la mañana.

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿Tanto afán tienes de acostarte conmigo que tienes que meterte en mi cama? Déjalo ya, ¿vale? Déjalo y vete a tu cuarto —me crucé de brazos y él frunció el ceño. Si algo tenía muy claro era que no iba a ser su juguetito.

—Oh, Dios, lo siento —dijo algo aturdido mientras se levantaba. Dio una mirada a la estancia y se marchó cerrando la puerta y dando tumbos.

Bufé y busqué unos shorts, me los puse y salí de mi cuarto en dirección al de Hal. Iba a darle un escarmiento porque en mi cama no iba a volver a meterse. «Enfermo, pervertido. ¡No parará nunca!» Entré en el cuarto sin siquiera tocar a la puerta y ahí estaba él: tumbado en la cama, durmiendo otra vez, era de esperar.

Me subí a la cama y me senté encima de él solo para molestarle, no iba a dejar que siguiera durmiendo, podría decir que esta era mi manera de vengarme.

—Hal —dije—. Levanta, bastardo.

Comencé a darle golpecitos en el pecho desnudo.

—Levanta —volví a decir y él frunció el ceño antes de abrir los ojos.

—Buenos días, amor —sonrió de oreja a oreja al verme. ¿Qué le pasaba? ¿Se metía en mi cama y luego hacía como si nada?

—¿Cómo que buenos días? Te acabo de echar de mi cuarto, no me vengas con los buenos días —dije y él me agarró de las manos.

—Deja de pegarme, yo no he ido a tu habitación —me respondió.

—No te hagas el tonto, sí que has ido. Como te vuelvas a meter en mi cama en *bóxer* te juro que te mato.

—Pero que yo no he sido —volvió a repetir.

—Que sí, que has sido tú, solo tú harías algo así —Estaba totalmente convencida de que había sido él y no importaba cuantas veces lo negara.

—Pero no he sido yo.

Se incorporó y yo caí hasta sus piernas, donde me quedé sentada con sus ojos a escasos centímetros de los míos.

—Hal, no lo niegues.

—No te estoy negando nada, porque yo no he hecho nada que tenga que negar. Yo he estado aquí, en mi cama, toda la noche —repitió él—. Además, si hubiera sido yo nunca lo hubiera negado.

—No te creo —Era obvio que había sido él.

—Ha sido Welsey, yo no he sido —volvió a decir y solté una carcajada. ¿Welsey? ¿Estaba de broma no?

—Welsey nunca haría eso.

—Welsey puede llegar a sorprenderte, amor mío.

—Has sido tú, no culpes a los demás.

—Que te digo que no he sido yo —repitió y se levantó de golpe haciendo que me cayera en la cama— ¡Welsey! —llamó a su hermano; me quejé al incorporarme, después abrió la puerta y salió del cuarto encontrándose con Welsey en el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó el otro bostezando.

—¿Por qué te metes en su cama y me echas la culpa a mí? —preguntó Hal acercándose a su hermano, que frunció el ceño.

—Yo no me he metido en su cama—informó Welsey.

Desde donde estaba, sentada en la cama de Hal, los miré de arriba a abajo, cada uno parecía una réplica del otro. No tenían nada más que la ropa interior negra y los cabellos desordenados. ¡Genial! A eso debía sumarle que Welsey no llevaba sus gafas.

—¡Serás mentiroso! —exclamó Hal— Como te metas en la cama de Naly, te juro que te mato.

—¿Me matas? —Welsey alzó las cejas, vacilante— Anda cállate, que por la mañana la sangre no te riega bien.

—Cállate tú.

Welsey replicó y, como de costumbre, antes de que me diera cuenta, uno de ellos se abalanzó encima del otro después de comenzar a gritar cosas sin sentido.

—Es mía, ¿te queda claro? —dijo Hal.

Ya estaba acostumbrada a su actitud posesiva, cosa que no admitía que me gustara, es más, por el momento, era todo lo contrario. Pensé en meterme por medio, pero sabía muy bien que era inútil y lo mejor sería quedarme en mi zona de confort.

—¡Qué te calles! —ni siquiera supe quién dijo eso.

—Oh, por Dios —murmuré para mí misma. Me costaba creer que Hal fuera tan descarado, no solo se metía en mi cama, sino que lo negaba y estaba hasta dispuesto a pelearse con su hermano para mantener su palabra.

—¡Eh! —escuché la voz de Edward a mis espaldas. Me giré y lo descubrí en un *boxer* negro. Me pareció curioso que los tres tuvieran afición por la misma pieza íntima, incluso, estaba empezando a creer que hasta los compartían. Mi mirada recorrió todo su abdomen lleno de tatuajes, los cuales siempre quería tocar, pero se quedaba en un sueño que nunca cumpliría. Edward llevaba un bollo de chocolate en la mano y dio un mordisco—. A dormir todo el mundo. Me cago en la puta, hay que tener ganas para siempre pelearos por la mañana. ¿Es que no hay más horas? —los chicos se detuvieron y se le quedaron mirando, Edward mantuvo su expresión molesta. Dio otro mordisco a su bollo y entró en el cuarto cerrando de un portazo —¡A callar! —exclamó antes de desaparecer.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó el que estaba tirado en el suelo.

—De su baúl —informó el otro.

—¿Qué baúl?

—Joder, Welsey, estás empanado, Edward siempre ha tenido un baúl lleno de porquerías debajo de la cama —contestó el que ahora demostró ser Hal.

—¿Desde cuándo? —Welsey se mostró confuso.

—Desde que tenía ocho años. ¿Dónde crees que acababan tus donuts y tus galletas? ¿De verdad creías que se las comía el gnomo del jardín? —preguntó Hal.

Welsey no contestó, simplemente se quedó mirando a su hermano con cara de bobo.

—Llevo toda mi vida engañado.

—Serás tonto —dijo Hal.

—Calla, que estábamos peleándonos —dijo Welsey.

—Es verdad —dijo Hal y le dio un puñetazo que Welsey le devolvió—. Cabrón.

—Idiota.

De un momento a otro estaban otra vez igual, así que me senté en el suelo ya harta de decirles que pararan, permanecí allí hasta que, minutos más tarde, uno de ellos se levantó.

—Ha sido él —dijeron los dos a la vez.

Eso me hizo reír, parecían niños pequeños.

—Ha sido Hal —dije yo.

—Sí, ha sido Hal —dijo Welsey apuntando a su hermano.

—Welsey, cállate que has sido tú.

—Ha sido Hal.

—Welsey.

—Hal.

—Welsey.

—Hal, cállate.

—Cállate tú —dijo Welsey.

—Parad ya, me da igual lo que digáis. Hal sé que has sido tú —dije yo.

—Que yo no he sido, joder. Y como te metas en su cama otra vez te juro que te ato los huevos a los barrotes —Hal se indignó y se metió en su cuarto de un portazo— Para de una puta vez ¡qué no soy yo! —gritó Hal desde dentro del cuarto.

Welsey me miró y sin decir nada se metió en su cuarto.

«Bien, ¡en esta casa no se puede tener ni un día normal!».

¿Debía sopesar la posibilidad de que Hal dijera la verdad?

No, Welsey nunca haría algo así.

[]

Para la hora del descanso, solo tenía ganas de volver a la cama. Lottie estaba con Wade quién sabe dónde y Hal había corrido solo hacía algún lado sin decirme nada. Suspiré, estaba sola de nuevo, así que salí al jardín del campus y me puse a dar vueltas como una tonta. No tenía ni idea de a dónde ir, decidí ir hasta a la cafetería a pedir un café.

El simple hecho de soltar dinero me ponía la piel de gallina, algo irónico después de haberlo despilfarrado toda mi vida. Mi tarjeta de débito cada día estaba más cerca del cero y mis posibilidades de conseguir trabajo eran prácticamente nulas. Había buscado entre las ofertas laborales, pero nada había aparecido. Estaba harta de enviar currículos por internet y que nadie me contestara, incluso, llegué a pensar que no sabía hacer un currículum. Estaba muy preocupada, ¿qué iba a hacer? Si me quedaba sin dinero no podría pagar el alquiler a los padres de los trillizos ni tampoco tendría para mis necesidades básicas, a pesar de que la comida no tuviera que pagarla. Y lo peor no era quedarme sin dinero, sino saber que tendría que llamar a mis padres suplicando por una transferencia bancaria, arrastrándome como una pobre.

Me senté en una de las mesas y desbloqueé el móvil.

Ninguna llamada, ningún mensaje.

¿Debía llamar?

Solo me quedaban cincuenta libras.

Busqué el número de mi padre y sentí que mis nervios habían olvidado como manifestarse, estaban al límite.

Quise pensar en lo que iba a hacer antes de pulsar el botón de llamada, pero sabía que si lo hacía acabaría sin llamar, por lo tanto, me quedaría con un «no» mal merecido y sin posibilidad de refutar. Quizá eran ellos los que estaban esperando que llamara y les dijera que había aprendido la lección y que quería volver a casa, sin embargo, eso no iba a pasar. No volvería, nunca.

Por eso llamé sin más.

Lo llevé a mi oreja. Podía oír todo mi cuerpo vibrar.

—¿Hola? ¿Naly? —papá contestó.

—Ho... hola —toda la cafetería podría haberse dado cuenta de que estaba intentando reprimir el llanto, a veces, mis emociones venían tan deprisa que me pillaban totalmente desprevenida.

—¿Cómo estás? —me sorprendió la pregunta.

—Bien —hice una pausa, necesitaba respirar—, pero no tengo dinero...

El silencio se hizo al otro lado del teléfono.

—¿Eso es lo que quieres de tu familia? ¿dinero? —se lo había tomado mal.

—No... no me has llamado —susurré.

—Esperaba que lo hicieras tú.

—Pero...

—Nada, apáñate. ¿No querías ser independiente? Ahí tienes una gran taza de independencia.

—Pero papá...

—Busca un trabajo, y llámame cuándo lo consigas... entonces te pasaré dinero.

—¿Qué? —me dejó totalmente incrédula.

—Adiós, Naly —y colgó.

Debía haber imaginado algo así, no obstante, tenía la esperanza de que mi pesimismo no viniera acompañado de actos.

Lo hizo y estaba perdida. Tenía solo cincuenta libras para sobrevivir hasta encontrar un trabajo y ni siquiera sabía si sería capaz de hacer esos trabajos tan... de obrero bajo. ¿Camarera? ¿Dependiente? ¿Yo sirviendo a alguien? Oh, Dios.

Mis ojos se aguaron, de hecho, me sentí como una cámara fotográfica desenfocada que va quedándose sin batería y no pude hacer otra cosa más que romper a llorar en silencio, agarrar mi café e irme a un lugar en el que pudiera estar sola.

Crucé el jardín y llegué a una parte en la que no había mucha gente. Agradecí eso, pero toda gratitud me abandonó cuando giré la cabeza y los encontré: Adriana y Welsey, se estaban besando como si se les fuera la vida en ello. Él estaba apoyado en la pared con las manos en la cintura de la chica y ella pegada a él, colgada de su cuello. Aparté la mirada rápidamente, no quería seguir observando aquello, me dolía porque él era el chico perfecto, y aunque sabía que nunca se fijaría en mí, imaginé que podría suceder. Welsey estaba cambiando, ya no era el mismo chico que conocí meses atrás, sinceramente, eso era lo que me mataba. Estuve tan cerca de enamorarme de él, ese pensamiento me hizo llorar más, de rabia, de dolor y, sobre todo, de impotencia.

Nadie parecía darse cuenta de mis demonios, y si lo hacían, les daba igual.

Seguí caminando hasta que vi algo que también me llamó la atención: Edward. Estaba sentado debajo de un árbol con un bloc de dibujo apoyado en las piernas. Me acerqué a él desde atrás, sequé mis lágrimas y me convencí de que debía alzar la cabeza, aunque me sintiera por los suelos.

No quería que me viera, pero tenía mucha curiosidad por ver qué dibujaba tan concentrado. Me acerqué más, quedándome apoyada en la otra parte del árbol. Era un retrato de él y sus hermanos. Abrí la boca sorprendida por lo bien que dibujaba y por lo poco que me esperaba algo así de él. Sabía de sus dibujos, no de lo que dibujaba. Había dibujado a Welsey con sus gafas y su

pelo echado hacia atrás, vestido con aquel jersey de lana que me gustaba tanto, Hal estaba en medio con la mano en su cabello, revolviéndolo al sonreír. Edward se

encontraba en el otro lado, cruzado de brazos, sonriendo falsamente, con su gorro de lana y algunos cabellos que se le salían, además, llevaba una camiseta de tirantes que dejaba a la vista sus tatuajes bien definidos y dibujados. Amanda apoyaba los brazos en las cabezas de Edward y Hal, mientras miraba a Edward amenazante, un bocadillo de diálogos salía de arriba: «Sonríe hermano». Sonreí al ver las letras que estaba acabando de pintar: «Feliz día de la madre».

Sabía que podía ser tierno, pero no esperaba algo así.

—Eh, zorra, ¿cuánto tiempo tengo que pretender que no sé qué estás ahí? —preguntó Edward sin apartar la atención del papel. No contesté, me quedé paralizada — ¿No contestas?

—Yo... —No sabía que decir así que opté por lo más típico—. Es muy bonito.

Volteó y me miró.

—Gracias —dijo impasible.

Me acerqué a él sintiendo su mirada en mí. Él no dijo nada al ver cómo me sentaba a su lado, sabía que no debía, pero quise hacerlo. Quería conocer a Edward y no sabría explicar el porqué de aquel repentino sentimiento.

—¿Te gusta dibujar? —pregunté.

—¿No es obvio? —contestó.

Lo miré intimidada por su tono de voz, sin embargo, eso no me detuvo.

—¿Estudias bellas artes? —le pregunté.

—Si —contestó seco.

—Se te da genial —Noté que estaba algo incómodo con la situación, pero quería saber de él. Su habilidad con el dibujo me había llamado mucho la atención.

—Eso ya lo sé —respondió y su tono creído me pareció gracioso, aunque no intentara serlo. No pude evitar soltar una risa— ¿De qué te ríes?

—De ti —dije—. Eres gracioso.

Él volvió a girar la cabeza para mirarme.

—¿Te parezco gracioso?

—A veces.

—Yo no soy gracioso, ¿claro?

Asentí algo intimidada y seguí observando a Edward dibujar. Era demasiado perfecto. Me fijé en como fruncía el ceño y mordía su labio, gesto que reflejaba su concentración; se me hizo tan seductor, aunque él no lo estuviera intentando. Sus ojos recorrían el papel analizando lo que hacía, y sus dedos manchados de grafito difuminaban ligeramente alguna de las partes del dibujo.

—¿Qué quieres? —preguntó— ¿Por qué estás aquí mirándome tanto? Me estás tocando los cojones.

Suspiré, ese modo de hablar que tenía era ofensivo. Yo no intentaba molestarle, pero era algo típico de Edward sentirse así.

—No lo sé —confesé. Me dedicó una mirada impasible, pero seguí hablando—. Me gustaría conocerte.

—Yo no quiero que me conozcan.

—¿Por qué? —me acerqué un poco a él, haciendo que notara mi interés.

Permaneció en silencio un rato, cuando me miró hizo un gesto que me pilló totalmente por sorpresa: alargó la mano y limpio una de mis lágrimas.

—¿Por qué llorabas? —su pregunta también me sorprendió.

—¿Vas a pretender que te importa? —dejé que mis últimas palabras se difuminaran como el vaho.

—No, no me importa, pero parece que necesitas soltarlo.

Suspiré, su respuesta me pareció tan lógica que decidí hablar. Era cierto, necesitaba soltarlo.

—No me queda dinero y mis padres no quieren mandarme. Llevo tiempo

buscando un trabajo, pero no lo encuentro... no sé qué voy a hacer.

Soltarlo me hizo sentir mejor, no obstante, me sentía avergonzada. Y no sabía si era por el hecho de estar sin blanca o por darme cuenta de lo dependiente del dinero que esta sociedad te puede llevar a ser.

—Donde yo trabajo hace falta una camarera —me miró a los ojos, algo que solo hacía cuando su tono era serio, lejos de toda mala actitud o burla—. Puedo recomendarte.

—¿Trabajas en un restaurante?

Negó.

—En un *pub*, me dedico a hacer bebidas.

¿Trabajar con él? Ser camarera me resultaba algo demasiado humillante, pero no tenía otra opción. Mi estómago se revolvía y la vergüenza crecía al imaginarme a mí misma sirviendo en un *pub*, entre borrachos.

Quizá estaba dramatizando y nunca hubiera accedido a su oferta de no ser por la situación en que me encontraba.

—Está bien, dime cuándo puedo ir.

—Esta noche tengo turno, lo hablaré con el encargado.

A veces el que parece tener menos interés en ti, es quien te acaba ayudando cuando más lo necesitas.

—Gracias, Edward —lo abracé. Aquella era la única manera en la que sabía mostrar mi agradecimiento.

Me extrañó que no me apartara ya que, a pesar de que no respondiera a mi abrazo, era lo que habría esperado de su parte. Se quedó quieto hasta que me separé, después se incorporó para buscar en su cartera.

—¿Cuánto te queda? —me preguntó.

—Cincuenta libras.

—Como no cobrarás hasta dentro de unas semanas si te cogen, toma —me dio un billete de cien—. Si necesitas más, dímelo.

—Gra... gracias —lo agarré con la mano temblorosa, me molestó que eso ocurriera. Me dio la impresión de que toda la situación era irreal, ya que, si alguien me hubiera contado la situación unos meses antes, no lo hubiera creído. No entendía por qué me ayudaba— ¿Por qué me ayudas?

—No soy malo, solo malhumorado —apartó la mirada de mí y la llevó al horizonte, entre los árboles y edificios medievales.

—Gracias —yo no dejé de mirarle.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Puedo mirarte dibujar?

—Sí —y volvió al papel.

No volvió a hablar y yo tampoco lo hice. No sabía que más decir y aunque llegara a dolerme la cabeza de tanto divagar sobre un tema que hiciera que el chico se abriera, sabía que no valía la pena. Él era tan cortante que hacía reacia cualquier tipo de respuesta por parte de alguien.

Cuando el descanso acabó fui directo a clase de nuevo y cuando estas finalizaron busqué a Hal para ir a casa. No tenía ni idea de donde se había metido, así que fui hasta el aula donde él tenía clase, pero me extrañó encontrarla vacía. ¿Dónde se había metido? Estaba segura de que tampoco lo encontraría en el aparcamiento.

Mi móvil vibró y lo saqué de mi bolsillo, era un mensaje de Luke diciéndome que a las cinco estaría en casa. Volví a guardar el móvil y fui al aparcamiento con la esperanza de encontrar a Hal por ahí. Llegué al coche y, tal y como había pensado, no estaba. Me senté en el suelo y esperé por diez minutos hasta que apareció con unos papeles en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lo tengo! —exclamó plantándose delante de mí y ofreciéndome su mano para que me levantara.

—¿Qué tienes? —pregunté agarrándole para levantarme. Él me entregó los

papeles y di una mirada rápida para luego fruncir el ceño al no entender que hacía él con un trabajo de historia. Segundos más tarde, abrí los ojos como platos, sorprendida, era un trabajo como el que tenía que hacer— ¿Es esto lo que yo creo que es?

—Eso depende de qué es lo que creas que es.

—¿Qué? —pregunté confusa, a veces llegaba a decir una de tonterías.

—Sí, es un trabajo como el que tienes que hacer —informó sacando las llaves del bolsillo y abriendo el coche para luego entrar—. No me des las gracias.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté entrando al coche también.

Él cerró la puerta y encendió el motor.

—Un mago nunca releva sus trucos.

—Hal...

Él bufó.

—En los archivos del departamento de historia —admitió.

—¿Cómo te has metido ahí?

—Ha sido más fácil de lo que pensaba —explicó mientras salíamos del aparcamiento. Lo miré preguntándome cómo podía llegar siquiera a pensar que yo aceptaría algo como eso, copiar no era mi estilo—. Me hice pasar por Welsey. En la hora del descanso, me he pasado rebuscando el trabajo más viejo y ahora estaba cogiéndolo—señaló los papeles sin quitar la vista de la carretera—. Ese es del año en el que nací y está corregido por un señor que está muerto, así que ten por seguro que nadie se va a dar cuenta de que no es tuyo.

No tenía muy claro si estaba molesta o si sentía un poco de admiración por él, quizás era una mezcla de todo, ya que en ese momento no tenía muy claro cómo actuar. Me encontraba entre salvar el semestre o perderlo, copiar o hacer lo correcto ¿Pretendía que entregara un trabajo que no era mío? Yo no era esa clase de persona. No podía aceptar un mérito que no era mío, sin embargo, después del mal

día que había tenido, quizá no era tan mala opción. Y dando por sentado que si suspendía no iba a poder volver a pagar los créditos, copiar era mi mejor alternativa.

Debía entregar ese trabajo.

—No puedo entregar esto, Hal. Este trabajo no es mío —decir lo contrario a lo que pensaba me hacía sentir mucho más correcta.

—Sabía que me ibas a decir eso —declaró—. Pero acéptalo Naly, no tienes otra opción, ese trabajo no estaría listo para la semana que viene ni con el mayor de los milagros.

—¿Y de quién es la culpa? —mi tono de voz se volvió molesto.

—Mía —contestó riendo—. Lo siento, en serio, yo no quise arruinarte todo —se volvió a disculpar—. Seré un imbécil a veces, pero no haría eso intencionalmente, sé lo mucho que te esfuerzas.

Su comentario me dibujó una sonrisa en el rostro, una de esas que no quieres mostrar, pero lo haces. No tenía razón por que disculparse, yo sabía que se estaba esforzando por ayudarme y con eso tenía suficiente, o al menos intentaba tener suficiente; porque su esfuerzo no quitaba el hecho de que era un tremendo inútil. Además, la cagaba en menos tiempo del que una persona utilizaría para pronunciar la palabra.

—No te disculpes más, no pasa nada.

—Igualmente, lo siento mucho —repitió.

—Que no te disculpes.

—Vale, lo siento.

—Lo has vuelto a hacer.

—Joder, ¡mierda!

—Hal, habla bien que te pareces a Edward —reí y él soltó una carcajada.

—No, Edward es más como «me cago en la puta, se me hinchan los cojones».

—Más como, «¡Eh! zorra, ¿Qué cojones miras?» —le seguí.

—No me cojas el vodka desesperado —dijo Hal imitando a Edward—. Me das pena —solté una carcajada y me miró de la misma manera que Edward lo hacía—. Soy Edward Bradley y odio a todo el mundo. A ti también perra y mis hermanos son maricones, he matado a Stilly y lo he sustituido por una lata de atún porque soy la leche —Comencé a reír como una loca, tanto que me costaba respirar. Hal era muy divertido cuando se lo proponía.

—Eres igualito.

—No me digas.

—Como te vea Edward haciendo eso...

—Me defenestra —dijo riendo y lo miré frunciendo el ceño.

—¿Te defe qué? —pregunté. Era la primera vez que escuchaba esa palabra.

—Defenestra.

—¿Eso qué es?

—Viene de defenestrar, acción de tirar a alguien por la ventana —informó satisfecho.

—Pareces Welsey.

—Me lo enseñó él —dijo Hal—. No pensarías que yo solo me había aprendido semejante palabra. Quizá me la han enseñado en la secundaria, pero estas cosas se me olvidan.

Me reí.

—Welsey siempre nos insulta o nos amenaza con palabras raras, así que al final te las acabas aprendiendo —dijo.

—No me extraña —dije pensativa por unos momentos—. Defenestrar... No sabía que existiera una palabra para eso.

—Ya ves, y hay muchas más.

—Algún día tendrás que enseñármelas.

Sonrió de lado y atisbé a su coquetería venir.

—Claro, mariquita.

Su mote me pilló desprevenida. ¿Mariquita? No entendía de dónde venía, a pesar de que tenía la sensación de que era por mis pecas.

—¿Mariquita?

—Sí —sonrió—. Por tus pecas cuando te sonrojas. Eres adorable.

Y me sonrojé.

Podía asegurar que era la primera vez que Hal me piropeaba de esa manera y creía que su cambio de actitud hacia mi formaba parte de las cosas que nunca entendería. Pensé en el día que le conocí, la manera como se había lanzado a mis labios sin ningún tipo de pensamiento previo, no me hablaba, no quería conocerme, solo colarse entre mis sábanas. No le dejé y, poco a poco, se convirtió en la persona con la que más tiempo pasaba.

Después de todos estos meses no sabía si podría acostumbrarme a su ausencia en el caso de que desapareciera. Así que su mote me pareció la cosa más dulce que me habían dicho, le sonreí cuando él se rio de mi sonrojo.

Una vez en casa, fui directamente a mi cuarto seguida por Hal. Dejé las cosas en la cama y el trabajo encima de la mesa, me quité la chaqueta, la guardé en el armario y agarré ropa algo más cómoda. Eché a Hal de la habitación para cambiarme y una vez lista bajé a la cocina. El chico me siguió y se mantuvo observándome mientras preparaba algo para comer. Decidimos preparar algo de comida italiana, raviolis de espinacas y queso sin gluten con algo de ensalada. Él se ocupó de los raviolis y la salsa cuatro quesos, yo de la ensalada.

Mientras preparábamos la comida me contó sobre su día y sobre cómo se había sentido al entrar en los archivos. Describió el lugar como si perteneciera a una película e increíblemente emocionante, luego, hizo una demostración de cómo había actuado para hacerse pasar por Welsey. Me di cuenta de que el teatro podía ser

algo en lo que él destacara, tenía espontaneidad y podía expresarse con libertad fingiendo ser alguien que no era.

Me gustó que me hiciera reír, por supuesto, no faltó un comentario subido de tono cuando me agaché a agarrar una bandeja para llevar las cosas al cuarto; era Hal, no podía esperar menos. Me besó en la mejilla cuando me molesté. Al subir las escaleras él caminó detrás de mi con su mano posada en el final de mi espalda mientras yo sujetaba la bandeja.

—Lo copiarás y cambiarás alguna cosa, ¿no? —preguntó el chico a mis espaldas.

Dejé la bandeja en el escritorio.

—Claro —contesté obvia. ¿Pensaba que era tan tonta como para darlo así tal cual?

—Ah, vale —Se tiró en la cama.

Lo miré enarcando una ceja. Él me sonrió en respuesta y yo negué con la cabeza. Agarré mi plato y le pasé el suyo, advirtiéndole de que si manchaba mis sábanas iba dejarle de hablar por una semana. Tenía que copiar todo lo que pudiera del trabajo, solo faltaban cinco días para entregarlo, ¡Cinco! Un trabajo de más de cien páginas. Quise hacerlo mientras comía, pero no era factible hacer dos cosas al mismo tiempo cuando estaba tan nerviosa, así que acabé sentándome en la cama con Hal y seguimos conversando por media hora más. Me comentó que le gustaba ese tipo de comida y que podíamos prepararla más a menudo, después, me contó anécdotas suyas de la secundaria. Ahora sabía más cosas sobre él que de sus hermanos y me gustaba sentir que confiaba en mí para hablarme de su vida, aunque fueran tonterías en muchas ocasiones. Quizá, algún día yo sería capaz de contarle muchas cosas sobre mi vida.

Para cuando me percaté había pasado casi una hora. ¿Por qué se me pasaba el tiempo tan rápido cuando estaba con él?

Decidí que debía ponerme manos a la obra si quería terminar el trabajo, así que dejé de hablar con él y comencé a copiar. Al rato escuché un ronquido, cuando volteé vi a Hal durmiendo profundamente. Sonreí para mí misma mientras el tío roncaba como si no hubiera mañana, se veía tan tierno.

Seguí copiando, pero a los quince minutos no pude aguantar más los ronquidos, debía acabar con ese molesto ruido.

—Hal —lo llamé—. Hal.

Ni caso. Rodé los ojos divertida y me acerqué a él.

—Hal —apoyé mi mano en su hombro y lo moví un poco. Él como respuesta, se dio la vuelta para el lado contrario y me tiró el cojín a la cara—. Ah, Hal. ¡Deja de roncar!

Ni caso. Bufé y me tapé la cara con resignación, era como si hubieran metido un tractor en mi cuarto, bueno, quizá exageraba.

—Hal, despierta —le dije y me subí encima de él—. Hal, Hal, Hal deja de roncar —volvió a roncar y vi una sonrisita en sus labios—. Lo estás haciendo a propósito —me respondió con un ronquido—. Ya, para —volvió a responderme con un ronquido e hice ademán de levantarme.

—Eh, ¿adónde vas? Aquí estás bien —abrió los ojos.

—Ahora sí que hablas ¿eh?

—Sí —dijo y fingió otro ronquido.

Me reí.

—No sabes lo que molesta eso.

—Por eso lo hago.

Negué con la cabeza y esta vez sí que me levanté, aunque él insistiera en que no lo hiciera. Me puse a copiar mientras Hal hablaba, decidí no escucharle porque debía concentrarme en mis estudios. Igual, ya me había acostumbrado a dejarlo hablando solo, no me molestaba en absoluto fingir.

—¡Naly! Tengo que hacer una cosa —dijo Welsey entrando al cuarto algo alterado y acercándose a mí.

—¿El qué? —pregunté algo intimidada por lo cerca que se estaba poniendo de mí

y por la fulminante mirada que tenía Hal en su hermano.

—Haz lo que necesites —advirtió Hal—. Pero desde más lejos. No te acerques tanto a ella.

—Cállate, Hal —dijo Welsey y me miró fijamente—. Prométeme que no me preguntarás porqué lo hago. Solo necesito hacerlo.

Fruncí el ceño extrañada.

—Vale —hice una pausa mirando fijamente sus ojos verdes— ¿Pero qué vas a...

Antes de que pudiera acabar la pregunta, ya tenía los labios de Welsey pegados a los míos y su mano sujetando mi barbilla. Eso no lo esperaba.

Escuché a Hal gritar.

Estaba tan sorprendida que no podía ni responder al beso. Mis ojos estaban abiertos como platos, pero, poco a poco, se fueron cerrando. No sabía muy bien qué estaba pasando, mis labios y mi lengua jugaban con la de Welsey y poco más era de lo que tenía conciencia. Debía separarle, no podía dejarme llevar por un beso cuando él solo jugaba con mis sentimientos.

—Welsey, suéltala o te mato —escuché decir a Hal, Welsey me agarró de la cintura y me pegó más a él. Debí haberle apartado y darle un merecido bofetón pero, extrañamente, me sentía como en un sueño y sus labios eran tan suaves que me era imposible. ¿Cómo podía estar besándole? ¿Primero besaba a Adriana y luego a mí? — ¡Welsey!

Welsey se separó dejándome confundida, aunque fui yo quien lo empujó. Me quedé mirándole fijamente a los ojos, juro que mi mente se había quedado en blanco, pero él negó con la cabeza.

—Ahora estoy peor que antes —dijo Welsey a muy poca distancia de mis labios—. Necesito otro.

—Tú necesitas un guantazo —dijo Hal—. Ni otro ni mierdas, te voy a matar, Welsey.

—Cállate Hal, que tú has hecho esto muchas veces —Welsey se defendió.

¿Por qué me había besado? Mi cabeza estaba hecha un lío. Quedamos en que no se repetiría nunca más y de repente venía aquí con todo el morro del mundo a besarme para luego dejarme sin saber qué diablos pensar. ¿Él no estaba con Adriana? ¿No podía dejar de jugar con mis sentimientos? Parecía que le era muy simple.

—¿Por qué me has besado? —pregunté en un susurro mientras ellos dos se peleaban otra vez. Estaba harta de sus discusiones, aunque esta tuviera razón de ser. Yo también quería gritarle al chico de gafas, sin embargo, tenía la esperanza de que dijera que venía a quererme a mí— Welsey...

—Uhm... —dijo mirándome y de repente tocaron al timbre— ¿Quién es?

—No cambies de tema, gay de mierda —Hal tuvo que sacar su idiotez a flote.

—Gay no, que me gustan las chicas, si quieres te lo vuelvo a demostrar —Welsey le retó.

—Tú no me demuestres nada si quieres conservar tus testículos —dijo Hal.

Los ignoré y salí a abrir la puerta. Estaba claro que no podía dejarme llevar por ninguno de los dos, ya que siempre sería el segundo plato de ambos. Me sentía patética, me dejaba llevar por el momento y las emociones, sonrojándome y abriéndome a Hal; besando a Welsey como si pudieran jugar conmigo y yo con ellos. Sinceramente, no sabía quién iba ganando la partida, pero debía hacerles pagar lo molesto que estaban dándole la vuelta al juego.

Y no podía negarlo, estaba deseosa por tener a alguien a mi lado que me quisiera, sin embargo, me acababa de dar cuenta de que con cualquiera de los dos iba a acabar con el corazón roto.

Tenía muchas ganas de ver a mi primo. Los chicos vinieron chillándose cosas y pegándose entre ellos detrás de mí. Yo ya pasaba de ellos, era inútil separarlos, siempre volvían a pelearse, prefería dejarlos hasta que se daban por vencidos. Fui a la puerta con ellos siguiéndome. Les di una mirada amenazadora antes de abrir la puerta, ¿no era ya hora de madurar y dejar las peleas?

Al otro lado, me encontré con el chico alto, de cabellos azabache y ojos azules penetrantes.

—¡Luke! —exclamé y me abalancé sobre él.

Los chicos inmediatamente se quedaron callados y nos miraron.

—¡Naly! —exclamó él, que me correspondió el abrazo alzándome por los aires. Así era él. Le besé la mejilla e hice que me bajara. Cuando volteeé me encontré a Hal y a Welsey con expresión amarga—. Mmm...Hola soy Luke —mi primo se presentó, pero ellos no le mostraron mucha simpatía.

—Hal —se acercó el chico que estaba algo tenso y le tendió la mano.

—Welsey —dijo el otro impasible.

Podía oler la confusión de Luke a los dos metros de distancia en que me encontraba.

—Uhm... Encantado —mi primo los miró de arriba a abajo.

—Hay otro —informó Hal impasible, sin soltar la mano del invitado.

—Igual a nosotros —dijo Welsey.

—Se llama Edward —dijo Hal.

—Tiene mal humor, sabe boxeo y es cinturón negro en Karate —añadió el de gafas.

—Ten cuidado —dijo Hal.

—Ah —dijo Luke frunciendo el ceño— Tendré cuidado.

Rodé los ojos y agarré a Luke de la mano.

—Vamos Luke, no les hagas caso —me dirigí a las escaleras y los dos nos siguieron, entramos en el cuarto y Luke se sentó en la cama mirando divertido a los dos chicos iguales, con los brazos cruzados, mirándolo fijamente.

—¿Cuál sois cada uno? —preguntó Luke intentando romper la tensión.

—Yo soy Welsey —dijo Hal.

—Y yo Hal —dijo Welsey.

Reprimí una risa y negué con la cabeza.

—Es al revés —dije yo—. Welsey es el de las gafas y Hal es el otro.

—Tenías que seguirnos el rollo —se quejó Hal.

—Lo siento —me disculpé.

—No importa —contestó él.

Los miré intentando que captaran mi indirecta y abandonaran la estancia. Mi primo pareció captarlo, por lo que siguió mi actitud que era ignorada por los dos hermanos.

—¿Qué miráis tanto? —preguntó Welsey finalmente.

—¿Podéis iros? —respondí.

—No —Hal intervino.

—Hal —le amenacé.

—¿Qué? —preguntó el chico.

—Que te vayas —él negó con la cabeza de manera juguetona—. Welsey —llamé a su hermano.

—¿Qué? —preguntó Welsey.

—Vete y llévate a tu hermano.

—Una condición —dijo Hal.

Asentí.

«Sorpréndeme, Bradley».

Hal se acercó a mi oído.

¿Así que íbamos a empezar con secretos en público?

—Luego vienes a mi cuarto, amor —susurró—. Esa es mi condición.

—Allí estaré —susurré ante las miradas de los otros dos chicos, haciendo que Hal

sonriera satisfecho.

Entonces ambos abandonaron la estancia.

—Esto —Luke habló una vez los hermanos se fueron—. Ha sido muy raro.

Cerré la puerta. Esperaba que no volvieran a entrar, quería un momento de intimidad.

—Bienvenido a mi nueva vida —me tumbé en la cama suspirando.

—Los tienes locos por ti, a los dos —su voz mostraba incredulidad.

—Que va —admití—. Welsey está liándose con una chica y Hal lo único que quiere es tenerme en su cama, aunque últimamente se conforma con ser mi amigo.

—¿Y el tercero?

—Edward —lo mencioné suspirando—. No creo que te guste conocerlo.

Cuando la puerta se abrió sin previo aviso, Edward apareció causándome una expresión de asombro. ¿Cuándo había llegado? ¿No sabía tocar al timbre?

—Eh, zorra ¿has visto mi dibujo? No lo encuentro —preguntó el chico.

—No —contesté.

—Ah pues nada, si lo ves me das un grito —me dijo, después, su atención se desvió a Luke a quien observaba con el ceño fruncido— ¿Y tú quién eres?

Había algo en su actitud que lo hacía intimidante.

—Luke —se presentó mi primo.

Edward volvió a fruncir el ceño.

—Ya tengo bastantes extraños en mi casa, uno más sobra.

—Tranquilo, yo luego me voy —informó Luke y Edward esbozó una sonrisa de burla.

—Así que has venido a follar y luego te vas. ¡Qué listo! —Edward se rio—. Bueno, no hagáis ruido. ¡Adiós!

Dicho esto, salió y cerró de un portazo.

—¿En serio? Ese Edward da miedo —Luke me miró—. Pero porque parece estar majareta.

—Lo sé, pero está buenísimo eso no me lo puedes negar.

—Lo siento, yo normalmente no me fijo en los hombres, pero si quieres que te diga que está bueno, yo te lo digo —Le tiré un cojín.

—Idiota.

—Tonta.

—Te odio.

—Yo también me odio.

Solté una carcajada, era tan tonto. Se sentó a mi lado.

—Ahora, en serio, renuncias a todo y a mí ¿por estos tíos locos que encima son iguales? —Luke siempre se dedicaba a bromear para acabar con la tensión de los momentos incómodos—. Qué poco original, no tienes variedad.

Su broma no hizo el efecto que él esperaba, es más, llegó a molestarme.

—Ellos valen más que todo lo que tenía —«peligrosa declaración» enserié— ¿Y sabes? Me están ayudando como nadie, me tienen como a alguien más de la casa y se preocupan más por mí de lo que mis padres lo hicieron. Sé que son raros, pero les estoy cogiendo mucho cariño.

Luke no tenía ni idea de lo sucedido con mis padres, así que no podía culparle por mostrar tal expresión. De hecho, él ni siquiera hablaba con ellos, nuestros padres estaban peleados desde hacía mucho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Él sabía cómo eran mis padres, pero no tenía conocimiento explícito del momento ni de las causas que me habían hecho partir.

Intenté hablar calmada, pero no lo conseguí completamente.

—Ellos... Ellos... —me acordé de esa noche de septiembre y enseguida me sentí

como si estuviera bajo agua, todos mis recuerdos eran borrosos—. Me peleé con ellos, les dije que no iba a estudiar empresariales y que me había buscado una casa de acogida para estudiar historia. Además, no podía aguantar un día más en esa casa... siempre sola. Quería vivir ¿sabes? Tener el control de mis días, y eso no era vida, Luke. Necesitaba romper esa burbuja.

Algunas lágrimas de impotencia empezaron a caer por mis mejillas, en ese momento, las palabras de mi padre se repetían en mi mente.

—Ven aquí —Luke abrió los brazos invitándome a llorar en su hombro y en un abrazo. Me moví y dejé que lo hiciera.

—Eres una vergüenza —repetí las palabras de mi padre, aquellas que nunca, por nada del mundo, se borrarían de mi mente,

nunca—. Si no vas a hacer lo que es tu deber, puedes salir por esa puerta y olvidarte que alguna vez perteneciste a esta familia.

Comencé a sollozar y Luke intentó calmarme.

—Eso me dijo. Y me fui. Es increíble que ponga su negocio por encima de mí.

Hundí mi cabeza en su hombro y suspiró.

—No te preocupes por eso, a mi madre le dijo lo mismo.

—Pero soy su hija, Luke, no su hermana.

—Lo sé, lo sé —susurró—. Tranquila, no te pediré que vuelvas.

—Gracias.

Seguí llorando por un rato y él se dedicó a no dejarme hacerlo sola, después de todo, era lo que había hecho toda su vida.

—Mierda, ¡Welsey quita del medio! —escuchamos a alguien exclamar en el pasillo y rápidamente alcé la cabeza.

—No me dejas escuchar, Hal —dijo Welsey.

Luke alzó una ceja y rio.

—Menudos cotillas, ¿montamos un espectáculo?

—Sí, por favor, necesito despejarme.

—Simula el mayor orgasmo de tu vida. Se van a morir.

Aquello podía servirme para darles un escarmiento. ¿Cómo se sentiría ser el segundo plato de su segundo plato?

Hal

Edward tenía razón, dábamos pena.

—No me dejas escuchar, Hal —se quejó mi hermano.

—Ni tú a mí, vete a estudiar y deja de molestar.

—¡Vete tú! Que te hace más falta que a mí.

—Cállate.

—Cállate tú.

De repente escuchamos un gemido de placer y ambos abrimos los ojos como platos. No podía ser. Un gemido de Naly podía encenderme en menos de un segundo.

—Por Einstein —susurró Welsey sorprendido— Que se la está... se la está... ya sabes...

Fruncí el ceño mientras una furia me invadía por dentro. ¿Ese tío venía y le dejaba hacer lo que quisiera y a mí me mandaba a la mierda? ¿Era su novio acaso? Si estaba con alguien, ¿por qué me había dejado hacerme ilusiones? No podía creer que después de haber hecho la comida juntos y haber pasado una de las mejores tardes de mi vida fuera a acabar con otro tío en la cama. ¿A qué mierda estaba jugando?

—Se la está follando, el muy hijo de puta —la furia se manifestó con calor, algo que no me había pasado nunca. Pero un nudo de rabia se formó en mi garganta ¿Qué mierda me estaba pasando? Yo había compartido chicas en la misma cama,

incluso, al mismo tiempo y no me había molestado, sin embargo, con Naly era diferente.

Otro gemido por parte de ella y la cara de Welsey se estaba poniendo roja como una gamba.

—Einstein, ayúdame a no entrar y matarlo —susurró para sí mismo y me molestó que fuera con rabia. No tenía derecho a molestarse, no después de ir liándose con otra—. ¡Por Einstein!

Pero, si Naly aplicaba la misma regla conmigo que con Welsey, yo tampoco tenía derecho a hacerlo, no después de que ella me viera en la cama con Stacy.

—Deja a Einstein descansar en paz, pesado —refunfuñé. El sonido de la chica recibiendo placer era la cosa más agobiante y molesta que había oído, aunque al mismo tiempo excitante. Era desagradable porque no lo hacía para mí, era yo el que debía tenerla así en mi cama, no ese bastardo—. ¡Mierda!, odio a ese gilipollas, se la está follando en mi casa. ¡Yo tenía que estar follándomela!

—Einstein mío, ayúdame —susurraba Welsey.

—Joder —decía yo—, Welsey, ya.

—Hal, déjame que me falta aire.

—Me cago en la puta, mira que les he dicho que no hicieran ruido —dijo Edward saliendo de su cuarto—. Ya verás tú, me están hinchando los cojones.

—Edward, que se la está follando —me quejé.

—Hal, tienes la cara blanca —dijo Edward.

—Ya lo sé, es del impacto —respondí.

—Qué patético —dijo Edward.

—¡Einstein! —repitió Welsey y rodé los ojos a la vez que otro gemido salía de la habitación.

—¡Eh! —exclamó Edward— ¡A ver si relajamos esos ruiditos!

—Edward, ¡entra! —escuchamos decir a Luke desde el cuarto.

—¿Qué? —dijo mi hermano alzando las cejas incrédulo.

—Me caes bien, ¡si quieres compartimos! —contestó el chico, Edward siguió mostrando su mayor gesto de asombro.

—Estoy alucinando —declaró el de tatuajes.

—Ni se te ocurra entrar —le dije.

Tardó unos minutos en reaccionar.

—¿Sabes qué? Qué entro —dijo.

—¡No! —gritamos Welsey y yo al unísono.

—Iros a la mierda —dijo antes de entrar.

Naly

—¿Estáis locos? —dijo Edward entrando al cuarto y encontrándonos a los dos completamente vestidos y sentados en la cama— Pero ¿qué estáis haciendo?

—Es mi primo —informó—. No me estoy acostando con él.

Edward me miró como si eso no le importara y después preguntó:

—¿Os estáis riendo de mis hermanos verdad?

Asentimos.

—¿Y para qué queríais que entrara? —preguntó sin entender nuestro cometido.

—Para que se molestaran más —informó mi primo.

—En ese caso —dijo Edward— ¡Grítalo, pide que te follemos! —no esperaba divisar una pequeña risa cuando se sentó en mi silla de escritorio.

—¡Folladme! —ahogué una risa.

—Estos dos imbéciles se lo tienen merecido, se pasan el día haciendo el tonto sin atender a las consecuencias —dijo Edward agarrando el trabajo que Hal me había conseguido— ¿copiando? Tenía mejor opinión de ti con respecto a esto.

—Es pura necesidad y culpa de Hal —aclaré.

—Ahora lo entiendo todo.

Estuvimos un rato haciendo el tonto, no podía creer que Edward se comportara con nosotros de una manera más o menos amigable. Había descubierto que ver a sus hermanos sufrir lo complacía más que cualquier cosa, aquello era un tanto egoísta, lo sé, pero era de esperar. Al cabo de un rato dimos por terminada la sesión de «sexo» y salimos del cuarto encontrándonos a los dos chicos sentados en el suelo del pasillo con cara de pocos amigos.

—Sois un par de retrasados —comenzó Edward— ¿De verdad pensabais que yo iba a tirarme a esta?

La expresión de Hal mostraba todo lo que no habría imaginado. Su rostro, serio y pálido, manifestaba lo mal que lo había pasado, como si de verdad le importara con quien estuviera yo, como si le doliera. Yo solo pensé que les fastidiaría, nada más.

—Que gracioso —dijo Welsey con recelo, quien, a diferencia de Hal, solo mostraba fastidio.

—Me muero de risa —añadió Hal con el mismo tono molesto.

Negué con la cabeza y Luke soltó una risita antes de dirigirse a mí:

—Me tengo que ir. Nos vemos, prima —resaltó la palabra «prima», haciendo que Hal y Welsey nos miraran con cara de tontos. Luke me besó la mejilla y salió pasillo abajo mientras yo miraba a los chicos con los brazos cruzados.

—Adiós, Luke, nos vemos —me despedí y luego volví a ellos —¿No habéis escuchado eso de que la curiosidad mató al gato? —pregunté retóricamente— Pues creo que más bien lo engañó.

—Eres mala —Hal habló.

Welsey no dijo nada, solo se levantó y nos miró a Edward y a mí:

—No me ha hecho ninguna gracia, ahora mismo quiero defenestraros —dijo y se fue enfadado a su cuarto, cerrando de un portazo.

Hal seguía sentado en el suelo y Edward se encogió de hombros y se metió en su habitación riendo. Ese chico era muy raro. No supe qué hacer, ¿me marchaba? Esa no me pareció la opción más correcta, así que, permanecí en silencio mirando a Hal. Él permaneció callado durante un largo rato, es más, se levantó y me agarró de la mano pillándome completamente desprevenida. No me quejé, solo lo miré mientras él me arrastraba hasta su habitación y cerraba la puerta tras nuestro paso. Luego, me tiró en la cama y se puso encima de mí, colocó cada una de sus manos a un lado de mi rostro, dejándome totalmente atrapada en él. Mi respiración se aceleró.

—Parece que hoy estás con ganas de hacer ruido —susurró. Y me sorprendí cuando unas cosquillas crecieron en mi estómago—. Esto es por hacerme pasar el peor rato de toda mi vida —su rostro se acercó al mío y necesité decirme a mí misma que eso no era lo que yo esperaba. ¿El peor rato de su vida? Quizá le importaba más de lo que creía—. De esta no te escapas —Y dicho esto, me besó.

Sus labios llegaron a mí de una manera suave y aunque sentí que no debía seguir el beso, sabía que lo único que me empujaba a rechazarlo era mi miedo a ser utilizada. No me gustaba ser el segundo plato o ser el juego de alguien que está aburrido.

Lo había sido una vez y el sentimiento me quemó tanto que debía protegerme para no serlo de nuevo.

Después de un juego lento, Hal me atacó con su lengua y me apretó contra el colchón. Respondí a ese acto, una de mis piernas se enrolló con una de las suyas. Solté un gemido debido a la presión que él ejercía sobre mí y por las sensaciones que eso me provocaba. ¿A quién engañaba? Estaba harta de evitarle.

Se me pasó por la mente la idea de que quizá debía darle una oportunidad, dejar las cosas claras y saber hacía donde quería ir con nuestra relación. Sin embargo, era mucho más fácil evitar esa idea.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó sin separarse de mí. No contesté, porque él metió su lengua traviesa en mi boca de nuevo— ¿Por qué te empeñas en hacerme

perder la cabeza? —preguntó de nuevo cuando se separó.

De repente, sus manos estaban en todas partes.

—Hal —susurré. No sabía cómo actuar, de hecho, ni siquiera había imaginado que acabaría así con él. Mordió mi labio inferior con pasión y luego subió mis manos hasta por encima de mi cabeza, bloqueándome.

—Tu no entiendes lo que me estás haciendo, no lo entiendes —me besó de nuevo, pero esta vez noté un ápice de necesidad en el gesto. Aquello me confundió, ¿desde cuándo necesitaba besarme? Aquello debieron ser imaginaciones mías. Gemí de nuevo al notarlo y sentí su sonrisa en mis labios—. Si te mueres por mí, deja de resistirte, esto nos está agotando a ambos.

—Hal, no —logré decir, aunque estaba demasiado cautivada por su voz, por su tacto, por su cercanía. Era demasiado y mi corazón empezó a latir más fuerte cuando agarró mis muñecas con una sola mano.

Suspiré mirándolo fijamente a los ojos, mientras él seguía con la mirada su dedo índice que bajaba por mi mejilla despacio. No dijo nada al llegar a mi mentón, pero hizo ademán de besarme, sin embargo, en lugar de eso, se mojó los labios y bajó por mi cuello.

—Esto... —murmuró tocando mi hombro y trazando su camino hasta uno de mis pechos, en la zona del corazón— Debería ser mío.

¿Mi corazón? No entendí ese punto.

Solté una bocanada de aire. Creí que estaba olvidando como respirar gracias al tono de voz que el chico tenía y la suavidad de su tacto. Siguió bajando por mi vientre, pero, en esta ocasión, agarró mi camiseta y la subió un poco, dejando mi vientre al descubierto. Estaba concentrado, fruncía el ceño y miraba fijamente el recorrido que su dedo hacía, se podría decir que la seducción era su fuerte, porque me tenía totalmente cautivada. Siguió dibujando un camino hasta llegar al borde de mis pantalones, lo desabrochó y yo no dije nada, no podía, me había quedado sin voz. Bajó un poco mis pantalones y luego volvió a poner su dedo en el borde de mis bragas. Alzó la cabeza y me miró directamente a los ojos. Bajó su dedo y me

acarició por encima de la tela. Luego se acercó a mis labios de nuevo y me besó, colocando su mano libre al lado de mi rostro. Puse mi mano en su mejilla acercándolo a mí y él esbozó una pequeña sonrisa en medio del beso. Sentí su calor atravesar mis dedos, colarse en mi piel y mezclarse con el mío, bailando por mis venas. Nuestros labios jugaban, investigaban los del otro, peleaban, nuestras lenguas repetían lo mismo; mientras, la mano de Hal se deshacía de mi pantalón, el cual, apartó con los pies. Movié su mano, esta vez, metiéndola dentro de mi ropa interior.

¿Qué estaba pasando?

Sabía lo que venía después de esto, pero no estaba segura de querer evitarlo. ¿Ser una más en su cama? ¿Ser una más a la que ha dominado? ¿Ser Stacy? No quería, no quería entregarme y que luego me dejara tirada como ya lo habían hecho antes. Sin embargo, no podía negar que cada día le quería más. No podía negar que deseaba a este chico con todo mi ser, pero había algo llamado orgullo y dignidad, algo que, por el momento, no estaba muy segura de perderlos.

Hal no dejó de besarme mientras acariciaba la parte más débil de mi cuerpo y sentía chispas por todo mi interior. Pasé mi brazo por su nuca, acercándolo aún más, y un leve gemido se escapó de mis labios cuando él introdujo dos dedos en mí, seguidamente y por acto reflejo, levanté mis piernas y las enrollé en su cadera.

—¿Sigo? —se separó un poco de mí, lo justo para solo rozar mis labios. No contesté, no dije absolutamente nada. Solo lo miré a los ojos, perdiéndome en ellos y capturé su labio inferior— Lo tomaré como un sí.

Hundió su cabeza en mi cuello y me besó, mientras tanto, sus dedos trabajaban en mí, haciendo que mis piernas flaquearan. Me mordí el labio y, cuando pensé en cómo serían las cosas después de ese momento, me obligué a enfocarme en el ahora. Quizá parecería idiota, pero no quería que notara que yo tenía algún tipo de afecto hacia él. Me estaba controlando por no ponerme en acción y hacer que se volviera loco, tampoco iba a dejar que pensara que tenía ese tipo de control sobre mí porque sabía que luego querría más. Y si algo tenía claro, era que él no iba a

follarme para luego dejarme, cosa que ahora mismo, se me estaba yendo de las manos. Si no podía controlar ni mi cuerpo ni mis actos, nada de lo que mi mente dijera funcionaría.

Un gemido se escapó de mis labios, música para sus oídos.

—Me encanta —volvió a decir mientras una de sus manos aún aguantaba una de mis muñecas.

Gemí de nuevo en su oído, mientras le mordía el lóbulo; él sonrió en mi cuello, alzó la cabeza y soltó mis manos. De repente, me di cuenta que no tenía planeado escapar y que quería continuar por mucho que no fuera correcto para mi conciencia.

A veces lo erróneo es lo que se siente correcto y, en otros casos, es al revés.

Acarició mi vientre, luego, se hizo paso hasta mis pechos, se detuvo mirándome fijamente a los ojos y, cambiando su expresión de deseo por una de tristeza, permaneció inmóvil ¿Qué estaba pasando?

Me di cuenta de que él tenía una luz que yo no podía ver, sino su cambio de expresión no tenía sentido. Algo se escribía en su cabeza para luego quemarse y hacerle sufrir. Los sentimientos quemados en su interior no pueden salir, y las cenizas llegan a nublarle.

—Supongo que si te pregunto si quieres seguir, no dirás nada —efectivamente, no dije nada— ¿Piensas que soy un enfermo? ¿Un adicto al sexo? Que yo... —no terminó la frase, estaba esperando a que yo hablara, pero yo no encontraba qué decir. Mi mente se quedó en blanco, como muchas otras veces— Contesta —hizo una pausa— ¿Lo piensas?

En ese momento no estaba muy segura de qué pensaba, pero no podía negar su afirmación.

—Sí —admití.

Su expresión no hizo más que hacerme creer que ese pensamiento era solo fantasía mía, lo había juzgado desde el principio y eso era cierto. Pero, por otra

parte, esto solo me lo había comprobado, se me había lanzado sexualmente de nuevo y no había mostrado, realmente, interés hacia mí como persona.

Colocó su mano en mi cadera y se separó de mí.

—Vete —de un momento a otro se enserió. Me incorporé y me subí las bragas. Él bajó la mirada y se sentó al borde de la cama—. Vete, por favor —casi sonaba a una súplica.

—Hal... —susurré y me acerqué lentamente a él. ¿Qué sucedía? ¿Tanto le dolía mi pensamiento? Quise abrazarle, no me gustaba ver a la gente sufrir.

—Vete —repitió. Me quedé a unos centímetros de acariciar su cabello, pero su tono fue tan serio que decidí no decir nada y abandonar la estancia.

Encontré el daño en el aire, pero no hice más que huir de él, algo de lo que me arrepentí por unos instantes. ¿Y si volteaba y

le decía que no era así? ¿Y si le decía que no quería juzgarle más? Me di cuenta de qué era lo que le dañaba por dentro y supe que, en ese instante, estaba peor de lo que quedaba cuando se acostaba con Stacy... por mi culpa. Aunque no lograba entender por qué dejaba que le afectara tanto la fachada de sí mismo que le mostraba al mundo, después de todo, era él quién lo escogía.

Yo me había convertido en otra Stacy, una chica más que dejaba pesadillas en su mente después de intercambiar besos y roces.

Edward

Vi a Naly salir del cuarto de Hal, cuando asomé la cabeza y observé a mi hermano con expresión decaída, al borde de la cama, supe que algo había ido mal; así que decidí entrar.

—Hey, Hal ¿qué pasa? —apartó las manos de su rostro y me descubrió sentado a su lado, ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia, lo supe por su mueca de confusión.

—Nada —respondió. Sus ojos estaban rojos, así que no podía decirme que no le

pasaba nada.

Era Naly y nuestra estúpida broma lo que le dolía. Ya yo me había dado cuenta de algo que ellos parecían ignorar: Hal estaba enamorado de esa chica.

—¿Te gusta de verdad? —le pregunté, quería saber cuál sería su respuesta.

—Sí.

—Pues, entonces, no te queda otra que dejar tu manera de ser de lado y enamorarla. Dile cosas bonitas, sé dulce con ella. Ella no es el tipo de chica que se deja engatusar por el sexo y sabemos que tú no tienes paciencia —ni siquiera sé muy bien por qué dije eso, o cómo llegué a pensar que quería darle ese consejo. Normalmente, todo lo que mi hermano recibía de mí era lo contrario.

Él me miró fijamente y supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—No siento que sea más fácil, lo estoy intentando, pero ya se ha hecho una idea de mí que no sé si podré romper.

Era extraño hablar de amor con Hal, ya que siempre había pensado que no llegaría a conversar de esto con él.

—Las ideas predeterminadas pueden romperse —ahora hablaba desde mi experiencia, aunque, no sabía si estaba preparado para hablar de Grace. Ella llevaba tres años enterrada en mis pensamientos, como si nunca hubiera sucedido.

—¿Cómo?

—Con actos —así fue como me rompieron el corazón, y no iba a hablar de eso en voz alta—. Las palabras nunca cambiarán nada porque, normalmente, hablamos en vano y mentimos sin darnos cuenta —no pude evitar hablar de ella—. Pueden hacer creer que te quieren y, luego, demostrarte que nunca fue así. Te crees que todo lo que has visto es lo que hay, simple belleza; de repente, te muestran la fea verdad y te preguntas cómo no pudiste darte cuenta.

Él se percató que hablaba de la chica que alguna vez había querido con locura.

—¿Aún piensas en Grace?

Asentí.

—Normalmente no, pero a veces no puedo evitar recordar cosas.

—Menuda mierda, resultó ser una zorra.

—Todas son así, así que asegúrate de que Naly sea sincera, sino acabarás jodido.

Asintió, pero enseguida noté que ese último consejo no le había ayudado en absoluto.

Aún me preguntaba por qué lo había animado a conquistarla. ¿Desde cuándo hacía yo cosas así?

No supe qué más decir, así que me marché minutos más tarde, ya que él no dijo nada más.

CAPÍTULO 14

Edward

Grace vino a mi mente, pero la eché con la misma rapidez con la que se marchó y decidí mantener mis pensamientos ajenos a cualquier mujer; sin embargo, fue inútil apartarla de mis sueños aquella noche. Por la mañana me aseguré a mí mismo que aquella noche había sido la menos reparadora en muchísimo tiempo y, aunque conseguí vestirme sin pensar en ella, no pude apartar a las mujeres de mi cabeza esa mañana. Por desgracia, cuando salí del cuarto vi a Naly saliendo del baño envuelta en una toalla, mientras algunas gotas de agua se resbalaban por su cabello. Suspiraba al caminar hasta su cuarto, haciendo que, sin quererlo, se encendiera algo en mí. ¿Cómo cojones era capaz de ir así por el pasillo como si nada? Tragué saliva y ella se metió en su cuarto sin siquiera haberse percatado de que la observé con deseo. Sí, seré malhumorado, pero ¿qué clase de hombre ve a una chica con solo una toalla y el pelo mojado paseándose por su casa y no le entran cosquillas en sus partes? Yo creo que a ninguno, a no ser que seas el padre de esa chica.

Negué con la cabeza, intentando apartar todos los pensamientos sucios que venían a mi mente y suspiré, una vez más, antes de bajar las escaleras.

De nuevo salí de casa sin desayunar, no tenía hambre. Encendí el coche y me quedé un rato ahí parado, faltaba bastante para que empezaran las clases. No obstante, esa mañana tenía algo

importante que hacer, algo que hacía mucho que no había hecho, y tenía ganas de volver: Boxeo.

Volví a girar la llave del coche y salí del aparcamiento de mi casa dirigiéndome al encuentro con Patrick quien me había citado. Este era el hombre forzudo que me había llevado a ganar todos los trofeos que tenía guardados en el desván pertenecientes a más de un campeonato. Me ofrecía una nueva oportunidad, era más

que un sueño: ser entrenador. ¿Quién podría haber pensado que yo llegaría a esa posición? Nunca lo había imaginado y joder que sí estaba ansioso.

Llegué al gimnasio y salí del coche para encontrarme con Patrick que me esperaba en la entrada.

—¿Qué hay campeón? —preguntó animado el hombre de cincuenta años.

—Buenos días, Patrick —saludé con mi tono habitual.

Él hizo una mueca.

—No cambias chaval, sigues igual de frío que siempre.

—Ya lo sé —admití. Una cosa sí, yo era demasiado descarado y sincero, no lo negaría.

Él suspiró y abrió la puerta del gimnasio dejándome paso.

—Bueno, esto es lo que hay chico, me voy a retirar y ahora te dejo esto a ti, parcialmente —dijo él. «¿Así de fácil?», pensé— Los entrenamientos están apuntados en esta lista, yo haré la mitad de las clases y tú la otra mitad... si estás de acuerdo, claro —Me tendió la lista y unas llaves—Esas son las llaves.

—¡Obvio que quiero! —ahí sí que mi entusiasmo no dudó en salir.

— Entonces, mañana empiezas a las cinco y media con los niños pequeños.

¿Niños pequeños? ¡A mí no me gustaban los niños!

Asentí.

—No puedes amordazarlos ni atarlos al ring como hacías con tus compañeros. Eso que quede claro.

—No voy a hacer eso, Patrick, he crecido.

El hombre rio, aunque yo no le encontré ninguna gracia.

—Lo sé, por eso confió en ti para esto —dijo—. Puedes irte ya.

—¿Ya está? —dije yo algo confundido— ¿Me dejas la mitad del gimnasio bajo mi tutela y esto es todo?

—Sí —dijo el hombre— Pero ten cuidado con los que haces, esto podría ser el principio de algo muy grande, Edward. Mañana traeré algunos papeles que has de firmar.

Estaba, literalmente, en una nube. ¿Todo me lo había dicho en serio? No podía creerlo.

—Lo tendré en cuenta —dije no muy convencido y salí del gimnasio con los horarios de clases y las llaves—. Perfecto, tengo que enseñar a niños a dar puñetazos. Espero que no me toquen mucho los cojones.

Subí al coche y me dirigí al campus. Aparqué y aquello aún estaba bastante vacío, era temprano, así que entré en el edificio de artes y me metí en el taller de dibujo en donde tendría clase, solo tocaba esperar a que los demás se presentaran. Me senté delante de un caballete y suspiré frustrado al acordarme del dibujo que le había hecho a mamá y que había perdido. Me costó mucho hacerlo, así que esto realmente me fastidiaba, además, estaba el hecho de que faltaba poco para que volvieran de ese viaje de negocios que le había llevado casi medio año afuera y tampoco iba a tener nada que darle por el día de la madre.

Observé el aula vacía y me levanté de golpe al ver mi dibujo apoyado en uno de los caballetes, justo el que había usado el día anterior, seré bobo.

—Menos mal —lo cogí y lo guardé en mi carpeta. La maldita carpeta era tan grande que no sabía dónde meterla, pero en una más pequeña los dibujos del tamaño 100x70 no cabrían.

—Hal, ¿adónde vas? —escuché la voz de Naly en el pasillo. ¿Qué hacía ella en el edificio de artes?

—Ya verás —escuché decir a mi hermano y me levanté para ver qué hacían. Si algo tenían bien escondido era que eran unos cotillas.

Naly

Estaba muy confundida y él no tenía intenciones de decirme más nada, así que tampoco insistí, ya que después de meterme tanta prisa, sabía que no sería eficaz

pedir explicaciones. El chico era más que raro. La noche anterior estaba frío como el hielo, echándome de su cuarto después de toquetearme toda, y hoy se había despertado con un humor increíble. Solo había una palabra que pudiera describirlo: raro.

Hal me llevó hasta el final del pasillo y abrió una puerta. Una vez dentro la cerró para seguir recorriendo un pasillo corto y hacer que mis nervios aumentaran a medida que avanzábamos por puertas y pasillos. ¿Adónde me llevaba?

Llegamos hasta una última puerta donde Hal introdujo unos códigos en el mango de la misma, logrando que segundos más tarde se abriera. Me arrastró dentro y volvió a cerrarla después de taparme los ojos.

—Hal, no entiendo nada. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué...? —dejé de hablar cuando Hal me destapó los ojos, dejando que observara la gran maravilla de reliquias que había en esa sala.

—¡Madre de Dios! —estaba estupefacta.

—Aquí guardan todas las cosas raras de historia —explicó Hal—. Sé que te gusta la historia, así que... Pensé que te gustaría ver estos cachivaches raros.

Me sonrió y le devolví la sonrisa antes de acercarme a una de las vidrieras con fósiles.

—¿Cómo sabes de este sitio? —le pregunté y bajó la mirada.

—Yo venía a... —dijo algo incómodo y no lo dejé acabar la frase.

—No sigas, lo he captado —dije algo asqueada. O sea, que aquí venía a tener sexo. Bien.

—Vale —suspiró, como si le hubiera quitado un peso de encima.

Me quedé mirándolo y él se dedicó a observarme con incomodidad en lugar de hablar.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Sí, mucho —dije, realmente, me gustaba, era increíble la cantidad de

antigüedades que había en el sitio. Y qué decir, me chiflaban las antigüedades.

—¿Por qué estudias arqueología? —preguntó sin acercarse a mí, desplazando su mirada hasta una estatua.

Me encogí de hombros.

—Simplemente me parece increíble lo que la historia puede mostrarte. Me entusiasma la idea de descubrir algo algún día. Quiero viajar, investigar... —dije mirando un hueso que había en una vitrina, entusiasmada— Sería increíble poder decir que esto lo encontré yo. ¿No crees?

Volteé y lo miré.

—Supongo —se encogió de hombros—. Yo estudiando ginecología no tengo esa clase de metas.

Abrí los ojos como platos y me quedé mirándolo fijamente, sin poder creer lo que acababa de escuchar: Ginecología. Ahora mi teoría de que era un enfermo se hacía aún más grande.

—¿¿Qué?!! —grité y él comenzó a reír ante lo escandalizada que me quedé.

—Es broma— dijo sin dejar de reír.

—No es gracioso, Hal, me has asustado.

—Estudio fisioterapia —admitió sin mirarme.

—¿Lo de los masajes?

—Más o menos, pero es mucho más que eso.

—Ahh —me quedé embobada ante un jarrón de la antigua Grecia, era impresionante lo bien conservado que estaba, adoraba esa época. También me sorprendía la cantidad de objetos de diferentes épocas que tenían en esa habitación.

Sentí la presencia de Hal muy cerca de mí y me giré de golpe; su respiración cerca de la mía, mi corazón subiéndose a mi garganta, mis nervios a flote.

—¿Te gustan los masajes? —me preguntó.

—Sí.

Fijó su mirada en mis labios y se acercó hasta rozarlos. Cerré los ojos esperando el deseado beso pero, en lugar de eso, sentí sus manos posarse en mi espalda para masajear lentamente. Debo admitir que tenía un toque muy agradable.

—Uhm... —murmuró y luego se separó de mí— Vamos a clase.

¿Qué? ¿Y mi beso? ¿Y mi masaje?

Abrí los ojos confundida, viéndolo abrir la puerta y mirándome para que saliera también. Di una última mirada por la habitación y seguí a Hal.

[]

—Lottie, ven —la agarré del brazo, despegándola de los labios de Wade. Ella gruñó en forma de queja y Wade la agarró del otro brazo.

—Lottie, no te vayas —dijo el chico—. Vete con Hal, Naly.

—¡Dame a mi amiga! —exigí molesta, fulminándolo con la mirada.

—Vale, un ratito —se rindió mientras Hal miraba la situación divertido. Sonreí y agarré a Lottie del brazo, Wade bufó y miró a Hal resignado.

Lottie y yo caminamos lejos de ellos y entramos a la cafetería.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada —admití— Solo quería alejarme de Hal, me está poniendo nerviosa.

Ella me miró y soltó una carcajada.

—Qué patética te pones —dijo.

—No soy patética, es que él es bipolar. Sí, bipolar. Dios

—me quejé.

—¿Qué ha hecho ya?

—Mejor no te cuento —dije sentándome en una mesa.

—Dime —dijo ella.

Bufé y le conté lo ocurrido la noche anterior.

—¡Ay madre mía! dime que no es verdad.

—No puedo decirte eso.

—¿Por qué no te lo follas y ya está? —expresó con normalidad— Yo lo haría.

—Porque tengo orgullo —admití—. Mucho.

—Eso lo explica todo.

Hal

Vi a las chicas irse hacia la cafetería y, por eso, me atreví a comenzar la conversación con mi amigo.

—Wade, tienes que ayudarme.

—¿A qué? —preguntó.

Me pasé la lengua por los labios pensativo, no sabía cómo pedirle que me ayudara a enamorar a Naly.

—Soy un soso —dije.

—Lo sé.

—Lo mío es el sexo puro, pero no funciona.

—¿No funciona?

—No, no funciona, porque no me hace caso.

—Me he perdido, Hal.

—A ver, mi hermano me ha dicho que la enamore, pero yo no sé cómo se hace eso —admití algo frustrado. «Por Dios, Hal, tan complicado no debe ser»— Hoy he intentado hacer algo bonito llevándola a un sitio raro con antigüedades y huesos —dije algo asqueado. No me gustaban los cadáveres ni los huesos que había ahí, aunque las veces que había ido con alguna chica del campus a follar no me había

importado. Daba mal rollo y mucho—. Pero, no me sale, no sé qué hacer.

—¿De quién hablas? —él seguía confundido.

—De Naly —dije—. Es obvio.

Él soltó una carcajada.

—Bien, empieza por no mirarla como si te la fueras a merendar, no le preguntes si quiere sexo, no la toquetees cuando se te dé la gana.

—¡Eso ya lo hago desde hace tiempo!

—Hal, es que no sé qué decirte, para mí es algo sencillo. Ábrete a ella para que se abra a ti. Muéstrale que te importa y que sientes cosas por ella, no es tan complicado.

—Ya lo estoy intentando, últimamente lo intento, pero a veces se me va la mano —él se rio de mi declaración.

—Contrólala.

—No te prometo nada.

Él bufó y siguió hablando.

—Interésate por ella, que vea que le importas —repitió—. Suelta algún piropo, pero no le digas «Quiero follarte duro» —dijo adivinando mis pensamientos.

—¿Quiero morderte las nalgas está bien? —Wade se puso serio, sin captar la broma. Obviamente no era tan tonto.

—No. Tienes que ser un poco más romántico, eres muy bruto. Quizá con las putas fáciles te sirve, pero con ella no.

—Ya me he dado cuenta de eso.

—Intenta decirle cosas bonitas —dijo—. Pero bonitas de verdad.

Asentí.

—Intentaré hablar de su sonrisa en vez de hablar de sus pechos. ¡Oh Dios mío! es que los tiene tan...

—Ya, calla, se los he visto.

—¿Le miras los pechos?!

—Tengo ojos.

—¡Te mato!

—Ay, calla, Hal.

—Tiene un culo tan perfecto, que cuando se retuerce debajo de mi me dan ganas de...

—¡Calla!

—Lo siento —me reí.

—Ese es tu problema, piensas con el pene en vez de la cabeza.

—Lo siento.

Wade me agarró la mano y la puso en mi cabeza.

—Piensa con esto, no con tus partes, con esto —repitió—. Y te irá bien.

Asentí.

Eso haría, pensar con la cabeza y dejar mis perversiones de lado. Pero el simple hecho de imaginarla desnuda a merced de mis dedos que la tocaban y la penetraba con mi... Ya, Hal, con la cabeza, la cabeza, la de arriba.

—Ahí vienen —dijo Wade mirando a Lottie y a Naly acercarse a nosotros—. Cosas bonitas, acuérdate.

Asentí.

—Sí, bonitas. Nada de tetas, ni culos, ni follar, lo he pillado —dije y él asintió divertido—. Voy a intentarlo—hice un gesto con las manos—. Pero no prometo nada.

—Tranquilo —dijo y ambos callamos hasta que las chicas llegaron a donde estábamos sentándose; Lottie se acercó al lado de Wade y Naly a mi lado.

Lottie besó a su novio, se sentó en su regazo y se acomodó sonriente. «Todo el

día» pensé, «todo el día el uno encima del otro», era desesperante.

Wade me miró a la espera de que hablara, pero de repente mi mente se había quedado en blanco y solo podía mirar la mesa intentando encontrar algo bonito que decir. Nada. En la imagen que se proyectaba en mi mente solo había desierto. Negué con la cabeza, como si ese gesto me diera el poder de sacudir mis ideas. Pero Wade me dio una patada por debajo de la mesa y solo hizo que mis nervios aumentaran. Decir un piropo era mucho más fácil cuando no tenías que pensar en hacerlo.

Observé a mi amigo, no hace falta decir que lo fulminé con la mirada. Él me dedicó una irritante sonrisa tonta, acto que provocó que las chicas centraran su atención en nosotros. Él muy imbécil me iba a dejar como un tonto delante de Naly, y eso era lo último que tenía planeado para ese día, así pues, decidí que lo mejor sería ignorar al rubio y dirigirme a la chica, que comenzaba a abrir un zumo de piña que había agarrado en la cafetería.

Necesitaba mostrarle mis disculpas por haberle echado del cuarto la noche anterior, aunque ella se comportara como si nada hubiera pasado, yo no podía ignorar el hecho de que me sentía mal. Ignorar un mal hecho no iba a arreglarlo nunca. De ahí que tragara saliva e intentara mostrarme lo más serio posible antes de dejar mi mente en blanco para soltar algo que la hiciera derretir.

—Naly —ella me miró esperando que hablara—, tienes unos labios tan deseables y perfectos que solo puedo fantasear con la sensación de tenerlos alrededor de mi pene —«Hal, ¡¿Qué dices?!». Ella frunció el ceño y luego alzó la mano para propinarme una santa bofetada.

«Mierda, mierda, mierda».

—¡Imbécil! —se levantó— ¡Eres un puto enfermo! —agarró sus cosas y se fue mientras yo la miraba con cara de tonto y Lottie iba tras ella riéndose.

—¿Qué he hecho mal? —dije poniéndome la mano en la mejilla que me ardía. Tenía fuerza la chica— ¿Qué ha pasado?

Estaba tan confundido por lo que acababa de decir que prácticamente se me hacía una ilusión. ¿Por qué era tan imbécil?

Wade me miró sin poder dejar de reír, a eso le llamaba yo un ataque de risa.

—¡Todo!

Fruncí el ceño frustrado. Iba a necesitar algo mucho más cursi para que me perdonara.

—¡Ugh, mierda!

—Suerte, que tus hermanos no son como tú —comentó Wade—. Sino, tendríamos un problema gordo.

Me llevé las manos al rostro y hundí mi cabeza. No podía ser verdad.

—¡¿Ves lo que te digo?! —escuché a Naly gritarle a Lottie— ¡No tiene remedio! ¡Solo piensa con el pene!

No podía fingir que aquello no me disgustaba, sobre todo, porque me estaba esforzando.

Lottie no paraba de reír y ya estaba empezando a molestarme. A mí no me hacía ninguna gracia y estaba seguro de que a Naly tampoco.

—El pobre —dijo entre risas—. Él... solo intentaba decir algo bonito y no le ha salido. ¿A caso no te das cuenta? Es hasta adorable.

—Deja de insistir en eso. Me desespera —se quejó Naly de nuevo.

—Vale, paro. Pero es que... —siguió riendo Lottie—, ha sido muy divertido. Lo siento, paro de reírme —intentó enseriar sin éxito y enseguida comenzó a reír de nuevo.

Si aquello era desesperante para Naly, para mí era increíblemente humillante. Quizá Edward tenía razón y yo daba pena. Me levanté, de repente no tenía ganas de ver a más nadie, iría a dar una vuelta y a relajarme, ya que la situación se me estaba yendo de las manos. ¿Cómo podía sentir tanto por mi mariquita y ser tan torpe demostrándolo? ¿Por qué mis actos iban en sentido contrario a mi deseo y solo podía fastidiarla cada vez más?

La sociedad tenía razón: el amor es una mierda.

Wade hizo un comentario cuando me levanté, invitándome a quedarme allí, pero negué y dije que iría a la cafetería a por algo de comer, cosa que hice. Ahí pedí una bebida energética y salí del recinto perdiéndome por las calles de Oxford, donde había mucho que contar y nada que decir.

Naly

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Welsey al verme cargada de chokolatinas y Nutella entre otras cosas (que también eran de chocolate)— ¿Otra vez estás de antojo?

—Sí —dije—. Estoy estresada, necesito chocolate.

Era algo contradictorio el hecho de que amara el chocolate, pero siempre acabara empachada cuando me daban mis ataques de comerlo sin parar. Debía dejar esa costumbre tan seguido, pues en alguna ocasión había pasado el resto del día en cama con las manos en la tripa y preguntándome por qué dejaba que mis placeres y deseos inmediatos me dominaran.

Welsey negó con diversión y me quitó dos paquetes de Kit Kat y una tableta de chocolate.

—Te ayudo a llevarlo, que te vas a caer —dijo mientras subíamos las escaleras. Hice una mueca.

—Tú lo que quieres es que te dé mi chocolate —lo acusé y él rio.

—Me has pillado —admitió y reí al entrar a mi cuarto. Tiré todas las cosas encima de la cama para luego subirme en ella y dar un sorbo a mi té de chocolate. Sí, de chocolate—. Dame de eso.

Me arrebató la taza de las manos con toda la naturalidad del mundo y dio un trago. La confianza que estaba pillando este chico era impresionante. Bufé indignada, y él rio. Agarré la tableta de chocolate y le rompí un trozo.

—Yo quiero —suplicó. «Me va a quitar todo el chocolate otra vez»—. Por fa dame. —Abrió la boca juguetonamente y yo reí.

—Toma, toma —dije acercándole un trozo a la boca para que mordiera. Tomó un bocado y sonrió de oreja a oreja. Era adorable.

—Gracias —dijo con la boca llena.

—Welsey, que manía de hablar con la boca llena.

—Perdón —se disculpó enseñándome, otra vez, lo que tenía en la boca.

Volví a quejarme y él se acercó sentándose detrás de mi para comenzar a hacerme cosquillas. No sin antes dejar la taza sobre el escritorio.

—Welsey, para —me quejé, retorciéndome de la risa— Welsey... ¡para!

—Tienes muchas cosquillas —dijo riendo.

—Seguro que tú también tienes —dije intentando girarme y consiguiéndolo al cabo de unos minutos. Sonreí mirándolo mientras pretendía deshacerme de sus manos—. Es horrible Welsey, para la tortura —empecé a hacerle cosquillas también, y al ver que tenía muchas, seguí — ¡¿Ahora qué, eh?!

—Para —dijo agarrándome y haciendo que me tumbara en la cama.

Él encima de mí, su respiración contra la mía, de nuevo me encontraba en la misma situación, esta vez con un trillizo distinto. Aquello me hizo sentir miserable, pero solo por unos instantes ya que los nervios me cegaron. Y si había algo que me molestara más que el hecho de no poder controlarme y dejarme llevar tan fácilmente, era ser, como había pensado días atrás, el segundo plato.

No podía entender a Welsey, pero tampoco a mi corazón que deseaba que el chico amable e inteligente le quisiera.

Miré a Welsey a los ojos y él respondió a ese gesto tan rápido que se convirtió en algo apenas existente cuando juntó sus labios con los míos en un beso que duró menos de lo que pensaba. Quise seguir besándole, aunque no estuviera bien teniendo a Hal detrás de mí.

—Yo... —comenzó a decir, pero se calló de repente.

—¿Naly? ¿Dónde estás? —escuchamos una voz desde el pasillo.

Welsey se separó de mí y se sentó agarrando un trozo de chocolate, como si nada pasara, como si nada importara.

—Hal... —susurró.

—En mi cuarto —le dije e imité a Welsey, segundos más tarde, Hal estaba en la puerta de mi cuarto.

—¿Qué hacéis? —preguntó sentándose en la cama.

—Comer chocolate —respondió su hermano y le tendió un trozo de chocolate— ¿Quieres?

Hal alzó una ceja y me miró, yo asentí a lo que Welsey decía, y Hal agarró un trozo de chocolate.

—¿Puedo hablar contigo? —Hal me miró. Rodé los ojos, no quería hablar con él, estaba enfadada por lo que había dicho horas antes. ¿Cómo era capaz de ser así?

Welsey nos miró y antes de que yo contestara, agarró un paquete de Kit Kat y dos chocolatinas y se fue cerrando la puerta. «Gracias, Welsey,» pensé sarcásticamente.

Hal acercó su mano hasta la mía y alcé la mirada ante ese acto, encontrándome con sus ojos.

—No me has contestado —susurró. Fruncí el ceño, no entendía su comportamiento— ¿Puedo hablar contigo?

Suspiré y asentí rendida ante las pequeñas descargas que su mano provocaba en la mía, ese cosquilleo que recorría mi brazo. De repente me sentía el ser más despreciable del mundo por haber besado a Welsey.

—Sí —afirmé, susurrando también.

—Lo siento —volvió a decir con el mismo tono de antes.

—¿Por qué? —pregunté. Sabía perfectamente porqué se disculpaba, pero quería escucharlo de sus labios.

Él vaciló unos segundos, se revolvió el pelo nervioso bajando la mirada, pero luego la alzó para mirarme.

—Por lo que he dicho antes —susurró—. No quería ofenderte.

Sus palabras parecían sinceras y lo que su mirada me transmitía, también.

—No importa —susurré mirando nuestras manos entrelazadas. Y por alguna razón, sentía que esta situación era muy íntima, ya que él nunca me había cogido de la mano así. Y me gustaba eso, mucho.

—Sí, sí que importa —dijo, alcé la mirada de nuevo y él me dedicó una media sonrisa— ¿Puedo abrazarte?

Lo miré sorprendida y asentí. Era la primera vez que alguien me hablaba de esa manera. Nunca antes alguien había querido abrazarme, nunca, ciertamente, me sentía conmovida.

Hal se me acercó, soltó mi mano para rodearme con sus brazos, yo escondí mi cabeza en su cuello, y me sentí protegida. Me gustó esa sensación.

—Lo siento —volvió a murmurar.

—Shh —indicé que se callara y obedeció.

Sentía ese momento tan perfecto que no podía ni creerlo, no quería separarme de él. Ahora mismo, no. Porque me pasa por la mente, otra vez, la extraña sensación de que este era mi lugar. ¿Por qué me pasaba esto?

Sin saber la respuesta, las lágrimas comenzaron a salir amenazantes por mis ojos, no podía controlarlo, era la primera vez que alguien hacía esto; se podía decir, que yo nunca recibí amor. Mis padres eran fríos, mis niñeras eran frías y Luke no era alguien que abrazara mucho. Además, el único novio que tuve me usó como a un trapo y nunca hizo algo semejante, nunca, solo se aprovechó de que yo buscaba cariño.

Y lo que más temía era equivocarme, que Hal me amara de verdad y yo no supiera cómo responder a ese amor más que por el sentimiento que me causaba. Me gustaba que viniera detrás de mí y sentirme deseada. ¿A qué mujer no le gusta eso?

Hal notó que mi mente se estaba haciendo un lío y me separó un poco para mirarme.

—Eh... ¿qué pasa? —susurró. Negué con la cabeza—. Amor, dime ¿qué pasa? —volvió a decir con dulzura.

«¿Por qué tienes que ser así Hal?» —pensé—. «¿Por qué tienes que ser tan desesperante en un momento y llegar a ser tan tierno en otro?».

—Es la primera vez —susurré con la mirada borrosa—. Es la primera vez que alguien me abraza de esta manera.

Hal frunció el ceño y me abrazó más fuerte.

—Yo te abrazaré todas las veces que quieras —susurró en mi oído. Haciendo el momento más que perfecto.

Hal

Suspiré y la abracé más fuerte mientras ella lloraba. No me gustaba que llorase, ella tenía que sonreír. La suya era la clase de sonrisa que siempre debía alumbrar al mundo, pero no le diría que lo hiciera porque, a veces, llorar es bueno. La situación me rompía, también me sentía como un idiota por no haberla abrazado otras veces. Posiblemente, era lo único que la chica quería, de seguro estaba en lo cierto, después de todo, las chicas solían ser así de simples dentro de toda su complicación.

Minutos más tarde ella se separó de mí y me miró a los ojos. Sus ojos rojos causaban que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Estaba preciosa, aun llorando era preciosa.

—Gracias —susurró.

—No las des —susurré también. ¿Por qué susurrábamos en vez de hablar? Ni idea, pero me gustaba hacerlo.

—¿Por qué susurramos? —preguntó ella adivinando mis pensamientos.

—No lo sé —admití sonriendo como un bobo y ella hizo lo mismo.

Besé su frente y luego, con mi mano en su cabello, puse su cabeza en mi hombro de nuevo, así permanecimos por un rato. Silencio, mis brazos rodeándola, ella soltando alguna que otra lágrima, eso era todo.

Sin embargo, escucharla llorar por algo tan simple como un abrazo me hizo darme cuenta de que no éramos tan diferentes como parecía, ya la conocía un poquito más, pero seguía sin saber, prácticamente, nada de ella. Sentí la necesidad de preguntarle por qué nunca la habían abrazado así, pero temía hacerla llorar más, por eso, callé.

La separé de mí y busqué su mirada con la mía.

—No llores más —dije y ella asintió—. Vamos a hacer algo para que te olvides —ella no interpretó lo que dije de la manera esperada.

—Hal —me advirtió poniéndose seria.

—No me refiero a nada de lo que estás pensando —sabía claramente que estaba pensando en una propuesta sexual.

—Ah.

Piensa algo Hal, me dije a mí mismo ya que no se me ocurría nada, todos mis pensamientos eran sucios. «La cabeza, la cabeza», me repetía a mí mismo. «Piensa con la cabeza. La de arriba, la de arriba».

—¿Quieres ir a... a...

—¿Pasear? —sugirió.

—Sí, eso.

Ella se levantó.

—Vamos —sonrió aún con los ojos llorosos.

Me levanté y la seguí agarrándola de la mano y ayudándola a ponerse el abrigo.

—Ya verás, te enseñaré algunos lugares que estoy seguro que no conoces.

—Gracias —sonrió de nuevo antes de abrazarme.

—No las des —no quería que me las diera, había descubierto que verla feliz era lo que me hacía feliz a mí.

Welsey

Tanto chocolate acababa empalagándome así que fui a la cocina a por agua, aunque no por eso iba a dejar de comer chocolate, así que le di otro mordisco al Kit Kat que estaba buenísimo. Dejé las chokolatinas en la mesa y agarré un vaso de agua. Me quedé bebiendo pensativo con la mirada perdida en la pared, hasta que escuché a Naly y a Hal salir de casa.

No entendía, bueno, no me entendía. ¿Cómo podía estar tan confuso? Ni siquiera sabía por qué me había ido de allí, por qué no quería dejarla sola con Hal. Pero me sentía incómodo después de besarla y no haberle dicho lo que quería.

Sabía que Hal estaba detrás de ella y, por primera vez, no era por capricho, aunque hubiera empezado de esa manera. Conocía lo suficiente a mi hermano para saber que nunca había sido así con ninguna mujer, y eso me molestaba aún más. No porque le gustara la misma que a mí, en eso no tenía la culpa, no obstante, me dificultaba las cosas. No sabía qué hacer, mi mente estaba hecha un lío que divagaba entre Naly y Adriana. ¿Tan difícil era escoger una? ¿Aclarar cuál me gustaba más? Siempre me había parecido fácil en piel ajena, sin embargo, no lo era cuando eras tú quien llevaba la situación a cuestras.

Por otra parte, debía centrarme en la cantidad de cosas que tenía que hacer con mi vida que no se relacionaban con mujeres. Tenía una cantidad de exámenes y trabajos increíbles, debía apuntarme a clases de francés si quería que me dieran la beca para el Erasmus en París el próximo año, sabía que pasaría los exámenes de sobra, pero no quería confiarme.

—Buenas tardes —Amanda entró a la cocina y me extrañó verla, ya que ni siquiera me había dado cuenta de cuando había llegado.

—Buenas tardes —le contesté.

—¿Y esa cara? —preguntó.

—¿La mía?

—Pareces pensativo.

—Lo estoy —afirmé.

Mi móvil sonó, así que lo saqué de mi bolsillo y vi que tenía un mensaje. Pensé que sería Louis, pero para mi sorpresa no fue así, era Adriana: «Ven a mi casa, ahora». Sonreí, como siempre tan directa...

—¿De quién es? —preguntó Amanda y me hizo gracia ver su mirada iluminada al acercarse a mí. Negué con la cabeza.

—Nadie.

—Imposible, uno no sonríe como un tonto si no es nadie. ¿Quién es? —insistió con curiosidad.

—¡Nadie!

Ella alzó las cejas.

—Vale, pues déjame ver lo que «nadie te ha mandado».

—No —dije yo, pero ya la tenía encima intentando sacarme el móvil.

—¡Ay, Welsey, quiero saberlo! —dijo ilusionada. ¿De verdad tanta emoción le hacía saber de quién era? — «Ven a mi casa ahora» —leyó y la miré preguntándome cuándo narices me había quitado el móvil si lo tenía en la mano.

—¿Cómo lo has cogido?

—¡Secreto! —dijo ella— Pero dime ¿quién es Adriana?

—Nadie.

—Ay, Welsey, dímelo —suplicó como una niña pequeña.

—¡Qué no! Tengo que irme —dije quitándole el móvil.

—Haz que Adriana disfrute —utilizó el mismo tono pervertido que Hal.

—¡Amanda! —me quejé sabiendo que me estaba ruborizando.

Ella rio y salió de la cocina divertida mientras yo intentaba controlar mis nervios. Si ella supiera que andaba con dos chicas a la vez no estaría tan contenta.

Salí de la cocina, agarré mi chaqueta y salí de casa en dirección a la de Adriana, preguntándome si esta vez conseguiría aclararme una vez la viera.

Naly

En cualquier otra ocasión, todo lo que habría estado pensando esa noche sería el trasfondo histórico de las calles de Oxford, sin embargo, solo podía pensar en lo agradable que se me hacía el ambiente y en el ritmo que mi corazón nervioso había tomado. Hal no había dejado de abrazarme.

—¿Sabes por qué me gustan tus pecas?

Esa pregunta me pilló desprevenida. ¿Por qué le gustaban? Yo ni siquiera las apreciaba, siempre había creído que lograban que mi rostro pareciera sucio y, aunque de pequeña podían hacerme parecer adorable, al crecer no tardé en intentar taparlas con maquillaje; empresa con la que no tuve mucho éxito, ya que aún se veían las más oscuras.

—¿Por qué?

—Parecen estrellas, es como si tuvieras tu propio universo pintado en el rostro.

Su aclaración fue tierna, sin embargo, no pude evitar suspirar.

—Yo las odio, más que estrellas, parecen motas de polvo.

Se rio.

—Las motas de polvo también son interesantes.

—Qué va, me hubiera gustado tener un rostro normal, sin todas estas pecas.

—Tus pecas son normales —acercó mi cuerpo al suyo—, y a mí me encantan. Ya lo sabes, incluso, creo que estarías más guapa si nos dejaras ver todas tus pecas y no solo las que son más fuertes que el maquillaje.

Aquello me hizo sonreír.

—Acabas de arreglar toda tu cagada de esta mañana.

Se rio.

—¿Lo de tus labios?

—Sí —reí también.

—Pero sigo pensando que tus labios son deseables —me susurró, acercándose a mis labios.

Estaba muy abrumada por su cercanía y sentía que no era correcto besarle. No con Welsey en mi cabeza, dejándole entrar cuando quisiera. Pero sabía que quería besar a Hal con todas mis fuerzas, aunque no lo hiciera. Resultaba ser más tierno de lo que pensaba y su toque pícaro conseguía que en mi estómago se hiciera una fiesta de revoloteos.

—Hal —puse mi dedo índice en sus labios y descubrí que eran más suaves de lo que pensaba—, no vas a besarme.

Su mano, que descansaba en el final de mi espalda, comenzó a subir.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero besarte.

—Pero... ¿te gusto?

Esa vez me sorprendió ser yo la de la sonrisa coqueta.

—Quizá me gustes un poco —respondí y lo más extraño de mis palabras fue que la declaración no era solo para él, sino para mí también.

¿Me gustaba? ¿Hal me gustaba? Definitivamente, debía quedar más a menudo con mis sentimientos para ponerme al día.

—Entonces déjame besarte —me gustó sentirle suplicar y un escalofrío recorrió mi espalda cuando bajó la mano para colarla dentro de mi camiseta.

—Hal... —no supe qué tipo de advertencia era esa, pero el chico hundió la cabeza en mi cuello y jugó a mordisquear mi piel. Jadeé.

—Está bien —sus labios subieron hasta el lóbulo de mi oreja antes de susurrar—, entonces no te besaré, haré lo que tú desees, *ladybug*.

Aquello hizo estremecer todo mi cuerpo. No fueron solo sus palabras, tampoco sus labios palpando mi piel, sino su tacto en mi espalda que intensificaba sus caricias en forma de abrazo. Cerré los ojos esperando que, de esa manera, pudiera

ser más duradera la sensación, para así dejar que mis demonios interiores se convirtieran en ángeles de nuevo que tocarían al ritmo de la melodía que dictaba mi confusión.

—Quizá será mejor que vayamos a algún sitio —susurré minutos más tarde, cuando me encontraba lo suficiente abrumada para querer acabar con la cercanía que comenzaba a volverse peligrosa.

—¿Quieres ir al cine? —preguntó, su propuesta me asustó. No quería pensar en qué pasaría si él decidía que quería ir más allá en la sala, no sabía si podría controlarme, y eso me hizo tensar— Tranquila, veremos una película, nada más, respetaré tu espacio.

Me separé de él para abrazarme a mí misma, eso me hacía sentir mucho más segura, mucho más a salvo de un corazón roto.

Asentí.

—Tengo ganas de gominolas, algunas palomitas y una buena comedia.

—Ahora mismo —dijo divertido antes de comenzar a caminar y agarrarme de la mano. Ese gesto me hizo sentir que iba a perder mi extremidad gracias a los cosquilleos.

Él notó mi cohibición y volteó su rostro hacia el mío mostrando una sonrisa que devolví.

Cuando llegamos al cine no había mucha gente, apenas eran las seis de la tarde, por lo que Hal compró las entradas e insistió en pagar por mí las palomitas y las gominolas. Aquello fue extraño, durante toda mi vida, había sido yo la que tenía recursos monetarios para pagar mis gastos; sin embargo, a pesar de que él no tuviera conocimiento de mi problema con el dinero, se empeñó en hacerlo por caballerosidad. Y aquel gesto me gustó, le di las gracias, pero él se limitó a sonreír y decir que no hacía falta que se las diera. Yo seguía nerviosa, era la primera vez que iba al cine con un chico.

La película fue entretenida y muy divertida, me hizo reír en varias ocasiones y los

comentarios de Hal con respecto a los personajes me sacaron alguna que otra carcajada.

No podía mentirme a mí misma, hacía mucho que no me sentía tan cómoda con alguien.

CAPÍTULO 15

Edward

Al final del día llamé a Patrick para comenzar con los niños la semana siguiente, ya que no estaba muy seguro de cómo iniciar y debía prepararme bien el entrenamiento.

La semana había pasado con tranquilidad, había recomendado a Naly en el *pub* y le concertaron una entrevista para esa misma semana, sin embargo, yo ya había reducido mis turnos. No podía llevar las clases, los entrenamientos y el *pub* al mismo tiempo y, por el momento, no quería decidir sobre alguno de los trabajos por si el boxeo fallaba. No me gustaba hacer del suelo que pisaba algo resbaladizo.

—¿A dónde vas? —preguntó Hal, que me observaba mientras agarraba mis guantes de boxeo— ¿Vas a pelear otra vez?

—¿Y a ti que te importa? —contesté y él negó con la cabeza.

—Vale, no me lo digas —dijo resignado.

Rodé los ojos.

—Voy a entrenar, soy el nuevo entrenador del gimnasio —dije yo y él alzó las cejas.

—¡Wow! —dijo asombrado — ¿Por qué no me enseñas a mí?

—No —dije yo.

—Puede ser divertido.

—Los cojones —contesté.

Naly también apareció en la estancia, vestida con unos *shorts* cortos de deporte y una camiseta cómoda, se sentó al lado de Hal y encendió la televisión, para quedarse enfrascada en una de las series que miraba una noche por semana. Aún me

preguntaba qué era lo que Hal y Welsey habían visto en ella. Por esa razón me había encontrado a mí mismo, en más de una oportunidad, observándola con detenimiento, mirándola sin ser visto para averiguar la cuestión. Había cosas que no cambiaban y, de hecho, seguía sin tragarla, pero la curiosidad de saber cuál era su encanto me carcomía.

—¡Venga, Eddie! Por favor —dijo Hal—. Prometo que me comportaré como un buen alumno y haré todo lo que me digas.

—Que no, y no me llames Eddie —repliqué y Naly se rio con su atención puesta también en nosotros.

Me percaté de que me parecía adorable su manera de reír, y me obligué a mí mismo a regañarme. «Por favor, Edward, no pienses así de la puta».

Hal rodó los ojos.

—Siempre puedo apuntarme a tus clases del gimnasio —dijo en tono burlón.

—Ni se te ocurra —dije—. Porque sufrirás, te lo juro.

Mi hermano sonrió cínicamente y Welsey entró al salón.

—¿Quién sufrirá? —dijo Welsey, mientras yo estaba mirando a Naly, quien se observaba las uñas.

—Yo, porque me voy a apuntar a las clases de boxeo de Edward, él es el entrenador —informó Hal.

—Yo también quiero —dijo Welsey.

—Me cago en la puta, ¡no! —dije yo— No, no y no —¿Claro? Como vengáis a mis clases os juro, que os mato a los dos.

Me di media vuelta y me fui del comedor, llegando hasta la puerta para salir de casa listo para mi primer entrenamiento con niños de ocho a diez años. Aquello me ponía nervioso, no sabía si aguantaría a los niños en estas edades donde creen que ya han descubierto el mundo y que, además, van a entrar en la adolescencia en pocos años; de hecho, temía por mi paciencia. No podía dejar que mi temperamento

me afectara en las clases.

Cuando llegué al gimnasio me cambié de ropa y entré a donde estaban los niños sentados en el suelo esperándome. Los miré algo intimidado.

Creo que la piel se me puso de gallina.

Había uno que parecía un luchador de yudo; otro, pequeñito y delgado con gafas que tenía pinta de caerse a la mínima. Los demás no destacaban por su aspecto físico a pesar de ser de etnias distintas, eran simplemente niños, con una sonrisa ilusionada en el rostro y la atención de un lince. No obstante, uno de ellos, me llamó la atención, se había sentado con las piernas estiradas sobre el suelo y su peso apoyado en sus brazos en una de las puntas del grupo. Mantenía su atención en mí y pude notar sus ojos azules retar a los míos. Ese será una buena pieza, y lo sabía porque yo había sido como ese niño.

—Buenos días, me llamo Edward Bradley y seré vuestro nuevo entrenador. Me gustaría que os presentarais —miré al niño de la punta contraria, al de mirada amenazante—. Tú, dime tu nombre y algo sobre ti.

—Soy Max —dijo y miró al techo balbuciendo un gran uhm mientras pensaba— Y... y... me gusta la pizza —manifestó minutos más tarde.

—Ah, qué bien —dije. ¿A qué cojones viene lo de la pizza? Sabía que los niños eran así de simples, pero no esperaba un comentario de ese estilo.

—¡A mí también me gusta! —exclamó el niño que parecía un luchador de sumo— La de queso.

—A mí la de jamón —interrumpió otro.

«Callaos, joder».

—A mí la de patatas fritas —obviamente, tenía que aparecer el raro el grupo.

—¿Hay pizza de patatas fritas? —preguntó el gordito.

Los miré molesto, ¿tan difícil era mantener el orden? «Edward contrólate, no le chilles», me decía interiormente, aunque quería mandarlos a la mierda. Sabía que

era mi deber mantener el orden y la clase con un ritmo estable, sin embargo, en aquel momento me quedé en blanco, sin saber cómo detener aquella estúpida conversación sobre pizza que cada vez crecía con algún otro comentario.

—A ver, ¿por qué no os metéis las pizzas por el culo y os presentáis? —preguntó el niño que me había llamado la atención en primer lugar. No me equivocaba, se parecía a mí, y no solo en aspecto.

Los niños se callaron inmediatamente.

—Tú, ¿cómo te llamas? —le pregunté.

—Como tu apellido —contestó molesto—, Bradley, pero llámame Brad.

—Algo sobre ti.

—¿Acaso te importa? —preguntó y me reí.

—No —contesté y detesté aquella actitud. ¿Quién se creía que era para faltarme el respeto de aquella manera?

—Pues eso —contestó.

—Ponte al lado del saco —ignoré el hecho de que los demás aún no se habían presentado, seguiríamos con eso más tarde. El niño se levantó obediente e hizo lo que le mandé. Ahora buscaría la manera de hacerle ver que no era tan bueno como su actitud gritaba que era— Enséñame qué sabes.

Se puso bien los guantes y me hizo una demostración muy buena para tener ocho años, sin embargo, destacué un error que haría que todos sus movimientos fueran en vano: la agresividad. Se dedicaba a dar un golpe seguido de otro sin control alguno, sin medir la fuerza, simplemente pegando con toda su furia.

—Bien, siéntate, Brad —ordené una vez finalizó y señalé al flacucho— Tú, nombre.

—To... to... to...

—Ponte frente al saco —ordené cuando el niño ya llevaba un rato tartamudeando, no iba a seguir con el mal trago.

—Toby, me llamo Toby —informó cuando se levantó con la cabeza gacha y se puso frente el saco.

—Venga.

—Pero yo no sé hacerlo —dijo.

—¡Solo dale puñetazos! —dijo un niño. Me giré y lo miré.

—Tú, a callar —ordené y el niño asintió intimidado. Así me gusta, pensé— Venga, Toby, solo tienes que intentar dar algunos puñetazos al saco, para que pueda ver lo que sabes y lo que tengo que enseñarte.

Estaba inseguro, pero después de unos segundos en silencio mientras se colocaba bien los guantes, hizo lo que le mandé. Claramente, él tenía razón, no sabía nada de boxeo y apenas acertaba al saco, algo que sacó risas entre sus compañeros. Les llamé la atención haciéndoles callar.

—¿Toby? ¿Qué estás haciendo? —me acerqué a él y los niños volvieron a reír cuando Toby se cayó al suelo— Levántate y siéntate. No pasa nada, has venido a aprender, es normal que no sepas. —El niño obedeció mientras yo maldecía para mí mismo sobre el trabajo que tenía. Me giré de nuevo a ellos—. Tú, gordito —dije señalando al niño que parecía un luchador de judo— Nombre.

—Brandon —contestó.

—Enséñame qué sabes —ordené, él se levantó y se posicionó delante del saco.

Se subió los pantalones y se puso bien los guantes. Hice una mueca, conocía a estos teatreros. «Ya verás», pensé, «Edward, prepárate».

—¡Kame, Kame, Ja! —chilló y comenzó a dar puñetazos como un poseso.

—La puta —mascullé no sabía si regañar al niño o reírme de

él. Los demás niños lo tenían claro, estaban que se morían de risa— ¡Eh! ¡Para! —exclamé al ver que las cosas se me iban de las manos— Las cosas raras y los «Kame, Kame, Ja», te los guardas para tu casa.

«No me toques los cojones».

El niño asintió, no sin antes excusarse y decir que fingir que era un luchador con poderes le hacía golpear más fuerte. Suspiré y me pasé la mano por el cabello desesperado antes de ordenar uno a uno que me demostraran lo que sabían después de presentarse. Al terminar, debido al bajo nivel, empecé a calentar con estiramientos que pondrían su cuerpo en funcionamiento y, después de una serie de ejercicios abdominales, empecé con lo más básico.

No fue tan mal después de todo, pero cuando la clase terminó me sentía más que agotado a pesar de no haber hecho nada. Tuve dos clases más, una particular y otra con cuatro adolescentes, las que fueron bastante bien. Al parecer, los únicos que me sacarían dolores de cabeza serían los pequeños.

Al terminar volví a casa, mis hermanos seguían con Naly en el salón y habían pedido sushi para cenar, agarré unos cuantos y me encerré en mi cuarto; sin embargo, ellos parecieron olvidar que las paredes hablaban, porque escuché toda su conversación siguiente.

Naly

—Me voy a apuntar —esa manía que tenían los hermanos de hablar a la vez iba a acabar conmigo.

Los miré alzando las cejas.

—¿En serio?

Ambos asintieron.

—Mañana por la mañana vamos a apuntarnos a las clases de boxeo —propuso Welsey, a lo que su hermano no tardó en acceder.

Edward había llegado hacía un rato, por lo que no se cruzarían al momento de matricularse.

Continué comiendo, pero se me hizo incómodo hacerlo al sentir la mirada de los dos chicos.

—¿Qué? —pregunté— ¿Qué miráis?

—Nada —contestaron simultáneamente, fruncí el ceño y me encogí de hombros mientras ponía salsa de soja en un recipiente para poder llenar bien el sushi de esa salsa; sabía que no debía ponerle tanta, pero me encantaba.

Welsey se sentó a mi lado suspirando, luego de dejar los palillos, ya que había pasado la velada sentado en el suelo. Hal, que había estado a mi lado izquierdo todo el rato, se acercó un poco más, paseando su mirada entre su hermano y yo.

Entonces, hubo silencio. Un incómodo silencio que se reía de la tensión en el ambiente, la que había llegado sin anuncio ni procedencia clara. Ninguno de los dos parecía tener pensado dejar de mirarme, por eso, puse mi atención en mis uñas. Hal alargó su brazo y me rodeó, empujándome hacia él, haciendo que cayera con mi cabeza en su hombro. ¿Qué estaba haciendo?

Me separé de él y agarré más sushi.

Fruncí el ceño cuando volvió a agarrarme y me quedé perpleja al verle sonreír. Entonces, Welsey decidió tomar su turno en la partida y entrelazó su mano con la que tenía libre. Ahora sí entendía de qué iba el juego, pero lo que ellos no comprendían era que yo no era ningún premio.

Hal fulminó con la mirada a su hermano y me apretó más hacia él, a la vez que Welsey me empujaba por la mano.

Carraspeé en un intento inútil de que se dieran cuenta de que su comportamiento estaba siendo, muy, pero que muy patético. Como era de esperar, ellos siguieron con su disputa sin palabras. Hal llevó su mano a mi muslo y me agarró la pierna para subirla a su regazo mientras Welsey apoyaba su cabeza en mi hombro y me rodeaba la cintura. Les dejé jugar un poco a las muñecas, solo para quitárselas luego.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —pregunté separándome de ambos, y sentándome en el suelo frente a la mesita donde estaba la comida.

—Alejarte de este mamón —Hal fue el primero en hablar.

—Hal, déjala —dijo Welsey que me siguió.

—Es mía —dijo Hal.

—No, es mía —rechistó Welsey.

—Que no —dijo Hal convencido.

—Hal... —advirtió Welsey— Déjala.

—Déjala tú, pedazo de gay —dijo Hal.

Bufé resignada preguntándome a cuál de los dos debía abofetear antes. Welsey rodó los ojos y pensé en levantarme e irme a mi habitación.

—Mira al gay —dijo Welsey antes de agarrarme de las mejillas y besarme— ¿Sigo pareciéndote gay? Espera que le doy otro —dijo cuando ya se había separado de mí. Estaba tan aturdida que me fue imposible responder a eso y, más aún, cuando segundos más tarde sus labios volvían a estar sobre los míos. Hal empujó a su hermano, logrando que se apartara de mí.

¡Eso había sido el colmo! «¡Naly, abofetéales y vete!».

—No serás gay, pero en besar, a mí nadie me gana, cabrón —Hal tomó la actitud de su hermano, pero esa vez no me iba a dejar.

¡No me podía creer que después de la cita en el cine fuera a tratarme como si fuera el objeto de un concurso!

Podía esperarlo de Welsey, pero no de Hal, no después de ir con el rollo de que me quería.

Lo aparté y lo fulminé con la mirada.

—Por la cara que tiene... Te aseguro que el mejor soy yo —manifestó Hal satisfecho.

—Vete a la mierda Hal, soy mejor que tú —replicó su hermano.

—Que lo diga ella.

Y automáticamente los dos me miraron.

—Iros a la mierda los dos, ¡sois unos gilipollas! —ese era mi momento de

explotar—. ¡No soy de nadie y no podéis besarme cuando vosotros queráis!
¿Entendido u os lo hago entender?

Me crucé de brazos y Hal sonrió de esa manera tan exasperante que solo él sabía.

—Eso es que yo beso mejor y no quiere herir tu orgullo, Welsey —dijo.

—O será lo contrario, Hal —contestó el de gafas.

—¿Queréis callaros los dos? —A veces me sacaban de mis casillas.

—No —dijeron a la vez—. Dinos quién es mejor —volvieron a repetir al unísono.

Locura, locura, locura, a eso iban a llevarme, y tenía suerte de que Edward se hubiera ido, sino sería mucho peor.

—No voy a deciros nada —dije.

—¿Por qué? —preguntó Hal, aunque sonó más como una queja.

—Porque sois un par de retrasados, id a apuntaros a boxeo y dejadme en paz. No quiero veros —les di la espalda.

—Venga, Naly, no te enfades, amor —dijo Hal.

Caminé en dirección a las escaleras, pero enseguida noté que me seguían.

—Que te vayas a la mierda —contesté—. No me sigáis. ¡Y no me llames amor!

—Es una pregunta sencilla —dijo Welsey, volteé para dedicarle mi peor expresión—. Pero no pasa nada, no te enfades, no importa, déjalo.

—Que no me habléis. ¡Iros por ahí! ¡No quiero veros! —dije subiendo las escaleras y encerrándome en mi cuarto de un portazo— ¡Imbéciles!

Me senté en la cama algo cohibida por la situación anterior, me desesperaban y me confundían. ¿Peleaban por mí? ¿Cómo podían pelear por mí? Eran tan descarados que tenía ganas de tirarlos contra la pared para matarles a bofetadas.

CAPÍTULO 16

Hal

No vi a Naly en toda la noche, tampoco dormí.

Por la mañana la chica se dedicó a ignorarme durante todo el desayuno. Me disculpé, pero ella no se mostró contenta con la idea, es más, me dijo que quería su espacio y que la dejara en paz hasta que se le pasara el enfado.

Había sido un crío, definitivamente, un competidor asqueroso.

—Welsey, se ha enfadado por tu culpa —le dije a mi hermano cuando la chica salió de la cocina. A él tampoco le hacía caso, aunque este no ponía interés en ella. Si ella callaba, él callaba.

Él sí que estaba siendo un capullo.

—A mí no me echas las culpas, Hal —contestó—. Tú empezaste.

Suspiré y lo agarré del brazo.

—Vamos al gimnasio —se me pasó por la mente abofetearle por el camino. Pero no en casa con Naly, ahí corría el riesgo de que ella se enfadara más.

—Vale.

Salimos de casa y fuimos en mi coche hasta el gimnasio, ambos sin decir nada. Aparqué en el estacionamiento y Welsey no salió, por lo que me quedé sentado en el asiento piloto esperando a que él hablara.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —preguntó. De eso quería hablar con él.

—De eso mismo quería hablarte.

—No me has contestado —dijo él. Ignoré su pregunta.

—¿Por qué la besas a cada momento y luego te tiras a la otra? —pregunté. ¿Acaso

pensaba que no le había visto con Adriana? ¿Qué yo no sabía nada? Hasta un ciego se habría dado cuenta, todo el mundo lo sabía. Y él parecía desconocer ese pequeño detalle.

Welsey se sonrojó y luego se mordió el labio nervioso.

—¿De dónde sacas que me la he tirado?

Solté una risa irónica.

—De tu cara, de que cuando te besas con ella solo os falta quitaros la ropa. Te he visto con Adriana —dije—. No olvides que sé mucho de estas cosas. Y tú te la has follado, no puedes negármelo.

—¿Y a ti que más te da? —preguntó.

No podía creer que me acabara de preguntar eso.

—¿En serio me lo estás preguntando? —dije incrédulo, porque era mucho más que obvio.

—¿Tengo que preguntártelo de nuevo? —contestó de la misma manera mientras se acomodaba, poniendo su espalda en la puerta del coche y los pies encima del asiento.

Bufé y lo miré. Captó la indirecta y bajó los pies del asiento.

—Tú vas y la besas repentinamente, y eso a ella le afecta, la confundes. Imagínate que se llega a enamorar de ti y, mientras, tú follándote a otra, creándole falsas esperanzas. ¿Te parece bien? A mí no —hice una pausa, mirándolo directamente a los ojos. Abrió la boca para decir algo, pero no lo dejé. Él sabía que yo tenía razón, por eso bajó la mirada— Y a mí ella me gusta, me gusta de verdad, y tú solo me jodes. Soy tu hermano y ella es la chica que me gusta. ¿Por qué juegas así?

—No lo entiendes, Hal —rechistó y me crucé de brazos.

—Claro que lo entiendo. Vas de buenecito, de adorable y te las ganas a todas.

—Eso no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo entenderías, es inútil —contestó.

— Hazme entender porque, de verdad, no te entiendo.

Welsey vaciló un poco y movió su cabeza hacia la ventana. Me pasé la mano por el cabello, estaba inquieto. Aquella podría haber sido la conversación más seria que habíamos tenido alguna vez.

—Estoy confuso —dijo Welsey—. A mí ella me gusta mucho, pero Adriana también —hizo una pausa—. Intento aclararme y decidirme por una —continuó—. Pero no puedo, de verdad que no puedo. Adriana es una sexi malhumorada y Naly es guapa y adorable. ¿Cómo puedo elegir una si son las dos el día y la noche, totalmente opuestas?

No sabía que decirle, aunque una cosa estaba clara, yo no quería que escogiera a Naly.

—Solo puedes tener una. Decide con cual te sientes más a gusto, con Adriana o con Naly. Y no tardes, porque estás jodiendo a todos. Además, más te vale quedarte con Adriana, porque Naly es mía.

—No lo es.

—Pero lo será —manifesté con decisión antes de salir del coche—. Algún día lo será —murmuré para mí mismo.

Welsey siguió detrás de mí y entramos al gimnasio en silencio, no tenía nada más que decirle.

—Buenas tardes —saludé al hombre que se encontraba en la recepción. Él alzó la mirada sin expresión alguna, en espera a que habláramos.

—Hola. Somos Welsey y Hal Bradley —dijo mi hermano—. Queríamos apuntarnos a las clases de boxeo del señor Edward Bradley —dijo él todo convencido.

Lo miré preguntándome, como era posible que siendo tan educado fuera tan tonto. El hombre esbozó una media sonrisa de satisfacción, pero no mencionó nada acerca de el gran parecido que teníamos los dos con el entrenador.

—Bien, rellenen los formularios —dijo tendiéndonos dos papeles—. Tenéis que depositar setenta libras a este número de cuenta bancaria —hizo un círculo en el número de cuenta—. Y, luego, me lo traéis todo. El viernes a las siete es la primera clase, podéis traerme las inscripciones ese mismo día.

Los dos asentimos y dimos las gracias antes de salir a casa. Volvimos a subir al coche y Welsey bufó.

—Me parece increíble que tengamos que pagarle a nuestro hermano —dijo él.

—A mí también.

CAPÍTULO 17

Naly

Decidí ducharme. Los dos hermanos habían hecho de mis pensamientos tal lío que la única solución que encontré para despejarme fue recurrir al agua. No había nada más relajante que eso. Cuando acabé, opté por hacer la comida, ya que esa era mi tarea en el hogar. Antes de entrar en acción leí la nota que había dejado la noche anterior pegada en el espejo, en un Post-it: «Edward, este baño da asco. Tienes que limpiarlo ¡ya!»

El chico había contestado: «Lo limpiaré cuando me salga de los cojones. ¡Guarros!»

Algo me decía que no le gustaba tener que hacerlo.

Como no tenía muchas ideas en la cocina, cada día, dedicaba unos minutos a buscar alguna receta sin gluten y sana por internet. Los chicos estaban empezando a quejarse porque querían pizza, pero no me importaba, yo no iba a caer en la comida basura. Me decidí por salmón a la plancha y puré de calabaza quizá, algún día, sopesaría la idea de hacer una pizza casera, pero como ellos no limpiaban, yo no cumplía sus deseos.

Comencé por cortar la calabaza en trozos y ponerlo a hervir para que se hiciera más rápido. Después, seguí con el salmón.

—Hola —me giré y vi a Welsey en la puerta de la cocina— Hemos vuelto.

Hal apareció detrás de él y me saludó también. Volteé de nuevo ignorándolos a los dos, no pensaba darles la satisfacción de portarme ahora como si nada hubiera pasado.

—¿Vas a estar así siempre? —preguntó Hal abrazándome por detrás, haciendo que me sobresaltara.

Maldito trillizo, él sabía que mi punto débil eran los abrazos. Besó mi mejilla tiernamente.

—Lo siento mucho. Me he pasado de competitivo con Welsey —susurró y volvió a besarme la mejilla. Le di un codazo en la costilla—. ¡Auch!, perdóname.

Bufé y escuché la puerta de la cocina cerrarse, voltéé curiosa para encontrarme sola en la cocina con Hal. Welsey se había ido. «Dichoso Welsey, siempre igual, me dejaba sola con su hermano, pero luego iba a besarme como quien no tiene mañana». No lograba entender su comportamiento y, lo peor, era que lograba ilusionarme. ¿Y si realmente yo le gustaba? ¿Y si solo besaba a Adriana porque le tenía miedo?

—Hal, os habéis pasado —volví mi atención al pescado y a Hal.

—Lo sé y lo siento de verdad —volvió a disculparse.

—Me habéis utilizado como si fuera una muñeca.

«Y tú te has dejado, tonta».

—Lo siento —repitió—. Pero es que no soporto que él se ponga así, no puedo quedarme parado.

Suspiré. Sin soltarme, buscó mi mano, que se apoyaba sobre el mármol y la entrelazó con la suya. Me mordí el labio al sentir electricidad corriendo desde el punto donde él me tocaba.

—¿Por qué haces esto? —dejé el salmón a un lado.

—¿Hacer qué, *ladybug*? —preguntó haciéndose el despistado, pero sabía exactamente a qué me refería.

—Preocuparte por mí, estar conmigo todo el tiempo, hacerme cariños, todo lo que me encanta. ¿Por qué lo haces?

—Supongo que me gustas.

Volteé para mirarle e intenté esconder mi desilusión. Era un «te quiero» lo que quería escuchar. De él, de sus labios, de su voz. Porque a veces, las cosas no son tan

fáciles como parecen, y por mucho que te esfuerces en no caer, es imposible no hacerlo.

Deseaba que él me quisiera de verdad, para así poder darme la oportunidad de quererle de vuelta. Curiosamente, recién percibía eso.

Bajé la mirada.

—¿Solo gustar? —quise echar de mi mente la idea de que atraer era únicamente físico, porque, en el fondo, deseaba que no fuera así.

Quizás me estaba pasando con él, en el sentido literal de la palabra, posiblemente, no era tan perverso como yo pensaba, o quería creer, ya que lo que me estaba demostrando era lo contrario. Era humano, podía sentir amor... al igual que yo, o eso me decía mi mente confusa.

—Eso depende desde qué punto de vista lo mires —contestó echando un mechón de mi cabello hacía atrás. Sentí cosquillas ante el gesto.

—¿Cómo se supone que debo mirarlo?

Se mordió el labio y rodó los ojos, haciendo que toda la seriedad de la conversación se esfumara, causándome una risita.

—De la manera buena —contestó volviendo a mi mirada—. Me gustas mucho, y aunque no lo creas, mi mayor interés no es llevarte a mi cama.

Lo miré a los ojos de nuevo fijamente, intentando averiguar si aquello era real, si lo que decía era verdad. No lo sabía, con él no tenía nada claro nunca. Dibujó una media sonrisa en sus labios, haciendo que mi mirada se posara en ellos: Cautivadores, seductores, perfectos... Esa era una manera muy explícita de describirlos. Y sentí la molesta tentación de besarlos. Algo en mi interior me pedía que me pegara a ellos como un imán, que me pegara a él. De nuevo sentí que mi lugar era a su lado y odié esa sensación. Dulce mi fantasía que el engaño de mi cerebro me

quería hacer creer. Jugaba conmigo, con mis sentimientos y me atraía, sin embargo, mi orgullo se ocupaba de impedírmelo todo.

Hal pareció darse cuenta de la pelea interna que estaba teniendo.

—¿Por qué no dejas de oponerte y me besas de una vez? —susurró divertido. Tenía razón, ¿por qué me oponía? Quizá, porque no estaba preparada para enamorarme de alguien y luego salir mal parada. Pero un beso no le hace mal a nadie, ¿cierto?

Me mordí el labio y él se sentó en la mesa que estaba justo detrás de él, quedando a mi altura. Me rodeó la cintura y me coloqué entre sus piernas sin dejar de mirarle. Llevé mi mano hasta su nuca y, poco a poco, nos fuimos acercando hasta unir nuestros labios, justo después de cerrar los ojos.

No podría describir con exactitud cómo se sentía todo el revoloteo en mi estómago. Movía sus labios con lentitud, ya que ese beso nada tenía que ver con los demás que habíamos compartido. Ni con ninguno que alguien me hubiera dado en la vida. Mostraba algo, me decía algo, y a mí me costaba descifrar el mensaje. Descubrí que esa era su manera de expresarse, descubrí que sus palabras anteriores habían sido verdaderas.

De repente, temí, recordé los suspiros de la noche que se emborrachó.

Un pinchazo en el corazón me hizo parar repentinamente y mirarlo, acordándome de las palabras que me dijo ese día:

«Quédate conmigo».

«No me dejes tú también».

Y, actuando como la tremenda cobarde que soy, me deshice de su agarre, preguntándome quién le había dejado y por qué.

—Yo em... —tartamudeé nerviosa—. Lo siento.

Abrí la puerta de la cocina y me encontré con Edward en el comedor, lo miré y no pude evitar recordar a Hal. Así que subí las escaleras corriendo, escuchando a Hal llamarme a mis espaldas. No pude evitar tropezarme con Welsey, e ignorando sus disculpas, me metí en el cuarto, cerré la puerta y me tiré a la cama, ahogando mis penas en un grito con la almohada.

Edward

Llegué a casa después de clase, tenía una sed que me moría, así que fui a la cocina a por agua, dejé la bolsa con los guantes y las cosas en el suelo y abrí la puerta de la cocina encontrándome con algo que no debería haberme molestado, pero lo hizo. La cerré de golpe sin hacer ruido.

—Mierda —maldije en voz baja y me senté en el sofá intentando aclararme.

«A ver, Edward», me dije a mí mismo, «deja de pensar en la zorra esa. ¿Por qué había sentido que me faltaba el aire al ver como mi hermano se la comía con los morros? No, a ver, por los cojones de Mahoma, esto no puede pasar, Edward. Que es una guarra, va con Welsey y luego con Hal. Además, le has dicho a tu hermano que la enamore, no puedes encapricharte ahora».

«Una puta que te gusta y no lo quieres admitir» dijo otra voz en mi mente.

No me gusta.

Me levanté dispuesto a subir las escaleras e, inesperadamente, vi como Naly salía de la cocina y Hal, yendo tras ella, la miraba con mala cara; sin embargo, la chica se encerró y él volvió a bajar.

Ahora era mi espíritu curioso el que me hizo volver hasta la cocina y quedarme mirando a Hal mientras bebía agua.

—¿Qué te pasa, maricón?

—No me llames maricón, no estoy de humor —contestó agarrando un plátano.

—¿Te ha mandado a la mierda otra vez? —pregunté y, la verdad, quería escuchar un sí.

—No —me miró—. Pero, por fin parecía tenerla y se me ha escapado de las manos. Siempre igual, no sé qué hacer.

—No hagas nada.

—¿Cómo que no haga nada? Eso no tiene sentido.

—Dale su espacio, quizá solo necesita tiempo.

—Puede ser...

Lo dejé solo en la cocina para ir a buscar mi cuaderno de esbozos e ir adelantando trabajos mientras terminaba la comida, ya que Naly la había dejado a medias.

«Luego se quejará de que no limpio el baño, la muy lista».

Hal

Salí de la cocina y llamé a Wade, necesitaba hablar con él, aunque llevara poco tiempo siendo su amigo, confiaba en él más de lo que me había fiado con cualquier otro amigo. Salí de casa y me metí en el coche para ir hasta la residencia donde vivía.

Tenía la cabeza hecha un circo y los labios hinchados de tanto mordérmelos. Todo me salía mal y necesitaba reprimir mi rabia de alguna manera. Ya no sabía qué hacer para demostrarle a Naly que no era tan mala persona como ella pensaba. No obstante, no sabía cómo explicarme a mí mismo la necesidad que sentía de estar junto a ella sin límite de tiempo, de hecho, por primera vez, quería algo serio e íntimo con alguien. Tampoco me asustaba en absoluto ese sentimiento, a pesar de haber pensado toda mi vida que lo haría. Llevaba semanas sin acostarme con nadie y aunque pareciera increíble, no quería hacerlo, ya que, a pesar de que admitirlo fuera doloroso, la compañía que buscaba al tener sexo, no era nada comparado con la que sentía cuando tenía a Naly entre mis brazos. Me parecía triste haber necesitado las relaciones sexuales para recibir algo de cariño, sin embargo, no se pueden cambiar los hechos ni las cosas pasadas. A momentos tenía suficiente con abrazar a la chica, pero, luego, las ganas de desnudarla me invadían, por suerte llevaba bastante bien la represión del impulso. Además, el hecho de sentir que en un momento la tenía y minutos más tarde era inalcanzable lograba matarme por dentro.

Llegué a la residencia de Wade y subí hasta su habitación. Él me abrió después de que yo quedara impresionado por el

alboroto que podía llegar a haber en una residencia de estudiantes. Sabía que eran caóticas, pero aquello era increíble, ¡había demasiada gente gritando tonterías por

los pasillos! ¿Cómo podía vivir en un lugar así? Esperaba que se hubiera comprado un buen par de tapones para los oídos.

—¿Qué hay, Hal? —preguntó cerrando la puerta.

Lo primero que hice fue tumbarme en su cama y lo segundo fue encogerme de hombros y explicarle lo ocurrido con Naly. El chico atendió a mi relato con atención y, cuando terminé, dejando un suspiro en el aire, habló:

—Lo vas a tener complicado, Hal.

—Es esa puta idea que se ha hecho de mí. No soy un mujeriego, solo perverso. ¿A caso es algo malo?

—No sé —dijo—. A las mujeres no hay quien las entienda. Lottie está empeñada en que deje de vestirme como su abuelo y deje de ser tan tradicional, insiste en que saque mi espíritu «perverso».

Solté una carcajada, qué irónico.

—Le he dicho que no —continuó—. Y me ha castigado sin sexo. ¡Es alucinante!

—Pero hace eso porque te quiere.

Alzó una ceja con ironía.

—Ya, será eso —reí— ¡No te rías de mí!

Seguí riendo.

—¿Petardo? ¿En serio?

—Sí —contestó él, complacido—. Estas chicas nos van a volver locos.

—Ya lo estamos.

—Cierto —se rio.

Wade se tumbó en el suelo y yo en su cama, mientras hablábamos de cualquier cosa. Siempre estaba bien pasar el rato hablando tonterías, aunque, claro, no podía olvidarme de Naly, ya que ella era la única en mi cabeza.

Welsey

No te vayas, no te vayas, me regañé a mí mismo otra vez. Pero algo me decía que no podía alejarla de Hal, aunque la quisiera para mí. Mantenía esa disputa interna que me decía que debía cumplir con mi hermano, sin embargo, no era solo eso, después de hablar con Hal me sentía rastrero al jugar con sus sentimientos. Era injusto con ella. Peor que estar perdido, es estar roto entre dos corazones. No podría decidirme por las dos, así que lo mejor era ir a hablar con Naly y tomar una decisión, sino sería Hal quien escogería.

Fui al cuarto de Naly y la vi tumbada en la cama.

—¿Qué te pasa? —le pregunté y ella negó con la cabeza— Venga Naly, puedes contármelo.

—Hal —dijo—. Hal es lo que me pasa.

—¿Te ha hecho algo? —pregunté y negó de nuevo— ¿Entonces?

—No, no lo sé Welsey. No lo sé.

Fruncí el ceño y me tumbé a su lado. ¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Cómo que no lo sabes? —le pregunté y ella se llevó las manos al rostro después de voltear y apartar su cara de la almohada.

—Es que, no... no lo sé. Me confunde y luego... —dejó de hablar.

—Luego ¿qué? —pregunté curioso, si ella confesaba sentimientos por Hal, yo no tendría nada más que escoger.

Negó con la cabeza.

—Nada, Welsey, nada. Olvídalo —suspiró.

—Pero quiero saber qué te pasa —me incorporé, aguantándome de mi brazo derecho y poniéndome de costado—. No me gusta que estés así.

—Estoy bien, solo quiero estar sola un rato —apartó sus manos del rostro y me miró—. Necesito pensar.

—Pero...

—Por favor, Welsey —suplicó, de ahí que obedeciera.

—Está bien, como quieras —me levanté y salí de ahí sin haber resuelto mi confusión.

CAPÍTULO 18

Welsey

—¿Llevas todo? —me preguntó Hal cuando abrió la puerta del vestuario. Asentí y él sonrió— ¿Qué cara crees que pondrá Edward cuando nos vea?

—No muy buena —salí tras él—, pero estoy seguro de que ya sabe que venimos.

—Yo creo que nos va a matar —contestó mi hermano.

Recorrimos el pasillo de parqué y paredes blancas con pósteres de boxeo hasta el final, donde se encontraba el lugar de entrenamiento. Mi primera impresión fue el extraño hecho de no ver a nadie, después me fijé en el material que colgaba de todas partes. En la pared izquierda lateral, había cuerdas, entre otras cosas; justo en medio, un pequeño *ring*, y al fondo, frente a mí, cuatro sacos de boxeo negros.

—No hay nadie —até el cordón de mis pantalones. Hal me miró— ¿Qué? Se me caen.

No me dijo nada, se limitó a negar con la cabeza y se sentó en el suelo. Lo imité.

—Si pide a alguien para hacer demostración, sales tú —dijo.

—¿Y por qué yo?

Se encogió de hombros.

—No esperarás que lo haga yo.

—Vaya...vaya —escuché la voz de Edward que me hizo alzar la cabeza para encontrarlo junto a la puerta, vestido exactamente igual que nosotros, jugando con pasarse los guantes de una mano a otra— ¿Soy yo mirándome en un espejo o son los gilipollas de mis hermanos que han venido a molestarme?

—Yo creo que es la segunda opción —se burló Hal alzando una mano como si estuviera en clase.

—Parece usted gracioso, señor Bradley —replicó Edward.

—Quizá un poco, profesor.

—Entrenador —le corrigió.

—Lo siento —Hal siguió con su broma y Edward no le mostraba su mayor diversión, es más, estaba segundo de que tenía ganas de mandarlo a la mierda—. Ha sido desconsiderado de mi parte llamarle profesor. No volverá a ocurrir, entrenador Bradley.

¿Por qué hablaban así?

—Por lo que parece sois los únicos en esta clase, lo que me satisface enormemente —fruncí el ceño cuando me señaló—. Tú, quítate las gafas y levántate —obedecí, luego se dirigió a Hal—. Y tú, gilipollas, levanta.

—Me ofendes con tus palabras —Hal seguía haciendo el tonto.

—¡Calla y levántate! —exclamó Edward, a lo que Hal cumplió—. Colocaos el uno frente al otro —así hicimos—. Ahora, Hal, pégale.

—¡Espera! —contestó— Que me pongo los guantes que después me hago daño.

Edward rodó los ojos y Hal se puso los guantes.

—Welsey —dijo Edward señalando la boca y entonces asentí y me puse el plástico vomitivo en los dientes—. Ahora, Hal intenta atacarle y tú, Welsey, defiéndete, pero sin pegarle.

Hal sonrió de oreja a oreja.

—Esto me gusta —dijo antes de darme un puño en la cara. Me quejé—. Toma otro —repitió la acción— ¡Joder, me encanta esto!

—Welsey, ponte los puños delante de la cara para que no te dé —me regañó Edward—. Pareces un saco de boxeo con brazos y piernas.

—Déjalo así, que a mí me gusta —dijo Hal antes de darme otro puñetazo, haciendo que un escalofrío doloroso me golpeara. ¡Mierda!

Me lleve los puños al punto señalado por Edward, pero era inútil, Hal seguía dándome la paliza. Me volvió a pegar y no pude reaccionar de otra manera que tirándome al suelo y abrazándome a mí mismo.

—Welsey, ¿qué coño haces? Das más pena que los niños de ocho años y eso es mucho decir —dijo Edward—. Me cago en la puta, ¡levántate!

—¡No! Que me está pegando —me quejé y Hal se rio— Y sin motivos, que yo no le he hecho nada. ¡Eres un mal entrenador!

—A eso vienes, inútil. Y no soy mal entrenador, solo quiero ver lo que sabéis hacer cada uno —dijo Edward y yo negué con la cabeza.

—No —lloriqueé, me dolía la cara—. No me gusta este deporte, es violento y de esta manera es muy difícil defenderse. Tú quieres que me parta la cara.

Los dos comenzaron a reírse de mí, cosa que no me hacía ni una pizca de gracia. ¡Me ardían las mejillas de los golpes!

—Levanta —ordenó el de tatuajes.

—No —negué.

—Te pegaré flojito, Welsey —dijo Hal—. Lo prometo.

—No —volví a negar.

—Joder o te levantas o te pego yo —Edward nunca había destacado por su paciencia.

Me levanté a regañadientes y Edward nos dijo que lo repitiéramos pero al revés. Sin embargo, Hal me esquivaba todo el rato sin recibir golpe alguno. Era frustrante. Cuando acabamos el entrenamiento, fuimos a los vestuarios de nuevo y Hal se fue a duchar. Me senté y me quedé pensando, no sabía si había sido buena idea apuntarme a esas clases, me dolía todo el cuerpo y nunca había destacado por mi fuerza. Agarré mi móvil y me sorprendió encontrar un mensaje de Adriana, fruncí el ceño al abrirlo, «Welsey te necesito ya, Adriana». Sonaba desesperado, ella nunca decía «necesito». Normalmente, se limitaba a insinuar que quería sexo, pero nunca usando la palabra necesidad. Aquella manera de solicitarme me encendió el instinto sexual.

Hal salió de la ducha y yo entre rápido, duchándome y vistiéndome en un tiempo récord. No podía evitar ir corriendo tras Adriana cada vez que ella lo pedía.

—¿Y esas prisas? —preguntó Hal frunciendo el ceño.

—Me tengo que ir —informé sin darle oportunidad de hablar. Es más, una vez fuera, me di cuenta de que no tenía las llaves del coche, las tenía Hal, por lo que tuve que ir caminando hasta la casa de Adriana, por suerte, no vivía lejos.

No tardé mucho en llegar. Me detuve a jadear una vez toqué la puerta y, como alguna otra vez, esperé que me abriera con una sonrisa pícaro y su pequeño pijama negro, sin embargo, lo que encontré en su expresión fue todo lo contrario.

Allí estaba, con su cabello negro recogido en un moño alto y sus ojos rojos e hinchados mirándome fijamente, deseé no verla llorar nunca más. Su maquillaje se había hecho un desastre y su piel se mostraba pálida, como si hubiera removido la base al secarse las lágrimas.

—Welsey... —suspiró esbozando una vaga sonrisa. ¿Qué había sucedido?

Dicen que un abrazo puede curar cualquier mal, por eso la abracé. También he escuchado, alguna vez, que un beso puede hacerte olvidar la más dolorosa pena, así que la besé. No obstante, se echó a llorar en cuando mis labios se separaron de los suyos y apoyó su cabeza en mi hombro.

Definitivamente, esto no era lo que esperaba y, aunque quisiera una explicación, me esperé a que se calmara para preguntar.

Seguíamos en la puerta de su casa, sin entrar.

—¿Por qué lloras? —susurré dando un paso dentro de la casa y empujándola conmigo. Ella cerró la puerta y su mirada se ensombreció.

—Ha vuelto. Ha vuelto a pasar, Welsey —no fue ella quien habló, fue el horror en su mirada pero no entendía de qué hablaba.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Mi hermano... nunca ha sabido superar la separación de nuestros padres y es...

violento.

—¿Violento cómo?

Llevaba un cárdigan gris encima de su pijama negro, el que se quitó para revelar marcas en sus brazos. Moretón tras moretón.

Abrí los ojos como platos.

—Oh, Dios mío —susurré atreviéndome a acercar mi mano a sus marcas, pero no la toqué. Aquello me dolió.

Me dolió ver la vergüenza y el miedo en su expresión, me dolió ver las heridas físicas, pero lo que más impacto me causó fue descubrir que la persona que tenía frente a mí no era la Adriana que creía conocer, era la auténtica: La que no se hacía la fuerte para parecer invencible, sino la que simplemente había escogido mostrarme sus penas.

—Maldito cabrón —mascullé.

—Sí, es un cabrón.

La abracé hacia mí, puse mi mano en su cabeza y la eché para atrás, mirándola fijamente a los ojos. La llevé caminando hasta el sofá y me senté, poniéndola en mi regazo. Ella me miró confundida, pero no dijo nada, me dolía no verla como siempre. Se encontraba frágil, indefensa y dañada. Casi sin quererlo, una lágrima se deslizó por mis mejillas.

—Oh —susurró—. No llores, Welsey.

Negué con la cabeza y acerqué sus labios a los míos.

—Tranquila, estoy bien.

Al terminar el beso, la miré a los ojos por un largo rato, no pestañeé, ella sí lo hizo. Me encontré a mí mismo embaucado en el lago que era ella, del lado escondido que acababa de conocer, y me di cuenta que quería quedarme en esta parte. Adriana era increíblemente bella, de aguas cristalinas y cielo rosado por el amanecer, la oscuridad de la noche que había mantenido estaba desapareciendo.

Ahora era más interesante descifrar el otoño en su mirada. Antes buscaba un motivo, ahora lo he encontrado; la fragilidad que sujetaba mi confusión me ha dejado ciego para el carácter adorable de la otra chica.

«Adriana, ahora sé que me gustas tú».

Nos separamos y ella apartó el cabello que caía en mi rostro. Ni siquiera me había secado el pelo al acabar de ducharme.

—Házmelo —susurró, suplicó y volvió a besarme.

—Voy a hacer que te olvides de todo —susurré también.

Abandoné sus labios para besar su cuello, pero ella buscó mis labios de nuevo. Se los di, acataría todas sus órdenes. La pasión se volvió nuestra maestra y nos llevó hacia donde ella quiso, entre caricias, besos, te quiero y alguno que otro gemido.

Adriana abrazó mi torso desnudo donde apoyó la cabeza. Aún no había recuperado el aire cuando habló:

—Te amo, Welsey —dijo.

Sentí esas palabras mucho más reales que las confesiones de amor del acto sexual. Pensé que eran provocadas por la situación.

—Yo también.

—No quiero que te vayas. No quiero estar sola cuando él vuelva.

—No vas a estarlo —hice una pausa—. Ven a mi casa.

—Pero sois muchos —respondió, ni siquiera mencionó no querer dejar a su familia.

—No importa, cuantos más mejor —busqué el contacto con su mirada.

—Vale —ella asintió y se levantó para vestirse. No hizo falta insistir más.

Hice lo mismo y, después de que metiera sus cosas en una maleta, salimos de su casa en silencio.

Estaba más que feliz de tenerla en casa, aunque no sabía cómo reaccionaría Naly,

tampoco sabía cómo iba a mirarle a la cara.

Caminamos hasta casa y me atreví a entrelazar su mano con la mía mientras cargaba su maleta. Al llegar a casa, Amanda estaba junto con Naly en el sofá mirando la tele, aquella maldita serie las tenía pegadas.

—Hola —saludé entrando con Adriana detrás.

—Hola —susurró ella algo tímida. Nunca la había visto así.

Amanda frunció el ceño y Naly esbozó una expresión que no pude adivinar.

—Hola —dijeron las dos a la vez y luego se miraron divertidas.

Amanda se levantó y se plantó delante de Adriana.

—Soy Amanda, la hermana de Welsey, encantada —Amanda hizo su mayor muestra de simpatía.

—Adriana —contestó la chica de cabellos negros—. Encantada.

Amanda alzó una ceja.

—Así que tú eres Adriana. He oído hablar de ti —mintió, para ponerme en una situación comprometida y mirarme con diversión. La única vez que supo de ella fue cuando me quitó el móvil.

Adriana me miró frunciendo el ceño y yo negué con la cabeza, mientras me encontraba con la mirada de la chica de pecas. No quise recordar su expresión, pero me persiguió por días. Tampoco deseaba fijarme en su mirada rechazando la mía al levantarse del sofá e ir escaleras arriba. No pretendía hacer nada de eso, en absoluto, pero lo hice.

Hal tenía razón, acabé rompiendo el corazón de Naly.

Mea culpa.

—Vamos arriba, deja a Amanda que a veces tiende a mentir —volví a la conversación de las chicas, fingiendo que nada había sucedido.

Agarré la maleta de Adriana y subí con el remordimiento pisándome los talones.

La chica me siguió.

«Vía libre para ti, Hal».

Naly

Me encerré en el baño, lavé mi rostro y procuré calmarme antes de volver a bajar al salón, intentando disimular mi desgracia. ¿Por qué a mí? ¿Por qué todos parecían quererme hasta encontrar algo mejor?

¿Y por qué me molestaba si quien debía importarme era Hal?

En ese momento odiaba mi corazón y sus estúpidos sentimientos.

Salí del baño y volví al sofá.

—¿Por qué lleva una maleta? —me preguntó Amanda sentándose a mi lado de nuevo. Negué con la cabeza. No lo sabía y tampoco quería saberlo.

Posiblemente no debería valorarme de esta manera, pero lo hacía. Sentía que mi corazón se rompía con la imagen de ellos dos, porque sospechaba que ella venía a pasar unos días en casa. ¿Sino por qué iba a traer una maleta?

Sentí que el aire me faltaba. Estaban juntos, lo sabía. ¿Pero por qué? ¿Por qué si él me había besado y había sido todo un caballero conmigo? ¿Por qué me había engañado? ¿Por qué me había hecho creer en la posibilidad de que me amara si no lo hacía? Hal tenía razón, Welsey podía llegar a sorprenderte. Pero esta no era una manera agradable de sorprender a alguien. Dolía pensar que el Wesley que yo creía era buena persona, sin embargo, resultó ser un imbécil. Le había juzgado mal, las primeras impresiones siempre engañan.

—¿Quién ha llegado? —preguntó Hal saliendo de la cocina con un bote enorme de yogur de cereza y tres cucharas.

—Welsey —contestó su hermana.

—Ah... ¿Estaba bien? —preguntó— Antes en el gimnasio se ha ido corriendo sin decir nada y me ha dejado ahí solo.

—Está bien acompañado —dijo Amanda y Hal me miró, pero yo no lo hice de vuelta, es más, miré hacia otro lado. No quería que viera la cara de tonta y decepcionada que llevaba.

—¿Eh? —preguntó algo confundido, pero luego se sentó a mi lado y me dio una cuchara— ¿Quieres? —La agarré junto con el bote de yogur.

—Adriana, se llama Adriana la chica. Parece mentira, nunca pensé que Welsey sería el primero en traer una chica a casa —dijo Amanda emocionada, claramente sin darse cuenta del daño que a mí me hacía con sus palabras. Me perforaba por dentro cada vez que nombraba a Welsey o a Adriana. Y sí, las ganas de llorar por sentirme estúpida no se iban, pero no lo haría, no lo merecía.

—Técnicamente yo también lo he hecho, solo que ella ya estaba aquí —contestó el chico pasándome el brazo por los hombros.

—No te lo crees ni tú —le dije y me sonrió coqueto.

—Bésame otra vez y lo veremos —tuve que esconder mis ganas de llorar, era tan dulce. ¡Y yo sufriendo por el amor no correspondido de su hermano!

—¡Ay, qué monos! —exclamó su hermana antes de levantarse—. Chicos tengo que irme —dijo con una sonrisa— Mi novio me reclama, por cierto, mañana no vendré, portaos bien. No quiero que nada se queme otra vez. Tú vigilas, Naly. Te dejo al mando —dijo ella animada, haciendo que sacara una sonrisa— Hal, las manos fuera de ella.

Hal alzó las manos.

—Mis manos están atadas al aire no puedo acercarlas —fingió seriedad. Lo miré alzando las cejas y Amanda se rio.

—Esa es una manera muy rara de decir que no la vas a tocar, pero me sirve —sugirió satisfacción con la respuesta e hizo ademán de salir del comedor— ¡Adiós! Que vaya bien —dicho esto desapareció por el pasillo.

Hal y yo nos quedamos callados hasta que escuchamos la puerta de la entrada cerrarse. Después, él suspiró y automáticamente me abrazó, apoyando su cabeza en

mi hombro.

—¿No era que tus manos estaban atadas al aire y no podías acercarlas? —dije mirándolo mientras alzaba una ceja y él sonrió juguetonamente.

Un cosquilleo recorrió mi columna vertebral.

—Era mentira —imitó el tono de un niño pequeño, haciendo que sonriera un poco. Pero fue una sonrisa débil, por lo que se dio cuenta de mi estado de ánimo—. Eh, eh, ¿qué pasa, cariño? —preguntó cuando mi expresión se oscureció.

Negué con la cabeza y me llevé una cucharada de yogur a la boca. Él se separó un poco de mí, sin soltarme, y me miró fijamente. Yo no apartaba mi mirada de la cuchara dentro del bote.

Lo sabía, era tonta. Yo sabía que Welsey se liaba con Adriana, pero, no podía evitar sentir que todo se rompía dentro de mí. Que todos los sentimientos y todos los pensamientos falsos me arrastraban junto con ellos por la corriente de la realidad que me golpeaba en ese instante.

—Lo siento —alcé la mirada cuando se disculpó.

—¿Qué sientes?

—Yo sabía lo de Welsey y Adriana—se disculpó.

Pero no tenía por qué hacerlo, era yo la que tenía que golpearme a mí misma por saberlo, y haberme permitido el lujo de ilusionarme.

¿Pero qué más daba? Siempre era igual, y siempre sería igual, mi vida estaba llena de falsas ilusiones. Al final te acabas acostumbrando, intentas no llorar por ello, pero cuando tu vida es una mentira llega un momento en el que explotas y no puedes evitar que las lágrimas inunden tus ojos.

—No, no —susurró Hal—. No llores.

«Maldita ilusa».

Me quitó el bote y la cuchara para apartarlos a un lado. No

pude evitar echarme a llorar a sus brazos y mucho menos sentirme miserable.

«Eres una zorra, Naly, ¿cómo te atreves a llorar en sus brazos por culpa de otro?».

Él no se quejó, es más, se recostó en el sofá e hizo que yo lo siguiera. Acarició mi cabello y me dijo que todo iría bien, que él estaba conmigo.

«Oh, Hal, ¿por qué eres tan dulce a veces y otras veces tan desesperante?».

—Sh... —susurró enrollando sus dedos en un mechón de mi larga cabellera castaña—. Tranquila.

Negué. No era capaz de decirle que no con palabras, por eso, me limité a un gesto. Sin embargo, esa había sido la gota que colmó el vaso de las ilusiones falsas de Naly Abney; al final, quién jugó conmigo no fue otro que el que menos parecía poder hacerlo.

—«Prometo que algún día iremos todos juntos a pasar un día familiar. ¿Sí?»

Eso dijo mamá alguna vez, pero nunca lo cumplió.

—«Algún día irás al instituto, pero de momento, estudiarás en casa. Es mejor para ti».

Otra ilusión sin cumplir.

—«Naly, algún día tendrás un hermanito».

—«Hija te apoyaremos siempre en todo lo que necesites».

Otra mentira.

—«Te amo, Naly».

Esa mentira sí que no quería recordarla. Quemé el recuerdo de Lucas hacía mucho tiempo, cuando me desvirgó y me dejó por ser una puta fácil. Fui tan tonta, pero en aquella época me sentía tan sola que cualquiera podía hacer conmigo lo que quisiera a cambio de un poco de atención.

—«Un día iremos los dos al cine si quieres. Aunque tenemos la sala de cine de tu casa».

Otra mentira, con él nunca salías, no quería que nadie me viera con él. ¿Tanto asco

daba? Por lo visto, sí.

En mi casa había de todo, sin embargo, siempre estaba vacío, por lo que era inservible. Todo era un juego de apariencias en el que mis padres se creían profesionales.

Pasé mi vida sola, sin amigas, sin alguien en quien confiar, mientras intentaba esquivar al mundo de la riqueza y de las apariencias para no terminar convirtiéndome en una de ellos.

Juzgué mal a Welsey y resultó ser como todos los demás, un mentiroso.

—Puedes contarme si quieres —susurró Hal—. A veces va bien desahogarse.

Alcé la cabeza y lo miré a los ojos. Él me limpió las lágrimas con las yemas de sus dedos, justo antes de dedicarme una sonrisa.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Todo lo que a ti te hace llorar a mí me importa —pareció sincero.

¿Pero sería verdad? A esas alturas no podía confiar en nadie, no podía creer en la verdad de nadie.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Te importo de verdad? —pregunté con algo de temor.

—Mucho, *ladybug* —contestó él, y acarició mi mejilla.

—No te creo.

Hal me miró confundido, él no esperaba esa declaración, yo tampoco.

—¿Por qué no? —no contesté— Es verdad, yo no miento. No sé qué más hacer para que me creas —sonó dolido, de ahí que me arrepintiera de haber abierto la boca en primer lugar—. Estoy cambiando por ti, me paso el día contigo, me preocupo por ti, no hago las cosas que no te gustan, hago todo por ti. ¿Cómo no puedes creerme? ¿Qué tengo que hacer para que creas que de verdad me importas?

Dímelo, porque yo ya no sé qué más hacer.

«No debes hacer nada, porque seguiré rehusándome a creer».

Una lágrima se deslizó por mi mejilla de nuevo.

—Nadie lo ha hecho nunca. No vas a ser tú la excepción.

Él frunció el ceño.

—Hay una primera vez para todo —dijo.

No contesté. No había una primera vez para nada. Ni siquiera mis propios padres me querían, no iba a hacerlo él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó buscando mi mano y entrelazándola con la suya
— ¿Por qué no confías en mí?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

Suspiré, no estaba muy segura de si era una buena idea. No confiaba en él, no confiaba en nadie, pero necesitaba contarle todo a alguien y me gustaba la manera en la que Hal parecía estar ansioso por saber.

—¿Es todo por tu familia verdad? ¿Por lo ricos que son?

—¿Eh? —¿cómo había llegado él solo a esa conclusión?

Quizá era más obvio de lo que pensaba.

Suspiré de nuevo.

—Sí.

—El día que te mencioné que tenías suerte no pareciste muy contenta, por eso nunca volví a sacar el tema, pero sé que estás sola y que tus padres ni siquiera te llaman.

Asentí.

—Discutí con mis padres y me fui de casa. Aunque no sé si en realidad me echaron ellos, todo fue tan confuso que ni siquiera lo recuerdo bien. Mis padres querían que

estudiara empresariales y yo no quise. Me encargué de que ninguna universidad de empresariales me aceptara, al mismo tiempo, envié solicitud aquí —hice una pausa, de repente me constaba respirar—. Ellos me pillaron y se enfadaron. Fue una de las peores noches de mi vida que terminó cuando hice la maleta y me fui. Pasé dos semanas en un hotel, llorando y preguntándome qué iba a ser de mí, ya que mis padres me habían dado muy poco dinero. Ahora ya no me queda nada —suspiré, evitando el contacto con su mirada y jugando con mis uñas para mantenerme distraída—.

Todo lo que me queda me lo dio Edward, quien me ha conseguido una entrevista en el *pub* donde trabaja, porque mis padres no quieren pasarme más dinero.

Se quedó en silencio unos segundos, mientras me veía y acariciaba mi brazo. En ningún momento pensé que su reacción fuera besarme. No descubriría hasta más tarde, que esa era su manera de expresarse.

—Lo siento mucho Naly —susurró— No sé qué decirte, aparte de que, si tus padres no están por ti, yo lo estoy. No te preocupes por el dinero, yo te ayudaré también.

—No lo sientas, yo odio ser su hija, ojalá hubiera nacido en una familia como la tuya. —dije. Él me abrazó y besó mi frente.

—Todas las familias tienen fantasmas, aunque algunas ya guardan demonios —hizo un poco de broma.

—La mía tiene demonios en cada esquina —«sí yo te contara, Hal, si yo te contara».

—Si te sirve de consuelo, yo te quiero —sonrió. Y puede que no se diera cuenta, pero para mí eso significaba mucho—. No, no llores.

—Tuve un novio —seguí hablando y enseguida Hal se tensó. No le gustaba que hablara de otros chicos de una manera sentimental—. Se llamaba Lucas, era perfecto, guapo y atento, un chico ideal, para que te hagas una idea —asintió—. Yo lo quería mucho, pero a veces las personas no son lo que parecen ser. Y él me engañó, me decía cosas bonitas, que me amaba y luego hacía que le comprara

cosas, así se llevaba mi dinero. Un día nos acostamos, fue mi primera vez— comencé a llorar, pero no por eso dejé de hablar—. De verdad, le di todo, pero cuando acabamos él se levantó y me llamó puta, zorra, y muchas más cosas horribles antes de dejarme. Dijo que era una fácil y que me

engañó, que lo único que quiso todo el tiempo fue llevarse mi virginidad y le divertía que fuera tan ilusa. Que era una idiota por pensar que de verdad alguien podía llegar a amarme nunca.

Su mandíbula se tensó, cerró los ojos unos instantes y después me abrazó más fuerte.

—Y por eso no confías en mí —susurró con angustia. Asentí—. Ese tío no merece ni vivir si hace algo así. Yo nunca te haría eso, nunca, Naly.

No contesté.

—Es difícil creer en las personas cuando todas te decepcionan... —Welsey vino a mi mente.

—Welsey es idiota —adivinó mis pensamientos— No pienses en él. No es malo, pero no sabe lo que quiere.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Siempre adivinas lo que estoy pensando —dije.

Él sonrió.

—No lo sé, será que soy perfecto para ti.

«Por favor, me harás perder la cabeza».

Movió su mano de mi mejilla a mi barbilla y me besó otra vez. Ya yo no me oponía a él. ¿A quién iba a mentir? Me gustaba y sabía que iba a acabar enamorándome.

—Por favor, acercamientos en otro lado —escuché a Edward hablar, pero ninguno de los dos le hicimos caso y seguimos besándonos, ignorándole— Me cago en la

puta separaos, coño —volvió a decir y Hal se separó de mí.

—¿No puedes hacer como si no vieras nada y seguir andando hasta tu cuarto en vez de molestar? —dijo Hal, molesto.

Edward sonrió chinchoso.

—No, porque tengo que llevarme a la puta a mi cuarto —me agarró de la mano y tiró de mí para que me levantara.

¿Qué?

—No la llares puta —Hal lo amenazó con la mirada— ¿Y para qué quieres llevártela? —Seguía abrazándome.

—Eso a ti no te importa —dijo Edward e intentó apartarme de los brazos de Hal.

—¡Ay!, Edward para —me quejé— ¿Qué quieres?

—Te lo estoy diciendo, que vengas conmigo, te necesito para una cosa —repitió.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Venga ya, venid—insistió Edward.

Rodé los ojos y me levanté solo por curiosidad, justo después de que Hal gruñera molesto. Lo miré y me dedico una mirada molesta.

—¿Qué quieres Edward? —pregunté y él se pasó la lengua por los labios, pensativo. Me agarró de la manga de la camiseta, sin tocarme y comenzó a caminar.

—Ven —dijo él caminando hacia las escaleras, con Hal detrás de nosotros.

¿Qué narices quería? ¿Y por qué me necesitaba? ¡¿Y por qué me cogía de esa manera?!

Le hice soltarme.

Edward abrió la puerta de su habitación y entramos.

—Siéntate en la cama, puta —dijo con ese tono tan característico suyo.

—Naly —lo corregí y él alzó una ceja en forma de respuesta, mientras que su hermano torcía una sonrisa de burla.

—Lo que yo decía —continuó Edward— Siéntate.

Rodé los ojos en modo de respuesta. Edward era demasiado borde.

—Pero ¿qué quieres hacer? —preguntó Hal curioso, sin ningún tipo de mala intención.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —respondía su hermano.

—Edward, podrías ser más simpático de vez en cuando —respondió Hal, ya molesto—. Tus insultos no te hacen parecer más maduro, al contrario.

—Cállate, inútil —replicó su hermano.

Me senté en la mullida cama, esperando que callaran mientras me miraba las uñas. Cuando empezaban a discutir, era mejor dejarlos hasta que se cansaran y callaran.

—Venga, Eddie, di ya lo que quieres y deja de insultarme —Hal se cruzó de brazos y se sentó en el escritorio.

—No me llames Eddie —contestó el otro cortante.

—¿Qué querías? —preguntó Hal de nuevo.

Edward bufó.

De verdad, ver a dos chicos iguales discutir era de lo más entretenido y confuso al mismo tiempo. A veces me daba la sensación de que se pelaban con ellos mismos, con su otro yo.

—Hal, pásame el bloc de dibujo —dijo Edward.

—Cógelo tú, no te jode. Después de insultarme no me vengas a decir que te dé cosas —contestó el otro.

—Serás imbécil.

Ya empezamos otra vez, pensé, siempre igual, con ellos, siempre era igual.

Estaba cansada y no tenía mucho aguante aquel día.

—¡Dejad de discutir de una puta vez por un momento de vuestra desgraciada vida y dime qué coño quieres Edward! —creí haber gritado, pero no estaba muy segura.

Al final era imposible no chillarles.

Inmediatamente los dos se callaron y me miraron. Hal estaba con los ojos abiertos como platos y Edward alzaba las cejas incrédulo.

—¡Wow! —susurró Hal.

—Joder —dijo Edward— Ya se parece a mí. Qué orgullo.

«Oh Edward, maldito, borde, irremediable, gracioso a momentos y sexi Edward. ¡Cállate!».

Hal, por otra parte, estaba completamente atónito.

—¿Qué querías? —le pregunté.

Él frunció el ceño.

—Ah, sí, se me había olvidado —dijo Edward— Es que como Hal me come la cabeza —Hal lo fulminó con la mirada.

—Encima es mi culpa, siempre es culpa de Hal —se indignó.

—Necesito hacer un retrato para la clase de dibujo —informó Edward.

—Vale —dije y Hal se rio.

—Hal, ¿por qué te ríes? —preguntó Edward.

—Yo también quiero que me dibujes —contestó su hermano emocionado.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Hal.

—¿Por qué no? —pregunté yo.

—Porque no —contestó Edward.

—Haz un dibujo de los dos —sugirió Hal, sentándose a mi lado— Así te dan más nota por añadir a un ser tan guapo.

—Dibujarte a ti sería como dibujarme a mí y sería muy raro, Hal—dijo Edward.

Hal hizo una mueca.

—Que yo quiero que me dibujes —dijo encabezonado.

—Yo también quiero que nos dibujes a los dos —me gustó la idea de tener un retrato con Hal, me hacía ilusión.

—Ves, ella quiere —dijo Hal—. Ahora dibújanos.

—Vale —finalmente cedió.

Se sentó frente a nosotros con su bloc de esbozo en la mano y nos mandó a quedarnos quietos; sin embargo, antes de eso, Hal se sentó detrás de mí y puso sus piernas alrededor de las mías. Edward lo miró con cara de asco cuando posó su cabeza en mi hombro y sonrió satisfecho.

—Qué pena y asco me das —dijo Edward.

—Lo sé, me lo dices cada día —contestó el otro. Reí y Edward volvió a decirnos que nos estuviéramos quietos antes de comenzar su retrato.

Nos miraba concentrado, estudiando cada parte de nosotros. La sensación fue extraña, no obstante, logré mantenerme quieta y calmada mientras dibujaba.

Sentía la respiración de Hal muy cerca de mí y la proximidad de su cuerpo solamente separado por la ropa, era lo único que despistaba un poco mi mente. Aunque, en ese momento mi atención estuviera mucho más centrada en Edward. Que concentrado, fruncía el ceño y trazaba de manera regular, sin miedo. Era perfecto cuando estaba callado y no mandando a la mierda a todo el mundo. Se mordía el labio con frustración cada vez que tenía que borrar y hacía muecas asesinas a Hal cada vez que este se movía, aunque fuera un milímetro.

—Ya está —dijo dándole la vuelta al bloc para que viéramos. No había tardado más de media hora.

—¡Es perfecto! —exclamó Hal asombrado.

—Ya lo sé —admitió Edward, no había ni pizca de modestia en él.

Hal se separó de mí, cogió el bloc y arrancó la hoja sin que a su hermano le diera tiempo de actuar.

—Lo siento, pero me lo quedo, ya harás otro —y dicho esto salió corriendo del cuarto mientras Edward negaba con la cabeza.

—Será gilipollas —dijo Edward y luego me miró—. Creo que tendré que hacer otro.

Lo miré intimidada mientras se levantaba y se sentaba en la cama. Dejó el bloc a un lado y me cogió de las piernas haciendo que quedara justo enfrente suyo.

—Quédate quieta —dijo Edward y se cruzó de piernas, poniendo el cuaderno entre ellas para luego mirarme y comenzar a trazar de nuevo—. La verdad, ese dibujo no me servía, solo tenía que hacer un rostro femenino, pero sabía que si no lo hacía luego se pondría pesado.

—Tienes razón —dije y él me sonrió, dejándome confundida.

No dijo nada más, se dedicó a dibujar. Pasó el rato y media hora más tarde ya había terminado, sentí que se me habían entumecido el cuerpo de estar tan quieta, así que me tomé la libertad de levantarme y estirar cuando me dijo que ya estaba. El dibujo

era impresionante, mucho mejor que el primero, se había detenido más en los detalles a pesar de mantener un característico efecto de esbozo. Incluso, me provocaba aprender a dibujar.

Salió del cuarto antes que yo, por lo que tuve que ver su charla con Adriana.

—¿Qué haces tú aquí, cacho puta? —escuché decir a Edward. Me giré y vi a Adriana de pie en el pasillo.

—Hola, eh —respondió ella. Se había cambiado de ropa y lleva a algo más cómodo, unos *leggings* y una sudadera de Welsey.

—Repito —dijo Edward— ¿Te has colado en mi casa o qué?

—Estoy con Welsey —dijo ella y Edward alzó las cejas. Mientras, yo les miraba; no sabía cuánto me dolía aquello.

—Vivirá aquí —dijo Welsey saliendo del cuarto, clavándome una estaca con sus

palabras. Asqueroso, así era.

—Eh, no —contestó Edward—. Más gente enchufada en casa, no. Esto no es un motel, joder.

—Pero soy tu amiga —dijo Adriana.

—Me da igual, fuera de mi casa.

—Edward, no se va a ir —Welsey en serio—. Es mi novia.

Me deslicé hasta mi cuarto sin hacer ruido, mientras ellos hablaban sin siquiera notarme. «Su novia, genial. Que alguien me mate».

Las paredes no me evitaron seguir escuchando.

—Ah... si eso ya lo sabía —dijo Edward—. Pero, te voy a dar una cosa Adriana.

—¿Esto qué es? — dijo Adriana.

—Un calcetín, está roto porque Hal me lo ha agujereado. Póntelo en la boca cuando folles con Welsey —y dicho eso se dio media vuelta y se fue.

—¡Eh, gilipollas! ¡Edward! Vete a la mierda —chilló Adriana, pero él se encerró en su cuarto riendo.

—No le hagas caso, cariño —dijo Welsey y lo siguiente fue el sonido de unos besos.

Qué asco, no tenía suficiente con elegirla a ella, sino que también tenía que traerla a vivir a casa y darse el lote conmigo delante.

¿Dónde se había metido Hal?

CAPÍTULO 19

Hal

El examen fue mucho más fácil de lo que creí en un primer momento, sin embargo, odiaría a ese profesor durante todo el semestre por aquella prueba sorpresa. No sabía qué esperar, si bien no había estado mal, no podía asegurar que llegaría al aprobado. ¡Ni siquiera había estudiado, ni llevaba la materia al día!

Solo esperaba que mis notas no se fueran al garete por eso, ya que no podía permitirme una suspensión. No quería tener que llamar a mamá pidiéndole más dinero del que ya me pasaba cada mes. Era el único de mis hermanos sin trabajo, pues Welsey cobraba por ayudar en la recepción de la universidad y Edward hacía lo suyo. Nunca había sentido la necesidad de tener un trabajo hasta ese momento, hasta Naly buscaba uno. Quería demostrarle que era responsable y podía dejar de vivir de mis padres, mantenerme solo, parcialmente, y no sabía por dónde empezar. Ese examen solo me había dramatizado las cosas.

Pero ahora no podía ponerme nervioso ni mostrarme distante, porque le había prometido que la acompañaría a la entrevista de trabajo en el *pub* donde trabajaba Edward.

Aún me costaba asimilar su historia familiar, a pesar de que me la hubiera explicado resumidamente. Mis padres siempre me habían apoyado en todo, por lo que se me hacía imposible imaginarme la situación que ella había vivido. Yo me hubiera vuelto loco, admiraba su fuerza y valor, algo que no creía que ella tuviera en tal escala. Sí, parecía una chica fuerte y decidida, aunque era un poco indecisa, pero nunca hubiera imaginado que tendría el valor de irse y abandonar todo lo que conocía para adentrarse en algo totalmente desconocido, como lo es el mundo real; ajeno a todo lujo.

Me di cuenta de que mis razones para deprimirme y liarla en casa siempre habían

sido tontas, banales. ¿Pero de qué iba a preocuparme sino de las cosas pequeñas y sin importancia cuando todo a mi alrededor iba más o menos bien?

Tener un problema emocional por creermelo invisible comenzaba a parecerme algo muy necio y sin importancia.

Hay que seguir adelante.

Encontré a Naly en la entrada de la facultad de historia, allí era donde habíamos quedado, ya que primero iríamos a tomar un café y después a la entrevista.

—Hola, *ladybug* —adoraba llamarla así, adoraba que fuera mi mariquita.

Ella me sonrió cuando me acerqué.

—Hola, Hal —aguantaba su carpeta de apuntes entre las manos, mientras se abrazaba a sí misma por el frío.

—¿Cómo ha ido? —apoyé mi mano derecha en la parte baja de su espalda e hice ademán de besarla. Ella apoyó sus manos en mi barbilla, separándose.

—Hal, por favor, aquí delante de todo el mundo no, van a pensar que estamos juntos.

—¿Y no lo estamos? —jugué a molestarla un poco, porque me gustaba cómo arrugaba el ceño molesta.

—No.

—Vaya, qué decepción —pero sí rocé mi nariz con su mejilla. Ella se sonrojó, pero simulé no darme cuenta.

—¿Vamos a merendar ya? —me apartó suavemente.

—Sí, vamos —comencé a caminar, volviendo a poner mi mano en el final de su espalda—. Por aquí hay una cafetería donde tienen cosas sin gluten, podríamos ir allí.

—Por mi perfecto.

Fuimos caminando ya que estaba muy cerca de la universidad y, aunque fue un

trayecto corto, se me hizo irremediablemente interesante. La chica comenzó a jugar, aceleraba su paso fingiendo estar distraída para que la soltara, sin embargo, cuando volvía a ella se acercaba a mí y me comentaba algo sin importancia sobre su día antes de volver al juego de alejarse y acercarse a mí, manteniendo mi atención en agarrarla.

Su estado de ánimo había mejorado notablemente, a pesar de que solo transcurrieron tres días desde que Adriana vino a vivir con nosotros. Las chicas seguían sin llevarse bien, pero Naly parecía haber olvidado por completo a Welsey. Era ella quién venía a mí, lo nuestro había sobrepasado el límite de la amistad y no tenía muy claro hacia dónde iba. Yo esperaba que acabara siendo mi novia, pero no podía pensar que ella considerara lo mismo. Después de saber sobre su fracaso amoroso, años atrás, no estaba muy seguro de cómo hacer las cosas con ella, ya que, sabía muy bien que no creía en mis sentimientos hacía ella, porque ella misma se los negaba. No era tonto, sabía darme cuenta de esas cosas.

Y mi realidad era la misma desde hacía unas semanas; solo podía pensar en ella, a todas horas, hasta en sueños.

Se había metido en mi cabeza, ahora, todo mi mundo se había reducido a mi mariquita y sus cabellos sedosos.

Propuse sentarnos al lado de las ventanas cuando llegamos a la cafetería y ella aceptó porque la vista le pareció bonita, cómo no iba a hacerlo, el museo de arqueología estaba justo delante y se pasó todo el rato suspirando y mirando el edificio.

—¿Qué quieres pedir? —le pregunté.

—Té verde y *cookies* de chocolate. Hace tanto que no como.

—Vale.

Me levanté y fui a pedir, yo cogí un café exprés y un cruasán de almendras. Cuando volví a la mesa, ella seguía mirando por la ventana.

—¿Te gustaría ir? —pregunté. Debían traernos la merienda en unos minutos.

—Me encantaría —dijo.

Aún no lograba encontrarle la gracia a la historia, pero podía conformarme con verla a ella feliz.

—Entonces iremos algún día —dije justo cuando una camarera nos trajo el pedido, dejó el té frente a ella y a mí me dio el café, después, dejó las *cookies* y el cruasán en la mesa y se fue.

Naly puso dos terrones de azúcar en el té y me sonrió.

—Eres tan dulce —dijo, y me sonrojé.

No esperaba hacerlo, de hecho, era muy raro en mí que eso pasara, pero ella ya había sobrepasado todas las barreras que tenía con la gente.

Alargó la mano y me achuchó una mejilla.

—¡Qué adorable eres! —exclamó e hice una mueca que provocó su risa.

—Uhm... déjame —estaba avergonzado.

Soltó una carcajada antes de volver la atención a su comida y no dijo nada más. Yo tampoco lo hice, fue uno de los silencios más placenteros que había experimentado nunca.

Al terminar volvimos a la universidad a por el coche y fuimos hasta el lugar donde trabajaba Edward, donde, de hecho, estaría él también.

Si había algo que nunca creí que llegara a agradecerle a mi hermano era todo lo que estaba haciendo por Naly. Ni siquiera entendía por qué lo hacía, pero me gustaba sentir que la chica de la que me había enamorado era aceptada por Eddie y tenía su apoyo. Le daría las gracias por ayudarle a conseguir trabajo y darle dinero cuando se quedó sin nada.

Edward no era tan frío como aparentaba, ya que, como he dicho, solo aparentaba.

No me hacía mucha gracia que ella trabajara en un sitio así, lleno de borrachos y por la noche, pero yo no era nadie para decirle que no lo hiciera por una necesidad; también pensaba pasarme las noches ahí con ella, vigilando que ningún estúpido le

hiciera daño. Ni loco me quedaría en casa con la angustia comiéndome la respiración.

El *pub* no estaba mal, decorado con madera y botellas terminadas de ediciones especiales limitadas. Había un televisor enorme encima de la barra para poner partidos de fútbol, además contaba con mesas de billar en la planta inferior, donde también tenían una sección de juegos de mesa. Era más un salón de noche que un *pub*.

Edward estaba preparando los ingredientes para los cócteles cuando llegamos. Nos sentamos en los taburetes de la barra y él llamó al encargado para enunciar que la chica había llegado.

Naly se había vestido para dar buena impresión, llevaba un vestido de flores, un tanto holgado, que dejaba ver sus finas piernas y una americana que le daba un toque serio. Había recogido su cabello en una coleta alta y se había maquillado poco, resaltando sus rasgos naturales, me gustaba ese *look*.

Edward salió con un hombre de no más de treinta años y un aspecto corriente. No me dio tiempo de fijarme mucho en él, ya que enseguida indicó a Naly que lo siguiera hasta una de las mesas para comenzar la entrevista, así que me quedé con Edward.

—Dame algo, anda —le pedí a mi hermano.

—¿Cerveza?

—Lo que sea —contesté.

Volví a enfrascarme en mi mundo y en mi necesidad de un trabajo. Edward hizo que me sobresaltara cuando me puso la cerveza delante, se rio.

—¿Qué te pasa?

Suspiré.

—Estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Quiero un trabajo.

Abrió los ojos como platos y le faltó tiempo para emocionarse.

—Nunca creí que este día llegaría. ¡Has madurado, Hal! ¡Bienvenido al mundo de los adultos!

—Relájate, anda —le dije algo molesto. No me gustaban ese tipo de comentarios. Di un trago—. Solo quiero un trabajo, no estoy diciéndote que vaya a casarme ni nada por el estilo.

Él apoyó sus brazos en la barra.

—Bueno, yo tengo que hacer menos horas en la barra porque no me da tiempo con lo de boxeo, podría decirle que te cogiera. Aunque no te hagas ilusiones de que deje el trabajo y te lo quedas tú por completo, porque no estoy seguro si lo del boxeo saldrá bien, quiero asegurarme de que tendré suficiente dinero a fin de mes antes de dejar esto —me dijo.

Mi hermano parecía una página web de ofertas de trabajo, dándole trabajo a todo el mundo. Aunque me agradaba la idea, así trabajaría con Naly.

—Vale, díselo — acepté y él se quedó satisfecho.

—Harás pocas horas.

—Me da igual.

Naly volvió a nosotros enseguida con una sonrisa. Creí que tardaría más, pero fue muy rápido, el jefe se reunió con Edward y le ordenó terminar con los ingredientes para los cócteles. Mientras, mi hermano le habló de mí, pero me hice el despistado y centré mi atención en la chica.

—Me ha dicho que venga mañana por la noche a hacer la prueba —dijo la muchacha. Le sonreí.

—Eso es genial. ¡Felicidades!, sabía que lo conseguirías.

—Bueno, aún no tengo el sí, así que aún no me haré ilusiones.

Le robé un beso corto y se quejó con una risa.

—Hal, te estás pasando —dijo.

—Venga ya, *ladybug*, sé que me quieres —utilicé un tono pícaro que la hizo negar al sonreír.

Ya era mía, estaba seguro.

El encargado se marchó, pero Edward me dijo que quería entrevistarme también para sustituirle en algunas horas. Hice un gesto satisfecho y Naly se quedó igual de sorprendida que Edward, sin embargo, no preguntó.

Naly

Cuando llegamos a casa nos encontramos a Amanda durmiendo en el sofá del comedor. Hal se acercó y se tumbó encima de ella. Su hermana no tardó en levantarse y comenzar a gritarle.

—¡Oh, Dios Hal, eres una pesadilla! —se quejó ella.

—Mi deber es molestarte —contestó el chico.

—Y mi deber es matarte cuando me despiertes así —dijo ella caminando hacia él.

—¡Mierda! —exclamó y salió corriendo escaleras arriba con ella detrás.

—¡Te vas a enterar, Hal!

Reí, dejé el bolso en el suelo y fui a la cocina a buscar qué hacer de cenar, estaba hambrienta. Tenía tanta hambre que me comería lo primero que viera al abrir la nevera.

Estaba muy contenta por la entrevista, pero muy nerviosa por la prueba, aunque lo que más me sorprendía era que Hal quisiera trabajar. ¿Qué había en su cabeza? Y ¿por qué estaba cambiando tanto?

—Hola —dijo Adriana que se encontraba a mis espaldas, sentada en la mesa de la cocina, no la había visto al entrar.

—Hola —dije cortante, justo con el mismo tono que ella había utilizado.

No me dijo nada, solo me miró desafiante, cosa que yo ignoré por completo, cogí

algo de comer y salí de la cocina evitándola; ya haría algo más tarde para comer. No me gustaba, esa chica no me gustaba. La quería lejos, muy lejos de mí.

—Naly ven —Amanda me agarró del brazo—. Tengo que decirte algo, pero no se lo digas a los demás.

—¿Estás embarazada? —dije lo primero que se me vino a la mente y ella alzó las cejas sorprendida.

—No —contestó haciendo una mueca.

—Menos mal —me reí.

—Lo que pasa es que mi madre me ha llamado —comenzó ella— Y resulta que llegan pasado mañana.

Abrí los ojos como platos. ¿Sus padres? Eso sí que acababa de poner mis nervios de punta.

—Tus padres... —susurré.

—Oh, no te pongas nerviosa por ellos, son muy simpáticos —dijo ella—. A mi madre le encantarás.

—Eso espero.

—Sí, seguro, pero no se lo digas a los trillizos.

—¿De qué habláis? —Hal apareció detrás de nosotras y apoyó sus manos en mi cintura.

—De nada —dije.

—Nada —dijo Amanda.

Nos miró a ambas, pensativo.

—Vosotras escondéis algo —dijo acusadoramente—. Decídmelo.

Amanda rodó los ojos.

—Anda, cállate, y vete a hacer deberes que nunca te veo estudiar —dijo Amanda, yéndose del comedor.

—Iba a hacerlos ahora —dijo Hal mirando en dirección a su hermana justo antes de que esta desapareciera— ¿Me ayudas? —dijo mirándome a mí con una sonrisa.

—Primero cenamos —él asintió —¿Y cómo quieres que te ayude?

—Uhm... digamos que tengo que hacer algo más manual y luego apuntar cosas — utilizó un tono demasiado coqueto para estar hablando de deberes.

—Entonces no —dije, me pondría muy nerviosa si me tocaba.

—Venga no seas mala —insistió—. Por favor, solo una vez, una sola.

—Qué no, Hal. No pienso quedarme medio desnuda mientras me toqueteas porque así no vas a hacer los deberes. Ya te digo yo que no harás nada —la razón no era esa.

Él esbozó una sonrisa pícaro y satisfecha, la cual, en vez de provocarme odio, me llenaba de nervios y cosquilleos. Me estaba enamorando de ese chico y me daba tanto miedo.

—¿Ah, con que es eso? ¿Por qué no haré deberes? ¿Y si no fuera por deberes me dejarías? —dijo acercándose cínicamente, una actitud que no había tomado hacía tiempo. Este era el verdadero Hal y, la verdad, no sabía decir cuál de sus versiones me gustaba más. Pero esta, era irremediabilmente sexi, aunque yo me empeñara en negarlo.

Sí, pensé.

—No —dije.

—Yo creo que mientes —dijo el acercándose aún más, haciendo que yo retrocediera—. Mientes.

—Hal, no —dije yo y él alcanzó mi brazo y me pegó a él.

—No haré nada, lo juro —susurró sensualmente en mi oído haciendo que mis piernas tambalearan como gelatina de un momento a otro; y que todos mis sentidos se centraran en su voz, su dulce voz. ¡Mierda!, no puedo resistirme más a él, pensé para mí misma.

De un momento a otro me encontré levantada por los aires, subida sobre el hombro de Hal.

—Bájame maldito —dije yo dándole un golpe en la espalda.

—No —dijo él— Vamos a mi cuarto, que tengo deberes.

Rodé los ojos. Y me quejé mientras Hal subía las escaleras y entraba a su habitación cerrando la puerta tras él, para luego bajarme.

—Hal, esto no se vale —dije yo indignada y él se rio— Te he dicho que no.

En verdad me muero por que me haga un masaje, pensé.

—Deja de mentirme, que sí quieres —dijo Hal y no sé cómo acabé tumbada en su cama con él encima de mí— Admítelo —dijo el mordiendo mi labio inferior— Dime lo que de verdad quieres —volvió a decir seductoramente. La verdad, la paciencia y la insistencia que tenía este chico eran admirables.

A ti, pensé. ¿Lo quería?, sí. ¿Para qué negarlo más? ¿Me había enamorado de él? No lo tenía muy seguro, aunque mi mente me gritaba que no, mi corazón me decía todo lo contrario.

Pero cambié de tema.

—Pidamos algo de comer, Hal —dije.

Él bufó rendido.

—Vale.

Pedí comida a un italiano, espaguetis a la carbonara sin gluten para mí y lasaña para él. Estuvimos en silencio mientras la traían, él se tumbó a mi lado en la cama manteniendo su atención en su teléfono móvil. Yo lo imité y me puse a leer *online* una de mis revistas favoritas de historia.

No podía prestar atención a lo que leía, ya que estaba demasiado abrumada por la cercanía de Hal y el sonido de su respiración. Pero fingí que nada de eso estaba sucediendo, ignoré por completo sus actos, incluso, cuando él se atrevió a acariciar mi muslo. Cuando el repartidor tocó el timbre fue él quien se levantó a buscar la

comida y cuando volvió la trajo servida en platos sobre una bandeja, no se olvidó de la bebida.

—Qué aproveche —dijo antes de que ambos nos pusiéramos a comer, le deseé lo mismo y lo hicimos en silencio.

Sería una tontería negar la tensión en el ambiente. Por eso quería que todo se mantuviera en silencio, porque sentía que algo iba a pasar esa noche, ya que la tensión sexual era más de la que podía aguantar.

Hal terminó de comer muy rápido y dejó sus cosas sobre la mesa.

—Entonces... ¿me ayudarás? —preguntó.

Asentí. No aguantaba más, mi cuerpo deseaba que me tocara y no podía seguir evitándolo, el chico también asintió. No quise seguir comiendo, así que también dejé mi comida sobre la bandeja.

Él me observó y sus pupilas se ensancharon; no esperaba que fuera yo la que dejara caer mi vestido. Lo noté contener el aire y me acerqué a él. Sus manos se posaron en mi cintura, y mis brazos se colgaron de su cuello. Acababa de perder toda gota de resistencia, encarcelé mi miedo y dejé un beso mojado en su cuello.

—¿Qué es lo que quieres, Naly? —susurró.

Acaricié su nuca, dibujando besos en su piel.

—Dímelo —volvió a susurrar, esta vez, noté un hálito de desesperación en su tono.

Lo entendía, llevaba tanto tiempo detrás de mí que ni siquiera sabía qué hacer. Personalmente, me hubiera rendido hace tiempo, pero él nunca lo hacía y eso me encantaba.

—A ti —admití, dejando su piel y buscando su mirada.

Él sonrió y, antes de que pudiera contar hasta tres, sus labios estaban pegados a los míos.

Hal, respondiendo a mis palabras con sus gestos, me acarició. Mordió mi labio

inferior y luego dibujó un camino indefinido de espirales desde mi ombligo hasta mis pechos. Gemí en sus labios cuando apretó uno de ellos y sonrió satisfecho, llevando sus besos a mi cuello. Jugué con el borde de su camiseta y enseguida me deshice de ella tirándola hacia la otra punta del cuarto. Llevé mis manos hacia su espalda y acaricié su piel. Volvió a besarme, esta vez con más pasión, esta vez posando una de sus manos en mi mejilla.

Y en ese instante, donde todo parecía haberse detenido, sentía la necesidad inmediata de tener mi piel contra la suya.

Hal se separó un poco de mí y me miró a los ojos antes de llevarme a la cama, tumbarse encima de mí, y volver a besarme.

De repente, él estaba en todas partes: En mi aliento, en mi piel, en mis labios y mis mejillas, en mis cabellos y en mis párpados, en el latido de mi corazón y en todos mis sentidos.

Sí, allí estaba él.

Abrí mis piernas dejando que se colocara entre ellas para que ambos estuviéramos más cómodos. Él gruñó y, antes de que pudiera tomar noción del tiempo que había pasado, la única prenda que me quedaba era la parte inferior de mi ropa interior, igual que a Hal.

Mi respiración agitada. Mi piel contra la suya deseando más. Mis labios jugando con los suyos, besando su cuello y su torso mientras que, en ocasiones, mi lengua jugaba con la suya. En ese momento me había olvidado de todo y solo existía él en mi mundo.

—Naly —susurró mientras jugaba con el borde de mi ropa interior, justo antes de bajar la prenda y deshacerse de ella. Abrí mis ojos que permanecían cerrados para encontrarme de nuevo con los suyos. Él apoyó un brazo a cada lado de mi cabeza —, eres preciosa —dijo antes de besar el valle de mis pechos. Noté como los colores se apoderaban de mis mejillas, ya adornadas por un ligero tono rosado que se intensificaba cada vez más—. Y más cuando te sonrojas —sonrió.

Le correspondí con una sonrisa tímida y desplazé mis manos hasta sus *boxers*,

liberando la erección que hacía rato se había despertado.

Me mordí el labio mirándole esa parte en concreto, tampoco era la primera vez que la veía. Aparté la mirada y la dirigí a mi mano derecha, la cual, Hal acababa de entrelazar con la suya; aunque ahora era diferente, podía notar el cariño en sus gestos, por primera vez.

—Tú no te quedas atrás —susurré, rozando sus labios.

Él rozó sus labios con los míos, siguiendo mi juego.

—Te quiero.

Mi corazón viajó hasta mi garganta para luego desbocarse al igual que un río cargado de agua.

«Te quiero».

Dos palabras que cambiaron mi mundo.

—Yo también te quiero, Hal —me sorprendió decir aquello sin siquiera pensarlo, como si estuviera predispuesto en mi mente hacía tiempo, esperando saltar como una alarma.

Entonces, me di cuenta que ya estaba enamorada de él.

Volvió a besarme y puse mi mano libre en su mejilla, en ese instante, él colocó la suya en mi cadera mientras nuestros sexos se rozaban. Gemí cuando se apretó contra mí e, inmediatamente, el chico desenredó su mano de la mía y alcanzó un preservativo. Aunque primero se deshizo de los *boxers*.

—¿De verdad quieres? —me preguntó algo temeroso. Asentí.

Sonrió y se lo colocó. Volvió a ponerse entre mis piernas y entrelazó mis manos con las suyas, apoyándolas en la cama. Hundió su cabeza en mi cuello y me besó segundos antes de entrar en mí poco a poco.

Y así, nos enredamos el uno en el otro, descubriéndonos, besándonos y amándonos por primera vez.

Hal cayó agotado sobre mí una vez conseguido el clímax. Dejó un beso corto en

mis labios y se tumbó a mi lado, metiéndose dentro de las sábanas e invitándome a seguirlo. Nos tapamos y apoyé mi cabeza en su pecho, en ese momento, era la chica más feliz del mundo. Era la segunda vez que me acostaba con alguien, pero me sentía como si fuera la primera vez.

—¿Ahora todo cambiará? —preguntó Hal lo suficiente bajito para considerarlo un susurro.

—Supongo —ya no podría tratarle de la misma manera.

—¿Y qué somos? —preguntó.

Lo miré mientras él me abrazaba.

—No lo sé —contesté.

Él no dijo nada durante unos minutos.

—Solo prométeme que no me dejarás.

—No lo haré —contesté pasando mi brazo por su torso y cerrando los ojos.

No era tarde, pero después de haber tenido el mejor sexo de mi vida, quería dormir. Dormir junto a él, ya que aquel vago sentimiento que había arrastrado por semanas acababa de hacerse más real que nunca; sentí que aquel era mi lugar.

Hal besó mi frente y, segundos más tarde, el sonido de su respiración y el tacto de su piel pegada a la mía, hicieron que cayera en los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 20

Hal

Abrí los ojos ligeramente para volverlos a cerrar segundos más tarde debido a la luz que me cegaba. Giré mi cabeza haciendo que, sin querer, mi nariz rozara la mejilla de la chica que tenía durmiendo plácida junto a mí. Sonreí al recordar la noche anterior y abrí los ojos para mirarla. Tenía los labios entreabiertos, provocándome. Los besé cortadamente esperando que despertara, pero no hubo respuesta alguna por parte de ella. Tiene un sueño profundo, pensé. Me quedé mirándola un rato y preguntándome al mismo tiempo por qué me sentía tan bien. Simplemente esto me superaba, era la primera vez que me enamoraba y aún sentía que se me escaparía de las manos en cualquier momento. La había hecho mía, pero no lo era. Había hecho el amor por primera vez y había sido increíble. Necesitaba asegurarme, de alguna manera, de que ella permanecería a mi lado. ¿Pero cómo?

Esa era la parte complicada de la historia, hacer que la chica no se fuera.

Suspiré sin apartar la mirada de ella, escuchando su regulada respiración y sintiendo su piel desnuda rozar la mía. Sí seguía más tiempo con ella así, no sabía si iba a poder esperar a que desayunara para volver a metérsela hasta el fondo. Sí, soy una persona bastante vulgar en estos ámbitos, volví a admitir para mí mismo.

Aún preguntándome qué haría para que se quedara junto a mí, me levanté y me vestí, alejándome de mi tentación. Mi enorme y dulce tentación. Ahí me encontraba yo, sentado en el suelo, mirándola, pensativo; intentando creer que el te quiero que había escuchado la noche anterior era cierto y no palabras vacías, dichas por la intensidad del momento.

Me levanté y la arropé justo antes de salir de ahí, cerrando la puerta tras mi paso. Necesitaba pensar y también quería comprar el desayuno para traérselo a la cama.

Salí de casa con la intención de pasear un largo rato. Siempre hacía eso cuando

necesitaba pensar o simplemente cuando quería estar solo un rato. Caminé sin rumbo, intentando mantener la mente en blanco, pero no podía, me sentía demasiado bien, demasiado raro, tanto, que iba sonriendo por la calle con cara de bobo. Ella era maravillosa. Y me gustaba tanto que me nublara. La quería mucho e, incluso, podía decir que la amaba, pero no estaba seguro de lo que era amar, por eso descarté la idea. Porque a pesar de ser un chico abierto en los sentidos del amor, debía aceptar que tenía miedo a que me hiciera daño. ¿Quién no lo tenía?

Me senté en un banco del parque en el que había entrado y me quedé mirando a la gente pasar mientras el viento frío de Oxford me picaba en la cara. Era temprano, aproximadamente, las siete y media de la mañana. Estaba incrédulo por haberme despertado temprano, no era algo normal en mí, es más, era algo totalmente anormal.

Metí mis manos en los bolsillos de mi chaqueta y observé a la gente pasar por delante de mí. Había personas corriendo, paseando al perro, yendo corriendo al trabajo y, otras, simplemente, hacían lo mismo que yo. Pero hubo una escena que me llamó la atención, vi a una chica blanca, con el cabello castaño de la mano de un chico rubio y alto. Los dos aparentaban tener mi edad. El chico agarraba la mano de una niña pequeña rubia, también, de unos cinco años como mucho. La niña se quejó, diciendo que estaba cansada de caminar. Se me adivinó tierna la situación y el tono fraternal que el chico utilizaba, quien se agachó y la cargó en brazos. Parecieron dudar en si seguir caminando o no pero, finalmente, optó por dejar a la niña en el suelo y sentarse en el banco situado a pocos metros de mí.

—Alice ve a los columpios a jugar —le ordenó el chico, hablándole con dulzura. La niña asintió y salió corriendo. Sonreí, era adorable. Luego el chico miró a los ojos de la que parecía su novia y se pasó la lengua por los labios. De un momento a otro, eran los nervios quienes hablaban por Emily... yo... —la chica sonrió— Quería preguntarte si... —estaba nervioso, y se le notaba— ¿Quieres ser mi novia? —y saco un pequeño obsequio del bolsillo derecho de su chaqueta.

La chica se lanzó a los brazos del chico asintiendo y diciendo que sí como una loca. Sonreí y noté una presencia a mi lado.

—Hola —escuché la voz de la niña pequeña de antes—. Soy Alice.

Volteé y la encontré sentada a mi lado.

—Hola, pequeña, soy Hal —le sonreí. Era tan adorable, me encantaban los niños pequeños.

—Mi hermano es tonto —hizo una mueca—. Prefiere a Emily, antes que a mí.

—¿Estás celosa? —le pregunté.

—Sí —hizo una pausa—. No, no lo estoy —dijo ella cruzándose de brazos. Me reí—. Es que mi madre le dijo que si no quería perderla, que se asegurara de que se quedara a su lado, le pidiera que fuera su novia y le mostrara que realmente la quería. ¿Y ahora? ¿Yo que hago? ¡No me hace caso!

Fruncí el ceño ante aquellas palabras. Era cierto, muy cierto. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Ya sé —siguió—. Tú vas a ser mi novio.

—¿Eh? —volví a reír—. Soy un poco mayor para ti, Alice.

—Mejor, así mi hermano se enfadará.

—¡Alice, nos vamos! —dijo el chico llamando a la niña y se levantaron del banco.

—No me voy —chilló ella y se colgó de mi brazo—. Estoy con mi novio. Se llama Hal.

Reí de nuevo y los dos se acercaron a nosotros.

—Lo siento mucho —se disculpó el chico—. La niña tiende a molestar a la gente con sus historias.

—¡Yo no molesto! —se quejó ella.

—No importa —contesté—. Es una niña muy agradable.

—Ves, Max —dijo ella mirando a su hermano—. Está enamorado de mí, déjanos vivir en paz.

—Eres muy joven para tener novio —la despegó de mí y la cogió en brazos—. Lo

siento mucho, en serio —se volvió a disculpar y yo volví a decirle que no pasaba nada.

—Hal, lo nuestro es imposible, pero siempre te llevaré aquí —dijo ella poniéndose la mano en el corazón. Mientras sus cabellos rubios se movían incontrolados a causa del viento— Mándame un beso para que no te olvide.

Reí de nuevo. Su hermano negaba con la cabeza y su novia reía. Le envié un beso y ella lo «agarró» con las manos mientras se alejaba de mí. Le despedí con las manos, divertido, y me levanté decidido a comprar algo a la cafetería de la tarde anterior. Allí tenían cosas sin gluten muy ricas que ella podría comer. Pensaba llevarle el desayuno y luego pedirle que fuera mi novia. Aunque no estaba muy seguro de lo que me iría a contestar, no me rendiría. Ella ya sabía que era malditamente insistente. Igual a Alice. Sonreí y negué con la cabeza de nuevo al recordar a la niña.

—¡Mierda! —maldije en voz alta una vez que tenía las cosas de Starbucks en la mano. Y comencé a caminar rápido para la casa—. Soy imbécil.

Habían pasado dos horas y, seguramente, ya habría despertado. La había dejado sola en la cama, no había pensado en el caos que sería si ella se despertaba y yo no estaba allí. Mierda. No lo había pensado y no quería pensar en lo que pasaría si se despertaba. Lo que pasaría si ella se llegara a sentir de la misma manera que con su exnovio. No debí dejarla sola.

Naly

Abrí los ojos y me incorporé de golpe al no sentir a nadie a mi lado.

—¿Hal? —susurré yo inútilmente. Sin respuesta— No está —susurré para mí misma.

Me levanté sintiéndome mal, no debería hacerlo, posiblemente, solo estuviera en el baño o en la cocina. Quién sabe. Pero la situación se me hacía tan familiar, el hecho de despertarse sola cuando no querrías hacerlo, me era tan familiar que dolía. Me tapé con la sábana y fui hasta mi cuarto. Me vestí y bajé a la cocina esperando

que Hal estuviera allí, no estaba, tampoco en el baño ni el comedor. Ni siquiera estaba en ninguna de las habitaciones de sus hermanos, ya que ellos dormían.

Bajé al comedor y vi que las llaves de Hal no estaban en la mesa. Se había ido. ¿A dónde? ¿Por qué?

Me senté en el sofá subiendo las piernas de manera que podía apoyar mi cabeza en mis rodillas.

No.

«No puede ser».

Mi primer pensamiento estuvo relacionado con el arrepentimiento. Quizá se había arrepentido de hacer el amor conmigo o no lo había sentido de la misma manera. Tal vez sí me quería y solo estaba asustado del amor, o solo me había mentido para lograr su objetivo inicial, insistiendo hasta estar entre mis piernas.

«Te espero en mi cama».

«Caerás, como lo hacen todas».

Todas las palabras y gestos se reprodujeron en mi mente como una pesadilla. Él solo quería follarme, desde el primer momento, y ahora que lo había hecho, ya no necesitaba nada más. Lo peor era pensar que realmente había creído que me amaba, y me había permitido confiar en él, contarle mis penas y entregarle mi corazón. Pensé que había cambiado, pero no, no lo había hecho.

Las personas no cambian, eso es un hecho.

Un sentimiento de odio me invadió por dentro y lo único que fui capaz de hacer fue llorar. Las lágrimas saladas mojaron mis mejillas, mis labios, mi camiseta; como un río cuando baja de una montaña, con rapidez.

Posiblemente estaba montando un drama demasiado grande y exagerado de la situación, pero no me importaba eso. No me importaba nada.

Escuché la puerta abrirse y aguanté los sollozos, segundos más tarde vi a Hal de pie en la entrada del comedor. Lucas me miró de la misma manera aquel día.

—Naly... —dijo—. No llores.

No le hice caso, aparté la mirada y hundí la cabeza en mis rodillas. Él dejó una bolsa en el suelo y se acercó a mí. No lo miré.

—Lo siento —estaba mintiendo, como Lucas.

—Te odio —las palabras se escaparon de mis labios, pero no me arrepentía de decirlo porque eso era exactamente lo que estaba pensando en ese momento.

Hal suspiró y se quedó callado un par de minutos.

—¿Qué he hecho? —vi la angustia en su mirada, pero la ignoré.

—Lo sabes a la perfección.

—No —contestó.

—Te odio, eres un imbécil, y encima tienes la cara de no aceptarlo.

—Pero, *ladybug*...

También ignoré su apodo cariñoso, ¿pretendía hacerme más daño?

—¿Sabes qué? Yo te lo he contado todo, tú solo me has mentido y luego te has ido.

—No es verdad —contestó él.

—Sí, que lo es. ¡Déjame! —sollocé. No quería alejarlo de mí, pero me estaba haciendo mucho daño.

Estaba perdiendo los estribos, mi corazón iba más rápido de lo normal y comenzaba a sentir que me faltaba el aire en los pulmones.

—No voy a hacer eso.

—Cállate —me levanté y él me agarró del brazo, haciendo que le mirara.

Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, me mantuve lo más seria posible.

—No sé qué te pasa, pero solo he ido a por el desayuno. Venga, tranquilízate — agarró la bolsa del suelo y sacó un vaso para llevar— te he traído un capuchino. Encima tenía la cara de reírse de mí. Fruncí el ceño, agarré el vaso y saqué la tapa.

—Toma tu capuchino —dije tirándole el líquido por encima. Él abrió los ojos de par en par y luego apretó los labios.

—¿Se puede saber qué te pasa?!

—¡Tú! Tú eres lo que me pasa. Te odio. Acostarme contigo fue el mayor error de toda mi vida. Solo quiero que lo olvides todo y actúes como si nada hubiera pasado. Tú y yo nunca hemos estado juntos —aquel fue el momento clímax. Ya se lo había dicho, ya no había vuelta atrás. Ni siquiera sabía de qué estaba intentando protegerme, si de Hal o de mí misma.

Hal se tensó y me soltó el brazo.

—¿Lo dices en serio? —aquella fue la primera vez que vi dolor en su mirada, sin embargo, no me lo creí. «Bonita actuación, Bradley»— Me dijiste que me querías hace menos de veinticuatro horas.

—Ahí está el asunto, dije, pero no puedo decir lo mismo ahora.

—Mientes otra vez.

—No miento, esto es en serio Hal, quiero que hagas como si no existiera. Te odio —me di media vuelta subiendo las escaleras mientras él me miraba. No quería seguir ahí, no quería seguir sintiendo que me desgarraban el alma.

—Pero yo te quiero —Mentiroso.

—Si me quieres me dejarás en paz.

Hal no dijo nada más, ni yo tampoco. Escuché como golpeaba la mesa y maldecía sin descanso, incluso, creí escucharlo llorar. Él seguía con su teatro, no iba a creerle esta vez. Subí hasta mi cuarto y cerré la puerta, me deslicé por ella hasta quedar sentada en el suelo. La situación me superaba, una vez fue suficiente para que me volviera a pasar de nuevo.

—Yo sabía que esto no iba a acabar bien —dije para mí misma antes de que los sollozos volvieran a dominarme y sintiera un enorme vacío de rabia e impotencia en mi interior.

CAPÍTULO 21

Naly

—Naly, ven —Amanda asomó la cabeza por mi cuarto— Mis padres han llegado.

Me acomodé el cabello nerviosa. ¿Qué dirían de mí cuando vieran que solo hablaba con Edward? ¿Qué, últimamente, no era muy bienvenida entre los trillizos? Porque después de pelearme con Hal, odiar a Welsey también y tener a Edward en mi contra porque su hermano había vuelto al alcohol; las cosas no iban del todo bien, nada bien.

No era que Edward no me hablara, de hecho, conversábamos mucho en el trabajo. No obstante, podía notar su molestia y cómo cambiaba de tono cuando Hal entraba en la conversación. En su opinión, Hal no me había engañado y yo había sido la única que rompió corazones. No le creía, porque era obvio que defendería a su familia y no a mí.

Lo único bueno era que tenía trabajo, pero la mitad de las horas las compartía con Hal y era muy difícil sobrellevar la tensión cuando debías poner buena cara. Nuestras conversaciones se limitaban a los pedidos de los clientes y, en alguna ocasión, simplemente se lo escribía. Alguna vez lo había notado mirándome con cautela y negando con un gesto cuando me percataba de su mirada. Estaba comenzando a pensar que Edward tenía razón, pero no quería creerlo, así que seguía con mi idea.

Por otra parte, el trabajo no era tan malo como pensaba que sería, es más, me gustaba. Me di cuenta de que en ese momento lograba desconectar de todo y solo centrarme en servir, como si estuviera jugando.

Me puse bien la camiseta y me miré otra vez en el espejo antes de salir de mi habitación nerviosa.

Fui al comedor y me encontré a Amanda sentada en el sofá, mientras que Welsey abrazaba a un hombre y Hal a una mujer, Edward solo observaba.

Miré a Hal y aparté la mirada de golpe cuando volteó, sus ojos se cruzaron con los míos, me dolía no tenerle a mi lado y, más aún, sentir que le echaba de menos.

Edward separó a Hal de su madre.

—El niño de mamá ya ha demostrado lo mucho que ha echado de menos a su mami —Su madre negó con la cabeza divertida. Era hermosa, no era extraño que sus hijos fueran tan guapos. Edward abrazó a su madre y ella correspondió—. Mamá, esta casa te necesitaba.

—A ver si el niño de mamá vas a ser tú —se burló Hal antes de que su hermano le diera una patada en la espinilla— ¡Auch! —se quejó.

—Calla, petardo —dijo Edward.

La madre se deshizo del abrazo y miró seriamente a Edward.

—Eddie —dijo ella— Cuidado como hablas.

—Mamá, mamá, mamá, he echado de menos que me dijeras eso —respondió divertido para abrazar de nuevo a su madre. Ella rio y luego se separó de su hijo.

Me mordí el labio y la mujer, de la cual aún no sabía el nombre, se acercó a mí. Tragué saliva nerviosa sintiéndome, por primera vez, una extraña en el hogar de los Bradley. Por unos segundos solo quise desaparecer, ya que solo quería agradarle, y presentía que no iba a hacerlo.

Ella me sonrió amablemente e imité el gesto mirándola a los ojos.

—Hola —saludó—. Tú debes de ser Naly, ¿cierto?

—Sí —contesté con una sonrisa—. Encantada.

—Soy Anne, la madre de estos torbellinos —dijo ella divertida—. Los tres me han hablado muy bien de ti, ¿sabías?

Aquello me sorprendió. ¿Los tres? Me pareció algo muy extraño, pero no dejé que se notara hasta que volvió a hablar:

—Sobre todo Edward —dijo bajito y abrí los ojos como platos.

—¿Edward? —pregunté incrédula y ella asintió divertida.

Eso sí que era raro. Al final resultaba que el caballero oscuro me iba alabando con su madre. Eso era todo un mérito.

—Sí —dijo ella—. Puede ser muy cariñoso —hizo una mueca—. Pero eso pasa tan pocas veces que puedes contarlas con una sola mano.

Ella miró a Edward y yo hice lo mismo. Él frunció el ceño en respuesta al no entender qué sucedía y me eché a reír.

—¿Me ves cara de payaso o qué te pasa? —se quejó y Anne se rio también.

—No, no —contesté.

Después el padre de los trillizos fue quién se presentó. No se parecía en nada a sus hijos, era rubio y tenía el pelo corto, regordete y con gafas, se llamaba Robin. Eran muy agradables y, aunque Anne pareció darse cuenta de la incomodidad y tensión que yo tenía con Hal, el odio que Adriana me tenía, y lo poco que Welsey y yo nos dirigíamos la palabra, no dijo nada. Cosa que agradecí. No sabía cuánto tiempo iba a aguantar así en esa casa.

—Welsey ven a la cocina, quiero hablar contigo —dijo Anne y el chico asintió mientras Adriana lo seguía— A solas —la chica se detuvo y volvió a sentarse en el sofá.

Welsey no rechistó, caminó hasta la cocina y entró cerrando la puerta.

—¿Por qué le llama? —preguntó Edward curioso.

—No lo sé —dijo Hal—. Vamos a cotillear.

Los dos se levantaron como dos niños pequeños.

—Eh —dijeron Amanda y Robin al unísono—. Quietecitos.

—Pero que yo quiero saber de qué hablan, coño —se quejó Edward.

—No es asunto tuyo —dijo Amanda y su padre se levantó diciendo que iba a darse

una ducha, dejándonos a todos solos en el salón.

Edward, haciendo un gesto de pasotismo subió las escaleras y se encerró en su cuarto de nuevo. Su guarida, eso tenía que ser, porque se pasaba el santo día ahí metido si no estaba trabajando o en la universidad.

—Yo creo que este se pasa el día masturbándose en su cuarto —dijo Hal pensativo y Amanda soltó una carcajada mientras yo hacía el esfuerzo de seguir mirándole con seriedad. No iba a reírme de su broma. ¿Por qué eres tan complicado Hal? — Porque tanto mal humor no es normal. Y que esté tanto tiempo encerrado tampoco.

—¡Hal, te he escuchado! —gritó Edward desde arriba.

—¡Es verdad! —exclamó Hal.

Edward no contestó y, enseguida, Adriana imitó los pasos de Edward y se fue. La situación se volvió muy incómoda y me pareció increíble que solo hubiera pasado una semana cuando se me había hecho una eternidad. Miré a Hal e hizo lo mismo, no sabía cómo explicar lo que me venía a la mente. Quería seguir alejada de él, pero también quería aclarar las cosas y saber si Edward tenía razón y solo sufríamos por mi culpa.

Me levanté y subí a hacer deberes. Estaba repasando los apuntes, y no lograba concentrarme, sentía todo muy silencioso. Como si faltara algo en el ambiente o... Alguien. Me removí en mi asiento murmurando en voz baja y volvía a intentarlo. No podía, me era imposible estudiar si no tenía a Hal tumbado en la cama diciendo tonterías. Me había acostumbrado a él y durante toda la semana, prácticamente, no había estudiado nada. Mierda.

Necesitaba compañía, así que pensé en Edward. Me levanté y salí del cuarto decidida a entrar en el del chico. No tenía otro

con quien ir y quería preguntarle porque le había hablado bien de mí a su madre, me picaba la curiosidad, decidí, sujetando mis libros y apuntes, abrir la puerta y entrar sin pedir permiso.

—Se toca la puerta antes de entrar —dijo Edward que estaba sentado en su cama

con el bloc de dibujo apoyado en las piernas. Ignoré lo que decía y me senté en la silla y dejé los libros en el escritorio.

—Hola —dije y me giré a intentar estudiar algo.

Él soltó una carcajada ahogada que me dejó perpleja.

—¿Qué haces?

—Estudiar.

—En mi cuarto —afirmó, aunque sonó como una pregunta. Se estaba riendo de mí.

—Sí. Ahora tienes que explicarme tu vida y yo hacer como que te escucho. Si no, no puedo estudiar —volteé hacia mis estudios.

—Oye, que yo no soy Hal.

—Lo sé.

—Pues vete.

—No —me volví a girar para mirarlo— ¿Por qué le has hablado bien de mí a tu madre? —solté de sopetón.

Él frunció el ceño y dejó el lápiz encima de la cama para coger otro y seguir trazando. Volví a mis apuntes y comencé a leerlos, a la espera de una respuesta.

—¿Edward? —lo volví a llamar.

—Dime.

—Te caigo bien —dije—. En el fondo te caigo bien.

—Muy al fondo —contestó y me di por satisfecha.

—¿Te importa que me quede aquí? —pregunté minutos más tarde, al notar su mirada en mi nuca.

—Sí, vete —dijo, arrugué los labios haciendo una mueca. No podía ser más borde, porque si no sería algo criminal—. Es broma —dijo, cambiando de tono— Quédate.

Sonreí y seguí estudiando. Él no habló, era un chico de pocas palabras, pero su presencia me ayudó a mantener el estudio.

Edward

—¿Qué dibujas? —preguntó ella sin levantar la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa? —dije sin pensar.

No dijo nada más y yo tampoco, al menos por un rato. Justo el tiempo que tardé en acabar el dibujo de ella. Me quedé mirando el dibujo, satisfecho con el resultado.

—¿Esa soy yo? —escuché a ella decir a mi lado y me sobresalté.

—Joder, no hagas eso —me había asustado.

—¿Soy yo? —siguió preguntando.

No podía decirle que era ella, sería avergonzarme a mí mismo.

—Es una persona de espaldas —expliqué.

—Soy yo y es una chica.

—¿Qué te hace pensar que es una chica?

—Tiene el pelo largo.

—Hay hombres con el pelo largo —le llevé la contraria.

—Ay, Edward, ¡soy yo! —ella estaba convencida y razón tenía para estarlo.

—Vale, sí.

Al final tuve que admitirlo, la había dibujado, no era la primera vez. Tenía decenas de dibujos de ella escondidos en mis cajones, desde hace dos semanas solo podía trazarla a ella. No entendía qué estaba pasando conmigo.

Sus ojos brillaron de emoción.

—No puedo creerlo, ¡me has dibujado! —exclamó— ¿Estás bien, Eddie?

—Estoy bien —dije impasible, sin quejarme del apodo.

—Ay, me encanta —estaba emocionada, no esperaba que se me lanzara encima a abrazarme, literalmente.

Me quedé paralizado mientras la chica me abrazaba. Y no por el hecho de que me abrazara, sino porque no sentí rechazo hacia el gesto, es más, sentí todo lo contrario y no pude hacer más que maldecir en mi mente.

«Joder».

¿Desde cuándo me gustaba a que alguien me abrazara?

«¿Y ahora qué hago?» pensé. «¿Le hablo o me quedo callado?».

Me quedé callado y no correspondí al abrazo, aunque tampoco la aparté. Cuando ella lo hizo, se apoyó en mi hombro y me observó dibujar.

Comencé un dibujo nuevo, debía inventarme algunos paisajes con perspectiva para la clase de dibujo. No me gustaba mucho la perspectiva, pero trabajar en ella era muy importante.

—Edward ven a... —alguien abrió la puerta del cuarto, pillando la escena. Hal, para mi desgracia fue Hal—. Ven a cenar.

Mis ojos se encontraron con los de Hal, justo cuando Naly se separó de mí, pero él se fijó en la chica, quién le mantuvo la mirada unos segundos. Sus expresiones fueron muy diversas, ella por su parte, se mantenía serena, pero él oscureció un poco su mirada.

—Ya voy —dije.

Hal frunció el ceño y salió del cuarto dando un portazo. Naly suspiró.

—¿Por qué no paráis ya con esto? Es muy molesto —le dije.

—No estamos haciendo nada, aparte de no hablarnos.

—Pero es que no os habláis por una tontería. Mi hermano anda llorando por ti, y tú vas llorando porque no te quiere. ¿No crees que es de tontos?

Ella suspiró.

—Me arrepiento de haberme acostado con él —dijo.

—No me lo creo —contesté.

No iba a mentirle para darle la razón, no me lo creía en absoluto y sabía que todo era una tontería que se había montado ella. Quise rebatirle, pero se levantó.

Naly

Agarré el pomo de la puerta, pero no lo giré, me quedé quieta.

¿De verdad me arrepentía? De repente no lo sabía, Edward

había deshecho mis ideas. Aquella noche fue la más especial de mi vida, y los días anteriores a ella también. ¿Había sido yo la única en entrar en pánico? Él estaba feliz y yo confusa. Él fue a comprarme el desayuno y yo se lo tiré encima. Se suponía que él era el desastre de los dos, y resulté ser yo. Entonces, comprendí por qué los huracanes llevan nombre de personas.

Le estaba dando muchas vueltas al tema de Hal y no quería hacerlo. Porque, aunque existiera la mínima posibilidad de que no me hubiera mentido, también estaba la realidad de que él no había intentado explicarme nada.

Bajé con Edward detrás de mí hasta el comedor para descubrir a Wade, Lottie, Amanda, Anne, Robin, Hal y Welsey sentados en la mesa y esperando por nosotros. Pero, ¿Qué hacían Lottie y Wade en casa? ¿Cuándo habían llegado?

—Hola —Lottie me saludó con una sonrisa.

—Hola, Lottie —saludé—. Hola, Wade.

Edward se sentó entre Welsey y Hal, y yo en el único sitio que quedaba libre. Entre Hal y Wade. Genial, parecía que alguien lo había hecho a propósito.

Anne me miró y le sonreí al sentarme. No quería sonreír en absoluto, no estaba de ánimo, y menos aún al notar la sonrisa pícaro de Hal. Me miró y no entendí qué sucedía con él. Hacía unos minutos me había mirado mal por verme con su hermano. ¿Me sonreía? ¿Después de una semana sin hacerlo? Mira que llegaba a ser raro.

Comencé a comer en silencio, deseando poder irme de ahí lo antes posible. Todos conversaban animadamente y yo estaba ajena a toda voz. Me concentré en mis verduras salteadas y casi me atraganté al sentir una mano viajar por mi muslo. Justo en ese momento Anne me llamó para comentarme que había hecho la lasaña de segundo plato sin gluten. Le di las gracias y después volteé ligeramente hacía Hal, que subía su mano por mi muslo y seguía comiendo tranquilamente.

Le aparté la mano y se inclinó hacia mí fingiendo coger aceitunas.

—¿Crees que vas a poder substituirme? Eres mejor que eso, Naly. Deberías reaccionar —me susurró.

—Déjame —murmuré resentida, pero fingiendo que nada sucedía.

—Tú estás destrozando lo nuestro, no yo, *ladybug*.

«¡Cállate!» grité mentalmente «¡No me llames así!».

No le contesté y volvió a ponerse bien en su asiento. Nadie nos prestaba atención, por lo que él volvió a acariciar mi muslo y no estuve muy segura si me arrepentía de haberme puesto falda. Había extrañado su toque, pero me sentía avergonzada de mí misma.

Le dediqué una mirada asesina y seguí comiendo. Hal trasladó sus caricias del exterior de mi muslo al interior, acercándose a esa zona prohibida. Moví la pierna dándole un golpe, pero solo recibí un apretón en el muslo. Entonces sí que maldije llevar una falda, ya que la levantó y llevó su mano hasta mi ropa interior. Suspiré nerviosa por lo mucho que me gustaba que me tocara, pero a la vez no quería que lo hiciera. ¡Aquel no era el sitio! Bajé la mano que tenía libre y busqué la suya para darle un golpe. Él, como respuesta, agarró mi mano y la entrelazó con la suya.

La madre de ellos me miró y me sonrió, hice lo mismo intentando que no notara que su hijo me estaba toqueteando por debajo de la mesa. No quería chillar, no quería pegarle a Hal e insultarlo porque sus padres estaban ahí, y me daba vergüenza; y el muy cabrón, se estaba aprovechando de eso.

Hal cogió mi mano fuerte, haciendo que yo no pudiera controlarla. Enlazó su

dedo corazón con el mío y levantó le tela de mis bragas. ¡Oh, Dios!

—Hal —susurré casi inaudible, advirtiéndole.

No me contestó con palabras, pero si lo hizo con sus dedos, introduciéndolos en mí., no solo su dedo, sino también el mío que se encontraba pegado al suyo. ¡Oh, Dios mío! Intenté deshacerme de su agarre, pero no pude. Declaré ese momento como el más incómodo de mi vida ¡Qué sus padres estaban ahí! Y yo estaba enfadada con él, pero me excitaba la situación.

No quise voltear hacía Wade y temía que se hubiera percatado del espectáculo, pero lo hice y, para mi desgracia, se había dado cuenta.

—¿Qué te pasa Wade? ¿Por qué llevas cara de horror? —preguntó Lottie al ver la expresión de su novio.

Él vaciló y miró a Hal que seguía comiendo con su mano libre, como si nada pasara, como si no me estuviera masturbando por debajo de la mesa. Iba matarlo por esto.

—Nada —contestó el rubio—. Es que me estaba preguntando si... si... —se puso pensativo y todos lo miramos— ¿Soy el único novio que has tenido?

Lottie frunció el ceño.

—No— aclaró Edward y todos le miramos.

—¿Y tú como lo sabes? —preguntó Wade.

—Ella lo dijo —añadió Hal.

—McGregor se llamaba ¿No? —dijo Edward.

Hal siguió su juego y me mordí el labio para no gemir. Las sensaciones que me estaba provocando eran las más intensas que había percibido nunca.

«¿Por qué tienes que ser tan bueno en esto, Hal?».

De vez en cuando Wade bajaba la mirada hacia nosotros y luego la apartaba escandalizado. Pobre, pensé.

—¿McGregor? —dijo Wade— ¿Quién es ese? ¿Y qué clase de venganza es ese nombre?

Lottie soltó el tenedor y me miró con los ojos abiertos. «¿McGregor?» leí en sus labios y asentí. Ella les dijo eso a Hal y a

Edward cuando los encontramos comprando ropa en la tienda, cuando le quemaron el cuarto a Welsey.

—Em... McGregor —empezó ella—. Era mi novio, sí.

—¿Pero por qué no me lo dijiste? —preguntó, y su tono sonó escandalizado. No sabía si era por el hecho de saber que su novia tenía un novio de quien él no tenía conocimiento, o por el hecho de que Hal me estaba masturbando por debajo de la mesa y lo estaba viendo. Oh Dios mío, que Wade lo estaba viendo.

¡Qué vergüenza!

Sentía unas cosquillas en la parte inferior de mi barriga cada vez que Hal movía los dedos con más rapidez. Como no parara, iba a acabar mal. Y tenía la sensación de que mi labio acabaría sangrando de tanto que lo mordía.

—Pues, no sé —dijo Lottie.

Suspiré cuando Hal sacó sus dedos de mí y soltó mi mano. Lo miré y pude ver su expresión de satisfacción. Maldito y descarado Hal Bradley, en aquel momento mi enfado aumentó, no solo se había aprovechado de la situación y me había provocado la mayor excitación sexual de mi vida, sino que, además, iba a dejarme con ganas, echándole de menos y preguntándome qué era lo que debía pensar. ¡Sí de verdad me quería debió haber intentado hablar conmigo! No entendía nada.

Hal

Estaba tumbado en la cama mirando al techo, más que nada, esperaba dormirme dado que no había descansado nada la noche anterior. Naly estaba en mi cabeza a cada momento, era como una enfermedad para la que no hay cura, y no podía saciarme de mis demonios sin pensar en ella.

Lloré. Lloré por dos noches, y no me avergonzaba decirlo. Siempre había escuchado hablar de lo doloroso que es el mal de amor, pero nunca hubiera imaginado que me sentiría como si flotara en una caja invisible. Me tenía prisionero y apenas podía respirar.

Creí que seríamos infinitos y acabamos siendo un instante.

Aquel era el peor de todos mis pensamientos, me gustaría hacer de ese instante algo más duradero, pero había perdido las ganas de luchar por ella y solo me quedaba lamentarme.

Ni siquiera sabía qué me había pasado en la mesa, cuando la había masturbado. Necesitaba tocarla y lo había hecho, sin siquiera pensarlo.

—Hal, tú tienes algún problema mental —dijo Wade que estaba sentado en la cama—. Pero un problema serio. ¿Cómo se te ocurre? Yo no quería verlo. ¡No quería! —se quejó cerrando los ojos y poniendo tono de niño pequeño—. Me has traumatizado. ¿Acaso intentabas que ella volviera contigo?

Suspiré.

—No, solo... —hice una pausa ¿Por qué había hecho eso a la hora de comer? Ni yo lo sabía, pero, por muy pervertido que sonara, me había gustado. Pero es que toda ella me gustaba—. Solo tenía ganas.

—Dios mío —dijo Wade y comenzó a reír— Tenías ganas de masturbarle y te da igual cómo y dónde.

—Pues sí —me encogí de hombros.

La puerta de mi cuarto se abrió y Edward entró.

—Hola, maricón uno —me miró—. Maricón dos —volvió su atención a Wade—. Me aburro.

—Yo también —dijimos los dos a la vez.

Vi a Welsey en la puerta de mi cuarto también.

—Hola —saludó—. Me aburro.

Welsey se acercó a la cama y se tumbó.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Wade.

—La estás haciendo —dijo Edward.

—Otra —dijo Wade riendo.

—Sí —respondí.

—Vale, será una pregunta rara —dijo— ¿A quién de vosotros le gusta Naly?

—A mí —dije, pero me incorporé de golpe al oír que mis dos hermanos decían exactamente lo mismo que yo. ¿Desde cuándo...?

—Vamos finos —canturreó Wade riendo—. Uno con novia, el otro pervertido y el otro odia a todo el mundo. Pero los tres por la misma chica.

—Cállate, Wade.

—Welsey, pero tú tienes novia —le dije a mi hermano, aún no lo entendía. Pensaba que ya se había decidido.

—Pero a ver —dijo Edward—. No te pueden gustar las dos por igual.

Asentí, Edward tenía razón, era imposible que Welsey quisiera a las dos por igual, lo que le pasaba era que no sabía lo que quería y, de vez en cuando, pensaba saberlo, pero luego se daba cuenta de que seguía como siempre.

—Dejadme, yo sé de qué hablo —dijo Welsey—. Y esa no es la cuestión así que no me cambiéis de tema.

—Pues no te dejas en paz porque no me sale de los cojones —le contestó Edward—. Parece que vives dentro de un pinball y eres la bola, rodando como loco a ningún sitio.

Welsey se molestó, pero todos estallamos en carcajadas.

—Lo siento —se disculpó el rubio—. Pero es que esto es de chiste.

—A ver —dije y me incorporé—. Es mía, por si no ha quedado claro ya.

—Pero si te odia —me dijo Edward.

—Eso es mentira —declaré—. Ella odia a Welsiny.

—¿Welsiny? —preguntó Wade y Welsey frunció el ceño.

—¿Has dicho Welsiny? —preguntó Welsey desviándose del tema.

—Sí —asentí— ¿Te gusta?

—No —contestó mi hermano.

—A mí me gusta —declaró Edward—. Parece nombre de gato —se giró mirando a Welsey— ¡Welsiny! ¡Hey, Welsiny! ¡Ven

aquí Welsiny, minino! ¡Ven aquí gatito bonito! —siguió Edward, haciendo ver que llamaba a un gato a la vez que miraba a

Welsey, quien lo mataba con la mirada— ¡Welsiny! No me mires así que no te doy de comer.

—Gilipollas —Welsey le insultó, a lo que Edward dejó de reír.

—Hal, tu gato me está retando —dijo aún cachondeándose—. Relaja a la fiera.

Tanto Wade como yo estallamos en carcajadas al ver la cara de rabia de Welsey. Edward nos miró impasible y se encogió de hombros.

—Yo no le encuentro la gracia —dijo Welsey.

Negué con la cabeza de nuevo y Edward rio también. Aquel era un momento extraño, dado que, normalmente, estaríamos peleando en una situación parecida pero, en lugar de eso, estábamos riendo.

Me quedé mirando un punto fijo en la pared y entrelacé mis manos, apoyándolas en mi estómago e intentando imaginar que con quien lo hacía era con la chica que ocupaba mi mente y no conmigo mismo. Triste, ¿verdad? No me gustaba hacer esto, no me gustaba que mi subconsciente imaginara cosas sin que yo pudiera hacer algo en contra de ellas.

No había hablado con ella, pero no porque de verdad fuera a dejarla en paz, sino porque quería ver si ella hacía algo al respecto, cosa que, por lo visto, tenía claro que no iba a hacer por nada del mundo. A veces, eso llegaba a dolerme. ¿Por qué

tenía que ser yo el que perdiera todo su orgullo y cambiara, cuando ella no movía un solo dedo por mí? ¿Por qué tenía que ser yo el que fuera tras ella cuando no había hecho absolutamente nada al respecto? Eso no era justo. Y para colmo, ella iba dándose cariñitos con mi hermano, mientras yo, por comprarle un puto café, ya estaba haciendo el mayor de los delitos. Peor aún cuando hablaba con una chica, ahí era el mayor de los mujeriegos.

Eso no era así y ella lo sabía, así que si, de verdad, me quería, reaccionaría y vendría por mí.

—¡Hal! —la voz de los tres chicos llamándome me sacó de mi nube.

—¿Qué?! —me sobresalté.

—Estás embobado —dijo Welsey.

—Pero eso no es algo nuevo, Welsiny —dijo Edward y Welsey lo fulminó con la mirada. Vaya par.

Edward me molestaba con sus comentarios, siempre estaba atacándome y me daba muchísima rabia, sobre todo porque yo no le buscaba los males de esa manera.

Welsey

Hal frunció el ceño, claramente molesto ante el comentario de nuestro hermano, rodó los ojos y luego me acomodé las gafas. Me levanté decidido a irme y los chicos me miraron.

— ¿A dónde vas Welsiny? _preguntó Edward.

«Asqueroso cotilla».

—Fuera —dije y los chicos asintieron.

Salí del cuarto de Hal y bajé al comedor donde estaba mi madre sentada en el sofá mirando la tele con Amanda. Ellas me miraron y me senté al lado de mi madre. Ella me dio un vistazo, pero volvió al televisor enseguida, esperando el momento perfecto para comenzar a bombardearme de preguntas.

Estaba harto de que todo el mundo me cuestionara cosas, me dijera que hacer, me juzgara, cuando yo mismo estaba hecho un lio, y todas esas cosas solo hacían que me agobiara. No podía negar que aceptaba que ellos pudieran estar preocupados, pero yo ya era lo suficiente maduro para llevar las riendas de mi vida, por muy confuso que estuviera.

—¿Qué tal, Welsey? —preguntó mamá, sin apartar la mirada del televisor.

—Bien.

—¿Has pensado ya en lo que te dije?

—Sí.

Me había preguntado la razón de mi cambio de imagen, ya que a ella le daba la impresión de que cambiar mi exterior para agradar a los demás solo me hacía perderme a mí mismo. Yo no opinaba lo mismo, pero me dijo que yo tenía que ir como a mí me gustara y como me sintiera mejor, no como la sociedad me dijera. Tenía razón, no podía negarle que me sentía más a gusto con mis prendas estiradas y anticuadas. Pero las nuevas me aportaban una seguridad que las otras no, a lo que ella rebatió que la seguridad debía estar dentro de mí, y no fuera; solo tenía que sacarla y, entonces, nunca más importaría que llevara puesto para creer en mí mismo.

También comentó algo sobre Adriana, diciéndome que no podía quedarse en casa porque no había sitio para ella. Y, después de darme la charla sobre el sexo, me dijo que no quería que durmiéramos juntos en casa, cosa que me molestó mucho, pero era su casa y debía obedecer. Sin embargo, no me parecía bien que Adriana tuviera que marcharse, su situación familiar era muy peligrosa para ella, y quería mantenerla a salvo, por eso es que quería volver a hablar con mamá sobre el tema.

—Mamá, no quiero que Adriana se vaya —le dije—. No tiene una buena situación familiar.

Mamá suspiró.

—Welsey, no tenemos sitio en casa.

—Dormiré en el sofá —sugerí—. A mí no me importa.

—No vas a dormir en el sofá.

—Mamá, ¿por qué no? ¿Qué más te da? No es seguro para ella volver a casa y no va a molestar.

—No molesta.

—¿Entonces?

—No me parece bien tener a alguien en casa si su familia la está esperando. La he escuchado hablar con su madre, Welsey.

Aquello me pilló por sorpresa, ¿su familia la estaba esperando? No lo entendía. Quizá extrañaba a su madre, pero estaba segura de que no quería volver a casa. Su hermano estaría esperando con el puño en alto. ¿Qué pasaba por su cabeza?

CAPÍTULO 22

Naly

—¿Edward! —llamé al chico que estaba a punto de salir de casa— Voy contigo en el coche.

Él frunció el ceño y se giró hacia mí.

—¿Quién te ha dicho a ti que puedes auto invitarte a mi coche? —me preguntó.

Rodé los ojos e ignoré su pregunta pasando por su lado. Con Welsey no iba a ir y con Hal tampoco. Así que era más que obvio que él tendría que cargar conmigo, porque no volvería a coger el metro.

Escuché unos pasos detrás de mí, volteé ligeramente la cabeza y vi a Hal que también salía en dirección a la universidad. No se molestó en dedicarme una mirada, salió por delante de su hermano que se quedó observando.

—Venga vamos— dijo Edward.

Asentí, saliendo de casa por delante de él.

Salimos los tres de casa. Mi atención enseguida fue para Hal, quién caminaba hasta su coche y se metía dentro con tranquilidad. No pude evitar pensar que era guapísimo y lo que me molestó que ignorara mi presencia. ¿Qué narices me pasaba? ¿Por qué ahora tenía la necesidad de verlo a mi lado insistiendo por un poco de atención de mi parte?

Mi conciencia me gritaba que lo echaba de menos, y yo la ignoraba como si estuviera diciéndome blasfemias.

Hal se mordió el labio e, inmediatamente, mordí mi labio inferior sin siquiera darme cuenta. ¡Como deseaba volver a besarlo!

Desaparcó y salió.

—Eh, venga —dijo Edward desde su coche—. Como no vengas me voy.

Asentí y corrí hasta el coche, me subí en el asiento del copiloto, cerré la puerta y Edward salió del aparcamiento. El chico alargó su mano hasta el reproductor de música y encendió la radio, dejando que una melodía, un tanto estridente, inundara el ambiente.

—Oh Dios, Edward —me quejé—. Pon otra cosa.

Alargué mi mano hasta la radio y cambié de emisora, donde la canción *I knew you were trouble* de Taylor Swift calmó mis oídos de ese ruido que Edward consideraba música.

—¡Eh! —se quejó él— ¿Has quitado mi música para ponerme a una tía agonizando? —dijo justo en la parte del «Oh, oh, oh, trouble, trouble, trouble»— ¡Anda, quita esto!

—Oye, que Taylor canta cien veces mejor que esos que me has puesto tú.

—Y los cojones de Mahoma son más grandes que los míos, no te digo yo, quita eso.

—No —me negué a quitar la canción. A mí me gustaba.

—¿No son más grandes? ¿Y tú como lo sabes?

—Me refería a que no quitaría la canción, idiota.

—Tranquila, ya lo quito yo —alargó la mano hasta la radio y yo, por acto reflejo, hice lo mismo para apartársela. Planeé darle un golpecito pero, en lugar de eso, me encontré con nuestras manos entrelazadas, torpemente.

Estaba más que segura de que mis colores subieron cuando me sonrió, le gustaba jugar a reírse de mí. Su toque se me hizo suave y algo fuerte. Un cosquilleo recorrió mi brazo y me di cuenta de que mis alertas habían saltado. Edward me había puesto nerviosa. Y no sabía si era casualidad o simplemente coincidencia, la canción estaba algo relacionada con lo que estaba pasando. ¿Sería Edward un problema?

Retiré mi mano enseguida y me quedé quieta en el asiento sin decir nada. Estaba roja como un tomate, obviamente ¿cómo había podido agarrarle la mano a Edward? ¡Ni más ni menos que a Edward!

Desvié mi mirada para encontrar al chico mirando la carretera con expresión divertida. Él no cambio de emisora cuando la canción cambió, y yo, tampoco lo hice.

Hal

Conduje en silencio hasta el campus, intentando mantener la mente en blanco, aunque me costara. Cuando llegué, aparqué el coche y salí mirando al suelo, no me molesté en buscar compañía, después de todo nadie vendría a saludarme. Entré el edificio y fui hasta donde estaban las taquillas a buscar algunos libros. Vi a Naly con Edward y Lottie al final del pasillo, las dos chicas hablaban animadamente y Edward las observaba.

Volteé y me quedé pensando, por mi cabeza pasaron varias cosas que podrían haber pasado entre mi hermano y la chica. ¿Y si se habían besado? ¿Y si Edward se estaba aprovechando de la situación? Me giré para irme a clase, pero alguien me agarró del brazo impidiéndomelo. Volví a voltear encontrándome con Lottie.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Nada —contesté.

Ella me miró seria.

—¿Por qué eres así Hal? —me preguntó. Alcé una ceja.

—¿Así cómo?

—Así de tonto —siguió ella—. ¿Por qué no le dices que no te aprovechaste de ella? —la pregunta se quedó en el aire porque no contesté— Hal —, continuó— yo sé que no harías algo así. Se poco de ti, eso es verdad, pero sé que no eres esa clase de chico. Serás un perverso, pero no eres un mujeriego aprovechado.

Bajé la mirada, pensativo. ¿Qué iba a decirle?

—Lottie mira, yo no hice nada, no tengo que disculparme.

—Pero díselo, porque ella de verdad cree que tú te aprovechaste, y me apena pensar que lo vuestro puede acabar así.

—¿De qué me sirve decirle algo? Puedo repetírselo quinientas veces y ella seguirá sin creerme.

—Hal —dijo ella al verme hacer una mueca de frustración— Pero si no haces algo, esto se quedará en eso para toda la vida. Un polvo no deseado. ¿Quieres eso? ¿Quieres quedarte con el «qué hubiera pasado si»? — fruncí el ceño ante sus palabras. Tenía razón.

—No, no quiero.

Ella sonrió satisfecha.

—Pues ya sabes.

Naly

Entré a clase y me senté en el lugar de siempre, preguntándome cuanto tiempo tardaría Welsey en venir también. Él no había cambiado de sitio en clase y seguía a mi lado, sin embargo, no me había dirigido la palabra. Cuando llegó, minutos más tarde, vestido con un jersey de lana rojo y unos pantalones algo apretados, me llamó la atención su cabello, lo había re peinado. Sonreí casi sin darme cuenta al ver al Welsey que conocí al llegar a Oxford acercarse a mí y él me devolvió la sonrisa.

—¿Y eso? —señalé su cabello, rompiendo el silencio que había perdurado durante semanas entre nosotros.

Él se encogió de hombros.

—No sé, me apetecía —contestó justo antes de que el profesor entrara a clase y diéramos nuestra corta conversación por terminada.

Dos frases. Por algo se empieza ¿no?

El día se pasó rápido entre clase y clase así que, para cuando llegué a casa, estaba agotada. Bajé del coche de Edward y, con él a mi lado, entré a casa y subí a mi cuarto. No había nadie en casa. Me di una ducha y luego intenté ponerme a estudiar. No sin antes revisar mi móvil y asegurarme de que no tenía ninguna llamada. Suspiré, preguntándome si algún día mis padres se decidirían a dar señales de vida. Abrí el libro y saqué los apuntes, no pude concentrarme, el silencio se me venía encima, como también el ambiente de soledad.

Me levanté y salí de mi cuarto en dirección al de Edward, al menos estar con él me ayudaba a estudiar. Vi a Adriana en el pasillo y aunque nuestras miradas se encontraron, me giró la cara enseguida, la ignoré y toqué en el cuarto de Edward. Nadie contestó. Pensé que quizá no estaría, después de todo, él pasaba mucho tiempo trabajando fuera. Abrí la puerta y, efectivamente, no había nadie. Pensé que quizá estaría en la cocina buscando algo de comer, así que dejé los libros encima de su cama y salí cerrando la puerta. Fruncí el ceño al recordar el comentario sobre su baúl y volví a abrir la puerta. Tenía que comprobar algo. La cerré y me aproximé a la cama, me agaché y metí mi mano debajo de la cama hasta tocar algo de madera. Palpé el baúl y cuando encontré el asa tiré de ella. Me senté en el suelo y puse el baúl de madera frente a mí.

—Joder, el chico. ¡Lo que tiene aquí! —dije una vez había abierto el baúl. Quedé asombrada por la cantidad de dulces y porquerías que contenía. Y me puse a reír preguntándome cómo, mantenía ese cuerpo.

Cerré el baúl y lo volví a poner en su sitio, no sin antes coger un paquete de gominolas.

Salí del cuarto y fui a la cocina a por un vaso de agua. Me serví con tranquilidad y me apoyé en el mármol al beber, justo en ese instante, Anne entró cargada con bolsas; había ido a hacer la compra. Dejé el vaso y me acerqué a ayudarla. Llevaba un vestido azul marino que le llegaba por encima de las rodillas, marcaba su figura, pero no era ceñido, lo que le daba un aspecto sofisticado. Esa mujer sabía vestir.

—Gracias —sonrió— ¿Cómo ha ido el día, Naly? —preguntó.

—Muy bien, aunque ha sido un día como todos. Ya sabes, estudiar, clases, nada más —contesté—. ¿Y a ti cómo te ha ido?

Suspiró, apoyándose también en el mármol como si necesitara coger aire.

—Volver a casa da mucho trabajo —dijo—. Llevo todo el día haciendo cosas en casa y ahora tengo que ir a hacer unos encargos para nuestro restaurante, luego, volver para hacer la cena.

—Puedo ayudarte con la cena —me ofrecí sin pensármelo dos veces, era lo menos que podía hacer.

Ella me sonrió.

—Prefiero que vayas a estudiar. No quiero que suspendas.

—No lo haré —le dije, unas pocas horas sin estudiar no matarían a nadie, es más, me irían bien para desconectar—. En serio, déjame ayudarte.

Ella asintió después de colocar las cosas y pensar entre las dos que hacer de cenar, posteriormente, llegaron los tres hermanos. Me gustaría haber dicho que hicieron de la tarde algo agradable, sin embargo, llegaron gritando por todo lo alto.

—¿Se puede saber qué pasa? —murmuró Anne saliendo de la cocina y yo hice lo mismo, yendo tras ella.

—¡Si no sabes tenerte respeto a ti mismo no es culpa mía, Hal! —gritó Edward, que se encontraba al lado de la puerta.

—Yo me tengo mucho respeto a mí mismo. Pero quizás deberías mirarte tú eso, que no tienes ningún tipo de respeto por nadie. Eres un egoísta —le contestó Hal, que estaba frente a las escaleras y había volteado para enfrentarle.

—¿Yo egoísta? —dijo Edward burlándose de su hermano.

—Mucho. Y te crees que con esa actitud tuya todo el mundo tiene que temerte y hacerte caso como si tú fueras un Dios al que tienen que alabar —Hal comenzó a buscar la herida más dolorosa de Edward para sacarla a relucir y quemarla— ¡Y todo por una chica! ¡Tú sí que eres patético!

—A ver, si me vas a volver a sacar el mismo tema de antes, ¡te juro que te mato aquí mismo, imbécil! —gritó Edward. Me tensé cuando se acercó a su hermano, su rostro se había endurecido y podía ver la rabia sujetando su mandíbula.

—¡Atrévete, venga! —respondió Hal y Edward se abalanzó contra él, agarrándolo de los hombros y estampándolo contra la pared.

Contuve el aire, nunca los había visto tan cabreados. Parecían ciervos, con los cuernos por delante, intentando demostrar cuál era más fuerte.

Noté a Welsey a mi lado y de Anne.

—Llevan así desde la mitad del entrenamiento —informó el chico.

Anne frunció el ceño y se acercó a los dos chicos, sin siquiera preocuparse por la actitud de ambos o temer por meterse en medio.

—¡Ya basta los dos! —exclamó y agarró a los chicos de las orejas como si fueran niños pequeños—. Ya sois mayorcitos para esta clase de comportamiento.

—También somos mayores para que nos agarres de las orejas y tires — se quejó Edward que soltó a su hermano y añadió el fastidio a su expresión.

—Hasta que no te comportes como un hombre no dejaré de agarrarte de las orejas —dijo ella.

Hal no se quejó, ni siquiera se molestó en dirigir la mirada a su madre, sino que lo hizo hacia mí. Mis ojos se encontraron con los suyos y sentí cosquillas en mi paladar, quería hablarle. Quería preguntarle qué había pasado, pero era demasiado temerosa para hacerlo. «Quizá ya es tarde», pensé. Él se mordió el labio y me percaté de que no era la única con palabras que no se atrevía a salir en la punta de la lengua.

«Dilo, Hal, dime lo que tengas que decir».

No dijo nada.

Anne los soltó al ver que los dos paraban y se metió en la cocina murmurando. Reí por lo bajo y la seguí, ignorando el nerviosismo que Hal había hecho correr

por mis venas.

—Eh, Naly —escuché que uno de los chicos me llamaba y me giré para ver a Edward diciendo mi nombre. Lo miré—. Ven un momento.

Vi como Welsey subía las escaleras y Hal seguía de pie al borde de las escaleras, me miró. Me acerqué a Edward, a la espera de que me dijera qué quería, pero él miró a Hal sonriendo de oreja a oreja.

—Mira esto, Hal —dijo e inmediatamente me agarró de las caderas y me pegó a él, prácticamente no tuve tiempo para reaccionar; el ciervo se convirtió en león y me agarró como a su presa, pero en lugar de comerla, la besó.

Su toque era distinto a cualquier beso. Sus labios arremetían con fuerza y su lengua no tardó en pedir atacar mi boca. Aquello era un beso agresivo y excitante, lo demás eran tonterías puras. No sabía lo que estaba haciendo, debía separarlo, pero al igual que siempre me era imposible no dejarme llevar.

Se separó.

Cogí el aire que había perdido debido a Edward. Mi mente se había convertido en un espacio nublado, en el que de repente apareció Hal con su mirada dolida. ¡Oh, Hal!

«Soy despreciable».

—Y ahí estas tú —dijo Edward acercándose a Hal—. Viendo como tu hermano le come los morros a la única chica de la que te has enamorado y, en vez de hacer algo, te quedas callado. Te lo guardas y luego te irás a llorar tú solo, lamentándote y esperando que sea ella la que venga por ti. ¿Pero sabes qué? No lo hará, es más lista que eso. Por eso me das pena, yo al menos luché por lo que quería.

Me quedé sin palabras, sin pensamientos, sin saber qué decir.

Edward miró a su hermano, pero esta vez, noté algo más en sus palabras aparte de burla, crueldad, celos, maldad. ¿Cómo podía hacerle algo así a su hermano? Me había utilizado para herir a Hal, no podía creerlo.

Miré a Hal que tenía los ojos vidriosos. Me acerqué a él con la esperanza de que

algo cambiara. No podía verle así y, más, sabiendo que me quería de verdad. De repente sentí como si algo que llevaba mucho tiempo muerto reviviera en mí.

—Hal —susurré y él negó con la cabeza.

—No —hizo una pausa—. No tenía que ser así.

Se giró y yo lo seguí, mientras él caminaba hacia la puerta de la entrada en silencio, la abrió y salió dando un portazo. Miré mis pies descalzos y corrí escaleras arriba a buscar unos zapatos. No podía dejarlo así, y más cuando todo había sido mi culpa. Mandé su amor a la mierda por miedo, le destruí el corazón por mi propia seguridad, sin pensar en él. Ahora lo veía claro. Había estado tan cegada relacionando todo con mi pasado, pensando que nunca le importaría a nadie, que no me había dado realmente cuenta de que había a alguien a quien sí le interesaba.

Me puse los zapatos y salí corriendo por el pasillo. No sin antes ir al cuarto de Edward para encontrarlo ahí.

—Te has pasado de cruel ¿Es que no tienes sentimientos? —dije yo—. Edward, te juro que nunca imagine que fueras a utilizarme de esa manera. No soy un juguete con el que puedes joder a tu hermano, y tu hermano tampoco lo es para que vayas siempre jodiéndolo.

Salí sin dejar que él dijera nada, cerrando con otro portazo. Bajé corriendo las escaleras y agarré mi chaqueta.

Salí de casa y me puse a correr en dirección al único sitio donde Hal estaría, el parque. Iría y me disculparía sin darle vueltas al asunto, rápido y conciso; claro y alto. Solo tenía que confiar en que quisiera escucharme.

Corrí hasta el parque que estaba cerca de casa, recordé que Hal había mencionado una vez que le gustaba ir allí cuando necesitaba pensar. Cuando llegué, sintiendo que el corazón iba a explotarme o a salirse de mi pecho en cualquier momento, me detuve a unos metros del chico. No sabía si era por la falta de aire por haber corrido hasta allí desde casa, o por el hecho de que estaba a punto de hacer algo que nunca había hecho, pero no recordaba que me hubiese costado respirar en mucho

tiempo.

Miré a Hal, tenía las piernas subidas en el banco en el que estaba sentado. Sus brazos abrazaban sus rodillas y sus ojos estaban rojos, perdidos en alguna parte del paisaje.

Inspiré y me acerqué a él. El chico no hizo señal alguna de notarme, así que volví a quedarme quieta justo a su lado. No aguantaba la situación, tenía que hablar con él antes de que mis labios se sellaran por sí mismos y fuera incapaz de decir palabra alguna. Siempre me pasaba cuando me ponía nerviosa. Abrí mis labios, pero ningún sonido salió de ellos.

«¡Mierda!».

No sabía que decir, las palabras no salían. Llevé mi mirada a sus labios y sentí la necesidad de besarlos. Quería abrazarlo, quería susurrarle cosas al oído, quería verlo sonreír y sentir que por fin había llegado a casa. Pero no me atrevía acercarme. He aquí mi gran dilema. En mi mente le estoy besando, en la realidad solamente miro e imagino cosas.

Me senté a su lado y, por fin, él pareció salir de su nube y me miró. Sentí como un nudo se me formaba en el estómago cuando sus ojos llorosos conectaron con los míos.

«Eres todo un sensible, Hal» pensé con ternura.

Y ese, era el momento en el que yo debía decir algo pero, de nuevo, las palabras no salían de mis labios.

—Lo siento —murmuré sin saber qué decir. Esto no era lo adecuado, pero era lo más sincero.

Él bajó la mirada y suspiró.

—Si has venido a disculparte por lo de Edward, puedes ahorrarte las disculpas — su voz fue casi inaudible. No había la más mínima insinuación de celos o rabia en su tono, solo tristeza.

«Oh, Hal».

—No —dije yo y el volvió a mirarme directamente a los ojos—. No vengo por Edward —me quedé unos segundos en silencio, dejando que nuestras miradas hicieran el trabajo.

No sabía que decir, esta era la primera vez en la cual tenía que confesar mis sentimientos y ofrecer disculpas a la persona que más me importaba en ese momento.

—Hal —volví a decir su nombre y él entreabrió los labios, provocando así, que mis ganas de besarlo aumentaran y mis nervios también. Mis ojos se aguaron debido a lo estúpida y avergonzada que me sentía y por acto reflejo hundí mi cabeza en el cuello del chico antes de abrazarlo. Necesitaba sentirlo cerca— Por favor, Hal. Perdóname —«Aquí me tienes, a tus pies suplicando un perdón, ¿no querías que la chica fuera detrás de ti?» susurré en su cuello. Él se tensó por unos segundos y luego bajó las piernas del banco para dejarme estar más cómoda— Yo, yo —tartamudeé—. Te echo de menos. He sido una estúpida. Tú... no tenías la culpa de nada. Por favor, Hal, yo te quiero —El chico correspondió mi abrazo. Nunca creí que pedir perdón pudiera ser tan satisfactorio y vergonzoso al mismo tiempo—. Lo siento, de verdad, estaba tan cegada preocupándome porque mi pasado no volviera a repetirse que no me di cuenta de lo que tenía. Dije que no iba a dejarte y lo hice. Hal, te quiero, estoy enamorada de ti. Te necesito, perdóname —Él no dijo nada y no podía mirarle desde la posición en la que estaba —Hal, di algo... por favor.

Me agarró de los brazos y me separó ligeramente de él, temí por un rechazo. Pero no lo hizo, en lugar de eso, me miró a los ojos. Los sentí conectar con cada parte de mí, como si a partir de aquel momento él fuera la persona que más sabía de mí. Deslicé mi mirada hasta sus labios y no dudé un segundo más en besarle. Respondió al beso inmediatamente y posé mis manos en su nuca, acercándolo a mí.

Nuestros labios se movían lenta y tiernamente, saboreando el momento, sin prisas. Encontré el amor en sus labios y el momento me pareció más bello que el reflejo de la luna llena en el mar. La sensación de que mi lugar era junto a él se hizo mucho más fuerte que nunca, me di cuenta de que él no necesitaba palabras, él no necesitaba hechos, él no necesitaba nada más que no fueran sus labios para

demostrarme todo lo que me quería. Porque este era su lenguaje, esta era su manera de decirme cómo se sentía y sabía que estaba aceptando mis disculpas.

Nos separamos poco a poco y volvimos a mirarnos a los ojos. Hal estiró su mano y me acarició la mejilla, después sonrió.

—Te quiero —dijo.

Me dio un beso corto en los labios.

—Yo también te quiero.

—Fui un idiota al no explicarte las cosas cuando te calmaste.

—Pero...

—Shh... —puso su dedo índice en mis labios para que callara— Ya está, no pasa nada, no importa.

Volvimos a besarnos y, luego, apoyé mi cabeza en su hombro. Me abrazó y nos quedamos un rato en silencio, no teníamos nada que decir, el momento ya era perfecto en sí.

—Naly —dijo Hal—, yo quería preguntarte una cosa el otro día.

Alcé mi cabeza y lo miré.

—¿Qué cosa? —pregunté.

Lo noté dudar unos segundos y se mordió el labio.

—Mejor vamos a casa y allí te cuento —sugirió e hizo que la curiosidad floreciera en mi interior.

—Hal, dímelo —supliqué y él sonrió negando con la cabeza.

—En casa.

—Vale.

Se levantó, hice lo mismo y, antes de que yo tuviera oportunidad de agarrar su mano, él lo hizo por mí. Sonreí.

La voz de Hal explicándome su día y todos sus pensamientos volvió a llenar mis

momentos. No podía sentirme más feliz.

Llegamos a casa en menos de diez minutos. Hal abrió la puerta sin soltarme la mano y entramos a casa.

—Ya estamos en casa —dije y volteé hacia él—. Dime eso.

—Aún no.

Fruncí el ceño frustrada y el rio. Fuimos hasta el comedor y encontramos a Anne poniendo la mesa, esta levantó la mirada al notar nuestra presencia.

—¿Y eso? —dijo ella con una sonrisa, obviamente refiriéndose a nuestras manos entrelazadas, ambos nos encogimos de hombros y reímos.

—Mamá, nos vamos a mi cuarto —dijo Hal tan tranquilo y noté como me ruborizaba. ¿A su cuarto?, ya eso era muy obvio. Demasiado como para decírselo a su madre con tanta soltura.

—Espera —dijo Anne y temí que fuera a decir algo—. Primero ponéis la mesa y cenáis y luego hacéis lo que tengáis que hacer. Pero primero, la mesa os espera.

Anne nos sonrió y entró de nuevo a la cocina. Miré a Hal y este me miró divertido.

—Pongamos la mesa entonces —dijo él.

Asentí y pusimos la mesa mientras yo me preguntaba por qué su madre no había dicho nada del hecho de que Hal quería llevarme a su cuarto. Y todos, todos, sabíamos que para hablar no era.

—Hal —dijo Anne cuando entramos los dos a la cocina a por las cosas que teníamos que llevar— ¿Qué hacía esta bolsa llena de condones en el armario de la comida? —dijo la mujer alzando una bolsa en alto.

Miré a Hal con los ojos abiertos como platos y este hizo lo mismo.

—¡Ahí estaban! —exclamó.

Anne alzó las cejas incrédula.

—¿Por qué estaban en ese armario? —dijo su madre—. Hal es asqueroso.

—Yo no he puesto eso ahí —contestó Hal.

—¿Y quién lo ha puesto? —dijo Anne— ¿Welsey?

Hal soltó una carcajada y yo hice lo mismo.

—No, Welsey no —contestó—. Ha sido Amanda.

—Mucho más lógico —dijo Anne—. Lo ha escondido Amanda, sobre todo esto ni se lo pone ella. Solo tú, eres un marrano —dijo Anne y le dio un golpe en el culo a su hijo.

—¡Eh! —se quejó Hal.

—Por guarro —le dio la bolsa—. Como vuelva a ver esto en la cocina te los tiro.

—Pero, que ha sido Amanda —dijo él—. En serio.

Ella le dedicó una mirada seria y él, por su parte, se trabajó sus mejores ojitos.

—Anda vete con eso— su madre acabó riendo.

Hal llevó la bolsa a su cuarto. Cuando bajó seguimos poniendo la mesa, luego cenamos todos juntos, como a Anne le gustaba. Una cena muy incómoda, que me hizo recordar la de la noche anterior y de la bronca que tenía que echarle a Hal. Este se levantó cuando acabamos de cenar y yo hice lo mismo, buscando su mano. Miré a Edward y a Welsey que no habían hablado en toda la cena, al igual que Adriana. Qué mal rollo.

Fuimos hasta el cuarto de Hal y en cuanto entramos me miró y sonrió de esa manera que tanta rabia me había dado hacía un tiempo y que ahora me encantaba.

Se acercó a mi mordiéndose el labio y yo retrocedí hasta quedar entre la pared y él. Posó su mano en mi cadera y se apretó contra mí, acercó sus labios a los míos dejándolos a apenas unos milímetros de distancia.

—¿Eres mía? —susurró.

—Soy tuya —me reí por lo raro que sonaba. Esperaba que no se lo tomara literal.

Me besó. Rodeé su cuello con mis brazos y el subió su mano por dentro de mi

camiseta. Me estremecí al notar su tacto y atacé su lengua con mi boca. Hal bajó sus manos hasta mi trasero y me apretó hacia arriba para que subiera en él, rodeando su cadera con mis piernas. Gemí al notar la presión de su sexo con el mío por encima de la ropa. Subí mis manos hasta sus rizos y los acaricié, descubrí que ese era un punto débil del chico al oírlo gruñir levemente en mis labios. Música celestial para mis oídos. Antes de que me diera cuenta, estaba tumbada con Hal entre mis piernas, las cuales seguían enrolladas en su cintura.

Me separé de él y me mordí el labio mientras me deshacía de su camiseta, mi ropa también acabó en el suelo de inmediato.

Sentí su piel contra la mía como una oleada de calor y Hal mordió mi labio inferior. Trazó un camino de líneas circulares imaginarias en mi vientre y subió hasta mis pechos. Los apretó por encima del sujetador y gemí. Volví a bajar mi mano hasta su abdomen y lo acaricié mientras trasladaba mis besos hasta el cuello del chico. Hal metió sus dedos por dentro de mi sujetador y se encargó de sacar mis pezones de ellos, aún sin deshacerse de la prenda. Rodeó ambos pechos con sus manos y jugó usando su dedo pulgar. Gemí de nuevo en su cuello debido al placer que me estaba dando con ese simple toque.

Bajé mis manos hasta el cierre de sus tejanos y los desabroché, desenredando mis piernas de sus caderas para poder deshacerme de ellos, dejando al chico en *bóxers*. Todo para mí, pensé.

Hal buscó mis labios de nuevo, me besó otra vez, embriagándome toda con el sabor de sus labios. Luego bajó hacia mis pechos dibujando un camino de besos imaginarios y me incorporé para que se deshiciera de mi sujetador. Tiró la prenda hacia alguna parte de la habitación y luego dirigió sus labios hacia uno de mis pechos.

—Hal —susurré y él me apretó más contra el colchón, haciendo que notara su evidente erección.

Dejó mis pechos de lado y volvió a mis labios para llevar sus manos hacia mis pantalones y desabrocharlos, para luego tirarlos en algún lado. Besó mi cuello y

luego se deshizo de mis bragas, tirándolas también. Hice lo mismo con sus *bóxers* y quedamos los dos completamente desnudos.

Piel con piel, alma con alma. Así es como quería sentirlo siempre.

Se separó de mis labios y me miró a los ojos, en ese momento me convertí en un cielo de colores pastel.

—Te amo —susurró antes de besarme con una ternura que después se transformó en pasión.

Me amaba.

—Yo también te amo.

Hal se separó de mí y se puso un preservativo. Me miró seductoramente y se posicionó entre mis piernas de nuevo. Puso sus antebrazos a cada lado de mi cabeza y con sus labios rozó el lóbulo de mi oído.

—Mi pregunta —susurró y noté como su miembro se posicionaba en mi entrada.

—¿Cuál es? —pregunté casi sin voz, debido a lo excitada que estaba.

Sentí su respiración chocar con mi cuello y entonces entró en mí de una embestida. Gemí y me tapó la boca.

—Shh —susurró con su voz entrecortada—. Están mis padres.

Se rio.

—Lo siento —me disculpé.

—Sé que —jadeó, apoyando su rostro en mi frente—. Esto será raro, pero... —volvió a decir con la respiración costosa— ¿Quieres ser mi novia?

Abrí los ojos como platos sin poder creer lo que me estaba pidiendo.

Vaya momento...

—¿Eso era lo que querías preguntarme? —dije en sus labios, justo cuando el volvió a besarme.

—Sí —asintió.

—Quiero ser tu novia —intensifiqué el beso. Noté como sonreía y como las mariposas de mi estómago volaban locas.

Hal volvió a entrar en mí y sentía que faltaba poco para que llegara al orgasmo. El placer me envolvía por todas partes y sentía que mi corazón iba a estallar de lo bien que me sentía estando unida a Hal.

Ahugué mis gemidos en sus labios y él hizo lo mismo con sus, terriblemente, sensuales gruñidos que me volvían loca. Cuando el clímax pasó, estuvimos un rato besándonos y me invitó a meterme con él entre las sábanas. Él se tumbó y yo lo hice a su lado, rodeando su torso con mi brazo y mi pierna encima de él, mientras que él me rodeaba la cadera con la suya. Besé su hombro.

—Ha sido increíble —dije intentando recuperar el aire.

—Contigo todo es increíble —contestó él.

La tranquilidad y la paz inundaba mi sueño y juraría que nunca había dormido tan bien en toda mi vida.

[]

Sentí como Hal me besaba lentamente para que despertara. Seguí el juego de sus labios aún sin abrir los ojos y él se movió un poco, quedando casi encima de mí. Me abrazó de costado y busqué su mano para unirla con la mía. Cuando entrelacé mis dedos, aún algo entumecidos, con los suyos, sentí el calor de una descarga eléctrica, efecto que sentí también con su tacto justo en el instante en que el que el chico mordisqueó mi labio inferior. Amaba cuando hacía eso.

—Buenos días, *ladybug* —susurró con voz ronca. Ronroneé en respuesta y hundi mi cabeza en su pecho, dejando que su

aroma me invadiera. Estaba tan a gusto así que incluso me costaba creerlo—. Hay que ir a clase.

Emití un sonido cortado en forma de queja y él rio.

—No quiero —«Yo quiero quedarme aquí contigo».

—Yo tampoco —admitió—. Yo quiero quedarme aquí y hacerte cosas que no podrías ni imaginar.

Le di un cabezazo en el pecho y él rio.

—¡Hal! —dije regañándole—. Aún me debes una explicación sobre esas cosas que no puedo ni imaginar —mantenía los ojos cerrados.

—Te refieres a...

—Sí —lo corté sabiendo que los dos hablábamos de lo mismo— ¿Cómo mierda se te ocurre algo así en un lugar como ese? ¿Estás loco? —pregunté adormecida.

Él chico rio y le di otro cabezazo.

—¡Auch! —se quejó—. Me has hecho daño.

—Eso es por guarro.

—Pero me amas así —Me quedé en silencio dejando su afirmación en el aire—. Eh...

—¿Qué?

—Me amas así, ¿no?

—Claro que sí —me reí por su mueca.

Hal puso su mano en mi barbilla para volver a besarme.

—Si no nos levantamos vendrá mi madre a hacerlo —habló en mis labios—. Y no creo que te guste la experiencia.

—¿Por qué no iba a gustarme?

—No quieres saberlo —y de repente la puerta del cuarto se abrió y Anne entró.

«Y hablando de Roma...».

Nos la quedamos mirándola fijamente y ella hizo lo mismo con una sonrisa.

—Oh no —murmuró Hal.

—Venga —dijo Anne y se acercó a la cama—. Levantaros los dos que sino

llegaréis tarde a clase.

Dicho esto, agarró la manta que nos cubría y nos destapó, dejándonos completamente desnudos al aire. Estaba con las piernas entrelazadas a las de Hal. Enseguida me pegué a él al sentir el frío por la ausencia de la manta y mis mejillas se tornaron del color de los tomates al ser consciente de que estaba desnuda en la cama, con mi novio y su madre mirando.

—Vestíos rápido que queda media hora —dijo Anne cogiendo la manta y tirándola al suelo. Se dio media vuelta murmurando algo divertida y salió el cuarto. Ahora sí, podía decir que Hal tenía razón, ese era el momento más embarazoso de mi vida.

—Ya te he dicho que no querías saberlo —dijo Hal.

—Qué vergüenza —estaba totalmente sonrojada y él rio.

—Me encanta cuando te sonrojas —me agarró una nalga— ¿Te la puedo morder?

—No —enserié y me separé de él para levantarme.

—¿Por qué? —preguntó poniendo cara de cachorrito.

Agarré la manta y me envolví en ella debido a la vergüenza que me daba estar desnuda delante de Hal. Sabía que no debería, si él ya había visto y tocado todo, pero no podía evitar ponerme nerviosa cuando me miraba.

—Porque no quiero que me muerdas una nalga. Voy a vestirme —dije acercándome a la cama y plantando un beso en sus labios—. Ahora nos vemos.

—Vale —dijo él que estaba sentado desnudo con las piernas cruzadas.

Me dirigí hacia la puerta y Hal me detuvo para besarme de nuevo. Negué con la cabeza riendo ante su comportamiento y salí del cuarto. Aún me cuestionaba si aquella era mi realidad o solo un sueño.

Fui a mi cuarto y me di una ducha rápida, luego me vestí con unas medias negras transparentes, unos shorts tejanos rotos y un jersey de lana rojo. Me puse mis botas y salí del cuarto, bajé a la cocina y vi a Anne con Edward, Welsey y Adriana.

«Momento incómodo».

—Buenos días, nuera —Anne me sonrió y yo me sonrojé al ver como todos fijaban su mirada en mí.

—Buenos días —saludé y me acerqué a la nevera para coger el *brick* de leche. Los demás me devolvieron el saludo y yo cogí una taza y la llené.

—Al final, mi hermano se ha salido con la suya —me giré para encontrar al propietario de la voz que me susurraba al oído. ¿Edward?— Veremos cuánto os dura.

Fruncí el ceño y bebí mi leche ignorándolo. Sí quería seguir molestando, que lo hiciera, pero no iba a dejar que me afectara. Edward sonrió para luego salir de la cocina. Segundos más tarde entró Hal, desayunó conmigo y salimos de casa en dirección al campus. Me subí en el asiento del copiloto y Hal condujo sin dejar de hablar. Hal siempre estaba hablando, y constantemente tenía algo divertido que contar, o al menos, así era desde mi punto de vista; y eso me encantaba, porque me gustaba saber que yo le importaba lo suficiente como para que me explicara todo lo que le pasaba por la mente.

Fruncí el ceño al acordarme de algo que se me había olvidado y aún debía resolver.

—Hal —lo llamé.

—¿Sí? —dijo él tranquilo.

—¿Por qué te emborrachabas? —pregunté sin el más mínimo rodeo y su mirada se ensombreció mientras estacionaba el coche en el aparcamiento del campus— ¿Por qué te acostabas con Stacy y luego te emborrachabas?

Hal me miró serio y sentí que quizá no debía haber preguntado eso. Esperé que saliera del coche, pero no lo hizo, y yo tampoco. Hal suspiró.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó él. Asentí.

—Claro —dije—. Te quiero y si algo te ha hecho mal yo quiero saber qué es.

Se quedó en silencio unos segundos, mirando hacia delante y mordiéndose el labio, pensativo.

—Creo que... simplemente me sentía solo —aquellas fueron todas sus palabras, pero no le hicieron falta más para darme a entender lo que le sucedía.

Refugiarse en el sexo no le quitaba su soledad. Le daba la ilusión unos momentos, lo saciaba hasta que se terminaba, después continuaba como siempre y el alcohol parecía su único amigo.

—Sé cómo te sientes —le dije, dispuesta a contarle toda la verdad sobre mí, había cosas que ni siquiera había sido capaz de recordar para mí misma—. Sé lo que es sentirse solo —Hal me miró confuso.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Aquello solo era el principio, aún nos quedaba mucho que aprender: del amor, de la vida, y, sobre todo, de nosotros mismos.

NOËLLE STEPHANIE

Se esconde bajo el pseudónimo de Noëlle Stephanie, quizás para separar a su yo del día a día de esta figura que quiere ser autora y escribir. Sin embargo, se presentará un poquito. Nació el 10 de diciembre de 1996 en Granollers, una pequeña ciudad en la provincia de Barcelona –España– y donde actualmente reside. A pesar de eso, pocas veces la veréis por ahí, ya que su día a día se basa en correr de tren en tren para ir a la Universidad Autónoma de Barcelona, donde estudia Historia del Arte.

Su pasión es el arte y todo lo que tiene que ver con la historia y la literatura. Su lugar favorito siempre fue su rincón-biblioteca, o al menos así le llamaban sus amigas de la secundaria. No podía despegar los ojos de un libro, y cuando lo hizo fue para escribir el suyo propio. No obstante, ahora, cuatro años después de que empezara a escribir como *hobbie*, puede declarar que la escritura es para ella como una religión, que hay que alimentar a base de las experiencias que te da la vida, y otras que tienes que buscar por ti mismo. Por eso, de momento, sueña con poder trabajar en un museo alguna vez, y seguir alimentando su vida de historias que aún nadie haya contado. No espera mucho de la vida, solo que la sorprenda.